

Alfredo González Ruibal

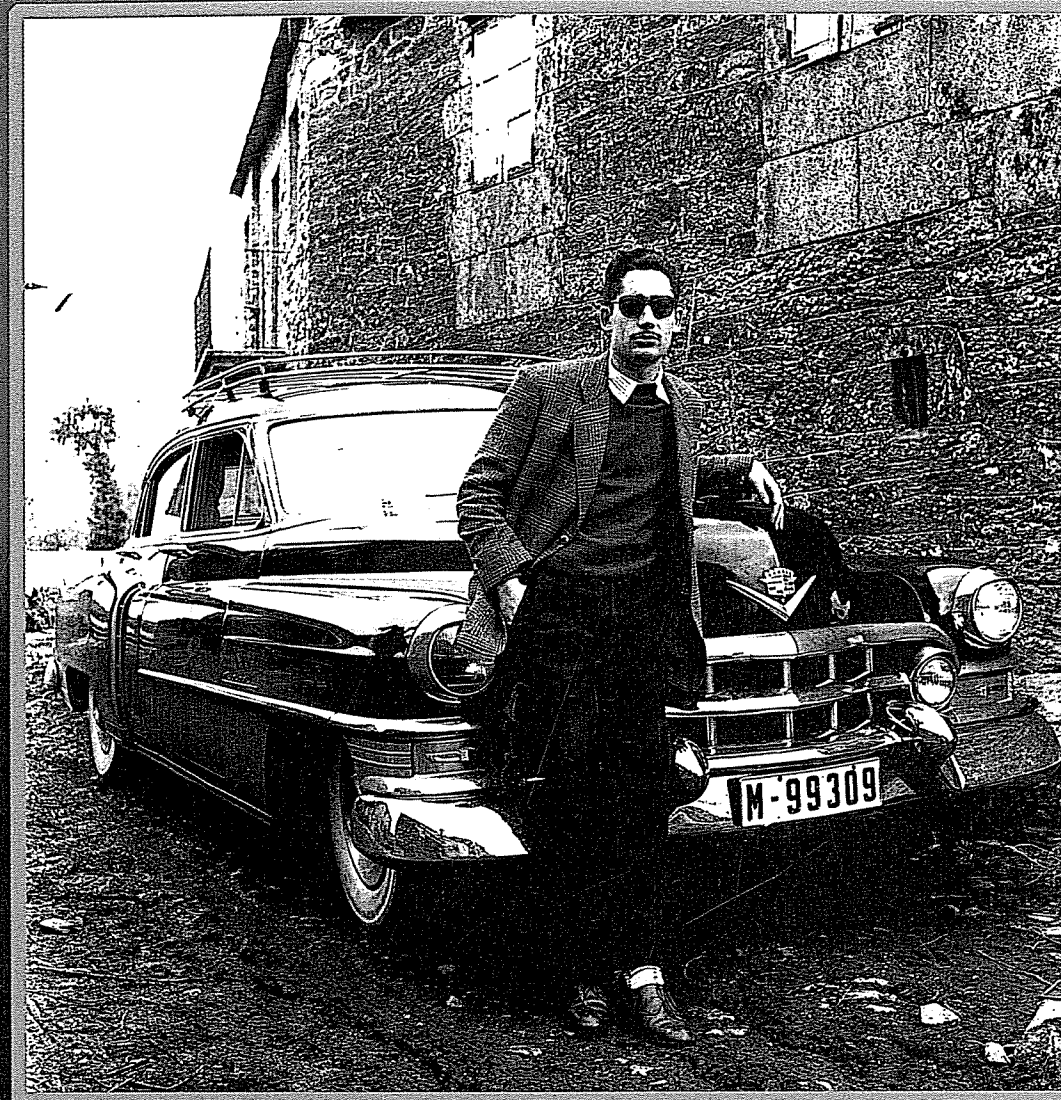
ETNOARQUEOLOGÍA DE LA EMIGRACIÓN



2003

ETNOARQUEOLOGÍA DE LA EMIGRACIÓN

Alfredo González Ruibal



SERVICIO DE PUBLICACIONES
EXCMA. DEPUTACIÓN PROVINCIAL
DE PONTEVEDRA

Alfredo González Ruibal

ETNOARQUEOLOGÍA DE LA EMIGRACIÓN

El fin del mundo preindustrial
en Terra de Montes (Galicia)



SERVICIO DE PUBLICACIÓN
EXCMO. DEPUTACIÓN PROVINCIAL
DE PONTEVEDRA

2003

EXCMA. DIPUTACIÓN DE PONTEVEDRA
PRESIDENTE: Manuel Abeledo López
DIPUTADO DELEGADO DEL ÁREA DE CULTURA: Rafael Louzán Abal

*A mis abuelos,
Ramonita y Alfredo.
In memoriam.*

SERVICIO DE PUBLICACIONES
DIRECCIÓN: Miguel Pereira Figueroa
DIRECTOR ADJUNTO: César Manuel López Marras

ASESORÍA TÉCNICA DE PUBLICACIONES
Celia Soto Espiña
Ana Vicente Rivas

CORRECCIÓN DE PRUEBAS
M^a Eva Núñez Fernández
M^a Montserrat Acuña Martínez

LECTURA
Fátima Covelo Cartelle
David Estévez Romero

Primera Edición, 2003
Printed in Spain - Impreso en España
© Diputación Provincial de Pontevedra
Servicio de Publicaciones

FOTOS CUBIERTA
Virxilio Viéitez

© Alfredo González Ruibal

IMPRESO EN:
Gráficas Duher, s.l.
Rúa de Villaverde, 7
Pontevedra

ISBN: 84-8457-147-5
D. Legal: PO - 110 - 03

Fecunda sementeira do pasado,
espello meu, única vida viva,
tódalas cousas morren i esmorecen
Samente ti, lembranza, te eternizas.

Celso Emilio Ferreiro (*O sonho sulagado*)

Y mi alma puede ser un descampado
en el que quedan restos de unas casas
humildes junto a montes de basura.
Cuando cae la tarde un jorobado
y un perro asustadizo y diminuto
vienen por no se sabe dónde y vagan
por sus valles umbríos y apacibles.

Julio Martínez Mesanza (*Las trincheras*)

Todo tiene su momento, y cada
cosa su tiempo bajo el cielo:
(...)
Su tiempo el destruir,
su tiempo el edificar.
(...)

Eclesiastés (I, 3, 3)

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
PARTE 1	15
I Teoría	15
1) Sobre etnoarqueología y cultura material	15
2) Una aproximación hermenéutica e histórica	19
3) Terminología	27
II Estudio de los abandonos	28
1) Historiografía del estudio de los abandonos	28
• Enfoques teóricos	28
• Cuestiones claves en el estudio de los abandonos	29
2) Objetivos	30
3) Metodología	32
III Emigración	34
1) La emigración gallega	34
• Orígenes	35
• Desarrollo del proceso	36
• Factores sociales: los indianos	38
2) Apuntes para una "arqueología de la emigración"	41
IV Marco de la investigación	49
1) Terra de Montes: caracteres geográficos, etnográficos, históricos y económicos	49
2) La emigración en Terra de Montes	52
3) La cultura material en la Terra de Montes	55

PARTE 2	67
I Abandono regional	67
II Abandono de asentamientos	70
1) Del paisaje campesino al paisaje capitalista	70
2) Factores que influyen en la distribución del espacio habitado: mundo preindustrial y mundo capitalista	83
III Abandono de estructuras	88
1) Cuestiones naturales	88
2) Cuestiones culturales	98
2.1. <i>Etnoarqueología de la vivienda. Carácter simbólico de las casas</i>	98
2.2. <i>La vivienda en la cultura gallega: significado</i>	101
2.3. <i>Arquitectura tradicional gallega: forma</i>	103
2.4. <i>Casos estudiados</i>	107
2.5. <i>Tipos de abandono. Concepto de abandono</i>	131
2.6. <i>Distorsión y configuración del registro arqueológico</i>	137
PARTE 3	203
I Discusión	203
1) Sobre cuestiones históricas, etnográficas, geográficas y económicas: ¿Qué Historia? ¿De qué gente? Repensando las sociedades campesinas a través del registro material	203
2) Sobre el carácter simbólico de la cultura material: la metáfora, la construcción de la identidad y de la Historia. Alteraciones catatímicas, habitus y agencia	211
II Conclusiones	229
PARTE 4	235
I Glosario	235
II Bibliografía	241
III Apéndices	255

PRÓLOGO

Este estudio comenzó, en marzo de 1997, como un trabajo de clase para la asignatura de *Etnoarqueología*, impartida por el profesor Dr. Víctor M. Fernández Martínez. Nuestra intención inicial era establecer marcos referenciales para la comprensión de los fenómenos de abandono de asentamientos, los cuales pudieran tener una aplicación directa en arqueología. Posteriormente, tanto el método como la teoría que guiaban nuestra investigación han ido cambiando hacia posturas opuestas, de tipo contextual, histórico y hermenéutico. Del mismo modo, la recopilación más exhaustiva de datos sobre el terreno nos permitió adentrarnos en ciertas cuestiones que, en principio, superaban el título inicial de *Etnoarqueología de los Abandonos en Galicia* que habíamos pensado para nuestro estudio. El trabajo que ahora presentamos pretende ser más comprensivo: aunque el núcleo central sigue siendo el abandono de casas, asentamientos y regiones, todos los fenómenos relacionados han querido tenerse en cuenta (desde una perspectiva arqueológica). Así, el paisaje, el estatus de la mujer, la educación, la concepción del espacio habitado, de los objetos de valor, del desecho, etc. en el mundo preindustrial y su transformación con el Capitalismo ocupan un lugar en nuestro análisis. Abordamos asimismo fenómenos como la emulación y la ostentación, que también se encuentran relacionados con el abandono de las casas y de los artefactos tradicionales y la adopción de otros nuevos. En todas estas cuestiones, la emigración actúa como nexo vertebrador. El término de *etnoarqueología de la emigración*, que proponemos, pretende adecuarse más a esta nueva orientación de nuestro estudio.

Desarrollamos nuestro trabajo de campo durante marzo, agosto y diciembre de 1997, agosto y diciembre de 1998 y marzo, junio y julio de 1999. Nuestro conocimiento de la comarca de Terra de Montes, en la Galicia interior, y la importancia que los fenómenos de emigración y despoblamiento han tenido –sobre todo en su parte meridional– nos indujeron a escogerla como zona de análisis. La mayor parte de las teorías aquí vertidas, sin embargo, pueden considerarse válidas para toda Galicia.

El trabajo se encuentra estructurado en tres partes. En la primera exponemos las bases teóricas que fundamentan el análisis; pasamos revista a la historiografía sobre los abandonos; tratamos cuestiones generales sobre la emigración en Galicia y el papel que ha tenido en el proceso la cultura material. Por último presentamos una síntesis geográfica e histórica de Terra de Montes (con un especial hincapié en la emigración) y ofrecemos nuestras aportaciones en el terreno de la etnografía de la cultura material en la zona.

La segunda parte conforma el núcleo del trabajo. A través del estudio de los abandonos a escala regional, del asentamiento y de la estructura, abordamos el análisis de la cultura material de la comarca en la transición del Antiguo Régimen al Capitalismo: cambios en la estructura de los asentamientos, en la arquitectura, procesos de abandono de las viviendas tradicionales (factores naturales y culturales), concepto de abandono, concepto y tipos de desecho, cambios en la estructura de las casas, transformación del estatus de la mujer y del concepto de higiene, actitudes conservativas y su transformación con el Capitalismo, endoculturación, etc. Tratamos, en fin, de descubrir los cambios que se producen en el paso de un modo cultural a otro, con el fenómeno de los abandonos como eje.

La tercera parte se centra en el análisis del papel que la cultura material ha tenido en la transformación de la cultura campesina a lo largo de los últimos ciento cincuenta años. Se discuten los conceptos clave en la interpretación como son metáfora/metonimia, alteraciones catatímicas, agencia y *habitus* y, por último, exponemos nuestras conclusiones generales.

AGRADECIMIENTOS

Desde 1997 el apoyo que el profesor Dr. Víctor M. Fernández Martínez ha prestado a este trabajo ha supuesto, no sólo una ayuda vital e inapreciable en su progreso, sino también un constante estímulo en la profundización sobre las relaciones entre comportamiento y cultura material.

Me siento especialmente en deuda con la Dra. Carmen Ortiz, que ha leído, con paciencia y en detalle, innumerables versiones de mis trabajos sobre etnoarqueología de los abandonos. Sus comentarios me han resultado siempre de gran valor.

Esta memoria le debe mucho –y en muchos sentidos– a mi padre. En primer lugar, es una suerte enorme poder contar en casa con un informante del Antiguo Régimen, cuyos recuerdos se retrotraen a los años 40, cuando el Capitalismo era un fenómeno casi por completo extraño a la Terra de Montes. Por otro lado, sin su colaboración me habría sido imposible estudiar los cientos de pueblos y aldeas que visité a lo largo del trabajo. Con él he podido discutir, también, mis interpretaciones sobre el uso de la cultura material por parte de los antiguos campesinos: su profundo conocimiento de las gentes de la comarca ha servido en todo momento para iluminar las teorías aquí expuestas. Muchas de las entrevistas llevadas a cabo durante la realización del trabajo también son obra suya.

También está en deuda este estudio con mi madre. A ella, sobre todo, se debe la conciencia feminista (nunca suficiente) que alienta algunas partes de este trabajo.

El último tramo de trabajo de campo habría resultado por completo imposible sin la ayuda de Tomás Fontán Caramés. Gracias a él pude incrementar mi base empírica con tres nuevos edificios (Correa, Adrián y Doade) y su colaboración me facilitó enormemente la recogida de datos en los pueblos ourensanos. También le debo la posibilidad de registrar en vídeo dos entrevistas con informantes de Doade y varias escenas de aldeas abandonadas, las cuales han sido de gran utilidad en este estudio.

El conocimiento de una de las fuentes teóricas que sustentan esta investigación, Paul Veyne, se lo debo a Ana Rodríguez Mayorgas, a ella también le agradezco la paciencia con que ha escuchado las interpretaciones sobre cultura material, Capitalismo y Antiguo Régimen.

Con Xosé Lois Ladra he podido mantener discusiones clarificadoras sobre un tema tan poco habitual como es la etnografía de la cultura material gallega.

Como siempre, es necesario agradecer a los informantes su desinteresada colaboración, especialmente a los vecinos de Trasdamente, de Soutelo, de Quintelas, de Abelaíndo, de Doade y en general de cuanta aldea hemos visitado para la realización de este estudio. El privilegio único de poder escuchar los testimonios de los últimos representantes de una cultura, ya para siempre desaparecida, compensa todos los esfuerzos del trabajo de campo. La lista de nombres de personas y lugares sería inacabable. A todos ellos, mis más sinceras gracias.

ETNOARQUEOLOGÍA DE LA EMIGRACIÓN

El fin del mundo preindustrial
en Terra de Montes (Galicia)

PARTE I

I) TEORÍA

1) Sobre etnoarqueología y cultura material

La etnoarqueología nació en el seno de la Nueva Arqueología con una orientación nomotética y cientifista. Su objetivo era suministrar marcos referenciales, generados en contextos vivos, para la arqueología. Aunque ya en los sesenta Binford (1968) planteaba teóricamente las relaciones entre comportamiento y cultura material, lo cierto es que la etnoarqueología ha tenido un desarrollo como subdisciplina al nivel de la paleografía o la papirología para los historiadores. La dimensión más fructífera de la investigación ha sido la que, a través del estudio orientado arqueológicamente de la cultura material contemporánea (sea industrial o preindustrial), comprobó que resultaba posible descubrir elementos ocultos para antropólogos, historiadores o sociólogos acerca del comportamiento cultural humano, elementos que –independientemente de la época– animaban a la reflexión arqueológica. De esta forma, los estudios de Michael Schiffer sobre *C-transforms* (transformaciones culturales en la gestión del desecho o el abandono de sitios) resultaban tan estimulantes para el análisis de otros períodos, como desveladores de los usos de la sociedad capitalista. Al incidir en esta línea, los estudios de cultura material contemporánea fueron perdiendo las constricciones arqueológicas y aunque muchos se acercaron a la antropología, lo que resultó fue, ante todo, una disciplina nueva, con su propia metodología y objetivos. El estudio de la mentalidad, los factores cognitivos y sociales han sido la clave de estos trabajos, frente a una etnoarqueología –involucrada en el análisis de las sociedades preindustriales– más interesada en aspectos económicos o tecnológicos. Podemos así distinguir dos líneas: la representada por Lewis Binford, que busca descubrir, a través de leyes, la relación entre lo estático (el registro

arqueológico) y lo dinámico (el contexto sistémico o de vida) y la arqueología del comportamiento (*behavioral archaeology*) representada por Schiffer (véase Johnson 1999: 50). La profundización en las cuestiones cognitivas, en los significados, y la entrada en juego de la hermenéutica, el estructuralismo y sus derivados daría lugar a una tercera línea, representada en arqueología por el pensamiento estructuralista y post-procesual y en cultura material por la línea *soft* de carácter igualmente simbólico (*vid. infra*).

La etnoarqueología, para los practicantes de la Nueva Arqueología, debía poseer un método materialista, objetivo, no participante y nomotético y una concepción de la cultura y sus productos funcional y adaptativa (Binford 1978). La Teoría de Alcance Medio es un fruto típico del método etnoarqueológico positivista y se ha aplicado, especialmente, a los procesos de formación de los yacimientos. La citada teoría parte de la base de que se pueden establecer unos baremos –marcos referenciales– independientes, lo que significa que no se concede apenas valor al contexto concreto de donde se extrae una ley determinada.

La arqueología post-procesual criticó la forma tradicional de hacer etnoarqueología y en buena medida se desinteresó por esta línea de investigación. El mayor de sus atractivos, precisamente, era la posibilidad de descubrir leyes universales (al menos probabilísticas) aplicables al registro arqueológico de otras zonas (esquimales y paleolítico, Irán y Edad del Hierro, etc.). Entre las críticas a la teoría de alcance medio se encuentra la de Hodder (1982a y b, 1994): no existen instrumentos de medición independientemente del contexto cultural, sólo puede considerar un marco referencial cuando se trata de procesos físicos (derrumbes, corrosión, alteración del adobe, etc.). La idea de Hodder, más interesante por lo que a nuestro trabajo respecta (y que compartimos plenamente), es la de que la etnoarqueología puede proponer tesis de alto alcance: “el análisis de la dimensión simbólica y cognitiva de los procesos de formación de un yacimiento podría considerarse de alcance medio. Pero no está claro, por lo menos para mí, por qué este tipo de análisis es menos global que el estudio, digamos, de las causas de la complejidad social o de las relaciones entre significado y acción” (Hodder 1994: 132). No contemplamos, por el contrario, el debate de la etnoarqueología como él lo hace. La etnoarqueología, en nuestra opinión, debería ser siempre trabajo de arqueólogos o estudiosos de la cultura material especializados. Los enfoques teóricos, los objetivos, los métodos, el lenguaje utilizado por los etnoarqueólogos y estudiosos de la cultura material difiere de los de los antropólogos (véase Schlereth 1985). Si alguien procedente de la disciplina antropológica se preocupa por la cultura material en el sentido expuesto en estas páginas, por lo que a nosotros respecta ha dejado de ser un antropólogo y se ha convertido en un etnoarqueólogo o *material culturalist*, según el término inglés intraducible al castellano. De hecho, las

investigaciones de cultura material (de época medieval, moderna y contemporánea en Occidente), en las líneas descritas por Schlereth (*ibid.*) acogen a toda clase de especialistas: historiadores, antropólogos, arqueólogos, arquitectos, ingenieros, historiadores del arte, folkloristas, sociólogos, etc., convenientemente reconvertidos. La etnoarqueología (siempre de época contemporánea y normalmente de sociedades preindustriales), por el contrario, la practican casi exclusivamente los arqueólogos, con unas metas y unos planteamientos teóricos que no encontramos entre los etnólogos. Que los etnoarqueólogos deben compartir teoría y método con los arqueólogos es una necesidad que queda de manifiesto cuando se observan los estudios de cultura material tradicional en nuestro país, a veces con pretensiones arqueológicas. En este sentido, los muy correctos trabajos de Mingote (1989, 1990, 1996), son claramente tecno-tipológicos y carecen de planteamiento teórico alguno. Sus objetivos son la “valoración de los objetos en sí mismos [esto es, dar mayor relevancia a los útiles agrícolas], la ubicación geográfica de usos y cambios, hallar la relación entre tecnología y evolución general de la agricultura y, finalmente, analizar la relación entre tecnología e industria” (Mingote 1996: 18). Todo ello es, por supuesto, de la mayor importancia –como lo son las tipologías en arqueología–, pero reducir al análisis tecno-tipológico las disciplinas de arqueología, etnoarqueología o cultura material es desaprovechar el enorme potencial cultural de los objetos. No se observa un avance cualitativo desde los trabajos de Caro Baroja (por lo que respecta a la cultura material, 1996). Decimos ahora, y lo repetiremos, que éste es un trabajo *arqueológico*, que difiere de otros trabajos similares en la cronología (contemporánea) y en la posibilidad de contar con protagonistas históricos vivos. Como también tratamos con cultura material *viva*, aceptamos el término de *estudio de cultura material* (en su acepción anglosajona), y el de *etnoarqueología* en tanto que tratamos (en parte) con una sociedad preindustrial.

Cultura material (disciplina) es definida por Prown (1996: 21) como “el estudio de lo material, procesado o no, transformado por la acción humana como expresión de cultura”. Para Schlereth (1985) es “el estudio del potencial explicativo de la evidencia material como significado cultural” y en opinión de Ferguson (1977, cit. en *ibid.*) “la cultura material no es un mero reflejo del comportamiento humano, es una parte del comportamiento humano”, con lo que los estudios de cultura material serían “arqueología del comportamiento” (*behavioral archaeology*), según Schiffer (1976).

La constitución significativa del registro material es una de las bases teóricas que fundamentan los estudios de cultura material. Los artefactos son instrumentos tanto como señales, signos y símbolos, recuerda Kingery (1996: 1). La dimensión funcional y la simbólica aparecen inextricablemente unidas y ninguna de las dos puede ser menospreciada (Hodder 1994). La división de Binford (1962) entre útiles tecnológicos, sociotécnicos e

ideotécnicos caía en el grave error de separar todos los aspectos que confluían en un mismo objeto. Hodder ha insistido en la necesidad de leer los artefactos como un texto, un texto ambiguo –más que los verbales–, complejo de descifrar pero que se rige por unas reglas gramaticales concretas. Kingery (*ibid.*) va más allá del texto y se sitúa allí donde nosotros pretendemos llegar: los objetos deben ser leídos también como mitos y poesía. Esto supone, entre otras cosas, la superación de la discriminación occidental –que parte de Aristóteles– de la *mens* sobre la *manus*, de lo ideal sobre lo material. La historia de Occidente es una narrativa de la mente sobre la materia (Prown 1996: 19). El mensaje material es además necesariamente metafórico, con lo cual los objetos resultan doblemente despreciados: en tanto que creadores de metáforas –una falsa realidad (ideología)– y en tanto que materiales, por tanto inferiores a las ideas. El rechazo del pensamiento metafórico, como veremos, también es inaugurado por Aristóteles y la línea cientifista de pensamiento de la filosofía occidental.

Prown (1996) distingue dos líneas en el estudio de la cultura material: la línea *dura* y la línea *suave*. A la primera corresponde el análisis de los fenómenos diacrónicos y el comportamiento y se preocupa por los atributos de los objetos conscientemente introducidos y percibidos por el que los realiza. La línea suave trata de desentrañar los sistemas de creencias culturales, que con frecuencia están presentes de forma inconsciente (los objetos como metáforas). Prown piensa que ambos enfoques pueden convivir. En nuestro caso, aunque buena parte de trabajo pueda enmarcarse en la línea *soft*, ambos enfoques conviven o al menos pretendemos que convivan. En el fondo, la contraposición entre ambas líneas se produce por el enfrentamiento entre subjetivismo y objetivismo. Como señala el experiencialismo de Lakoff y Johnson (1995) (o las teorías de Bourdieu), se trata de un conflicto estéril. En realidad objetivismo (o experiencia externa) y subjetivismo intervienen juntos en la construcción del conocimiento (Prown 1996: 26).

A través de la cultura material nos debe resultar posible acercarnos a cuestiones complejas como son el cambio cultural, el cambio social, la idea de clase, la etnicidad, el género (Lubar 1996: 31). Se trata de preguntas que han preocupado a la historiografía, la antropología (y de ahí a la arqueología) y mucho menos a la etnoarqueología. Desde un punto de vista arqueológico, pero directamente ligado a los estudios de cultura material, coincidimos con Morris (1997) en que la arqueología o es historia cultural o no es nada. Los historiadores de la cultura (como Braudel, Le Roy Ladurie, Duby, Barthélemy, Geremek, Auslander y un largo etcétera, por lo general fuera de nuestras fronteras), según este autor (*ibid.*: 12), están haciendo un trabajo mucho mejor que el de los arqueólogos al reflexionar sobre el cambio cultural a través del tiempo (incluidos los cambios en cultura material). Entre esos historiadores hay que incluir a los *material culturalists* como Miller, Glassie, Schlereth, Kingery o Johnson. El problema, que también señala Morris, radica en que los

historiadores de la cultura tienden a hablar de los objetos a través de los textos literarios, olvidando los objetos mismos, y los estudiosos de cultura material estudian los objetos y olvidan los textos acerca de los mismos, si bien esta segunda carencia es menos marcada (véase Johnson o Deetz).

Estudios de cultura material y mentalidad se hallan, desde los estudios de Glassie (1975) y Deetz (1977), inextricablemente unidos. Por lo que al trabajo presente respecta, debe quedar claro que se entiende mentalidad como cosmología, lo cognitivo, una serie de representaciones asimiladas del mundo que nos rodea, de formas de interpretar y vivir la realidad. Lo estrictamente psicológico no es materia de nuestro interés, por eso, cuando nos referimos a lo mental, debe entenderse como contrapuesto (o complementario o simplemente diferente) a lo material (como puede ser lo económico o la forma expresa de lo social). El reduccionismo psicológico es un problema que afecta (por este orden) a sociólogos, antropólogos, historiadores y arqueólogos y en el que no queremos caer: los filósofos contemporáneos han criticado frecuentemente la transformación del concepto de *psyché* cristiano, de alma, en el concepto laico, pero igualmente espiritual y difuso, de *mens*. Así, por un lado encontramos lo no material ligado a procesos meramente biológicos, bioquímicos (como en algunos practicantes de la psicología: las ideas como reacciones químicas) y por otro lo no material como algo esotérico, evanescente e inaprehensible científicamente. Nuestro interés se fundamenta en los aspectos estrictamente culturales de la mentalidad como ha sido descrita más arriba. El resto lo dejamos en manos de los especialistas correspondientes.

2) Una aproximación hermenéutica e histórica

El enfoque teórico de este trabajo puede considerarse post-procesual, en tanto que anti-nomotético, hermenéutico, contextual e histórico. Esto no significa en modo alguno rechazo a un acercamiento más positivista, materialista o cientifista al estudio de la cultura material contemporánea o la etnoarqueología. Como señala Kingery (1996: 3) las diferentes aproximaciones (arqueología procesual, funcionalista, cognitiva, evolucionista, simbólica, post-procesual, post-estructuralista) no tienen por qué ser consideradas mutuamente excluyentes y contrapuestas. No obstante, no puede menos que reconocerse que el estudio de la cultura material –más que la etnoarqueología– debe su impulso a una aproximación hermenéutica que busca desentrañar los *significados* de los objetos. Es precisamente *significado* el concepto clave de este trabajo. Hacer comprensible lo aparentemente incomprensible, desconstruir la cultura material y descubrir sentidos más o menos profundos detrás de actos cotidianos y *a priori* poco importantes en una sociedad es nuestra meta (véase Prown 1996: 21-22), aunque se trate, por lo general, más de intentos que propiamente de hallazgos.

Nuestro enfoque hermenéutico es específicamente lingüístico. No se trata tan sólo de descifrar una cultura –o ciertos aspectos de ésta– sino que intentamos, además, servirnos de conceptos extraídos de la filología. Nuestras afinidades se encuentran más en el comentario literario (en la línea de De Man 1990 y Rorty 1991) que en el estudio lingüístico al modo de los estructuralistas. A través de una concepción narrativista de la Historia (y de la historiografía aunque dentro de su especificidad), como más adelante veremos, nos parece posible interpretar las sociedades en el tiempo como si de textos se tratara y pensamos también que los propios individuos *escriben* su historia a modo de relato literario, aunque utilizando el lenguaje de la cultura material. El concepto fundamental es el de metáfora, en el sentido *posmoderno* de Rorty (1991) y Lakoff y Johnson (1995), y tal como se ha desarrollado en los estudios de cultura material, independientemente a si se hace referencia al término literario o no (entre otros Miller 1982, 1985; Prown 1996). Nuestra metáfora está caracterizada con los atributos del particularismo histórico: las metáforas son culturalmente específicas, algunos referentes resultan necesarios para la interpretación, frente a lo que opina Lévi-Strauss (1995). A la idea del tiempo construido como narración, se añade la interpretación de la cultura material como lenguaje. Dado que tratamos, en la mayor parte de los casos, con objetos abandonados, su valor funcional resulta inferior al simbólico (si es que no consideramos el simbolismo como función). Coincidimos con Lucas (1997: 43) al pensar que Renfrew se equivoca cuando dice que sólo tenemos la “experiencia del ‘¡ajá!’” con un texto literario. Morris (1997: 9) señala que ni el texto ni los artefactos llegan a nosotros “ininterpretados”, ambos lo hacen implicados en una masa de interpretaciones, lo que implica que también en el registro literario reina la ambigüedad, una ambigüedad camuflada de claridad y comprensión inmediata. No hay más *anamnesis* en la comprensión de la cultura material de la que hay en la comprensión de un texto. Hay, como señala Lucas (*ibid.*) o Britton (1997), un profundo prejuicio en Occidente que privilegia el lenguaje verbal –el *logos*– frente al lenguaje material –una forma de *graphé*. La injusticia de la prevalencia del lenguaje verbal queda puesta de manifiesto en el hecho de que el 50 % de las expresiones de emoción, pasión y sentimiento se realizan no mediante palabras, sino con el lenguaje del cuerpo y la entonación (Kingery 1996: 4). Hughes (1989) afirma que la historia de Occidente es la historia de sus creaciones materiales, que la cultura material debería ser nuestro campo central de estudio a la hora de comprender la experiencia cosmológica occidental. Así, los propios historiadores coinciden en que el triunfo y la imposición de Occidente se ha producido por la tecnología –la cultura, o parte de la cultura, material.

Un enfoque hermenéutico, lingüístico e histórico nos permite no diferenciar entre arqueología y etnoarqueología/estudios de cultura material. Mientras un investigador procesual considera que a la

etnoarqueología corresponden las teorías de alcance medio (*middle range theories*), básicamente al servicio de la arqueología, para un post-procesual la etnoarqueología, como hemos visto, puede plantearse teorías complejas (ése es el objetivo de este trabajo). Así, la frontera entre ambas disciplinas (o disciplina y subdisciplina) se desvanece. Nos encontramos con otra dualidad etnoarqueología /estudios de cultura material. El objetivo de ambas puede ser el mismo, una vez que elevamos la categoría de la primera. Sin embargo, ambos conceptos –a nuestro parecer– pueden seguir usándose si utilizamos el primero para las sociedades preindustriales precapitalistas y reservamos el segundo para las sociedades capitalistas. Nuestro trabajo, en la frontera entre ambos mundos, sería tanto un estudio de cultura material como etnoarqueológico. También en nuestra opinión, ambos campos de investigación pueden considerarse arqueología. Piénsese, por ejemplo, que la única diferencia entre los trabajos de Mark Leone y los nuestros (al menos en cuanto a metodología) radica en que el investigador americano se ve obligado a excavar para extraer datos de los años 30 en EE.UU. y nosotros, para la misma época en Galicia, generalmente no. Ambos disponemos de informaciones orales. Por otro lado, muchos de los estudios de cultura material se presentan bajo el título de *arqueología de...* Así la *arqueología de la electricidad* o la *arqueología comercial* (que estudia, entre otras cosas, los anuncios de neón). En este sentido podríamos nosotros hablar de una *arqueología de la emigración*.

Nuestra teoría es conscientemente ideográfica (no idealista), antinomotética y particularista. Nuestra interpretación aboga por el *Verstehen* frente a (no contra) el *Erklären*. Como se observará a lo largo del texto, la noción de causalidad es para nosotros algo de importancia secundaria. Decimos secundaria, lo que no significa que carezca de valor. Estamos de acuerdo con Ricoeur en que toda interpretación hermenéutica debe ir precedida de la explicación estructural del texto (cultura material en nuestro caso). La opción por el *Verstehen* se explica, en este caso, porque nos encontramos ante eventos contemporáneos bien estudiados y cuya causalidad básica no ofrece dudas: el origen de la emigración se encuentra en un superávit demográfico y un déficit de recursos (véase el estudio reciente de Sánchez Alonso 1995). ¿Qué es anterior, la ideología o la economía, los factores mentales o los materiales? Tilley (1993: 23) dice que estas cuestiones implican el establecimiento de barreras inútiles. La actitud de Cioran (1998: 34) ante las relaciones de causa-efecto, aunque profundamente escéptica, nos parece la más cómoda: “la diferencia entre causa y efecto: la idea de que una cosa podría ser origen de otra o que tendría una relación efectiva con ella satisface un mediocre gusto por lo inteligible”, un mediocre gusto que Bourdieu, 1997: 75, considera consustancial a las historias de vida, que inventan “las relaciones inteligibles, como las del efecto con la causa eficiente”. Según Dray y Mandelbaum, por el contrario,

“la explicación histórica no es nomológica, es causal” (cit. en Ricoeur 1987: 213 y ss.) y Stegmüller (1979) contraponen descripción/explicación frente al clásico *Verstehen* / *Erklären*. En nuestra opinión, contraponer la causalidad a lo nomotético o a lo descriptivo resulta empobrecedor. Aprender una realidad histórica puede ser tan esclarecedor como descubrir las relaciones de causa-efecto. En el caso de las viviendas, saber si éstas influyen en la sociedad o la sociedad en las viviendas (véase Kent 1993) lo consideramos un dilema cuya resolución está abocada al fracaso. Lo que es verdaderamente importante y claro es que existe una interrelación entre cultura y casa. Con la mentalidad y la economía sucede otro tanto: existe una interrelación entre ambos factores pero no apostaríamos por la preponderancia de ninguno de los dos de forma universal. Max Weber, en su famoso trabajo sobre el origen del Capitalismo, reconoció que, aunque en el caso estudiado la ideología parecía previa a la economía, en otros fenómenos la relación podría ser al revés (reconocimiento que, a la inversa, todavía no se ha dado entre los materialistas, históricos o no). En nuestro caso los factores económicos son de primer orden: no nos cabe la menor duda de que si en Galicia existiera petróleo o minas de diamantes este trabajo jamás se habría escrito. Pero ¿es verdaderamente relevante que lo económico o lo ideológico sean el motor primigenio de un proceso? Más que la causalidad y los orígenes nos interesa el desarrollo histórico del fenómeno, la interactuación de los diversos elementos y, por encima de todo ello, su *comprensión*. Por otro lado, preferiríamos no hacer distinciones tajantes entre lo ideográfico y lo material. Esto no significa, como se podrá observar a lo largo del trabajo, que nos acojamos a la *cobardía* del *in medio virtus*. Creemos que la mentalidad tiene un valor primordial en las culturas; los aspectos cognitivos –estén más o menos determinados por los económicos o sociales– son la clave para comprender a los grupos humanos, por encima de los condicionantes económicos (que pueden ser, y son, primeros y básicos). A esta idea obedece el presente trabajo.

Decíamos también que nuestra teoría es histórica. Lo es en dos sentidos: nos proponemos estudiar procesos históricos, evoluciones, cambios, contextos particulares que se transforman en el tiempo. Por mucho que algunas preguntas que nos hagamos se consideren (o hayan considerado) más propias de la antropología que de la historia o hayan tenido su origen en la primera disciplina, no nos parece admisible utilizar el concepto de antropología para nuestro estudio. Todo lo más, Historia orientada antropológicamente, que no es otra cosa que una historia de las mentalidades estructurada (Gurevich 1997: 161). Por otro lado, el enfoque que entre los arqueólogos –bajo la influencia anglosajona– se considera antropológico, viene siendo desarrollado por la historiografía desde los años 20 (ciertamente fuera de nuestro país, salvo excepciones), de forma, además, independiente de los antropólogos. Se debe a Binford (1962), con su

desconocimiento de la evolución historiográfica europea (Morris 1997), el rechazo de la historia y la consideración como antropológica de la arqueología no tipológica e histórico-cultural.

Este estudio, además, pretende ser histórico en un segundo sentido: nos planteamos cómo se escribe la historia –cómo se percibe el pasado– no por parte de los *profesionales*, sino por parte de la sociedad y el individuo. Dado que ésta pretende ser una investigación arqueológica, nos interesa la *escritura* de la historia a través de la cultura material. En la mayor parte de los pueblos y aldeas de Galicia la gente convive con una historia no remota y con la que se encuentran afectivamente vinculados: desentrañar los elementos que intervienen en esta relación es uno de los objetivos de este trabajo. La idea de la percepción del pasado a través de sus huellas –materiales– en el presente no es un tema nuevo en la disciplina, al menos en el ámbito anglosajón (véanse entre otros Bradley 1993; Holtorf 1997; Bradley y Williams 1998), aunque por norma general se ha estudiado el pasado remoto, tanto desde nuestro punto de vista como desde el punto de vista del estudiado. Por otro lado, la idea de monumento –frente a la estructura cotidiana y el mobiliario– ha centralizado todos los estudios sobre la construcción del pasado. Los conceptos de Historia y memoria requieren una atención especial. Autores como Nora (1984) separan memoria de historia (historiografía): la primera sería la propia de las sociedades precapitalistas, sin historiografía en el sentido occidental. Se trata de un relato mítico, heroico y ficticio del pasado, que cuenta con hitos materiales de referencia (*lieux de mémoire*). Se trata del mismo comportamiento que señala Assmann (cit. en Holtorf 1997) en ciertas culturas respecto a su concepción de lo pretérito: no se trata de dar testimonio del pasado de forma precisa y verdadera, sino de hacer afirmaciones significativas sobre el pasado en un presente dado. Rusch (cit. en Holtorf 1997: 49) opina que “las memorias no se originan en el pasado, sino que el pasado se origina por la memoria y la elaboración de la memoria” (aquí pasado, en tanto que constructo, es equivalente a historiografía) y Backhurst (cit. en *ibid.*) escribe que “la imagen mental del pasado... se convierte en un fenómeno de la consciencia sólo cuando aparece revestida de palabras”. Se establece, así, en la mayoría de los autores una estricta separación entre pasado y presente, al que se oponen Shanks y Tilley (1987) y Tilley (1993) entre otros.

Dos autores nos parecen especialmente interesantes a la hora de entender el concepto de historia y narración (aunque no sólo esto): se trata de Paul Veyne y Paul Ricoeur.

Muchas de las ideas expuestas por Hodder y otros post-procesuales en los años 80 y 90 se encontraban ya desarrolladas en la obra de Veyne, aunque no lo citen. Curiosamente Hodder declara su admiración por Ricoeur, autor influenciado también por el propio Veyne (Ricoeur 1987: 286 y ss.), y recurre a la idea de trama y narración de Hayden White, poco diferente de la de

nuestro autor. Parte de la teoría histórica de Foucault también debe su nacimiento a este historiador, según el propio filósofo reconoce en la introducción de una de sus más famosas obras ("sería difícil circunscribir su influencia sobre estas páginas", Foucault 1987: 12). El éxito de Veyne, sin embargo, ha sido menor del que debiera por varias razones: en primer lugar su escasa obra propiamente teórica (su trabajo clave es *Cómo se escribe la Historia*, 1972, original de 1971). Por otro lado, su especialidad era la Historia Antigua, donde puso en práctica sus teorías en investigaciones como *Pain et Cirque*, consideradas por sus colegas como antropológicas (¿por no tratar la historia episódica socio-política tradicional?). La historiografía de la Antigüedad ha sido siempre muy conservadora (la principal innovación cuando Veyne escribía era el estructuralismo, que se restringía sobre todo a Francia y a los estudios de religión fundamentalmente), con lo que su obra fue vista con malos ojos por parte de sus colegas positivistas y marxistas (no menos positivistas y tradicionales).

La idea principal del pensamiento de Veyne es su concepción de la historia como tramas (1972: 117 y ss). Al vincular la comprensión histórica a la actividad narrativa, el autor permite llevar más lejos la descripción del "objeto de la historia". Si nos atenemos al carácter intrínseco de la noción de acontecimiento –toda ocurrencia individual e irrepetible–, nada lo califica de histórico o de físico. Mientras la física subsume los hechos dentro de leyes, la historia los integra dentro de tramas. La estructuración de la trama es lo que califica un hecho como histórico. "Los hechos sólo existen en y por tramas en las que adquieren la importancia relativa que les impone la lógica humana del drama". Un acontecimiento histórico no es sólo lo que sucede, sino lo que puede ser narrado o se ha narrado ya. El interés de estas ideas, semejantes a las de la escuela narrativista británica, radica en su doble aplicación: a la historiografía oficial, –los historiadores propiamente dichos– y a la forma en que la gente común concibe y *escribe* su propia historia (que es, en este caso más que en ninguno, una historia con sentido, estructurada en tramas significativas para el individuo que la genera). En la tercera parte de este trabajo tendremos ocasión de comprobar la validez de las tesis de Veyne en nuestro caso.

Junto a la idea de trama resulta especialmente interesante la relación entre individuo y generalidad. "Cuanto puede enunciarse de un individuo posee una especie de generalidad". No es el individualismo a ultranza de algún posmodernismo, pero tampoco la sociedad mecánica de la Teoría de Sistemas. Se sustituye lo concreto por lo específico, "es decir, comprensible, en los acontecimientos humanos". Volvemos a Weber, Collingwood, Dilthey y, en la actualidad, Hodder: lo humano como algo significativo y por tanto empáticamente aprehendible en su especificidad, frente a lo físico-natural. La superación del individualismo como del mecanicismo social lo acerca a su compatriota Bourdieu. El sociólogo, siguiendo a Benveniste,

afirma que "ser distintivo y ser significativo es lo mismo" (Bourdieu 1997: 21) y que ser un individuo en un espacio, significa diferir, ser diferente. La idea de comprensibilidad, por otro lado, arranca de Heidegger y el *Dasein*: porque pertenecemos participativamente a un mundo, podemos luego preguntarnos por su sentido. Esta pertenencia, anterior a la subjetividad hace posible una distancia entre el yo y los actos en los que se objetiva.

Otra sustitución interesante es la del determinismo por la probabilidad. Utilizando el lenguaje de Aristóteles: "los sublunar es el reino de lo probable". En el fondo, también lo celestial es un reino de lo probable en muchos sentidos: el desplazamiento de unos teoremas por otros y la proliferación de leyes probabilísticas en las ciencias físico-naturales haría la distinción entre lo celestial y lo sublunar –en la actualidad– mucho menos clara de lo que Veyne admitiría. No cabe duda, sin embargo, que es mayor la mera probabilidad en las humanidades que en las ciencias duras y esa probabilidad se manifiesta en la inexistencia de leyes históricas: "si la ley no desempeña el papel de una causa, si lo que hace es explicar un efecto ya comprendido, es una glosa inútil con la que la historia no tiene nada que ver". Su crítica (1972: 213 y ss) resulta perfectamente aplicable a la arqueología y la etnoarqueología.

Hay un aspecto interesante en la obra de Veyne que, veinte años más tarde, empieza a tenerse en cuenta: su crítica de las *longuées durées* braudelianas. Ya a finales de los ochenta los propios miembros de la escuela de los Annales reaccionaban contra la "tiranía de los tiempos largos". Grenier (1995) y Burguière (1995) han desconstruido recientemente la propia noción de *longuée durée* y Morris (1997) se muestra ferviente partidario del estudio de "los tres tiempos" (actividad, *Dasein* y tiempo largo) sin discriminaciones. El análisis del último de los tres acaba otorgando a los escritos historiográficos y arqueológicos un aire "ahistórico" (quizá comprensible en el Neolítico, por la parquedad de las fuentes, pero no ciertamente en tiempos más recientes y *densos*). Se impone cada vez más la idea de que es necesario incorporar el tiempo humano a la narración histórica para una mejor comprensión de los individuos y las circunstancias en que actuaron en el pasado. La propuesta de Veyne se adelantó dos décadas a su tiempo lo cual no redundó precisamente en su favor (las teorías de Braudel tenían un enorme peso entonces). Además su propuesta no pretende simplemente reconciliar los tres tiempos como propone Morris, sino más bien afirma la inexistencia del tercero de ellos, la *longuée durée* (precisamente por ese aire ahistórico que denuncia el arqueólogo inglés).

El libro de Ricoeur que más nos interesa, por lo que a nuestro trabajo respecta, es *Tiempo y Narración. Configuración del tiempo en el relato histórico* (1987, primero de una trilogía), pero la totalidad de su obra es de sumo interés para la mayor parte de los temas que aquí nos ocupan: Ricoeur parte de Husserl y Heidegger para definir su postura. Difiere del primero en que

pretende hacer posible una fenomenología real, que logre evitar la huida hacia un fundamento inalcanzable (pues en Husserl cada síntesis objetiva remite a una cada vez más radical síntesis subjetiva). Del segundo se aparta al abandonar la "vía corta" que se dirige a la analítica del *Dasein*. Ricoeur entiende que es en el lenguaje donde aparece la comprensión como modo de ser, por lo que resulta necesario sustituir la "vía corta" analítica, por la "vía larga" del análisis del lenguaje. Toda comprensión deberá ir mediatizada por el análisis de los signos, los símbolos y los textos en general. A partir de la crítica de la fenomenología el ser del yo vendrá deducido del *a priori* de los símbolos. El interés de esto para una teoría de la arqueología o de la cultura material es evidente, puesto que lo material forma parte privilegiada del *a priori* de los símbolos que nos conducen al yo. Se trata, además, de una teoría profundamente histórica: podemos saber lo que la persona es atendiendo a la secuencia narrativa de su vida. El valor de esta tesis será puesta de relieve en la tercera parte.

La teoría hermenéutica de Ricoeur aparece sometida a una triple contingencia (Maceiras 1987: 15): la de los símbolos y textos escogidos –"prisioneros de una cultura"–, la de su carencia de univocidad significativa y la de la individualidad del intérprete. La hermenéutica renuncia a todo saber absoluto. Ricoeur abraza la "hermenéutica de la escucha": frente a la desmitificadora ("hermenéutica de la sospecha") de Marx, Nietzsche y Freud. La de la escucha, heredada de Husserl, es "remitificadora", busca la palabra que encierra el símbolo, intenta escuchar su mensaje. Ricoeur afronta la relación dinámica de ambos estilos hermenéuticos. Nuestro intento de hermenéutica pretende ser tanto desmitificador como remitificador. Desmitificador porque al plantear historias alternativas intenta arrojar sombras de duda sobre la historiografía basada exclusivamente en el registro literario. Remitificador porque quiere rescatar los significados de las historias construidas por los protagonistas de la Historia, a partir de la cultura material.

Ricoeur entiende que tanto la historia (ciencia) como la narración ficticia obedecen a una única operación configurante que dota a ambas de inteligibilidad y establece entre ellas una analogía esencial. Esa operación mediadora es la trama. Nada se puede considerar acontecimiento si no es susceptible de ser incorporado en una trama (en una historia). En su teoría, el filósofo vincula historia y metáfora, al replantear el problema de la referencia (en la historia y en la ficción) en términos de redescipción: "Si bien la metáfora se incluye tradicionalmente en la teoría de los 'tropos' (o figuras del discurso) y la narración en la de los 'géneros' literarios, los efectos de sentido producidos por ambas incumben al mismo fenómeno central de innovación semántica" (1987: 3). La narración apunta hacia modos "excéntricos" de la experiencia personal. El relato diseña el presente como iniciativa.

3) Terminología

Resulta necesario aclarar dos términos que pueden llevar a confusión en este trabajo: Antiguo Régimen y Capitalismo. En el presente texto entendemos por Antiguo Régimen (o mundo tradicional, preindustrial) no sólo un período concreto en el tiempo (que consideramos, para nuestra zona, con una amplitud cronológica que llega a 1960-70), sino también una mentalidad, que es la tradicional, preindustrial, campesina; una religiosidad, una estructura familiar y unas relaciones familiares "arcaicas". Hablamos también de cultura material y tecnología del Antiguo Régimen: las casas de mampostería con cubierta de piedra o teja curva, los arados, los carros de madera, las gradas, la cerámica artesana, los instrumentos de cantero, de hilado, de carpintería, etc. El uso de este término no es arbitrario. Aunque se hayan producido cambios, la mayor parte de los comportamientos, la mayoría de los objetos (muebles e inmuebles), la mentalidad, los usos sociales y económicos han sufrido escasa mutación desde el siglo XVI hasta la penetración de las formas industriales del siglo XX, fines de los años 60 y especialmente de los años 70 en adelante. El Capitalismo o mundo industrial (o Nuevo Régimen) se desarrolla con fuerza desde la segunda mitad de los años 70. La mentalidad, los usos sociales y políticos, la economía, la estructura familiar y de herencia, la cultura material, la tecnología son equivalentes –o pretenden serlo– a los del resto de la civilización occidental (por lo que respecta a la primera, con las diferencias que impone la historia local).

Ambos períodos se entrelazan, se mezclan y se suplantán en los años 50 a 90. Existen comportamientos y actitudes capitalistas en los años 50 y del Antiguo Régimen en los 90. Una casa puede mostrar un registro material del Antiguo Régimen y un abandono capitalista o un registro parcialmente preindustrial y parcialmente capitalista y un abandono capitalista o un registro del Antiguo Régimen y un abandono igualmente preindustrial, etcétera. En fin, nos hallamos en un momento complejo, de cambio cultural, donde las posturas no aparecen siempre diáfanas, ni en la cultura material ni en los relatos orales. Teniendo en cuenta esto, y la utilización de los conceptos citados, esperamos que la comprensión de las tesis aquí expuestas sea más sencilla.

II) ESTUDIO DE LOS ABANDONOS

1) Historiografía del estudio de los abandonos

Enfoques teóricos

Una etnoarqueología de la emigración en Galicia ha de partir del paisaje actual, con sus aldeas despobladas y transformadas por un siglo de éxodos. El estudio de los abandonos de casas, pueblos y regiones ha sido tradicionalmente un elemento privilegiado por el análisis etnoarqueológico. A partir de los años 80 ha superado el marco de la mera interpretación mecánica del registro material abandonado para comenzar a abordar las cuestiones de tipo cultural que lo condicionan.

En España el enfoque etnoarqueológico del abandono de asentamientos y regiones sólo aparece representado actualmente por los trabajos de Seguí (1995) y Creighton y Seguí (1998). Ambos estudios se enmarcan dentro de la línea tradicional de la etnoarqueología (esto es, marcos referenciales que permiten arrojar luz sobre cuestiones arqueológicas previas). Dejando aparte esta excepción, existen trabajos geográficos y multidisciplinarios que pueden aportar elementos interesantes a la arqueología y a la etnoarqueología. Ése es el caso del estudio de los pueblos abandonados de Asturias (V.V.A.A. 1989). El origen del trabajo, según afirman sus autores, fue el interés por "conocer el estado del hábitat rural asturiano despoblado o en vías de alcanzar esta situación debido a la lógica de su propia dinámica basada en una estructura fuertemente envejecida y sin posibilidades de recuperación" (*ibid.*: 9). Como en el caso que nos ocupa, los pueblos asturianos objeto de análisis sufrieron un abandono repentino (que en términos arqueológicos sería calificable de *catastrófico*, por su rapidez y extensión). Resulta también comparable a nuestro caso el hecho de que el relieve, la altitud, el clima y la falta de infraestructuras y recursos hayan motivado una mayor o menor despoblación; en nuestro caso condiciona, como veremos, el éxodo migratorio (Rodríguez Campos 1984), pero no tanto la despoblación. Como la zona analizada de Asturias, Terra de Montes es una comarca interior y montañosa, lo que ha favorecido su abandono. Por su carácter interdisciplinar, el estudio sobre los pueblos abandonados de Asturias tiene en cuenta elementos materiales (características de la arquitectura tradicional y procesos de degradación), si bien no de forma sistemática. El interés de los autores es, ante todo, arquitectónico.

La etnoarqueología de los abandonos propiamente dicha apareció en los años 70 y lo hizo en el marco teórico de la Nueva Arqueología. El estudio de Lange y Rydberg (1972) de una casa deshabitada en Centroamérica es, a nuestro parecer, el primer análisis etnoarqueológico centrado en los problemas del abandono de forma preferente, en un contexto de tecnología

no paleolítica. Otros trabajos que se suelen citar, como los de Thomson (1939), en campamentos aborígenes australianos, o los de Longacre y Ayres (1968), sobre un yacimiento apache, resultan precedentes menos claros. Lange y Rydberg se plantean ya cuestiones que serán recurrentes en las investigaciones posteriores sobre despoblamiento y desarrollan una metodología adecuada (el análisis microespacial de las estructuras abandonadas) que nosotros mismos hemos utilizado. Del mismo año es el artículo de Schiffer (1972) sobre la distinción de contexto sistémico y contexto arqueológico, un aspecto de enorme relevancia en la teoría de los abandonos. Su *Behavioral Archaeology* (1976) resulta también imprescindible en el estudio etnoarqueológico del despoblamiento. Binford (1976; 1977) contribuyó igualmente al desarrollo de los análisis sobre procesos de formación del registro arqueológico, aunque sus intereses se centraron sobre todo en los contextos de tecnología paleolítica. Un hito en la historiografía lo marca Stevenson (1982). Este autor abordó el estudio de los asentamientos mineros de principios de siglo en el río Yukón y estableció marcos referenciales para distinguir los abandonos planeados de los no planeados, según se podía percibir en el registro material. Hizo acopio de toda clase de fuentes de información (oralidad, textos de la época, cultura material) y llevó a cabo un detallado estudio microespacial y estadístico, que más tarde aplicó a un contexto arqueológico (Stevenson 1985). Kent (1984) incidió en algunos de los planteamientos de Stevenson sobre el tipo de abandono (como Tomka 1989 y Brooks 1989). La investigación de Rothschild y su equipo (1993) entre los indios zuñi se ha separado relativamente de las propuestas previas y ofrece una visión más compleja de los abandonos, gracias, entre otras cosas a la larga duración de su proyecto (quince años). Los planteamientos que han guiado estos trabajos han sido casi exclusivamente nomotéticos y positivistas: se trata de ofrecer casos que expliquen el registro arqueológico, para lo cual se recurre a leyes generales, predictivas, de carácter demasiado amplio. Son estudios ahistóricos, con propuestas frecuentemente demasiado amplias como para que puedan fallar (y por lo mismo con un escaso poder heurístico). El funcionalismo de la arqueología procesual ha impregnado también las aproximaciones al despoblamiento (los trabajos de Kent 1984 y 1993a son paradigmáticos en este sentido).

Cuestiones claves en el estudio de los abandonos

La mayor parte de los trabajos se han centrado en los abandonos temporales, de pueblos nómadas o seminómadas. Los abandonos permanentes han recibido una menor atención (Lange y Rydberg 1972; Stevenson 1982; Rothschild *et al.* 1993).

Dentro del fenómeno geneneral del despoblamiento y abandono de estructuras una serie de aspectos han focalizado el interés de los investigadores: el comportamiento conservador (*curated behavior*) y su influencia en la distorsión del registro arqueológico (Binford 1977); la diferencia entre el contexto sistémico y el arqueológico (Lange y Rydberg 1972; Schiffer 1972, 1976; Yellen 1977); la alteración de las estructuras (Schiffer 1987; Cameron 1991); la tipología del desecho (Schiffer 1976, 1987; Murray 1980); su disposición (Hayden y Cannon 1983; Deal 1985). Se han propuesto asimismo fases y tipos de abandono (preabandono, abandono y post-abandono, Deal 1985) y las relaciones de registro etnoarqueológico (de los abandonos) con los condicionantes económicos (Brooks 1989; Stone 1993) o ambientales (Horne 1993; 1994) también han sido estudiados por varios autores. Más recientemente los investigadores han refinado la variabilidad de los abandonos, introduciendo términos como episódico, estacional, permanente (Tomka 1989) y puntuado (Graham 1993), y se ha relacionado el fenómeno con la dinámica social propia de una cultura (Brooks 1993). No ha habido preocupación, sin embargo, por estudiar los abandonos rituales o no funcionales en general (Stevanovic 1997) el concepto de abandono en las diferentes culturas, ni la percepción del paisaje deshabitado o las regiones despobladas. Tampoco existen estudios etnoarqueológicos sobre el papel de la cultura material una vez fuera de uso (funcional).

2) Objetivos

El objetivo básico de este trabajo es estudiar los procesos de abandono de una región, sus asentamientos y los edificios dentro de los asentamientos. Las causas socio-económicas ya las conocemos (la emigración a Ultramar, Europa y otras regiones de España, el éxodo a la ciudad y la desaparición del modo de vida campesino), con lo que nuestra meta es, como señalábamos al principio, interpretar significados y mentalidades a través del registro material. Por un lado intentamos descubrir el significado cultural de los objetos abandonados y las ruinas del pasado reciente. Por otro, a través del registro arqueológico pretendemos acercarnos a la mentalidad (al mundo y a la percepción del mundo) del Antiguo Régimen y del Capitalismo de una forma que, para la zona que nos ocupa, no había sido ensayada hasta ahora; de este modo, tratamos de *remitificar* los mensajes de la cultura material y de *desmitificar* los de la historiografía tradicional, basada en el registro literario. Los problemas son muchos: no siempre es clara la distinción entre el contexto industrial y el preindustrial e incluso nos hallamos con ambos en la misma estructura (como ya hemos señalado). Los fenómenos de distorsión de registro tampoco hacen la situación fácil. Nos interesa, además, conocer las formas en que se puede abandonar una casa campesina y un asentamiento agrícola, las distorsiones que sufre el registro (principalmente culturales), las reocupaciones y reutilizaciones parciales, el uso que se hace del desecho, etc.

Las teorías aquí propuestas las consideramos un fin en sí mismo, no un marco referencial que pueda ser aplicado sistemáticamente por los arqueólogos en otras situaciones. No formulamos –porque no creemos que existan– teorías de alcance medio. Esto no quiere decir, sin embargo, que lo aquí expuesto no pueda servir para estimular la interpretación arqueológica. Algunos de los fenómenos tratados (formas de abandono y reutilización de espacios, utilización simbólica de la cultura material en uso o abandonada, cambios en la disposición del desecho, actitudes conservativas) se dan también en otros períodos, con lo que es lícita la comparación (no la extrapolación) con contextos (de la Edad del Hierro y posteriores sobre todo).

Lo que pretendemos trazar, en fin, es una o varias historias alternativas que, a la vez que complementen la o las historias interpretadas a través del registro escrito, nos hagan dudar sobre la realidad de nuestro conocimiento adquirido a través de dicho registro. Como dice Dyson (cit. en Britton 1997: 17) “a veces pienso que podemos saber más sobre los mayas, donde somos conscientes de nuestra ignorancia, que sobre los romanos, donde no lo somos”. ¿Por qué puede la arqueología histórica de Egipto o la Grecia clásica “establecer su propia agenda” y desembarazarse de la espada de Damocles de los textos (Britton *ibid.*: 20 y ss.) y la etnoarqueología y los estudios de cultura material deben ser disciplinas dependientes? A la etnoarqueología también debería caber el privilegio de desconstruir las historias de los antropólogos (y a los estudios de cultura material las de los sociólogos). Por otro lado, la etnoarqueología no debe liberarse sólo de las constricciones de los textos, sino también de su relación de servidumbre con la arqueología. El hecho de que estimule las teorías arqueológicas no quiere decir que deba orientarse únicamente a suministrar datos en bruto, presuntamente *inteorizados*.

Por último, aunque partamos de un caso concreto reducido en el tiempo y en el espacio, las tesis aquí propuestas pretenden exceder –como teoría– el marco impuesto por la base empírica. Como dice Bourdieu (1997: 11), al referirse a sus investigaciones en una conferencia en Japón: “pienso (...) que presentando el modelo del espacio social y del espacio simbólico que he elaborado a propósito del caso particular de Francia, no dejaré de hablar de Japón (como, si hablara en otra parte, hablaría de Estados Unidos o de Alemania)”. La contextualidad del trabajo no es óbice para sus aspiraciones extralocales en lo teórico (como es lógico no en el nivel de Pierre Bourdieu): no se trata de una mera descripción etnográfica, ni de un inventario arqueológico, aunque ambas facetas puedan estar contempladas en este estudio.

3) Metodología

Para realizar este trabajo hemos visitado el centenar de pueblos y aldeas de la zona meridional de la comarca y sus aledaños, de los cuales 63 han sido incluidos de una manera u otra en las conclusiones del trabajo. Hemos utilizado los mapas 1/25.000 del IGN y 1/50.000 del SGE y del IGN. Para el análisis de los procesos de abandono de estructuras hemos tomado unas 300 fotografías y levantado planos a escala 1/20 de derrumbes. Las entrevistas con informantes nos han permitido saber con frecuencia la fecha del abandono de los edificios, aunque en este sentido nos encontramos con graves problemas: muchas veces no se conoce cuando se deshabitó una vivienda o se dan referencias muy vagas (relativas al parentesco, con lo cual –para nosotros– carentes de referencia cronológica); a esto hay que añadir la tendencia a dar números redondos (con lo que tenemos acumulaciones de fechas en 5, 10, 20, 30 años). Para el estudio del asentamiento contamos con los planos de ordenación urbanística a diferentes escalas. Identificamos las estructuras abandonadas como locus+nº, menos aquéllas que han sido objeto de estudio microespacial, a las cuales denominamos por el nombre del lugar más un número, si existe más de una así estudiada en el asentamiento (p. ej. Alvite-1, Alvite-2, en cambio Doade, Adrián). En ocasiones nos referimos también al lugar que ocupa la vivienda analizada en detalle dentro del poblado (por ejemplo Sanguñedo-Coto da Mosca locus 2 o Doade locus 2). Cuando la casa posee un microtopónimo, aparece junto al nombre de la aldea (p. ej. A Graña-Eiravella (A Graña-1); Sanguñedo-1 o Sanguñedo-Coto da Mosca). Contamos con dos entrevistas grabadas en vídeo con información acerca de las causas y procesos de abandono y las zonas de habitación y ocupación preferente. Las visitas recurrentes no han resultado especialmente significativas, quizá porque el lapso de tiempo no es muy grande (menos de tres años). Por las condiciones ambientales de Galicia, dicho lapso debería ser equivalente a diez o más años en una zona semidesértica como el área zuñi –donde Rothschild *et al.* (1993) sí advierten mutaciones importantes.

Para el análisis microespacial de las estructuras levantamos planos a escala 1/50 de 12 edificios seleccionados sobre los varios cientos visitados, fotografiamos los interiores y en alguna ocasión los grabamos en vídeo. Posteriormente realizamos el estudio cuantitativo de los datos: consideramos variables significativas la materia en que estaban realizados los objetos abandonados, el tamaño, el tipo de producción (tradicional o industrial), las áreas de trabajo a las que pertenecen (actividades domésticas, agropecuarias y oficios artesanales). En la distinción entre tradicional e industrial decidimos incluir algunos elementos como el arado de hierro o las *escampeladeiras*, los cuales unas veces son producto de una fábrica y otros imitaciones de los herreros locales. Dado que su uso es tradicional (arar, escardar) y no son instrumentos mecánicos, nos parece la opción más

correcta. Los informantes, por su parte, nos confirmaron la distinción entre materiales *in situ* e intrusiones. En algunos casos (Alvite y Adrián), dado que las aldeas se encontraban abandonadas por completo (al menos cuando se llevó a cabo el trabajo), no pudimos obtener información acerca de las estructuras.

Para el estudio de la cultura material tradicional en contexto sistémico (como comparación con los materiales abandonados) o ya fuera de uso, recurrimos nuevamente a las entrevistas con informantes, así como a las fotografías. En ciertos casos hemos realizado visitas recurrentes a lo largo de distintos momentos en diferentes años (97, 98, 99) para observar los cambios en los objetos aparentemente abandonados, y descubrir si desaparecían, se reincorporaban al contexto sistémico o se reutilizaban como materia prima. Para la cultura material industrial, además de la experiencia cotidiana, nos fueron de gran ayuda las fotografías de Virxilio Viéitez (Sendón y Suárez 1998), que trabajó en la zona entre los años 50 y 70. También visitamos y fotografiamos algunos edificios modernos característicos. Como en todos los casos, los informantes resultaron una fuente fundamental de conocimiento y contrastación de los datos del registro material.

Se podrá observar a lo largo de este trabajo que no tenemos ningún prejuicio a la hora de referirnos a otras culturas y momentos históricos. Aunque creemos que nuestra posición antinomotética resulta explícita, debe quedar claro que las menciones no pretenden probar la universalidad o predictibilidad de un hecho atestiguado empíricamente en nuestra zona. Del mismo modo que deseamos que nuestro estudio pueda servir de estímulo en la interpretación arqueológica, etnoarqueológica, histórica o antropológica, en nuestro caso los análisis sobre los rarámuri, k'ekch'ies, iraníes, mineros norteamericanos de principios de siglo, griegos y romanos clásicos, campesinos rumanos o isleños del Pacífico entre otros muchos sí han iluminado nuestras teorías. "Los ironistas, dice Rorty (1991: 98), temen quedar atascados en el léxico en que fueron educados si sólo conocen a gente del vecindario, de manera que intentan trabar conocimiento con personas desconocidas (Alcibíades, Julien Sorel), familias desconocidas (los Karamazov, los Casaubon) y comunidades desconocidas (los caballeros teutónicos, los Nuer, los mandarines del Sung)". El espíritu ironista alenta, en este sentido (y en otros), este trabajo.

III) EMIGRACIÓN

1) La emigración gallega

La emigración es el tema preferente de la historiografía de la Edad Contemporánea en Galicia. La inmensa mayoría de los trabajos que estudian el período comprendido entre el siglo XVIII y los años sesenta del siglo XX están dedicados al éxodo de gallegos hacia otras partes de España, Europa y América. Las directrices que han guiado tales estudios son claras: efectos económicos del fenómeno migratorio, causas de la salida, factores de atracción y organización de las comunidades de inmigrantes en los países receptores, con la dialéctica asimilación/integración de aquellas que tienen lugar en las nuevas sociedades de arribada (Núñez Seixas 1998: 14). Desde esta perspectiva, la emigración se ve siempre como un mal económico para el país emisor. En el caso gallego, concretamente, el éxodo significaría un inhibidor para el proceso de modernización y obstáculo permanente para todas las posibilidades de acción colectiva, sea del campesinado, el proletariado o las clases medias, hasta el punto que hay quien ha entendido el fenómeno como una maniobra de los caciques para mantener su poder (*ibid.*: 15). Así Beiras (1972) considera que la emigración es “a renuncia a revolta” y la aceleración de la *desgaleguización* del país. Frente a esta visión negativa (también Míguez 1967), se sitúa la idea de este hecho histórico como un mal menor. El dinero que envían los emigrantes y el regreso de los indianos ricos serviría, en opinión de los partidarios del proceso, para desarrollar el país. Entre ambos polos existen opiniones (como Rodríguez Campos 1984) en el que la emigración –pese a ser un fenómeno negativo– aparece como una adaptación ecológica de la sociedad, y no faltan las revisiones críticas que replantean los puntos de partida del análisis (Liz 1991). En opinión de Núñez Seixas (1998: 19) la primera visión es política, tópica y contrafactual, mientras que la segunda resulta propia del liberalismo económico: la emigración es un mal inevitable. La idea de la pasividad social que presenta la primera opción no es del todo verdadera (*cf.* Hervés et al. 1997), aunque ciertamente no nos hallamos ante un campesinado revolucionario.

La visión historiográfica tradicional ha puesto el acento en cuestiones económicas, sociales y políticas y reduce los aspectos materiales y cognitivos a un “longo e anecdótico etcétera” (Núñez Seixas 1998: 21). Nuestra intención es, a través de un análisis (etno)arqueológico rescatar el valor de ese “anecdótico etcétera”, lo cual no significa en modo alguno desplazar a un segundo plano cuanto hasta entonces se ha considerado fundamental en el fenómeno de la emigración. Se trata, como ya hemos dicho, de proponer historias alternativas. Pese a la situación de privilegio que tiene el enfoque económico en la emigración, se ha podido observar que el peso del

fenómeno en el cambio cultural –en cualquier cambio– es mínimo. Como señala Rodríguez Campos (1984: 46) “a emigración serviu de sostén da agricultura de subsistencia máis que de elemento de cambio”. Este autor diferencia entre el *emigrante ideal*, que regresa rico tras alcanzar el éxito allende los mares y logra sacar a su familia del atraso campesino, y el *emigrante real*, que apenas consigue tapar algunas deudas y contribuir al mantenimiento de su familia en Galicia. Con las *remesas* enviadas por los americanos puede que se pudiera comprar un arado de vertedera o una *grade* de hierro, pero ninguno de los dos aperos significa, en el plano económico, una revolución agraria.

Nuestra tesis, surgida de la observación de la realidad material y contrastada con otras fuentes, es que la emigración actuó de puente cognitivo y amortiguador entre el Antiguo Régimen y el mundo capitalista, a lo largo de casi cien años –entre el último cuarto del siglo XIX y los años 60 del siglo XX. Centrándonos en la cultura material, queremos presentar una propuesta ni histórica ni antropológica, sino que se trata de una (etno)arqueología de la emigración.

Orígenes

Antes del éxodo a gran escala de fines del siglo XIX hacia América, ya existía una emigración de carácter estacional en Galicia que tenía como meta los campos de Castilla. El acudir a las siegas estivales de la Meseta se constituyó en una costumbre que ha perdurado hasta nuestros días. Algunos factores coinciden con la posterior emigración: en ambos casos, el salir del pueblo se transforma en un rito de paso, pues “nadie era mozo hasta ir un verano a las siegas de Castilla” (Saavedra 1994: 202); asimismo, por lo que a nosotros interesa, tanto si se trata de América como de Castilla se entra en contacto con realidades materiales nuevas.

Galicia ha contado desde antiguo con una demografía superior a la capacidad de sostenimiento. Aunque la introducción del maíz a fines del siglo XVII contribuyó a un más intensivo aprovechamiento de la tierra, permitió también un paralelo incremento de la población. A partir de entonces se ganan parcelas cultivables al monte, cada vez más pobres e improductivas. El fenómeno del *vinculeiro* –el beneficiario de la herencia paterna– suponía la existencia de varias personas que se quedaban sin recursos o con los recursos mínimos, los cuales no siempre podían quedarse trabajando al servicio del hermano mayor o a aquel que se haya decidido *millorar*. Imperaba la ideología de “bens divididos, bens perdidos”. Lisón (1979, sobre todo pp. 333 y ss.) fue el primero en vincular, para el caso gallego, el sistema de *millora* y la emigración. En el caso concreto que nos ocupa, la Terra de Montes, durante el siglo XVIII el 76 % de las familias optaban por beneficiar a algunos de sus hijos, frecuentemente el varón pero

no siempre el primogénito (Fernández Cortizo 1982). La emigración se muestra ya, desde sus orígenes, como una posibilidad de que gran parte de la juventud no perdiese la esperanza de poder formar una familia sin verse condenada a la larga y perpetua soltería que significaba además servir eternamente de fuerza de trabajo en la casa paterna a cambio de residir en ella sin otro beneficio (Rodríguez Campos 1984).

La emigración propiamente dicha comenzó en las zonas más densamente pobladas, esto es, el litoral y los grandes valles, y tiene como destino Portugal, Castilla, Andalucía e Indias (Meijide 1960). Aunque la provincia de Pontevedra tiene los porcentajes más altos de población emigrada, nuestra zona se enmarca más bien en la dinámica ourensana, donde el impacto del fenómeno no se deja notar hasta el siglo XIX. En los años 60 del siglo XIX la situación ha cambiado: si en Forcarei hay de 40 a 49 hombres por cada 100 mujeres (entre 21 y 25 años) –lo que implica una incidencia de la emigración muy importante–, en Beariz encontramos de 80 a 89 hombres por cada 100 mujeres (Saavedra 1994: 221). Así pues, dentro de la comarca se advierten ya dos modelos demográficos, y en cierta medida sociales, que se reflejan –curiosamente a la inversa– en la cultura material de nuestros días.

La verdadera riada migratoria tiene su comienzo hacia 1860 (en 1853 se detecta la primera migración ultramarina). La explicación hay que buscarla en el último gran incremento demográfico que se produce entre 1780 y 1839 (Saavedra 1993: 160-161).

Desarrollo del proceso

La gran emigración, sin embargo, no llega hasta el último cuarto del siglo XIX. Entre los motivos que impulsaron el éxodo, a parte de los propiamente económicos –que siguen siendo los del siglo XVII y XVIII, pero agravados por el incremento demográfico– se ha señalado la institución de las quintas y las consiguientes deserciones, así como la mejora y abaratamiento de los transportes (Hervés *et al.* 1997). Dado el largo tiempo que eran requeridos los mozos para realizar el servicio militar, los peligros que se corrían (sobre todo los conflictos en Marruecos y Cuba) y los problemas económicos que se derivaban de la estancia fuera de la aldea, muchos decidían huir a América u otros lugares, generalmente a través de Portugal. Una vez que está en marcha el proceso, y gracias a las informaciones que llegan de Ultramar o a la vuelta de los propios emigrados, el fenómeno adquiere un mecanismo de evolución propio. El éxito –o el aparente éxito– de los que han marchado a otras tierras fomenta nuevas salidas hasta tal punto que se institucionaliza la diáspora como una realidad inevitable. Por lo que respecta a los aspectos económicos –que se encuentran en la base del proceso– Beiras (1972) resume la situación así: “a emigración galega representa un dobre e constante

desaxuste, por unha banda ante a presión demográfica e a estrutura do sistema produtivo; por outra banda, ante a capacidade de xeneración de escendente polo sistema e o uso ou destino do escendente realmente xenerado”.

En total, entre 1910 y 1970 salieron de Galicia 1.400.000 gallegos. Entre 1911 y 1920 emigraron de Pontevedra 94.523 personas y de Ourense 98.760. Entre 1921 y 1930 lo hicieron 95.512 y 70.402 respectivamente. Las dos décadas que van de 1931 a 1950 vieron salir, en cambio 42.563 habitantes de Pontevedra y 23.589 de Ourense, esto es menos, de la mitad –en dos décadas– que en la década anterior. Por tanto, el período que discurre entre la Segunda República y la Posguerra es un momento de ralentización del éxodo. El ritmo se recupera ligeramente en las décadas siguientes: Entre 1951 y 1960 se marchan de Pontevedra 77.840 personas y hacen lo mismo 56.835 ourensanos. En la primera mitad de los años 60 emigran 14.633 y 10.796 habitantes de cada provincia (datos de Sánchez López 1967).

La cultura material que hemos estudiado se enmarca dentro del proceso migratorio del siglo XX. Este proceso pasa por dos fases fundamentales: entre 1910 y 1960 se produce la migración a América, mientras que los años 60 son de salida a Europa (Barreiro 1980: 241).

En el primer período los destinos preferidos son Argentina, Venezuela y Uruguay. En la segunda fase se emigra a Francia, Suiza, Alemania, Inglaterra y Holanda. En el caso particular de la Terra de Montes hay que añadir otros países: así, en Forcarei el éxodo se dirigió, además de a los lugares citados, a Estados Unidos y Brasil. En el municipio de Beariz, el país receptor por antonomasia resultó ser México. Cataluña, País Vasco (Bilbao) y Andorra constituyeron destinos preferentes para los habitantes de la comarca en la segunda fase migratoria.

Los años 70 son de retorno de los emigrantes. El “efecto Buron” permite la creación de más de 600.000 puestos de trabajo en esa década y comienzos de la siguiente. Los emigrados regresan ya no a los lugares, aldeas y pueblos, sino a las villas urbanas y ciudades (Rodríguez González 1997: 116). Se produce así un nuevo fenómeno de abandono de los asentamientos y las estructuras rurales. Muchos individuos se llevan consigo a los centros urbanos a sus familiares –sobre todo gente mayor, padres, tíos y abuelos– con lo que muchas de las viviendas tradicionales, que habían sobrevivido con distinta suerte hasta entonces, quedan desiertas. Los años 70, 80 y 90 son también décadas de desgaste biológico. La inmensa mayoría de los representantes del Antiguo Régimen son ya ancianos. A su muerte los edificios quedan abandonados.

La emigración en Terra de Montes será tratada en el siguiente apartado.

Factores sociales e ideológicos: los indianos

El retorno de los emigrados es uno de los factores sociales claves de la emigración. Debido al enfoque historiográfico tradicional, sabemos mucho de las casas de Galicia en Ultramar, la prensa gallega en el extranjero, las actividades políticas de los emigrados, etc. pero nuestros conocimientos sobre el papel de los indianos es –comparativamente– mucho más reducido. Su papel como elemento aculturador (“innovador” según la historiografía tradicional) ha sido tratado en dos trabajos especialmente (Precedo y Doval 1987 y Castro 1992). El segundo de ellos señala como se produce un fenómeno de emulación de los emigrantes por parte de los demás vecinos, que tomaban a los regresados como nuevo patrón de comparación de bienestar y *status*. Además, como señala Cardín (1984: 139), fueron también los emigrantes menos favorecidos los que con sus cartas, envíos de revistas y sus baules extendieron la conciencia urbana y cierto cosmopolitismo en sus lugares de origen.

El impacto de los retornados se ha estudiado a través de tres ejes (economía, sociedad, política) en los cuales los aspectos cognitivos no tienen cabida (véase Núñez Seixas 1998). El rechazo de los posibles elementos de cambio de la mentalidad como meras “anécdotas” supone la descalificación del análisis de la cultura material como forma de acercamiento a la sociedad. Tanto Deetz como Braudel (1974) construyen sus historias precisamente a partir de esos elementos despreciados por la historiografía tradicional como son el vestido, la comida, la música, la bebida, aspectos todos ellos que se incluyen en la lista de “anécdotas” de Núñez Seixas. También Bourdieu, en obras como *La Distinción* (1991) toma como claves de su trabajo sociológico los deportes, la cocina, las bebidas, los instrumentos de música, etc., mientras que ya Barthes (1970) señalaba el papel que los elementos materiales más nimios tienen en la significación, y su capacidad para construir mensajes ideológicos. Cardín (1984: 139), para el caso de la emigración en Asturias, dice que “habría que investigar la labor de cosmopolitización llevada a cabo en las aldeas y villas de Asturias por los envíos de *Carteles y Bohemia*, o las suscripciones a *Life* y *Selecciones*, hechas en Hispanoamérica, como no menos el efecto de los envíos de enseres, ropa y objetos de recuerdo”. En las fotografías de la Terra de Montes tomadas por Virgilio Viéitez en los años 50 y 60 se advierte claramente el papel destacado que todos estos elementos tienen en la paulatina transformación de la mentalidad (y, así, de la sociedad). El papel político de los indianos, en nuestra opinión, sí que resulta prescindible, dado que se redujo al de unos pocos individuos y su repercusión en la sociedad y en la mentalidad tuvo una nula o muy escasa transcendencia (¡incluso en la política!). El problema radica en la riqueza y aparente elocuencia de las fuentes que hacen referencia a las actividades políticas o económicas de los emigrados y a que apenas se ha observado la auténtica repercusión social de dichas actividades, sea porque el registro literario es parco en tal información, sea porque se interpreta parcialmente o porque se desatienden los factores materiales.

Un aspecto que no se tiene en cuenta en su justa medida cuando se habla de los emigrados es el papel del género. Si se ha señalado la aparición de hogares matrifocales, donde la mujer desempeña tareas de decisión que antes habían correspondido al hombre, aunque el poder femenino hubiera sido siempre relativamente importante (Iturra 1989: 20). Pero pasa más desapercibido el aumento de la categoría social de los hombres. El hombre emigrado adquiere un rol social y una consideración de la que antes carecía (Rodríguez Campos 1984: 46), dado que ahora tiene un papel verdaderamente crucial en el soporte económico de su familia, mientras que en su casa las tareas se encontraban repartidas. Curiosamente no se revaloriza el concepto de la mujer, que se ve cargada con todos los trabajos de una casa campesina. En el fondo se trata de una actitud androcéntrica profundamente hipócrita. Muchos hombres emigrados a América jamás regresaron: volvieron a crear nuevas familias en el país de destino sin preocuparse ni de su esposa ni de la descendencia a este lado del Atlántico. Una mujer jamás podría hacer eso. El protagonismo masculino implica la pasividad femenina, que debe esperar pacientemente la improbable venida del marido, llevando a cabo, mientras tanto, el esfuerzo de criar a la prole, labrar las tierras, vender el excedente, comprar o vender tierras y aperos, etc. El esfuerzo de la mujer gallega, aunque menos vistoso que el del emigrante, decorado con el sentimiento romántico de la *saudade*, fue, en muchas ocasiones, superior. Nuevamente aquí lo material tiene un papel importante. La mujer queda ligada a la cultura material tradicional, tecnológicamente arcaica y símbolo de la esclavitud a la tierra. El hombre se nos presenta como el portador del bienestar y el progreso, así como conocedor exclusivo de la tecnología. Oldenziel (1996) dice que las máquinas y los técnicos se convirtieron en la metáfora dominante de la tecnología como símbolo del poder masculino. Méndez (1988) identifica en Galicia el mismo alejamiento de la mujer de la tecnología, patrimonio masculino, lo que supone el descenso de su estatus. La mujer (y su poder) es el pasado, el hombre representa el futuro. Dos formas se nos presentan para desplazar el estatus femenino: el emigrado que se considera un héroe cultural, triunfador más allá de las fronteras, tras haber atravesado esfuerzos y situaciones inenarrables (y siempre exageradas en las cartas y relatos) frente a la mujer que sigue desempeñando el trabajo tradicional, y el capitalista local que consigue con su trabajo evitar que su mujer trabaje, con el consiguiente descenso de categoría dentro del núcleo familiar. Estas cuestiones serán más desarrolladas en la tercera parte de este trabajo.

El indiano, pues, contra lo que piensan algunos (Rodríguez Campos 1984; Núñez Seixas 1998), desempeña un papel de revulsivo social (llámese anomia, desestructuración o simplemente cambio) de la mayor importancia, que se refleja en dos puntos: paso de la colectividad al individuo y cambio de la valoración de la mujer, de sujeto activo a sujeto pasivo. Ambos

aspectos son claves del capitalismo. De hecho, el siglo XIX y el fin del Antiguo Régimen trajeron en Europa una situación de represión del género femenino muy considerable, que significó un grave retroceso respecto a épocas previas (Foucault 1987). El progreso –diría el slogan– es cosa de hombres.

Los aspectos ideológicos que condicionan (y favorecen) el proceso migratorio han sido tenidos en cuenta de forma secundaria, nuevamente, frente a otros factores ya señalados. Trabajos como los de Cardín (1984), Precado y Doval (1987), Castro (1991) y Campos Álvarez (1994) subrayan la importancia que posee la mentalidad en la diáspora y el cambio que producen en la cosmovisión gallega determinados elementos materiales o no, que llegan del Nuevo Mundo o cuya noticia se transmite. Un ejemplo etnográfico, procedente de África, nos permitirá establecer un marco de comparación útil para el caso de Galicia.

Se trata de un pueblo de Mali, los Dogon de Shanga, estudiados por Petit (1997). Los paralelos resultan en ciertos aspectos asombrosos: la autora plantea una serie de causas que influyen en la migración de estas gentes entre las cuales se cuentan tanto aspectos económicos como mentales y sociales. Respecto al rol de la mujer en la emigración, se dice que “la racionalidad económica de esta emigración es dudosa” y que “la clave de la emigración es un conflicto de género, en torno a la legitimidad de la superioridad masculina” (*ibid.*: 533; en el caso gallego véase Iturra 1989). En África, como en Galicia, la emigración supone también un cambio cognitivo de primer orden en la concepción de la mujer, por el hombre y por ella misma, tanto por la transformación de su rol económico como familiar (véase también Maloka 1997). La autora se pregunta, igualmente, si la emigración de los jóvenes es una experiencia iniciática o un conflicto de generación. Señala Boujou (1984 en Petit *ibid.*) que el objetivo económico, “conseguir una gruesa suma”, es secundario y aboga por lo iniciático. Habla, además, de un rango de edades a la hora de emigrar: el primogénito es el primero y los demás no pueden salir hasta el retorno del mayor. Encontramos aquí un buen paralelo con la figura del “vinculeiro” gallego, sobre todo cuando se dice (Petit, 1997: 534) que los jóvenes no primogénitos vuelven esperando tener “más peso en las decisiones que afectan a la vida económica familiar”. Hay que tener en cuenta que en el caso gallego el “vinculeiro” es el heredero universal y por tanto futuro rector de la unidad económica doméstica. No es raro que existan, como en el caso Dogon “conflictos latentes entre primogénitos y hermanos menores, siempre disimulados”. Se busca pues “la emancipación *via* la emigración”. Es también de particular interés por lo que a nosotros respecta la afirmación de que los emigrados no pueden volver al pueblo “antes de que hayan podido comprar un baúl de hierro blanco (...), vestidos (...) y un paraguas negro. El día del mercado iban a desfilar vestidos a la occidental” (Petit, 1997: 534).

Es algo muy parecido a lo que señala A. Mato (1984: 124) cuando dice que los gallegos, vueltos de la emigración, se presentaban ante sus paisanos con “buena facha, traje elegante y gruesa leontina en el reloj”. El baúl de emigrante es igualmente un elemento característico de la cultura material gallega de la primera mitad del siglo y que aparece en muchas de las casas que hemos visitado. “Estos indianos –escribe Mato– fueron la mejor publicidad para la emigración”. Volviendo a los Dogon, apunta Petit (1997: 534) que no se puede hablar de iniciación sino es “una organización colectiva y unas representaciones compartidas por el conjunto del grupo”. En el caso gallego existían, ciertamente, ambas cosas, como atestiguan la idea de que quien no emigraba era un *fogueteiro* o *cambote* (objeto de burla de las mujeres a los que nos referiremos más adelante) y la imagen que se pintaba de ultramar: “Tanto había oído hablar de Cuba, que no lo pensé dos veces, Cuba era un sueño para todo el mundo allí. La verdad es que la ponían de lo más bonita, de lo más alegre, y quien iba a pensar que aquí se pasaba tanto trabajo” (Miguel Barnet, cit. en Campos Álvarez, 1995: 123) y, en este mismo sentido: “América, para los gallegos, no era sólo un mercado de trabajo, representaba además en el subconsciente colectivo una tierra de promisión y esperanza” (Campos Álvarez 1995: 128).

Con todo lo dicho parece que no es aventurarse demasiado el pensar que en el fenómeno de emigración gallega jugaron un papel muy importante (no necesariamente desencadenante, como apunta Petit para los Dogon de Shanga) los aspectos cognitivos (representaciones de la mentalidad colectiva), reflejados en formas de comportamiento iniciáticas y ritos de paso, nunca hechos explícitos como tales pero que así funcionaron, e incluso llegaron a determinar la vida social e individual de la gente a lo largo de más de medio siglo. Al final, el proceso traería consigo la desestructuración de una sociedad tradicional y campesina, proceso del que vivimos los epígonos, marcados por el abandono de los asentamientos rurales. Es, en última instancia, un fenómeno social y mental, más que económico el que trae el final de la sociedad que se observaba a principios de siglo y provoca los fenómenos de despoblamiento registrados arqueológicamente.

2) Apuntes para una arqueología de la emigración

Varias cuestiones deben tenerse en cuenta a la hora de plantearse una arqueología de la emigración. Empecemos nuevamente por la teoría: la arqueología histórica que ha tratado temas socialmente conflictivos (minorías, feminismo) se ha topado casi siempre con la necesidad de desarrollar una *teoría de la acción*. Así, el feminismo ha tomado una actitud claramente reivindicativa que trata de unir teoría y práctica. La arqueología histórica en Estados Unidos ha seguido una vía semejante, especialmente

cuando se trata de estudiar las comunidades afroamericanas. Mark Leone fundamenta su práctica en la filosofía de la Escuela de Frankfurt de Habermas, Adorno y Marcuse. Sus excavaciones en Annapolis cuentan con la participación activa a la hora no sólo del trabajo de campo, sino de la interpretación y exposición, de la comunidad negra local (Leone *et al.* 1997). Su interpretación de las relaciones interétnicas es marcadamente dialéctica, pues las relaciones entre afroamericanos y euroamericanos no han sido armónicas, sino todo lo contrario; esta situación por fuerza ha de reflejarse en el registro material: a través de sus investigaciones adquiere un compromiso hacia el objeto reprimido del estudio y, como miembro de la parte represora, se plantea la necesidad de que su trabajo intelectual contribuya a mejorar la situación de la comunidad negra. Independientemente de la teoría que se adopte (neomarxista en el caso de Mark Leone, post-estructuralista en el caso de la mayor parte de las feministas) nos parece necesario enfrentarnos a la necesidad de una teoría de la acción cuando se aborda el estudio de la emigración desde una perspectiva arqueológica, entre otras razones porque muchos protagonistas del éxodo, como muchas víctimas del racismo en EEUU y muchísimas víctimas del androcentrismo en todo el mundo, se encuentran entre nosotros, lo que hace muy difícil trabajar al margen. Probablemente una de las formas más sencillas de plasmar la teoría en la práctica sea a través de las exposiciones etnográficas, guiadas por ahora por un espíritu histórico-cultural en el que la voz de la sociedad representada se encuentra ausente (véase Leone *et al.* 1997), entre otros motivos por su propio carácter *etnográfico*. Oldenziel (1996) señala además el carácter androcéntrico de los museos de tecnología tradicional. Una vez que los hombres se alzan –como ya señalamos– con el poder tecnológico, los estudios de la cultura material preindustrial –taxonómicos– justifican su situación de poder y hacen desaparecer al género femenino de la historia.

Dentro de la etnoarqueología de la emigración podemos considerar dos amplios campos de estudio: la cultura material de la emigración y el despoblamiento (etnoarqueología de los abandonos). Dentro del primer campo de estudio podemos distinguir los objetos muebles (incluido el papel de la tecnología), los edificios y los *objetos soñados* (la imaginación de paraísos materiales en otros mundos y su influencia en éste). La intención es estudiar la *vida social* de los objetos (Apparudai 1986), el rol de los bienes materiales tangibles o imaginados en una comunidad determinada. En esencia, nos hallamos ante una sociedad *arcaica* que al entrar en contacto con una cultura tecnológicamente más compleja entra en crisis y se transforma.

Probablemente los primeros *haigas* (los grandes coches de los indianos) y las radios hicieron más por abrir la mentalidad tradicional al capitalismo que todas las Casas de Galicia en América y toda la prensa de los emigrados.

Ambos elementos materiales tuvieron un enorme impacto en un medio rural anclado en el Antiguo Régimen y crearon un mundo imaginario de prosperidad (Brogger y Gilmore 1997: 25) en la mentalidad del campesinado gallego. Esto se advierte claramente en los archivos gráficos de los años 50 y 60. Las fotografías de Virxilio Viéitez, de Soutelo de Montes, (Sendón y Suárez, 1998) muestran a los jóvenes campesinos de Terra de Montes posando para sus familiares al lado de alguno de los escasos automóviles que había en el pueblo. De las 143 fotografías (retratos individuales o colectivos) seleccionadas para su exposición, 33 presentan elementos materiales del capitalismo con un papel activo en el retrato: de esas 33 imágenes, 17 son de coches, 5 de camiones o autobuses, 4 de motos y 7 de otros objetos (radios, casas de indiano, juguetes, etc.). La imagen de una anciana junto a la radio que se ha comprado con el dinero enviado desde América por su hijo es quizá el testigo más elocuente del papel preponderante que otorgaba la gente a los objetos. En una casa de Quintelas conservaban todavía la radio traída de Estados Unidos por un emigrante en los años 40. El deseo de emulación que despiertan es un incentivo al desarrollo social de primer orden. El relato de Ojea (1907, cit. en Núñez Seixas 1998: 356) sobre el regreso a la aldea de un indiano es bastante explícito a este respecto:

“Un día voltou á súa aldea, e o seu regreso, precedido da sona de ricachón, foi un acontecemento social: viña cangado de fruslerías, e para máis a súa linguaxe inzada de vocábulos crioulos, contribuía ó seu pintoresquismo. Ó cabo duns anos, don Cipriano fixo unha nova casa, instalou nos baixos unha tenda, e converteuse no sobranceiro prestamista da aldea. Con iso, en parte polo seu exemplo, e en parte por necesidade de satisfacer as débedas con él contraídas, os mozos abandonaron en masa a aldea e emigraron a América”.

Se trata de lo que Bourdieu (1997: 31) ha denominado el “efecto de demostración”, ejercido por el capitalismo corriente, “el de la nevera, la lavadora y el Volkswagen”, es decir, la imposición de un paradigma no mediante argumentos contra el antiguo léxico, sino mediante la presentación del nuevo léxico de forma atractiva (Rorty 1991: 29; Kuhn 1997: 245).

No sólo las radios y los coches (elementos tecnológicos y por lo tanto arropados en una aureola de especial prestigio) aparecen como portadoras del nuevo orden. Los objetos tradicionales donados por los indianos a las iglesias juegan un papel muy importante, también, en la ostentación material. Se trata de imágenes de santos, advocaciones marianas, mantos, decoraciones, joyas, bancos, música y cohetes para las fiestas (Lisón 1979: 369), en ocasiones incluso iglesias enteras. Villares (1984: 33) cita, además, cementerios, fuentes públicas y cruceros entre los regalos de los emigrantes a sus lugares de origen.

Con los indianos llegan nuevas formas de sociabilidad y de ocio y valores de urbanidad (Núñez Seixas 1998: 370). La introducción de nuevos valores se encuentra en la clave del desmoronamiento del mundo tradicional. Los emigrantes marchan de forma mayoritaria a centros urbanos, donde se da una mentalidad y una cultura material muy diferente a la de sus lugares de origen. Cuando regresan a éstos, lo hacen como representantes del orden urbano (como en los Estados Unidos el siglo XVIII: Deetz 1996: 157). Así, riqueza, triunfo en la vida y modos urbanos aparecen estrechamente unidos ante los ojos del campesino, que percibe todo ello mediante elementos materiales (reloj de oro, sombrero, vestido, automóvil, según la época) y a través de la lengua (giros lingüísticos extranjeros, uso del castellano: Míguez 1967: 89). Uno de los cambios fundamentales que comienza a operarse es en el concepto de higiene, aunque la idea *civilizada* de limpieza nunca acabará por imponerse totalmente. Nuevamente aquí lo material es buen ejemplo del cambio: las casas encaladas, pintadas, cubiertas de baldosas o cemento son una metáfora de la limpieza y el orden que se suponen urbanos. Como señala Flores (1979: 300), “la ciudad –la urbe– era, entre otras cosas, la representación de la cortesía y buenos modales de los que, por supuesto, se pensaba que carecía el habitante de los medios rurales”.

Los emigrantes comenzaron a pagar buena parte de las fiestas a cambio de coplas alabanciosas (Núñez Seixas 1998: 373), pues la fiesta es el eje de identidad del emigrante (García León 1996: 227). En algunas ocasiones se llegó a auténticos excesos por parte de los indianos, como el que relata Lisón (1979: 368): “En una de estas poxas, el honor de llevar los ‘paos diante da andia’ alcanzó la cifra de 33.000 pesetas. Dos indianos mejicanos, rivales en la parroquia, elevaron el precio hasta la cantidad citada, ante la admiración de los espectadores”. Fiestas, iglesias, casas y tumbas son los espacios simbólicos, los elementos materiales, donde se lidia la batalla de la ostentación, propia de una sociedad en crisis. Se produjo así el lento proceso hacia el triunfo del individuo sobre la sociedad, propio del capitalismo –como hemos visto. Gracias a la aceptación del individualismo y la innovación del indiano, se admitirá después (o ya entonces) al empresario capitalista (frente al rechazo de épocas anteriores). Se crea un sistema de valores donde el “negocio” es visto por la comunidad como algo positivo, y donde el empresario goza de un elevado reconocimiento social (Rodríguez González 1997: 111). Nuevamente, el concepto viene arropado bajo el manto de lo material: en el caso del emigrado con nuevas comidas (churrasco argentino) y exacerbación de los elementos tradicionales (pirotecnia), que causan la admiración de los vecinos. En el caso del empresario es el milagro de la técnica lo que le granjea el respeto entre la sociedad tradicional. Ese respeto, en ambos casos, se consolida y hace posible mediante el evergetismo, la liberalidad. El campesino, como señala Mato (1984: 55), comienza a ser consciente de su pobreza, su atraso, su

sumisión a las servidumbres de la aldea. El campesino –escribe Sánchez Jiménez (1982: 25)– “constata su pobreza y atraso rurales porque precisamente ha sido instado a hacer suyo el sistema de valores de la ciudad, que define lo que es riqueza y pobreza, progreso y atraso, culto y zafio”. Dice Deetz (1996: 185), para el caso de Estados Unidos, que “...la estructura que había dado calor y soporte a la sociedad había sufrido un colapso, y en su lugar la gente veía sólo un mundo que se volvía cada vez más complejo y que iba más allá de su control inmediato. Fue en este momento cuando se llevaron a cabo las compensaciones críticas que pueden verse en el universo material de la época, cuando el equilibrio el orden –que se centra en el individuo– asumen la mayor importancia”. Desde el regreso de los primeros indianos enriquecidos, la estructura de lo comunal va derrumbándose, proceso jalonado por chalets, radios, coches y relojes de oro.

Los edificios son uno de los mejores vehículos de lucimiento de los indianos. Ya en los años 20 se quejaba Risco de que “mucho se ha gastado también en obras de mera ostentación y en satisfacciones pueriles de la vanidad” (cit. en Núñez Seixas 1998: 374) y se criticaba que en las escuelas fundadas por los emigrados se gastara más en la fachada y en el aspecto externo que en su correcta dotación. Contamos, para la comarca que nos ocupa, con un magnífico ejemplo de ostentación en este sentido. En los alrededores de Levoso (norte de Forcarei), junto a un cruce de carreteras se alza una gran estructura que contrasta sobremedida con el paisaje que la rodea: el áspero monte gallego y tres diminutas aldeas. El edificio en cuestión fue, según reza una inscripción en su fachada, un regalo de los “residentes de Forcarey en el Plata”, del año 1928. Se trata de una de las 225 escuelas fundadas por las sociedades de instrucción americanas durante el primer tercio del siglo XX, de las cuales 178 conllevaron –como en este caso– la construcción de un nuevo edificio (Peña Saavedra 1991). La estructura cuenta con dos plantas de gran altura. Se accede a través de una puerta señorial de remate semicircular y la decoración de la fachada imita claramente la arquitectura colonial española en las Indias. Aunque se utilizó mampostería de esquisto, el aparejo aparece convenientemente camuflado por un enlucido de cemento y pintura blanca (lo que subraya el aspecto colonial y foráneo de la construcción). Su ubicación en un cruce de caminos, en un alto que domina las aldeas, cumple –a todas luces– con un significado de ostentación. Se trata de la hueca “exhibición de símbolos de status” que define García León (1996: 228).

“Do mesmo xeito –dice Núñez Seixas (*ibid.*)– erguíanse voces entre os intelectuais emigrados que denunciaban a invasión de construcións de estilo foráneo –tipo chalé– introducidas por emigrantes retornados nas aldeas galegas, no canto de melloraren as casas tradicionais conservando a súa forma e distribución”. Se criticaba el gusto “churruigueresco” de los indianos, aunque se alababan las mejoras higiénicas, así como el contraste

con el paisaje de las casas blancas de tejado rojo “que adoitaban ser ‘a casa do brasileiro’ ou a do ‘arxentino’ e que levaban nomes como ‘Villa Montevideo’, ‘Villa Buenos Aires’ gravados en letras douradas”. Casas y edificios se convertían en una muestra del “capital simbólico” del que se querían revestir los retornados (Franco Taboada 1989; Álvarez Quintana 1991). La utilización de materiales ajenos al lugar o a la tradición arquitectónica local se abre paso a partir de los años 20, como forma de mostrar la singularidad del indiano o del capitalista dentro de la aldea (ya no dependen de la cooperación campesina, Wilk 1993). La mampostería de esquisto se considera símbolo de atraso y pobreza: lo “moderno” es el cemento; de este modo, en las viviendas de los ricos y emigrados se cubre la piedra bajo enlucidos de cemento pintado o cal. Sobre esto dice Villares (1984: 33) que el blanqueo que los emigrados de las comarcas de Betanzos (A Coruña) hacían de sus casas fue considerado por algunos contemporáneos casi como una manía. Más adelante analizaremos un caso concreto de vivienda capitalista en la Terra de Montes, perteneciente a los años 30-40.

El estudio de los abandonos está intrínsecamente ligado a la emigración y al cambio hacia una sociedad capitalista (favorecido en parte, pero sólo en parte, por la emigración). A través del estudio de las casas abandonadas accedemos a varios momentos históricos, pero fundamentalmente a dos. En la periodización que proponemos en la tercera parte correspondería a la transición hacia el capitalismo –cuando los modos del Antiguo Régimen son aún predominantes (años 50 y 60) y el período de desintegración de la cultura tradicional (años 70 y 80). A través del registro mueble e inmueble, como se verá, podemos acercarnos a aspectos normalmente olvidados o no accesibles con los enfoques históricos o sociológicos tradicionales. Dado que el núcleo de este trabajo lo compone el estudio de la despoblación, no insistiremos más en este campo.

Hay un tercer campo de interés dentro de la etnoarqueología de la emigración: la arqueología espacial y del paisaje. La emigración y el capitalismo traen un uso diferente del espacio en el plano de los edificios, el asentamiento y la región. Aunque nosotros englobamos los tres dentro del análisis de los abandonos, los dos últimos podrían incorporarse al estudio específico del entorno. El análisis arqueológico del paisaje puede hacerse con un enfoque económico y funcional, social y simbólico (percepción del entorno antropizado). Por la esencia misma de los estudios de cultura material, deberíamos entender los dos primeros aspectos subyugados a los factores cognitivos. Al fin y al cabo, el estudio puramente económico del paisaje suelen realizarlo con mejores armas los geógrafos.

Más adelante, al hablar del abandono a escala regional, nos extenderemos en el análisis macroespacial. Pero no podemos dejar de comentar ahora algunos aspectos que condicionan el registro material en la

esfera de la comarca. Los emigrantes fomentan la construcción de viviendas bien para residir, dado que su idea general es “ir” para “volver” (Rodríguez González 1997: 116), bien para ser ocupados en vacaciones. Rodríguez González señala un fenómeno del que somos testigos en nuestra zona de estudio: la persona que emigró empieza a sentirse ajeno a su primogénita unidad, muchas veces porque la casa de la que marchó ha continuado ocupada por otros miembros de la unidad familiar que han ido formando su propia familia, con lo que decide establecerse en un núcleo urbano próximo (ibid.: 117). Ante la ausencia de ciudades se acude al núcleo mayor de la zona o de carácter menos rural (más adelante desarrollaremos esta cuestión). Como se ha acostumbrado a los usos urbanos, tiende a reproducirlos, como los *veterani* del ejército romano, en los lugares más propicios para ello. Desde un punto de vista material, el paisaje del asentamiento cambia, la arquitectura y el urbanismo se transforman, se vuelca hacia los usos terciarios y proliferan las tiendas y los bancos, símbolo de la nueva riqueza. Aparecen, como señala Rodríguez González (ibid. 118) “comportamientos urbanos”. Sería un error, sin embargo, atribuir el cambio en el paisaje urbano meramente a factores cognitivos. Los económicos tienen un peso fundamental: la inversión inmobiliaria es una de las preferidas por los indianos, dado que se trata de la que menos riesgos ofrece. Al interés por obtener rentabilidad rápida y lucrativa de las ganancias americanas hay que atribuir también la destrucción acelerada del paisaje del Antiguo Régimen.

Se produce una mutación, asimismo, en la concepción del espacio, del concepto de lejanía y de viaje. Una anciana de Soutelo de Montes, cuando se le preguntaba por el paradero de sus hijos respondía: “uno está aquí, en Detroit, y el otro, huy, allá, en Ponferrada”. Una habitante de Baíste (Avión, al sur de Beariz), al pasar lista a los lugares adonde había emigrado la gente del lugar remataba diciendo “por aí” a lo que añadía “digo por aí, pero non sei se é por aí ou por acolá”. Y en la Isla de Arousa, se dice aún que alguien está de viaje cuando se encuentra en el pueblo de enfrente, Cambados (antiguamente había que ir andando hasta el puerto, tomar una barca y, una vez en la costa opuesta, ir andando o a caballo desde Vilanova). El marco de la parroquia es ahora ampliamente superado en las relaciones de todo tipo y se puede acceder con normalidad a lugares que (como Ponferrada) antes parecían exóticos y distantes.

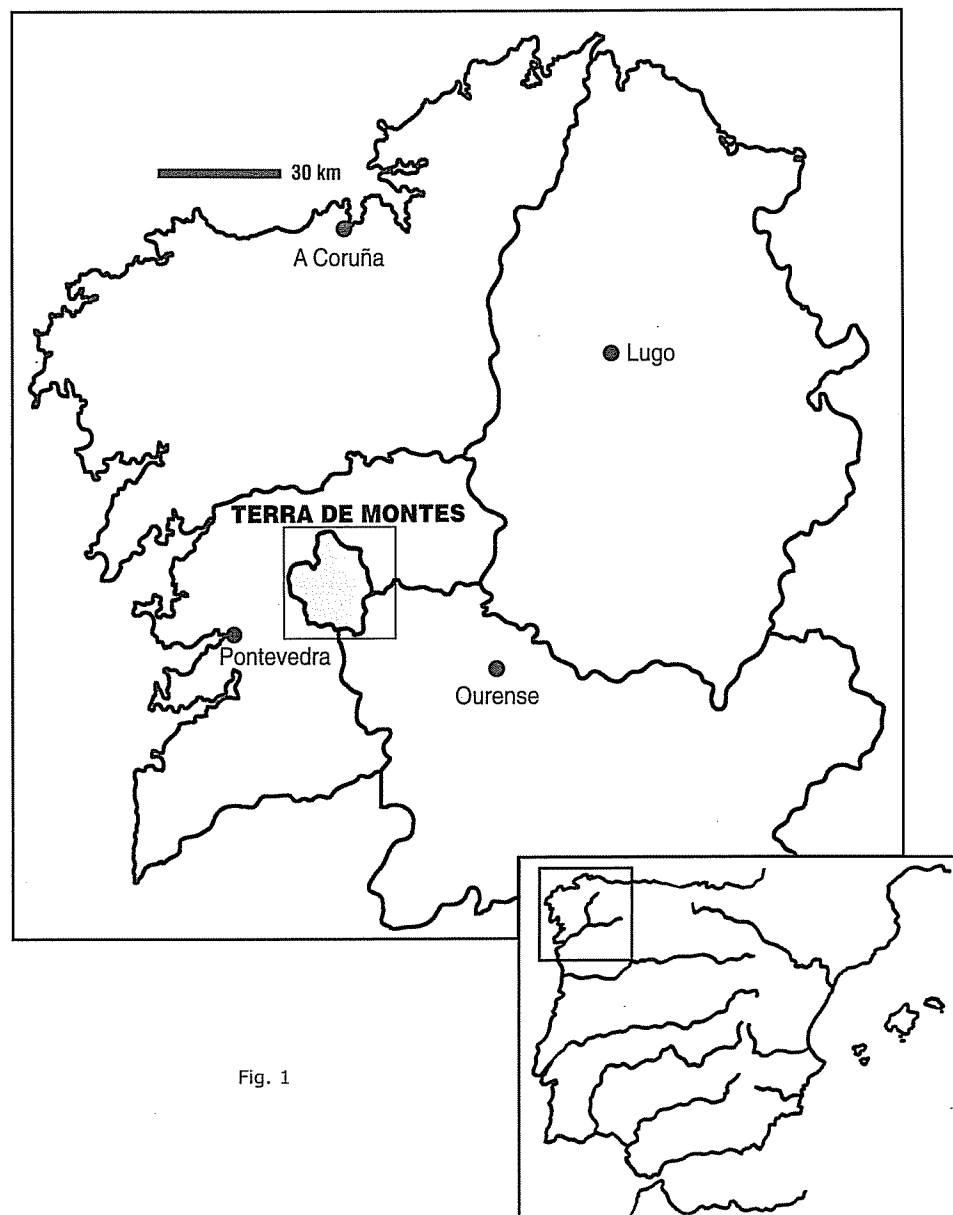


Fig. 1

IV) MARCO DE LA INVESTIGACIÓN

1) Terra de Montes: caracteres geográficos, etnográficos, históricos y económicos

La comarca conocida como Terra de Montes (fig. 1) es un territorio de unos 300 km² (de los cuales 167,7 pertenecen al municipio de Forcarei), que se extiende por los ayuntamientos pontevedreses de Cerdedo, Forcarei, Lalín y Cotobade (aunque por estos dos últimos en una zona muy restringida) y los ourensanos de Beariz e Irixo (fig. 2). Al norte se encuentra la Terra de Tabairós, que forma una entidad conjunta con Montes (Tabairós-Terra de Montes) a efectos geográficos y, más recientemente, administrativos (partido judicial de A Estrada). La mayor parte de la información etnoarqueológica ha sido obtenida en la zona más meridional de la comarca: la mitad sur de Cerdedo y Forcarei y todo Beariz. Dado el elevado número de pueblos, aldeas y lugares que componen la Terra de Montes (cerca de dos centenares), no hemos podido observar con la misma detención todos los sitios. Nos hemos centrado en aquellos que, por su desarrollo económico, presentan un mayor grado de despoblación (los del sur y las zonas montañosas del este). Por otro lado, hemos visitado el municipio de Avión (Ourense), al que es posible extender las conclusiones aquí expuestas. De hecho, pese a localizarse en una zona marginal de nuestra área de estudio, es quizá donde mejor se observa la mayor parte de los fenómenos referidos en este trabajo. Concretamente, la riqueza de los indios frente a la pobreza del Antiguo Régimen alcanza aquí un grado de exacerbación impresionante. El municipio de Irixo (Ourense), contiguo también a la Terra de Montes e igualmente zona de abrupto relieve, nos ha suministrado buenos ejemplos de abandono. Otro tanto sucede con la montaña de Lalín (Pontevedra). En fin, cualquier zona deprimida de Galicia, con unos índices altos de emigración y una tardía y escasa mecanización del campo puede verse reflejada en este trabajo.

Se trata de un territorio montañoso, como su nombre indica, surcado en su lado oriental por los Montes do Testeiro, entre los cuales se encuentran los picos del Costoia (951 m), Coco (975 m), Seixo (1.003 m) y San Bieito (1.014 m). El mar (la Ría de Pontevedra) se sitúa a poco más de 30 km lineales del límite occidental de la comarca. Geológicamente nos encontramos en una zona esquistosa, si bien la parte de Cerdedo y el sector septentrional de Forcarei presentan un carácter fundamentalmente granítico (granito, gneis y granodiorita). El gran filón de estaño que surca la mitad sur de Galicia en dirección NW-SW pasa por la zona oriental de Terra de Montes (minas de Beariz, A Trigueira, Quintelas). Tanto el estaño como el wolframio fueron objeto de explotación durante la primera mitad de este siglo y especialmente durante la Segunda Guerra Mundial. Con los metales aparecen asociados turmalina, granates, moscovita, berilo, silimanita, grafito, albita y pirita. La abundancia de cuarzo explica la gran acidez de

estas tierras. El origen de las formaciones geológicas es fundamentalmente precámbrico-silúrico indiferenciado, excepto en los fondos de valle, junto a arroyos, donde se encuentran algunos suelos cuaternarios (actualmente brañas). La esquistosidad que caracteriza a buena parte de la zona se generó durante el ciclo hercínico, en la segunda fase de deformación, mientras que los granitos hacen su aparición tras el clímax del metamorfismo hercínico y antes de la tercera fase de deformación (Klein *et al.* 1982).

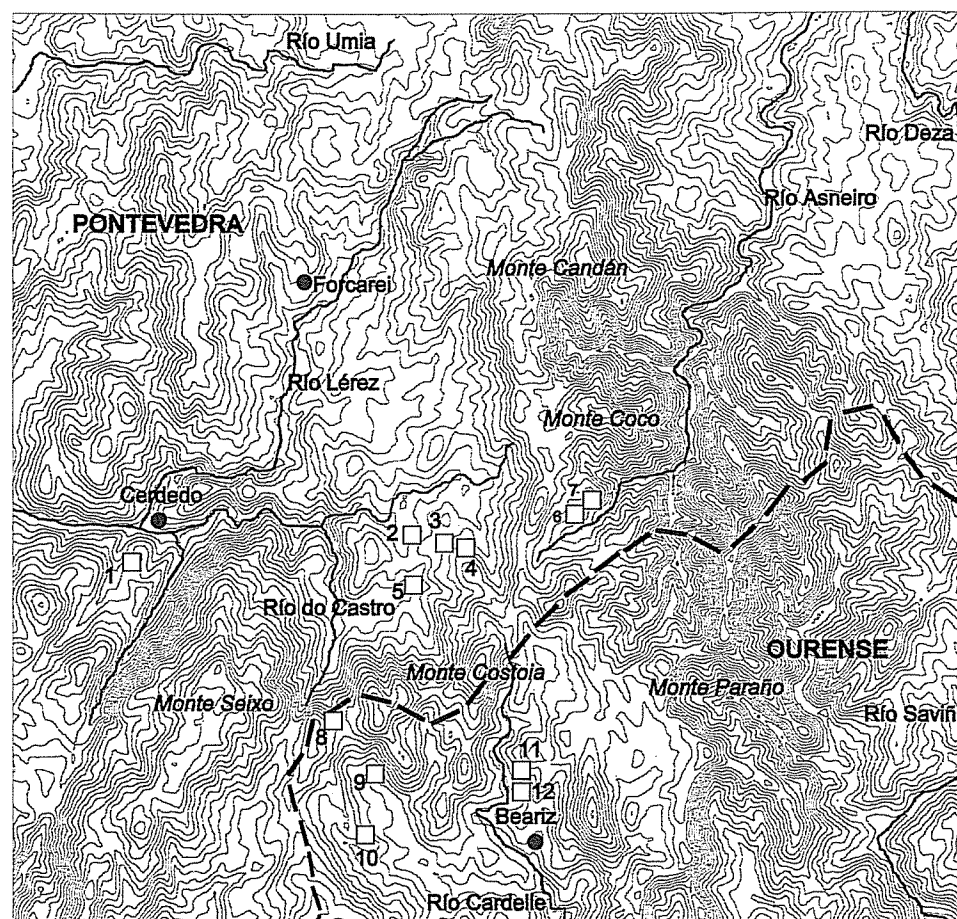


Fig. 1.- El cuadrado blanco indica las casas estudiadas en este trabajo.

- | | |
|--|--|
| 1: Limeres (Ceredo) | 7: A Graña-locus 1 (Trasdomonte, Forcarei) |
| 2: Vilapouca (Forcarei) | 8: Adrián (Beariz) |
| 3: Soutelo 2 (Forcarei) | 9: Correa (Beariz) |
| 4: Soutelo 1 (Forcarei) | 10: Doade (Beariz) |
| 5: Xisto (Forcarei) | 11: Alvite 2 (Beariz) |
| 6: A Graña-Eiravella (Trasdomonte, Forcarei) | 12: Alvite 1 (Beariz) |

En la Serra do Candán, donde se enclava el monte más alto, el San Bieito, nace el río Lerez, que desemboca en la Ría de Pontevedra, y pocos kilómetros más al norte, aún dentro de la comarca, el Umia, que lleva sus aguas a la Ría de Arousa. En el vértice suroeste de Forcarei tiene su origen el río Verdugo, que muere en la Ría de Vigo. Todo el territorio está surcado por abundantes arroyos de escaso caudal, que afluyen a las dos grandes vías fluviales citadas (Lerez y Umia). Las zonas bajas y cercanas a los cursos de agua suelen estar inundadas (brañas) y se usan como pastos; la baja permeabilidad de las rocas y el escaso desarrollo de sedimentos cuaternarios no permiten la formación de acuíferos de importancia. La zona central de la Terra de Montes está ocupada por una gran penillanura de tierras pobres usadas igualmente como pastos para caballos y vacas. Los bosques predominantes son los de frondosas y los mixtos de caducifolias y coníferas: robles, castaños y pinos silvestres. En las zonas fluviales encontramos bosques de ribera compuestos por alisos, abedules y sauces. Una gran porción del territorio se encuentra cubierta por monte bajo (tojo, retama, *carqueixa*) y, en menor medida, erial (sobre todo las cumbres de los montes).

La economía ha sido siempre agropecuaria de subsistencia. El ganado predominante con mucho es el bovino, seguido de lejos por el ovino. Además, prácticamente todas las familias tienen dos o más cerdos para consumo doméstico. Existe también ganado caballar en semilibertad, el cual es recogido y marcado una vez al año (*rapa das bestas* de Sabucedo). Los cereales característicos de la región son el maíz, el centeno y la cebada. Los productos de huerta tienen un papel importante en la economía de subsistencia (acelgas, lechuga, berzas) y una porción considerable del terreno cultivado está dedicado a patatas. Las explotaciones tienen una extensión media de 0,3 hectáreas en Forcarei y de menos de 0,25 hectáreas en Cerdedo y Beariz, si bien en la actualidad se está procediendo a la concentración parcelaria. A esto debe añadirse que, en total, tocaría a unas tres hectáreas por vecino de tierras explotables para función agrícola o pecuaria (lo que supone que se encuentran divididas en 10 parcelas o más, a veces distantes).

Dentro del sector secundario, ha tenido especial relevancia la cantería. Los canteros de Terra de Montes han trabajado tanto en la comarca, como en el resto de Galicia, España, Europa y Norteamérica. Otras labores artesanales como la carpintería, la metalurgia, etc. han tenido un carácter local restringido. No existen hornos alfareros en la zona, dada la inexistencia de tierras adecuadas en la región. La mayor parte se importaba de los alfares ourensanos (especialmente Niñodagua), a cambio se desarrolló una importante artesanía de la madera, para fuentes, vasos, platos, etc.

Los núcleos de población más importantes son Cerdedo, Forcarei y Beariz (ayuntamientos) y Soutelo de Montes, todos ellos con menos de mil habitantes. La población del municipio de Forcarei ejemplifica bien la situación de la comarca. El número de pobladores ha ido descendiendo

desde principios de siglo: hacia 1910 en Forcarei se asentaban más de 10.000 personas; en 1925 había 9.125 habitantes; el número se redujo en los años sesenta a 8.067; en 1981 contaba con 7.114 vecinos y en el padrón de 1995 figuraban 5.823 personas (datos de Rozados, s/f: 5).

La comarca de Montes es un territorio histórico que se remonta al menos a época romana. En el Bajo Imperio, a fines del siglo V, pertenecía a la diócesis de *Aquae Celenae* (Caldas de Reis), que incluía las regiones del Salnés, Morrazo, Tabairós, Caldas y Cuntis. Durante el siglo VI, en época sueva, aparece vinculada a la sede de Iria Flavia aunque lo más probable es que siguiera perteneciendo a *Celenae* hasta fines del siglo IX. En documentos altomedievales figura con los nombres de *Montes* y *Montesmeta*, topónimo este último referente a su proverbial abundancia en *medas*, túmulos dolménicos. Parece ser que es Alfonso III quien donó la comarca a la diócesis iriense (874). Doña Urraca la entregó hacia 1110 a la Catedral de Santiago. A su arzobispo Xelmírez hay que atribuir la construcción, en el siglo XII, de la fortaleza del Castro de Montes, en Presqueiras, al sur de la zona. Los jueces-merinos, que percibían los impuestos para el arzobispado y la Corona, la mantendrán como sede hasta la revuelta *Irmandiña*, a fines del siglo XV (1467-1476), que se saldó con la destrucción del castillo. A partir de entonces, y hasta 1811, residirán en Soutelo de Montes. Durante el siglo XVI y XVII la Terra de Montes tiene que proporcionar soldados para las guerras con Portugal. Los litigios son frecuentes en estos siglos entre jueces-merinos, monjes y vecinos, por el arrendamiento de tierras, impuestos y neveros. El otro elemento de poder en la zona era, efectivamente, el Monasterio de Acibeiro, obra cisterciense del siglo XII (1135), que permaneció habitado por monjes benedictinos hasta la Desamortización de Mendizábal (1836). Anteriormente el cenobio resultó víctima de la invasión francesa (1809), que supuso la pérdida de la mayor parte de su biblioteca. La invasión de las tropas napoleónicas constituyó un episodio especialmente dramático, que se cobró la vida de cerca de un millar de campesinos. En las primeras décadas de nuestro siglo la región es testigo de la formación de las primeras sociedades agrarias de la provincia (1901, 1917), las cuales tuvieron un abrupto final con la llegada del Franquismo. La emigración –como veremos– es el fenómeno que caracteriza el período que discurre entre fines del siglo XIX y dos terceras partes del siglo XX.

2) La emigración en Terra de Montes

Debemos distinguir dos formas de emigración básicas: la emigración a larga distancia (España, Europa, América) y el éxodo a las ciudades. La incidencia de ambos fenómenos explica el brusco descenso de la población en la comarca a lo largo del siglo. Ya hemos señalado, al hablar de los orígenes de la emigración en Galicia, la forma de herencia en la región.

La figura del *vinculeiro* implicaba un reparto desigual de los bienes, con lo que varios de los miembros del núcleo familiar debían optar por quedarse trabajando al servicio del hermano (o el padre) o bien emigrar. Cuando se incrementó la población a mediados del siglo XIX y mejoraron los medios de transporte, comenzó el éxodo a otras tierras. Las primeras formas de migración habría que retrotraerlas, al menos, a la Edad Media. En esos momentos son los canteros los que marchan en verano al interior de la Península y al sur de Francia para alquilar su trabajo (Rodríguez Campos 1984: 39).

Rodríguez Campos divide la comarca en dos zonas topográficas (alta y baja) con distintos índices migratorios: resulta mayor en la primera por ser también económicamente más deprimida y poseer escasos recursos naturales: mientras en la parte baja se pueden obtener 400 *ferrados* de maíz y 220 de centeno por hectárea, en la alta las cifras son 120 y 279 respectivamente. Así, en 1930 un 12 % de los hombres de la parte alta estaban emigrados, mientras que sólo se encontraban fuera el 6,2 % de los de la parte baja. La densidad de población aquí ha sido siempre mucho mayor (entre el 64 % y el 67 % según el momento histórico). El crecimiento natural de la población es también mayor en la parte baja.

Durante el primer tercio de siglo las enfermedades, favorecidas por una mala nutrición, azotaron la comarca: viruela, tifus y gripe. La mortalidad infantil de menores de 5 años llegó a situarse en torno al 25 %. Las condiciones de vida, por consiguiente, explican sobradamente la decisión de emigrar de un buen número de personas.

Sin embargo, el número de personas emigradas a América (destino preferente entre fines del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX) nunca fue superior al 13 % (Rodríguez Campos 1984: 41). Para marchar al Nuevo Mundo era necesario una base económica de la que muchos carecían. Aquellos que no podían pagarse el pasaje a Ultramar tenían la opción de emigrar por este lado del Atlántico como canteros. Por lo general la emigración en la zona la protagonizan quienes deben pagar una deuda. A veces se está fuera una temporada y se regresa una vez que la deuda ha sido saldada, lo cual no significa que no se tenga que volver a marchar por culpa de una nueva deuda. En el caso del hermano soltero no *vinculeiro*, es frecuente que se quede allá hasta que disponga de capital suficiente para fundar un hogar en su tierra. Además de las deudas, los gastos “para arreglar la casa”, bodas, entierros, vestido, etc. se cubrían con las *remesas* de los emigrados.

La diáspora hacia Europa en los años 60 permitió la generalización de una serie de bienes materiales en las dos décadas siguientes que jamás habría soñado el campesino: maquinaria agrícola, automóvil, la posibilidad de montar un negocio.

El éxodo a las ciudades comenzó en 1955 y supone el abandono total de la casa por toda la familia. Este tipo de abandono es fácilmente identificable en el registro arqueológico: suelen desaparecer todos los recuerdos personales y objetos de valor, así como algún mueble, la vajilla, la cubertería, la ropa, etc. Por el contrario podemos encontrarnos extensos inventarios de aperos agrícolas e instrumentos artesanales (*vid. infr.*). Los abandonos debidos a la marcha del país, sea la oleada segunda o tercera (a América y a Europa respectivamente), son –siguiendo la terminología etnoarqueológica habitual (Stevenson 1982, Schiffer 1987, Tomka 1993, etc.)– planeados y de retorno anticipado, esto es, se supone que se va a regresar en un espacio de tiempo más o menos corto y se da el tiempo necesario para seleccionar aquello que se va a llevar al extranjero y a guardar convenientemente lo que no se puede o no se necesita transportar.

En nuestra zona, como en otras comarcas gallegas, los factores no estrictamente económicos que incitan a un hombre a emigrar no deben ser olvidados. La presión social hace inevitable que, llegada una determinada edad, los jóvenes se vean constreñidos a marcharse. Frases como “O home que val e o que vai polo mundo adiante” son significativas al respecto. El proceso de enculturación, en este sentido, es de la mayor importancia: a los niños se les decía que tenían que ir a la escuela para poder ir “polo mundo adiante” y Costa Rico (1984: 44) afirma que estos centros –muchos creados por los indianos– fueron considerados como lugares donde se estimulaba la emigración. América se presenta como una meta apetecible, en vez de un paso desagradable en el camino hacia la independencia paterna. Ni que decir tiene que la cultura material juega un papel de primer orden en el proceso enculturador: los niños observan los bienes de los indianos (casas, coches, relojes, radios, gramófonos) y se van creando una imagen idealizada de Ultramar. Los que no quieren emigrar son tachados de *cambotes* y *fogueteiros*, epítetos que podían llegar a suplantar el nombre real del sujeto. Así, en Soutelo de Montes, *O Cambote* era un personaje que trabajó siempre como trampero en la comarca. El no emigrar impidió que contara con fondos para fundar una familia, pues precisamente el mayor o menor éxito en la emigración era lo que permitía acceder a un mejor o peor casamiento. El fotógrafo Virxilio Viéitez, que sí emigró, recuerda como las mujeres insultaban a los hombres que no emigraban llamándolos *fogueteiros*. “A emigración –dice Rodríguez Campos (1984: 45) é inculcada como norma que xustifica o rol de home na familia”. Algunos autores han señalado un cuadro psicopatológico característico del tipo de herencia y la emigración que motiva (Lisón 1979: 238; Gago 1984). Según un testimonio recogido de un médico por Lisón (*ibid.*): “Hasta hace unos siete u ocho años (...), hasta que la gente joven empezó a emigrar (...), los hermanos y hermanas (del mejorado) se quedaban en casa y no emigraban a América; padecían frecuentemente neurosis y depresiones al ver que en casa no pintaban nada (...).”

En el momento en que el médico está hablando es el *millorado*, por el contrario, el que sufre depresión. Casi con seguridad tales depresiones no existían antes de que se creara un imaginario colectivo sobre la riqueza material y el papel heroico del emigrante en la Jauja del Nuevo Mundo.

La emigración, en la Terra de Montes como en cualquier otra tierra de emigrantes, supone una forma de liberación. Para la casa pobre significa la posibilidad de librarse de la relación de dependencia social, de los favores y de los jornales recibidos. Para el *vinculeiro*, la liberación de la tutela paterna y para el no *vinculeiro*, la de la tutela fraterna. Sólo para las mujeres emigración resulta sinónimo de esclavitud. La posible libertad que alcanzan cuando marcha el marido no resulta equiparable al aumento de trabajo –sobre todo si tenemos en cuenta la considerable libertad de la que ya disponía antes del éxodo.

3) La cultura material en la Terra de Montes

Mauss (1967) dijo que todo objeto debía ser estudiado en tres niveles: “primero en sí mismo; segundo, en relación a los individuos que lo utilizan, y tercero, en relación a la totalidad del sistema observado”. Incidiremos en este apartado principalmente en el primero de los puntos. Nuestras aportaciones al campo de la tecnología tradicional se pueden dividir en dos grupos: tipología y zonas de distribución.

La Terra de Montes conforma una unidad por lo que respecta a su cultura material tradicional (cf. Liste 1991: 54-55). Dentro de los elementos caracterizadores que utiliza Liste, nuestra comarca presenta carro de rueda maciza con *ollares* semicirculares estrechos, arado cuadrangular de reja plana, grade rectangular –generalmente de madera y hierro–, yugo de *chanciles*, azada semielipsoidal, *angazo* con el frente trapezoidal curvo y *chavella* cilíndrica con encajes en cada extremo.

Nuestra aportación a la tipología concierne especialmente a los arados. Decíamos que en la comarca el tipo de arado de madera era el cuadrangular, mal denominado romano, con reja plana. No hay menciones por parte de los etnógrafos a otro tipo de arado en la zona. En el curso de nuestras investigaciones, sin embargo, hemos descubierto dos tipos nuevos de arado cuyas zonas de distribución son lejanas a la Terra de Montes. Se trata de un arado radial lusitano, procedente de Alvite (Beariz, Ourense), y un *besadoiro* de Quintelas (Forcarei, Pontevedra).

El arado radial lusitano ha sido objeto de estudio monográfico por parte de Taboada (1977), que lo ubica en la zona suroriental de la provincia de Ourense. De los cuatro tipos de arado identificados en España (cuadrangular, radial, de cama curva y dental, si admitimos la tipología de Caro Baroja 1996: 493), en Galicia existen los dos primeros, de los cuales el menos numeroso es el segundo tipo. A éstos habría que añadir el primitivo

antecedente del arado que es la *cambela* (arado-azada) de la zona oriental de Lugo, cuyos antecedentes prehistóricos aparecen en los petroglifos de Bohuslan (Liste 1991: 227). El arado radial es característico del noreste de Portugal, lo que explica su presencia en la zona meridional de Ourense. El cuadrangular, típico de la mayor parte de Galicia, se da también en el noroeste de Portugal, mientras que el dental es un apero típicamente mediterráneo y el de cama curva meseteño. Se ha identificado el arado radial con el cultivo del centeno, el cuadrangular con el maíz y el de garganta o dental con el trigo (Días 1948). González Reboredo (1984: 211) piensa que es difícil aceptar la misma relación entre cultivos y aperos que la que el autor portugués presenta para su país. Además, señala González Reboredo, las diferencias entre ambos útiles no son acusadas en Galicia. Por estas razones prefiere el autor seguir los tipos de Haudricourt y Delamarre, que diferencian arados *rabela-rostro* (radiales), asimilables a *rabela-rostro* y cuadrangulares.

El arado radial localizado en Alvite (fig. 3) tiene todas las características típicas del arado de Invernadoiro, recogido por Crespí, que González Reboredo (*ibid.*: 213) considera paradigmáticas: *rabela* y *rostro* en una sola pieza arqueada, timón enchufado en el punto de unión *rabela-rostro*, *abeacas* en forma de alas, *meixelo* (de hierro, González Reboredo 1979) que unce las *abeacas* a través del rostro. Es típico de estos arados poseer una entalladura en la *rabela* para la mano, fenómeno que no se observa en nuestro arado pero sí en otro, cuadrangular, de la misma procedencia. La reja semicónica envolvente, característica del arado radial, también aparece en el apero que estudiamos, frente a la habitual reja plana de los cuadrangulares. La reja semicónica envolvente es típica de los arados ibéricos y romanos.

El resto de los arados localizados, tanto en Alvite (media docena), como en otras zonas de la Terra de Montes presentan las características de los arados *rabela-rostro* no radiales (con la *rabela* y el *rostro* en una sola pieza) y cuadrangulares (con la *rabela* y el *rostro* separados). La presencia de *sobreabeacas*, que González Reboredo (1984: 216) señala como características de la mitad occidental de Pontevedra, lo tenemos en los arados de Quintelas. Permitían que el arado se introdujera más en la tierra. Los arados cuadrangulares son los de mayor tamaño, con un rostro que llega a medir un metro. El arado radial de Alvite mide menos de 70 cm.

También atípico resulta el arado que localizamos en Refoxos (Lalín). Se trata de un arado cuadrangular pero con el timón enchufado muy cerca del rostro –lo que le daría una apariencia radial, de conservarse–. La *rabela* está realizada en una rama informe, en vez de una madera tallada, y las *abeacas* están dispuestas de forma vertical, con lo que difícilmente podrían desplazar la tierra del surco.

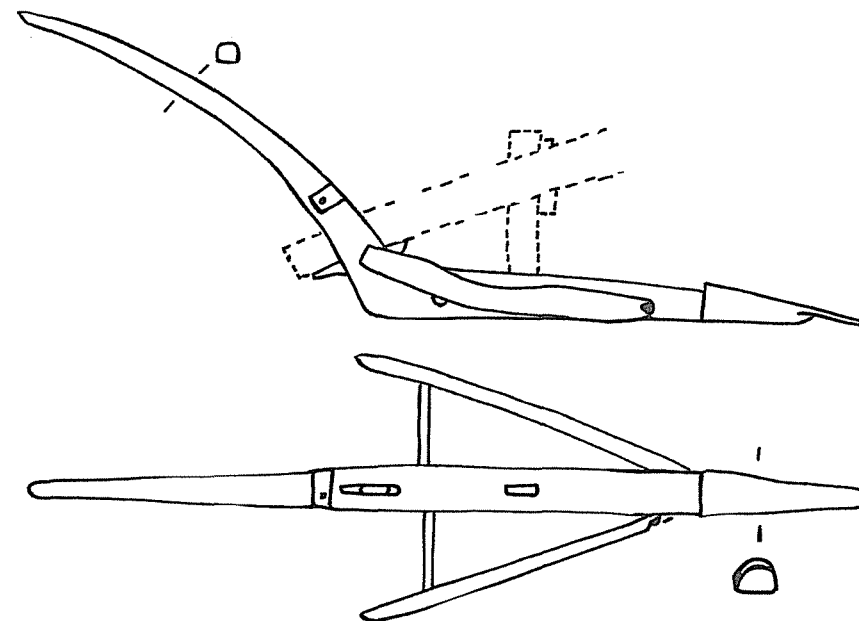


Fig. 3

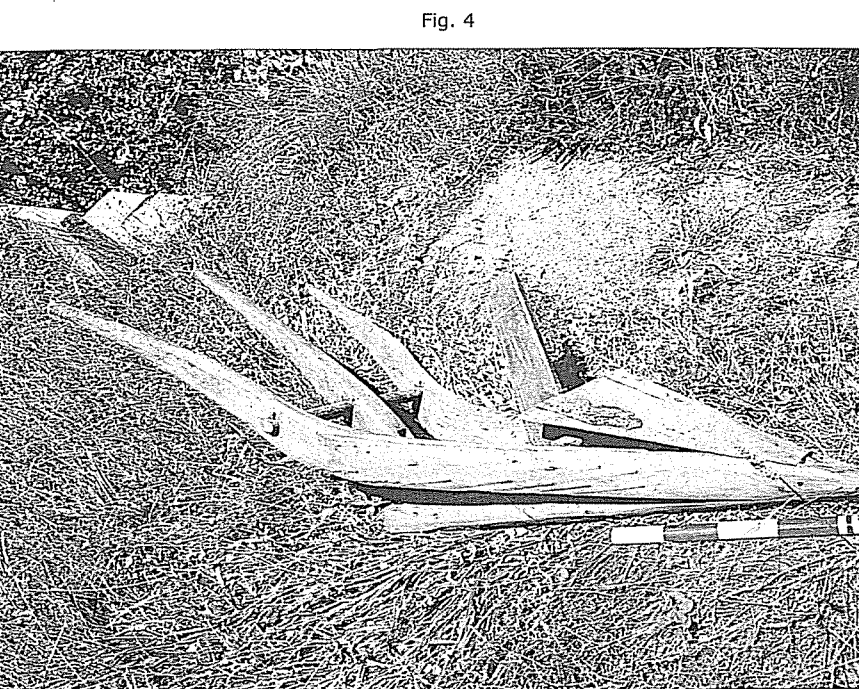


Fig. 4

El caso más extraño es el *besadoiro* de Quintelas (fig. 4). El *besadoiro* es un arado pesado, con un *rostro* de 1,7 a 2,3 metros y tres *rabelas*, dotado de avantrén con ruedas macizas y tirado por varias yuntas (hasta cuatro) de bueyes o vacas. Su origen hay que buscarlo en la Alta Edad Media (ca. s. IX), en zona franco-germánica. En la Península Ibérica existen testimonios de su uso en época contemporánea en Asturias –entre el Eo y el Navia–, Galicia y norte de Portugal (Mingote 1996: 45). El mejor estudio del *besadoiro* en Galicia es el realizado por Liste (1988 y 1991: 230 y ss.). La autora consiguió reconocer elementos materiales tan sólo en el municipio de Mondariz y Soutomaior, en el sur de la provincia de Pontevedra, así como testimonios orales en algunos municipios vecinos. La introducción del apero parece que se da a partir del siglo XIII. En 1292, un documento del Monasterio de Sobrado dos Monxes (A Coruña) cita tres o cuatro “avesadoyros” al servicio de los monjes (Liste 1991: 230-231). El Padre Sarmiento ofrece en sus escritos una definición del *vesadoiro*, utilizado, según el ilustrado, “para besar, arar o romper praderías o tierras que han estado incultas” y él mismo tuvo ocasión de ver uno trabajando en el litoral pontevedrés: “no se hacía surco, sino zanja de una vara de profundo” (cit. en Saavedra 1993: 119 y 87). Aunque González Reboredo (1979: 172) ofrece noticias de un *besadoiro* en Betanzos (A Coruña) y un arado de tres *rabelas* en Cotobade (Pontevedra), no hay noticias consistentes más que en la zona meridional de la provincia de Pontevedra, que aparece como prolongación del área de distribución del *besadoiro* portugués (de Lisboa al Miño), tal como lo define Dias (1948: 118-123 y 129). En Mondariz, la zona estudiada por Liste, describe Lorenzo (1982b: 45-46) unos curiosos arados de tres *rabelas* que podrían ser *besadoiros* (no el de la lámina). En algunos lugares de la zona de Vigo denominan *besadoiro* a un arado portugués de dos *rabelas*, tirado por una sola yunta de bueyes o vacas.

El *besadoiro* se relaciona con el cultivo del maíz, en tierras profundas como las del margen derecho del Miño y su afluente el Tea, en altitudes entre 60 y 300 metros. En las entrevistas mantenidas por Liste con gente del sur de la provincia de Pontevedra, nadie recordaba ya el arado en uso. Un carpintero de 91 años se acordaba de que, ya cuando era niño, el *besadoiro* se encontraba “arrumbado nas palleiras” (cit. en Liste 1991: 236). El único ejemplar de *besadoiro* conservado en relativo buen estado mide 1,82 metros de la empuñadura hasta donde se inserta el diente; las *abeacas* miden 1,54 metros por 20 cm en la parte más ancha.

Tanto las medidas como la forma coinciden con el *besadoiro* de Quintelas. Varias diferencias lo alejan, no obstante, del caso estudiado por Liste. En primer lugar, pese a tener las mismas dimensiones e idéntica forma al de Gargamala (Mondariz) –el descrito por Liste–, nuestro arado era tirado por una sola yunta de vacas y no cuatro. Esto puede explicarse por el tamaño de las tierras trabajadas, tanto como por la pobreza de la zona (nos hallamos en

una comarca más deprimida que Mondariz), que hacía difícil poseer ocho vacas para labrar un campo. Otra diferencia, más importante, es que el *besadoiro* se mantuvo en uso en la zona hasta los años 50 al menos, según testimonio de una vecina, que recuerda el último arado de este tipo trabajando en Garellas, cerca de Quintelas. Por lo visto los *besadoiros* eran de uso habitual por muchos de los vecinos de la zona, aunque nuestra informante reconocía que había pocos en comparación a los arados simples.

El *besadoiro* se nos presenta, así, como un indicador del atraso económico y tecnológico de la zona. Los usos económicos del Antiguo Régimen van paralelos a una mentalidad igualmente tradicional: la existencia de *besadoiros* significa la perduración de una concepción arcaica del paisaje. La faceta conservativa que supone la pervivencia de este arado será tratada en la segunda parte.

Otro tipo de objeto interesante es el *carapucho*, una capa de paja utilizada como impermeable. Aunque la considerábamos ya desaparecida, conocimos a dos mujeres que la usaban o la habían usado recientemente en Lebozán y Doade (Beariz, Ourense). Es especialmente significativa la defensa que hacen del objeto tradicional frente al industrial: el *carapucho*, al contrario que el impermeable, no filtra nada el agua y no se voltea con el viento. En varias ocasiones nos hemos encontrado con una defensa similar, realizada en términos funcionales, de instrumentos del Antiguo Régimen, lo cual significa que la adopción del útil industrial obedece, en no pocas ocasiones, más a razones simbólicas (modernidad, bienestar) que a su utilidad práctica. De este modo, otra habitante de Doade alababa los muros de las casas tradicionales y criticaba las paredes de ladrillo y cemento (“uns chafarís calqueira”, “esas cangalladas que fan agora”).

La segunda aportación de este trabajo es la relativa a las zonas de distribución de los artefactos. En parte, esta cuestión se solapa con el análisis regional de los abandonos, con lo que aquí nos ceñiremos, de forma preferente, a los aspectos tecno-tipológicos.

Señalábamos al principio de este apartado que la Terra de Montes conformaba una entidad diferenciada y homogénea respecto a su cultura material. Esto no es del todo exacto. A lo largo de nuestras pesquisas hemos podido establecer tres zonas con diferentes instrumentos dentro de la comarca. La distinción de zonas según su cultura material es especialmente interesante por su *aplicación* a la arqueología, con lo cual se podría decir que este es un ejemplo de *etnoarqueología de los límites*. Las razones de la zonificación serán explicadas aquí y en la segunda parte.

La primera zona abarcaría todo el municipio de Beariz (Ourense) y se caracterizaría por poseer carros con *chideiro* excepcionalmente largo y estilizado y ruedas normales. Predominan los arados de madera sobre los de hierro (excepto en Alvite, donde se invierten los términos) y éstos últimos

suelen tener las *rabelas* de madera; los yugos son de *brigueiros* –tanto los normales como los de *rendar*– y presentan escasa decoración; las *sachadeiras* de madera son un instrumento frecuente. En cuanto a la arquitectura, existen construcciones típicamente orensanas, como el *pallar* de tablas sobre planta de piedra cerrada, y las divisiones internas se realizan en *pallabarro*. La zona de Forcarei vendría, en cambio, caracterizada por arados de hierro de fabricación industrial con *rabelas* de hierro, carros de *chideiro* convencional y ruedas de tamaño medio y grandes, los yugos son de *chanciles* y suelen tener decoración geométrica a gubia, rosetas, hexasqueles y letras, las *sachadeiras* son de hierro industriales y, en la arquitectura, los *pallares* no son diferenciables de las casas más que por el tamaño y los tabiques se construyen con tablas de madera machihembradas. Por último, en Cerdedo los carros son de *chideiro* convencional y ruedas pequeñas; los arados son de madera; las *raspadeiras* de madera son un instrumento habitual y las grades son más pequeñas que las forcaricenses y también de madera; los yugos son de *chanciles* pero también hay muchos de *brigueiros* y en arquitectura, destacan los edificios agrícolas anejos, similares a los *pallares* de Beariz pero abiertos y destinados a múltiples funciones (almacén de patatas, de herramientas, *pallar*, etc.); los tabiques son de tablas de madera machihembradas. Los hórreos de Cerdedo son considerablemente más largos, además, que los de Forcarei y Beariz y, por otro lado, existen algunos hórreos de los de tipo costero, es decir, con laterales de piedra (sobre todo en Pedre, al oeste), frente a los laterales de madera característicos de Forcarei y Beariz (sobre la distribución de los hórreos véase Bouhier 1979).

Frente a lo que nuestra experiencia de campo nos ha mostrado, Lorenzo (1982b: 327) en su mapa de dispersión de los tres tipos de yugo gallegos introduce la zona del norte de Ourense en el área de *chanciles*, lo cual sería lógico, si tenemos en cuenta que pertenece a una comarca que se extiende sobre todo hacia el norte, por la provincia de Pontevedra. La cultura material, sin embargo, no encaja con los límites comarcales, sino en los administrativos más recientes.

La explicación de que las zonas coincidan con los municipios y provincias (*grosso modo*: las grades de madera aparecen en la zona occidental de Forcarei y las *sachadeiras* de madera al sur del mismo municipio) se puede explicar tanto por razones físicas y administrativas como económicas (estas últimas se analizarán más adelante). Respecto a las primeras, Beariz y Forcarei se encuentran separados por los Montes do Testeiro, especialmente el Costoia (951 m), lo que explica que Beariz se relacione más, de forma natural, con los valles del sur ourensanos que con la zona pontevedresa, al norte y oeste. Entre Forcarei y Cerdedo, por otro lado, se encuentra la sierra del Seixo (1.003 m). La comunicación se realiza de forma natural en el primer caso a través de tres *portelas* (Adrián, Santo Domingo y Lamas) y en el segundo por el valle del Lérez. Las razones administrativas vendrían, simplemente, a subrayar las

físicas. Parece evidente que en esta región tanto los límites provinciales como los municipales (no así los comarcales, dependientes de avatares personales en muchos casos) se han trazado siguiendo los obstáculos del relieve, fronteras naturales que deben de haber condicionado las relaciones humanas desde siempre. De todas formas, al establecerse las divisiones políticas los habitantes tienden a incrementar sus relaciones con sus vecinos frente a los de otros departamentos: así se explicaría la presencia de tabiques de *pallabarro* en Beariz, elemento característico de la arquitectura ourensana (Caamaño 1999: 90). La diferente cultura material en las distintas áreas que conforma el relieve lleva a pensar que las fronteras que imponen las montañas son concebidas como tales por los individuos (en este sentido véase Johnston 1998: 319-320), pese a que la identidad comarcal se viva como una realidad (de hecho no existe realmente una identidad provincial). Esta identidad de la comarca se refuerza mediante contactos más allá de los límites estipulados por la naturaleza y la administración: las ferias de Doade (Beariz, Ourense) o Soutelo (Forcarei, Pontevedra), congregaban a gente de toda la comarca. Es sobre todo en los lugares centrales donde se produce el contacto. De todas formas, el límite de acción ha sido siempre la parroquia, hasta la crisis del Antiguo Régimen en los años 60, como ya hemos indicado.

En cuanto a la decoración geométrica en Forcarei, se puede explicar por la tradición cantera de la zona: las rosetas y la decoración ondulada o de pirámides realizada a gubia aparecen asimismo en la piedra labrada. Los motivos que decoran los edificios y los hórreos se repiten en los aperos y no sólo en los yugos: así las rosetas de los *espadeleiros* de Quintelas. Esta explicación puede hacerse extensible a otras zonas: los yugos de *brigueiros* y de *molida* poseen –por norma general– mucha menos decoración que los de *chanciles* (véanse las tablas de Liste 1991). La zona de *brigueiros* y *molida* coincide, en grandes líneas, con las comarcas donde la cantería no es un oficio importante, todo lo que contrario que aquéllas donde proliferan los yugos de *chanciles* (véase el mapa de Lorenzo 1983). Para el caso de Terra de Montes podemos ofrecer algún ejemplo significativo: el yugo localizado en Soutelo-1 (Forcarei, fig. 5), por ejemplo, tiene como decoración en el frente una cruz oblicua incisa (el dueño de la casa era cantero, según atestigua un completo equipo perteneciente a esta profesión). Esa cruz la pudimos observar después utilizada en las lápidas del cementerio de la misma localidad (fig. 6). Las cruces del calvario son igualmente comunes a yugos (véase el de A Graña-Eiravella) y lápidas funerarias. Los hexásqueles de los yugos localizados en Vilariño, Doade (fig. 7) y Sanguñedo, entre otros, aparecen en los marcos de sillería de una ventana de Soutelo, en las balaustradas de hierro y en las lápidas funerarias. La decoración tiene un valor ante todo identificativo (para distinguir el apero cuando se llevaban a cabo labores comunales: arreglo de caminos, acarreo de piedra para una casa o un molino), pero también apotropaico (contra el mal de ojo, las brujas).

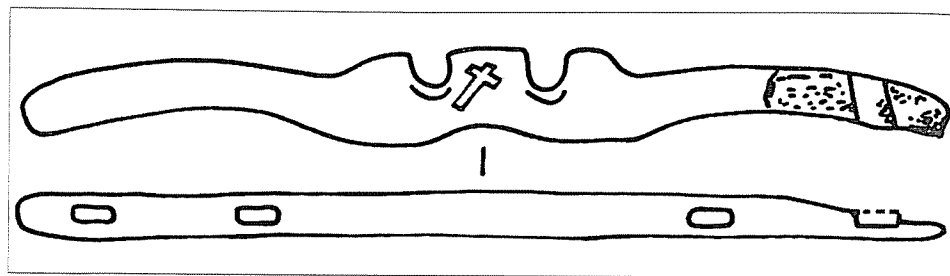


Fig. 5.- Yugo de chanciles de Soutelo de Montes.

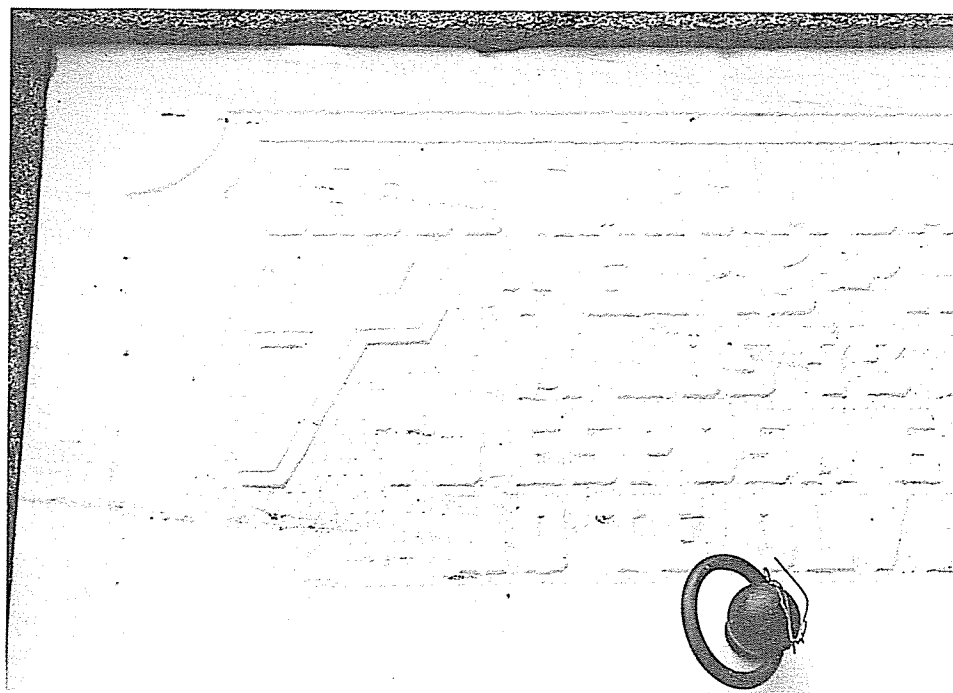
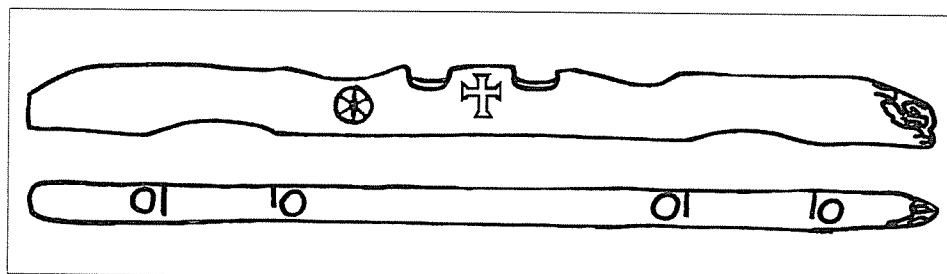


Fig. 6

Fig. 7.- Yugo de brigueiros de Doade.



Los motivos de tipo roseta o polígono estrellado de cinco o seis puntas (junto a los *salomones*) eran grabados precisamente con intención profiláctica (Liste 1991: 341). Con la cruz (que tiende a desplazar al motivo no cristiano), son los elementos más habituales en la decoración de los yugos. Es curioso que los elementos figurativos que aparecen en estos aperos (aves, ramas, hojas) pertenezcan siempre al mundo salvaje y no doméstico. La decoración pintada, por último, es muy escasa. Sin embargo tuvimos ocasión de descubrir dos yugos pintados en Alvite (locus 4) y en Portomartín (Lalín), fuera, precisamente, del epicentro canteril de Terra de Montes.

Aparte de las difusas fronteras que se establecen entre comarcas, existen otras aún más restringidas, entre aldeas y parroquias. Hay algunos elementos de cultura material que caracterizan a un solo pueblo o a un reducido número de asentamientos. La arquitectura tradicional de las parroquias de Santa Marina y San Miguel de Presqueiras tiene un aire que las diferencia de las parroquias vecinas de Madalena y Pardesoa. Se trata de detalles nimios que se explican por el carácter profundamente local y artesano de las producciones materiales. Todos los individuos de una aldea se reunían para construir una casa o un granero. Si alguien levantaba un hórreo, seguía las pautas de los demás que existían en la *eira*, si tallaba un yugo lo hacía siguiendo los modelos que conocía –de sus antepasados y de sus vecinos; en la mayor parte de los lugares había un carpintero, varios canteros, como mínimo un herrero por parroquia, etc. de cuyas manos salen la mayor parte de los artefactos del asentamiento y sus alrededores. Esto da lugar a cierto aire endogámico en los objetos, perceptible a pesar de las concomitancias de toda la cultura material de la comarca y, en líneas más generales, de Galicia.

Existe una forma de difusión de los instrumentos y los motivos decorativos, recogida por Liste (1991: 57) que es de especial interés para la arqueología. Se trata de los *caseiros*, gente que se desplaza –a veces tras haber permanecido en el mismo lugar durante generaciones– a otras heredades, al servicio de otro señor o *labrego* rico. A veces llegan a sitios muy distantes de Galicia, occidente de Asturias y León y norte de Portugal. En el caso de Soutelo (Forcarei) los *caseiros* proceden de Lugo, región donde encontramos una cultura material muy diferente en muchos aspectos a la de nuestra comarca. El fenómeno de los *caseiros* pudo haberse dado –encarnado en la figura de otros personajes– en tiempos pre y protohistóricos, formando parte de las migraciones por infiltración a las que se refiere Neustupny (1982).

Un último aspecto interesante de la cultura material en la Terra de Montes nos lo ofrece, nuevamente, un arado. No se trata ya tanto de tipología sino de un concepto sociológico (que influye, sin embargo en la tipología): el de *emulación*. La aldea de Zobra (Lalín, Pontevedra), a los pies de los Montes do Testeiro, presenta unas destacables muestras de arcaísmo

en la cultura material, ejemplificadas en la perduración de las labores artesanales del tejido y la larga persistencia del arado de madera (aún hoy en uso). En la segunda parte nos referiremos a esto más extensamente. Nos interesa un elemento concreto ligado a estas muestras de arcaísmo: se trata de un arado de hierro abandonado en una de sus calles (probablemente como parte de una actitud conservativa de *items* metálicos, fig. 8). Dos aspectos diferencian a este apero de otros de su especie: pese a ser un arado metálico no procede de una fábrica (la mayoría se realizaban en Bilbao), sino que es un producto manifiestamente artesano, ideado por un herrero local. El segundo aspecto diferenciador se refiere al tipo: los arados de hierro, al contrario que los de madera, son asimétricos, esto es, tienen la reja a la derecha o a la izquierda, no en el centro. Ésta es de grandes proporciones y permite voltear la tierra (de ahí, arado de vertedera). Aunque existía desde la Baja Edad Media, su generalización no se observa hasta fines del siglo XVII en Inglaterra, Norte de Francia y Países Bajos. La revolución agrícola hizo de él un útil característico del paisaje rural europeo en la segunda mitad del siglo XVIII y todo el siglo XIX. A España llegó este último siglo, si bien su popularización no se produce antes de las primeras décadas del siguiente. En Galicia no es mayoritario hasta fines de los años 60, precisamente cuando empieza a ser sustituido por el tractor. En la mayor parte de la Terra de Montes era el único arado utilizado de los años 40 en adelante (la zona de Beariz y Cerdedo se incorpora entre fines de los 50 y principios de los 60). La ventaja del arado industrial era, en primer lugar, la capacidad de voltear la tierra, después el tamaño de su reja, que permitía profundizar mucho más y oxigenar el suelo, y, por último, debido a su mayor peso y a sus dos estevas resultaba más fácil de manejar y hacía los surcos más rectos.

El arado de Zobra es un arado cuadrangular tradicional, con *abeacas* (orejeras) curvas, reja plana triangular y una sola *rabela* (esteva) en forma de codo. Compárase la fotografía con el arado de Portomartín (Fig. 10), en uso hasta poco antes de que nosotros hiciéramos la fotografía, en 1997, una aldea del mismo *concello*, y se observará el extraordinario parecido: el herrero ha copiado con exactitud un arado de la zona. Efectivamente, el instrumento de Zobra no aporta *nada*, o prácticamente nada, en relación con el coste. No es tan pesado como el arado asimétrico, ni voltea la tierra, ni tiene la reja grande para profundizar, ni tiene dos estevas que regulen mejor la dirección del surco. Ciertamente es más pesado que un arado de madera, lo que le permitiría ahondar algo más en la tierra y ser conducido de forma más estable. El cambio, no obstante, es casi imperceptible comparado con las grandes ventajas de un arado asimétrico (que no en vano protagonizó una revolución agraria). Un cambio demasiado imperceptible para los elevados costos que debió conllevar la realización de la pieza en una forja artesana (en comparación con el escaso precio de un arado de palo). En este caso como en tantos otros, los aspectos simbólicos de la emulación

superan a los económicos y funcionales. Frente a la situación de un campesino de los años 20 o 30, los de las décadas siguientes viven bajo una presión informativa mucho mayor. De esta forma, señala Liste (1991: 317) se fuerza a que el habitante del campo evolucione hacia un perfeccionamiento de su "imagen", "provocando en él un ansia de superación y competición dando lugar a situaciones rayanas en lo caótico". La clave está en que el individuo otorga al apero un valor mayor que el de "útil": el de "comunicador" (ibid.: 318).

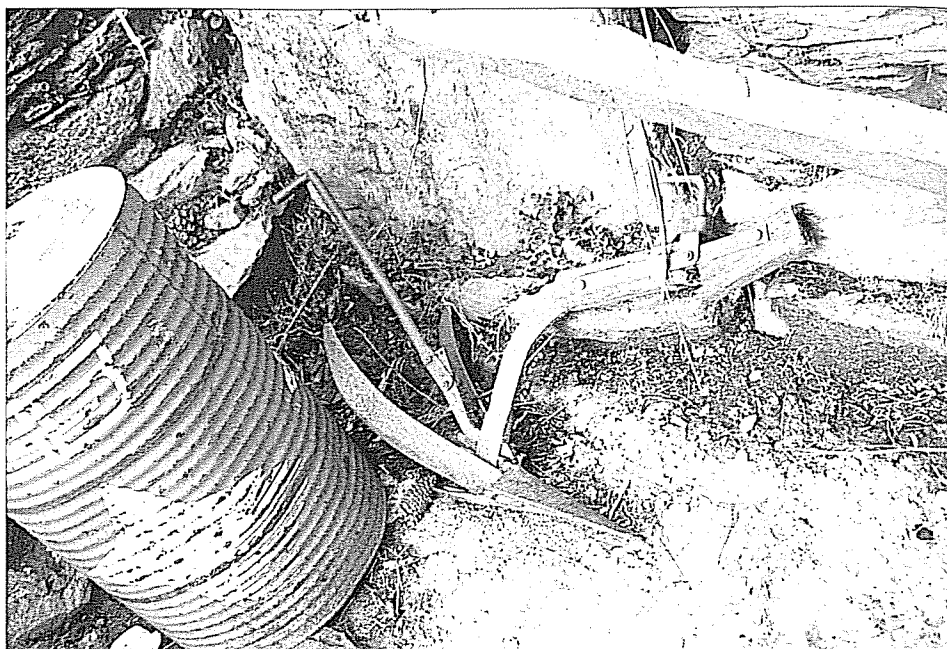


Fig. 8

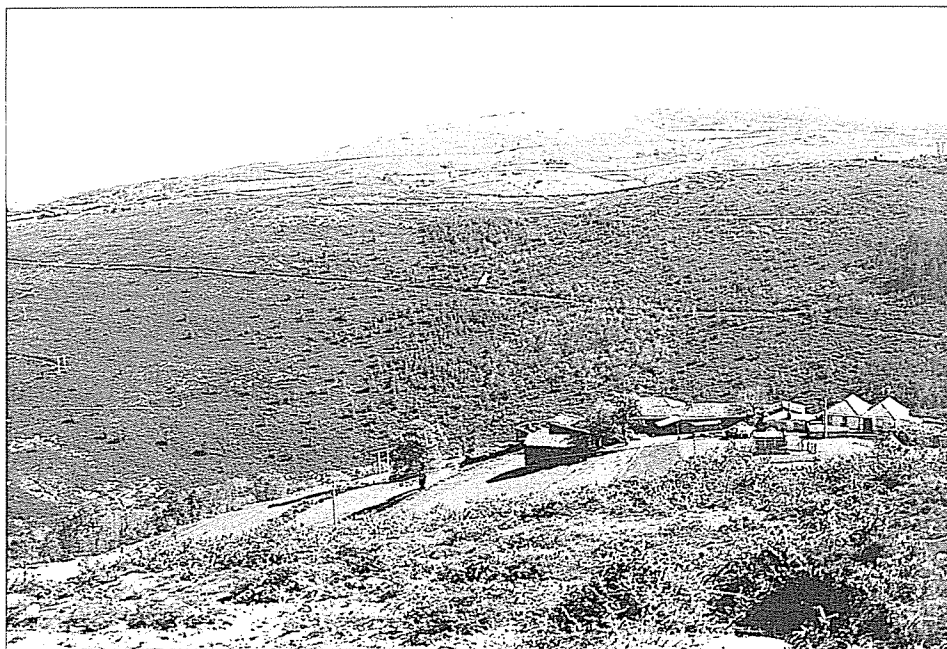


Fig. 9

PARTE II

I) ABANDONO REGIONAL

Podemos distinguir los motivos que llevan a despoblar un lugar dentro de la región en dos grupos: factores funcionales y económicos y factores simbólicos. Aunque suelen actuar ambos juntos, los primeros comenzaron a tener efecto antes (ya vimos que los lugares más pobres, de las tierras de altura se despoblaron más tempranamente por la emigración, cf. Rodríguez Campos 1984).

Existen marcadores materiales para conocer las zonas más deprimidas, al menos en nuestra comarca: se trata de los arados de madera y los útiles de trabajo del lino. El primero de los elementos es bastante ambiguo: en zonas como Lalín y A Estrada, más fértiles que nuestra región, los arados simétricos han tenido una perduración excepcionalmente larga, que se puede explicar por el menor impacto de la emigración (menos remesas *ergo* menor posibilidad de adquirir tecnología *moderna*). En la zona costera sí parece que funciona la dualidad "más desarrollo económico/menos arados de madera" (véase González Reboredo 1979). Si atendemos a la distribución geográfica de los arados cuadrangulares en la actualidad veremos que estos se extienden por las zonas más montañosas e incomunicadas. Hemos recogido testimonios en la falda oeste de la Serra do Seixo (Cerdedo: Abelaíndo, Carballás, Barro, etc.), en las faldas de la Serra do Candán y sus estribaciones: Refoxos, Portomartín, A Trigueira (Lalín), en un valle de los Montes do Testeiro (Trasdomonte, Forcarei). Dentro del municipio de Beariz descubrimos un gran número de arados simétricos en Alvite (vid. fig. 3), muy superiores en número a los de hierro. Significativamente se trata de un lugar que quedó completamente desierto de resultas de la emigración. La excepción es Quintelas (Forcarei), si bien los arados encontrados se habían preservado un tiempo especialmente largo merced a la intervención de una actitud entre conservativa y conservadora. El resto de los lugares se

encuentran alejados de los principales ejes de comunicación. En algunos casos, como Portomartín (fig. 9), el asfaltado es algo muy reciente (1998). Las tierras en que se enclavan estos asentamientos, si bien resultan adecuadas para la explotación ganadera por su abundancia de pastos siempre verdes, no lo son para la agricultura: el relieve abrupto y rocoso, propio de una zona montañosa, y las pequeñas parcelas no facilitan el manejo del pesado arado de vertedera. El continuado uso del arado se manifiesta en Portomartín (la aldea más aislada y de difícil acceso) por las reparaciones que uno de estos útiles tenía realizada recientemente en plástico (fig. 10).

En cuanto al lino, también su perduración ha sido mayor en los lugares más inaccesibles, donde la economía del Antiguo Régimen ha tenido una mayor pervivencia. En lugares como Zobra y A Trigueira (Lalín), Fixó de Pardesoa (donde se prosiguió el cultivo hasta hace poco más de dos décadas, según un informante) y Trasdamente (Forcarei), Barro (Cerdedo) el cultivo y el trabajo de la fibra textil ha tenido una especial perduración. Se trata, como en el caso del arado, de áreas especialmente azotadas por el despoblamiento. En Zobra tuvimos ocasión de ver, todavía, el trabajo artesano del hilado y el tejido (fig. 11).

Las zonas con economía residual del Antiguo Régimen son también las que tienen mayores dificultades para desarrollarse económicamente o mediante la concurrencia de nuevas tecnologías. Se explica de este modo que sus vecinos hayan decidido trasladarse a otros puntos dentro de la comarca o de la provincia. En Trasdamente (Forcarei) quedan unos quince vecinos distribuidos en cinco aldeas, en Portomartín (Lalín) dos y otros dos en Carballás (Cerdedo), Adrián (en el norte montañoso de Beariz) está abandonado por completo, como el ya mencionado Alvite.

A la hora de elegir un nuevo asentamiento influyen, junto a razones funcionales y económicas, otras de tipo cognitivo y simbólico de no menor importancia. Entre las razones funcionales se encuentra la cercanía a las carreteras más importantes: como decía una vecina de Doade "lle dis a alguén que che faga unha cousa e cha fai" (posibilidad de que alguien le haga a uno recados). Hay comercios y transporte para desplazarse a las ciudades, si es necesario resolver algún problema administrativo o familiar. Los vecinos, sin embargo, otorgan a los pueblos de mayor tamaño y con servicios un valor del que, aparentemente para el observador externo, carecen. Aunque todos los pueblos de la zona tienen menos de mil habitantes (los mayores no superarían los quinientos) la gente los denomina *vilas* (villas) y en el fondo intentan parecerse en lo posible a estos núcleos mayores. La percepción de estos pueblos o aldeas grandes como villas se debe a que acaparan comercios, bancos y centros administrativos (ayuntamiento, guardia civil). Las labores agropecuarias ocupan un lugar marginal: la gente vive de las pensiones, de las rentas y de los servicios.

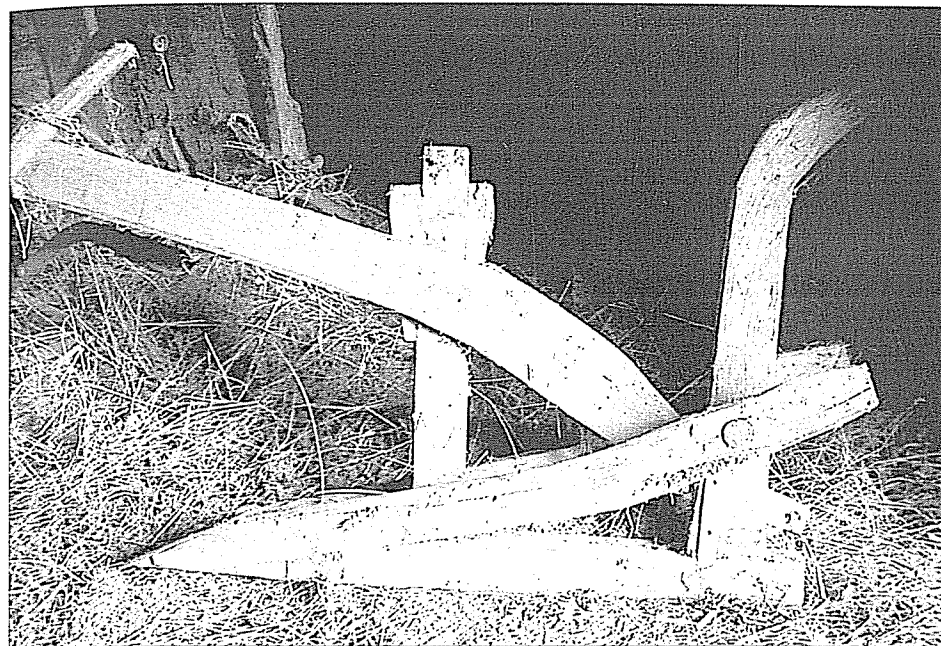


Fig. 10

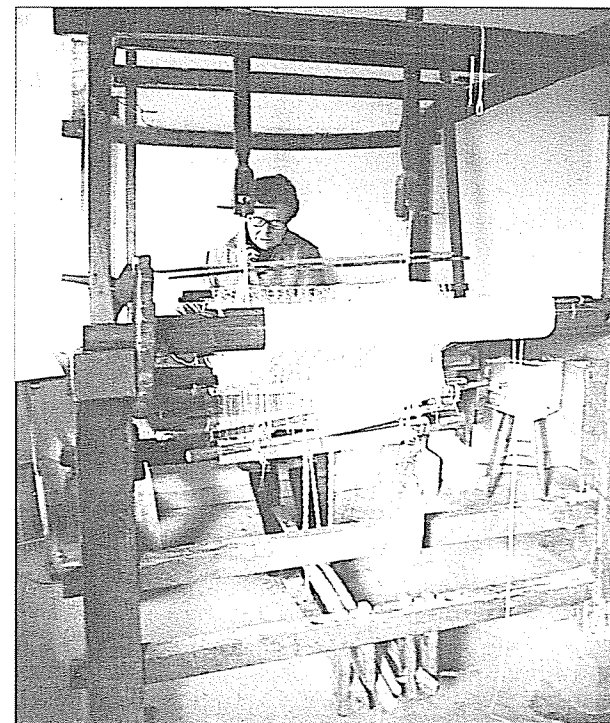


Fig. 11

Pero son, además, el lugar elegido por los indianos para establecer sus casas de veraneo. La gente de las aldeas circundantes desea tener una casa (un piso) en estos centros, junto a la "xente de cartos" y sus casas modernas, al lado de la carretera. Un joven que veranea en Trasdormonte nos comentaba que no entendía la fijación de los habitantes del apacible valle por Soutelo de Montes. Como habitante urbano que ha aprendido a valorar lo rústico (García León 1996: 222), no es capaz de comprender lo que para un antiguo miembro del Antiguo Régimen supone la *vila*. La relación entre los lugares centrales y las aldeas de alrededor es semejante a la de la ciudades y villas con los pueblos de la zona. Rodríguez González (1997: 118) habla de la aparición de "comportamientos urbanos" en las villas rurales. El pueblo central (Cerdedo, Forcarei, Soutelo y Beariz) tiene unas características ciudadanas de las que carecen los demás asentamientos: así, cuando se alaba Soutelo, se están alabando sus condiciones urbanas.

También a través de estas *vilas* constata el campesino su atraso rural (Sánchez Jiménez 1996: 25): resulta muy significativo que la gente anhele abandonar su amplia casa de labranza en un valle silencioso y verde y desee irse a vivir en un piso al lado de la carretera, a pocos kilómetros de su aldea (idea que a cualquier habitante actual de la ciudad parecería absurda). El campesino ha asimilado los valores de la ciudad, que define lo que está bien y mal, lo que es moderno y progresista y lo que es atrasado y zafio (Flores 1979: 300), de ahí la tosca imitación del urbanismo y la arquitectura de las ciudades (Lorenzo 1982a: 117) en las minúsculas *vilas* de la comarca. La ausencia de auténticas villas en la zona (se encuentran todas en un radio de 30 km) explica también la sobrevaloración de los pueblos más grandes.

II) ABANDONO EN LOS ASENTAMIENTOS

En este punto trataremos los procesos de abandono de las aldeas tanto como la gestación de los nuevos escenarios capitalistas. El análisis de la transición de un escenario a otro puede considerarse, como ya señalamos, un ejemplo de (etno)arqueología del paisaje. Pese a que hablemos de asentamientos, nos detendremos aquí en los edificios en su aspecto externo, pues es imposible referirse a la totalidad sin tener en cuenta cada elemento particular que la compone. El análisis del interior (organización del espacio y desechos) será objeto de atención en el próximo apartado.

1) Del paisaje campesino al paisaje capitalista

El paisaje del Antiguo Régimen presenta un panorama uniforme, homogéneo, colectivo. Una aldea gallega poco transformada, como podrían ser Carballás (Cerdedo), A Graña (Forcarei) y Alvite (Beariz) en nuestra comarca, ofrece a nuestra vista una serie de construcciones de mampostería y madera, con techos de lajas o teja. Junto a las casas encontramos a veces un

pequeño espacio (*resíos*), donde puede haber un hórreo o un alpendre. Detrás de las casas se extienden pequeñas huertas y más allá campos de pasto, tojales y bosque. En un extremo de la aldea vemos una *eira* de piedra, tierra o asfalto para la *mallá*, frecuentemente rodeada de hórreos. Junto a las viviendas se observan algunos *pallares*, alpendres y hornos exentos. En ocasiones existe también una capilla (*capela, santo*), que es iglesia en el caso de las parroquias. Ningún edificio sobresale por encima de los demás, ni siquiera las estructuras sacras resultan especialmente ostentosas (fig. 12: Portomartín).

Se trate de iglesias románicas o barrocas, su estilo suele ser austero y acorde con el paisaje humano que las circunda. La semejanza entre casa y templo no es una exclusividad de Galicia: en otras sociedades campesinas de corte igualitario se pueden observar casos parecidos. Stahl y Stahl (1976) observaron que las formas más simples de las antiguas iglesias rumanas mostraban asombrosas similitudes con las casas tradicionales campesinas de la misma zona. Las semejanzas son más profundas que las diferencias, tanto en tecnología como en su forma y el ritual que las acompaña; en este sentido, también las viviendas gallegas se rodean de complejos rituales a la hora de su fundación y las ceremonias no están ausentes en momentos posteriores.



Fig. 12

Incluso las casas grandes y los pazos se acomodan al paisaje sin demasiada estridencia: es en el volumen más que en el estilo muchas veces donde percibimos la diferencia (p. ej. el pequeño *pazo* de Costenla, Lalín). En nuestra zona sólo hay tres edificios que merezcan entrar con pleno derecho en el concepto de *pazo* y casa grande. Se trata de los lugares de Hermosende, Igrexa y Pereira, todos en Forcarei. La Casa de Chedas (Lalín) se encuentra en el difuso límite comarcal. Sólo Hermosende es un *pazo*, cuyo carácter nobiliario manifiestan la capilla, una gran chimenea y el escudo de armas. Tanto en Hermosende como en Igrexa el principal factor de diferenciación de la arquitectura es la chimenea rectangular de grandes proporciones. Por lo demás, los edificios se camuflan en el paisaje, tanto por el material de construcción (esquisto y granito), como por la técnica (mampostería, sillar y sillarejo). Las relaciones de poder, que sin duda existen, no tienen una plasmación clara en el mundo rural (de forma material). La solidaridad de la aldea, el igualitarismo y la idea de comunidad imponen –a veces falseando la realidad– un paisaje sin símbolos de ostentación, como sucede en otras sociedades campesinas preindustriales (Shanks y Tilley 1982).

Obviamente existen diferencias entre los campesinos, aparte de los nobles (más bien hidalgos) y el clero. Fernández de Rota (1984) distingue, para un caso particular de A Coruña, hasta cinco *clases* sociales. Estas *clases*, o algunas de ellas, son perceptibles en el registro del Antiguo Régimen de nuestra comarca: las moradas de *caseiros* y *bodegueiros* (gente con muy escasos recursos, al servicio de labriegos ricos) se mezclan con las de campesinos pobres (que arriendan tierras); otro estrato es el de los campesinos medianos; a continuación vienen las *casas fortes* y por último las casas de prestigio (siguiendo el esquema de Fernández de Rota, *ibid.*: 30-31). Este esquema puede aplicarse a los edificios que han sido objeto de un estudio microespacial en nuestro trabajo: al primer tipo pertenecería Soutelo-2 en su fase como vivienda; al segundo Sanguñedo-2 (puesto que ya posee *resíos*) y Adrián; a la tercera clase habría que atribuir Soutelo-1, Vilapouca, Sanguñedo-1, Alvite-2, Xisto y Correa; A Graña-Eiravella y Doade se pueden enmarcar en la cuarta clase y en la última entraría Hermosende (en época preindustrial) y Pereira (actualmente).

Cada clase, pues, posee un tipo de edificio: casa *terrea* o de dos plantas (pero muy reducida) las dos primeras; casa de dos plantas –generalmente con corredor y campos– la tercera clase; *casas grandes* (en el sentido literal o tipológico) la cuarta, con elementos de arquitectura culta (marcos de las ventanas y portalón en A Graña-Eiravella; pilares y arco en Doade); *pazos* la quinta. Sin embargo, las diferencias son más marcadas en lo social y lo económico que lo que se aprecia en el registro material. Existe una *solidaridad en lo material* por encima de las diferencias de clase: las casas de una aldea eran muy similares en tamaño, forma y materiales porque así se reforzaba la idea de comunidad, de identidad de la población (Deetz 1996: 1-2) y subrayaba la

igualdad de todos los vecinos (al menos en el plano social). Según Hernando (1997: 214), entre los *k'ekch'ies* “existe un altísimo grado de uniformización en la construcción de la vivienda y de todo el repertorio visible, aunque las diferencias de riqueza existen, como hace visible no sólo el número de cerdos, sino también las exigencias de consumo comunitario de los propios bienes en las ceremonias religiosas”. La casa funciona, así, como “un símbolo supremo de pertenencia a una comunidad” (Wilk 1983, 1993: 38). Esto puede explicarse, también, tanto por los deseos de aparentar de las clases más bajas (Saavedra 1994), como por el fuerte enraizamiento de los poderosos en el medio local. En una sociedad de bien limitado, además, se pensaba que sólo se podía medrar a costa de los otros (González Reboredo 1995: 22-23), con lo que cualquier mejora introducida en la vivienda (signo del progreso de la familia que la habitaba) se hacía dentro de unos cánones admitidos y con cierta mesura. El apartarse de las reglas en una sociedad industrial –incluso en la forma de construirse una vivienda– puede conducir a la muerte social, al ostracismo (Wilk 1993: 38). Las actividades comunales campesinas (*carreto*, horno comunal, *malla*, ganado comunal, etc.) contribuían, además, a limar las diferencias existentes (o a integrarlas dentro de la idea de comunidad), como dice Thompson (1979: 146) al respecto de la idea de propiedad: existe “un cierto tipo de psicología social y comunal de la propiedad: la propiedad no de su familia, sino de su familia-dentro-de-la-comunidad”.

La idea de igualdad en el agro gallego destaca más, si cabe, cuando se la compara con el ámbito cultural castellano (las Castillas históricas y Extremadura). Frente al paisaje homogéneo (simétrico socialmente) de Galicia, en Castilla encontramos en el Antiguo Régimen uno claramente heterogéneo (asimétrico socialmente). Un ejemplo claro de esta asimetría nos lo ofrece Mota del Marqués (Valladolid). El pueblo se extiende desde la falda de un otero a lo largo de un llano. La posición más alta la ocupa el poder civil, representado por una fortaleza; a continuación destacan poderosamente en el paisaje dos iglesias –el poder eclesiástico– de dimensiones claramente desproporcionadas en relación al conjunto de casas bajas. La diferencia de estilos y tamaños de la arquitectura se refuerza, en este caso, mediante la topografía. Como en el Próximo Oriente antiguo, el tamaño de los edificios religiosos y su posición en un lugar visible y ventajoso manifiesta que esos edificios representan centros de poder (Heinz 1997: 40). En general, las casas nobiliarias castellanas se diferencian de sus vecinas tanto en los materiales (sillería frente adobe o tapial) como en la arquitectura (grandes escudos nobiliarios, puertas y ventanas decoradas, solainas, portalones con remaches de hierro, balcones de forja y ventanales decorados).

El paisaje tradicional es orgánico, asimétrico formalmente (simétrico socialmente), aparentemente desordenado. El paisaje del capitalismo es artificial, simétrico formalmente, aparentemente ordenado. No se adapta al medio, sino que adapta el medio a sus necesidades. En el fondo perviven

factores del antiguo orden. Lo inorgánico, simétrico y ordenado se da más bien al nivel de la estructura que del asentamiento. La comparación con los Estados Unidos de época pregeorgiana y georgiana (Glassie 1975 y Deetz 1996) se hace inevitable por sus múltiples concomitancias.

El mundo capitalista supone una fractura considerable –pero relativamente anunciada– con el paisaje del Antiguo Régimen. Para hablar de la transición al paisaje del Nuevo Régimen comenzaremos con la desconstrucción de un ejemplo concreto y ciertamente significativo. Se trata de un caso de transición antigua, un edificio de los años 30, perteneciente a un individuo capitalista (en la mentalidad y en la economía). Por la época a que pertenece, lo tradicional tiene todavía un enorme peso. Conviene tener en cuenta, sobre todo a la hora de abordar la arquitectura de ostentación propia del capitalismo o protocapitalismo, los distintos niveles de mensaje que estamos desconstruyendo. Resulta muy fácil caer en el error de interpretar como público un mensaje privado y viceversa (más aún entre sociedades que no explican o no tienen porque explicar verbalmente sus construcciones, Veyne 1972: 245). Escribre Braunstein (1991: 269) que “todos los compromisos del individuo a través de la apariencia son susceptibles de glosas; unos pertenecen al dominio público y emiten mensajes perfectamente claros, otros introducen una parte de libertad en el campo de las obligaciones; y otros en fin no expresan sino compromisos privados, comprensibles para uno sólo o para unos pocos elegidos”. La comprensión histórica, pues, como recuerda Veyne (1972), no puede aspirar a ser más que parcial. El análisis hermenéutico del registro material nunca será capaz de desentrañar todos los significados.

El edificio que estudiamos es una mansión perteneciente a la familia González-Barros de Soutelo de Montes (fig. 13), dueños –desde los años 20– de una empresa constructora. El edificio fue erigido por uno de los miembros de la familia en 1931 y, tras un período en otras manos, volvió a ser adquirido por otro familiar en 1947. En los años siguientes se introdujeron algunas reformas que otorgaron a la casa su aspecto actual. A primera vista es una estructura que no tiene nada que ver con las construcciones que la rodean, pero un análisis pormenorizado nos indicará el profundo vínculo que la une, todavía, al paisaje del Antiguo Régimen.

En primer lugar está la ubicación. Al contrario que los modernos chalets de indios no se encuentra al pie de una carretera importante, ni apartada del núcleo antiguo. La casa aparece rodeada de edificios tradicionales, casas, establos y *pallares*. Su relación con el medio es aún más estrecha de lo que parece a simple vista: la vivienda fue construida sobre una casa tradicional de mampostería de esquisto, con lo que todo el edificio descansa realmente sobre esta estructura tradicional: expresa de forma elocuente y material el estrecho vínculo entre el proto-capitalista y el Antiguo Régimen del que ha salido. Toma, además, elementos de la arquitectura tradicional gallega, como son las galerías de madera acristaladas (Álvarez-Quintana 1984: 143).

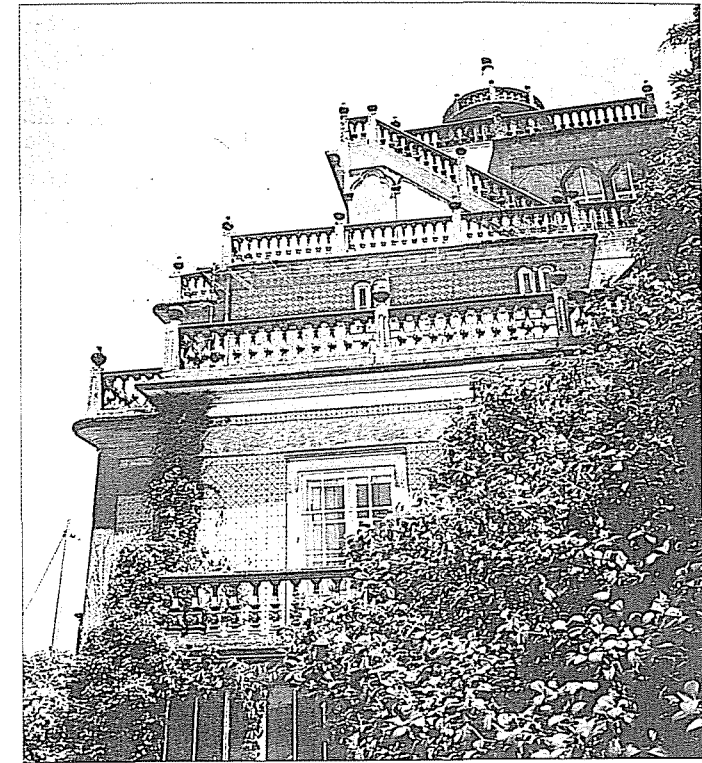


Fig. 13

Otro factor –de mayor relevancia– la hermana con las edificaciones circundantes: la forma en que fue concebida. Aunque el estilo es modernista con rasgos eclécticos (orientales, *art déco*, neorrománicos), se trata en el fondo de una arquitectura premoderna, orgánica y asimétrica. Carece de planteamiento previo, crece según las necesidades, gustos y posibilidades de sus creadores. Se trata, por consiguiente, de una casa *gótica* –por contraposición a renacentista en el sentido de Deetz (1996). La contraposición Gótico/Renacimiento es equivalente a la de Antiguo Régimen/Capitalismo o Mundo preindustrial/Modernidad. Morrison (1952: 279-280) contrapone así ambos estilos: “un edificio gótico (...) no estaba planeado, por así decirlo– simplemente crecía. La gran diferencia entre la arquitectura gótica y la renacentista no es simplemente cuestión de detalles estilísticos, sino de una diferencia esencial en los métodos básicos y las ‘filosofías’ de la construcción. Una es expresionista, la otra geométrica; la arquitectura gótica era evolucionista, la del Renacimiento era creada.” (Las comillas son nuestras). Se trata, pues, de diferencias estructurales.

Frente a la casa estudiada, las de los indios actuales surgen del plano de un arquitecto profesional, son simétricas, geométricas, inorgánicas, preconcebidas, no un producto *personal* y artesano (como personales y artesanas son las viviendas del Antiguo Régimen). El arquitecto, aunque representa un símbolo de estatus, se halla ausente en las casas de la primera época de la emigración ultramarina (Álvarez-Quintana 1984: 144). Teniendo en cuenta el carácter gótico de estos edificios, no parece casual que cuando se mezclen elementos clásicos y medievales (*ibid.*: 143), los primeros se adosen a la fachada, sobre los segundos, éstos últimos imbricados en la propia estructura del edificio.

También la acerca al Antiguo Régimen el uso del espacio no construido: el jardín de la vivienda no lo adornaban tan sólo flores y árboles ornamentales, sino cebollas, lechugas y acelgas (en clara disonancia con el ambiente pretendidamente señorial del conjunto). La concepción de la tierra como elemento económicamente útil no desaparece en la transición al Capitalismo, sino que perdura, de forma ya meramente testimonial. Las viviendas, por otro lado, crecen con la familia. Cuando una familia prospera, se dice que quien prospera es la casa –tal es el vínculo entre edificio e individuos (Lisón 1979), como el *fatum* de las casas cátaras según Le Roy Ladurie (1962). El primer deber de una persona es mejorar el edificio en que vive (Rodríguez Campos 1984), añadiéndole habitaciones, establos, *pallares*, cambiando mampuestos por sillería, lajas por tejas, etc. En este sentido, la vivienda de los González-Barros continúa, en su crecimiento orgánico (paralelo al crecimiento orgánico que generó la estructura básica), paralelo al enriquecimiento de la familia, la tradición del Antiguo Régimen. Este vínculo al mundo tradicional se advierte en la mayor parte de los edificios de capitalistas de los años 20-40 en la zona. La mejor representante de este período es la que Álvarez-Quintana (1984: 144-145) ha denominado “casa-cubo”. Los muros son de mampostería enlucida y pintada en las que a lo sumo destacan algunas bandas horizontales o verticales en ligero relieve para realzar las formas y se recurre a elementos de la arquitectura tradicional. Pousada y Vilapouca (ambas en Forcarei) ofrecen buenos ejemplos de esta tipología.

El Capitalismo es un manto que encubre una mentalidad en el fondo no del todo despegada de su medio: de esta forma, en vez de acrecentar la casa con hórreos o alpendres, se incrementa aquí con piscina y cancha de tenis, símbolos de estatus del nuevo orden y en relación con una idea nueva de ocio y del concepto de veraneo, antes ausentes (Álvarez-Quintana 1984: 141). Porque no todo obedece, evidentemente, a costumbres seculares. El edificio actúa como puente entre los dos mundos –y al segundo pertenece el afán individualista que no deja de guiar la construcción. Individualismo, ostentación, intimidad, la vivienda como espacio de ocio son elementos que encontramos en la cultura material de estos nuevos ricos y que se muestra del todo ausente en el paisaje tradicional. El escenario del Antiguo Régimen,

como veíamos, era un escenario comunitario y simétrico (en lo social). La casa de nuestro proto-capitalista es un canto a la individualidad y a la ostentación desaforada que destaca en su entorno, representa el aparentar por encima del ser: externamente la vivienda parece descomunal, mientras que el interior (habitado) no deja de ser equivalente a la de muchas casas grandes campesinas; en aras de la apariencia (simbólica) se sacrifica la utilidad (económica): muchos dueños de casas en la Nueva Inglaterra del siglo XVIII –dice Deetz (1996: 158)– deseaban presentar una cara más contemporánea pero reteniendo “su confortable vieja casa bajo ella”.

Era el paisaje del orden tradicional, además, un espacio abierto: las entradas de las casas, los campos y huertas cercados con muros bajos, los caminos y las *eiras* comunales, etc. La idea de territorio resulta bien diferente a la de la mansión que describimos, cercada por altos muros de piedra (mampostería tradicional, aún como la de las casas, pero incomprensiblemente camuflada –para nuestra mentalidad– por un enlucido de cemento) que imposibilitan todo conocimiento de lo que sucede en el interior. El uso de materiales de estatus es también típico de la mentalidad capitalista. En un mundo de piedra, la casa de los González-Barros es una mole de cemento y azulejos y en un mundo sin color los azulejos pintados resaltan especialmente.

Se utiliza cemento en todas partes, incluido el jardín, pero una vez que aparezca desbancado de su posición de privilegio, los individuos adinerados lo dejarán y recurrirán al granito foráneo. Al haberse salido de las servidumbres comunitarias y sus normas, el capitalista puede permitirse el lujo de la individualidad (aunque mentalmente no haya dejado de pertenecer por completo al Antiguo Régimen). “Cuando en la economía de la aldea –dice Wilk (1993: 39), al hablar de los *k'ekch'ies* de Guatemala– penetra la economía monetaria, y algunas casas pueden sobrevivir sin la cooperación de la comunidad, también se liberan de los estrechos constreñimientos que la comunidad impone al consumo” (en el caso de Guatemala pueden recurrir a cubiertas de hierro ondulado y otros materiales industriales). Se produce una competición de prestigio y “las casas se convierten en importantes símbolos de éxito en esa competición” (*ibid.*: 38).

En esta casa, como en pocas de la zona, se observa que entre las funciones primordiales se encuentran el significado (tan importante como la habitación, si no más). El mensaje se refuerza con otros elementos de cultura material que contribuyen, igualmente a conformar un paisaje en transición: un enorme abeto (árbol no local, equivalente a la palmera de muchos edificios indios: Álvarez-Quintana 1984: 146); el *cadillac* en un mundo sin automóviles y escasas carreteras y el panteón neogótico frente a la puerta misma de un cementerio sin mausoleos. El individuo capitalista busca gozar de distinción y la distinción, como señala Bourdieu (1991) no es más que diferencia, desviación, rasgo distintivo, “propiedad relacional que tan sólo

existe en y a través de la relación con otras propiedades". Y es una forma de ideología, pues se busca el reconocimiento de la "distinción natural" de los privilegiados, esto es, la naturalización de lo construido. La apariencia, como dice Braunstein (1991: 268), "supone el aprendizaje de un vocabulario y una gramática": la mansión estudiada nos ofrece los primeros balbuceos de un lenguaje que eclosionará cuarenta años más tarde.

Cuando a partir de los años 70 florece un paisaje de lujosas mansiones, no lo hace en terreno yermo. Por un lado existían precedentes aislados como el que acabamos de comentar. Por otro lado, la labor de los emigrantes –a través de los mecanismos ya descritos– contribuyó a crear un ambiente favorable al nuevo orden (al nuevo paisaje) y crítico con el antiguo.

El paisaje del Capitalismo pleno es mucho más consciente de su relación con el pasado que el del período de transición –y también menos respetuoso. En el nuevo paisaje las ruinas juegan un papel preponderante. En algunos casos los asentamientos se dividen en dos zonas: los chalets de los indios a un lado, las casas de piedra en ruinas a otro (véase Doade, fig. 14). Este es el paisaje característico de la mayor parte de la Galicia interior, sobre todo en las zonas más azotadas por la emigración. La nueva arquitectura apenas tiene vínculos con el pasado. Ya no es heredera, como en la mansión analizada previamente, sino dominadora: el *cruceiro* o el hórreo que se mandan construir en el jardín inmaculado de muchas casas son evidentemente falsos: es la apropiación simbólica del pasado, como el dejar las casas tradicionales en ruinas. Se trata de un mecanismo, además, utilizado en otros lugares y momentos. La apropiación de los símbolos del pasado grecorromano por el Renacimiento, la repetición de elementos medievales en sus casas por parte de los burgueses ingleses del siglo XVI y XVII (Johnson 1989: 202; 1996: 254) indican unas intenciones no muy lejanas de las de los emigrantes de la comarca.

Como en el estilo *georgiano* respecto al *pregeorgiano* (Deetz 1996: 157), en las casas capitalistas "el diseño domina sobre la función", a veces hasta extremos insospechados: en el caso norteamericano, en una casa se preservó la simetría de la fachada aunque una división interior se adosaba a una ventana, volviéndola inútil. Según el mismo autor, no es sorprendente que, dado que el estilo *georgiano* se basaba en tratados académicos basados en formas arquitectónicas clásicas, se observe un incremento en la similitud de las casas a lo largo de Anglo-América según progresa el siglo XVIII. Otro tanto podemos decir del caso gallego. La arquitectura *culta*, realizada por profesionales, trae, a la vez que una diversidad de formas (fruto del individualismo), una despersonalización del espacio construido. La arquitectura tradicional, realizada por los propios habitantes de la futura casa las más de las veces, posee un aspecto más personal, sin que ello merme la idea de igualdad. También a semejanza de EEUU, los chalets de los nuevos capitalistas tienen su origen entre las elites urbanas (de Europa o Estados Unidos).

El característico paisaje indiano se repite monótonamente en pueblos y aldeas: edificios de enormes proporciones que sobresalen en el entorno, grandes espacios entre casa y casa, materiales exógenos (granito rosa de Porriño –Pontevedra–, pizarra de Lugo), elementos arquitectónicos extraños a la zona y propios de otras latitudes (imitaciones de cortijos andaluces o chalets de montaña suizos), entradas lujosas, elementos tecnológicos ostentosos, etc. (fig. 15).

La nueva población se dirige, invariablemente, hacia las carreteras, abandonando el abigarrado núcleo original de población, algo que ya se empezaba a advertir entre los primeros indios de los años 30 (Pousada, Vilapouca). Dentro de las dos zonas en que se puede dividir los asentamientos, podemos distinguir diferentes escenarios. Los pueblos, más que las aldeas, son los que presentan un paisaje más variado, con el centro tradicional, una zona de servicios en la carretera y los chalets de indios. Dentro de la aldea vieja podemos contemplar casas antiguas en diverso estado de abandono (ruina total, en proceso de ruina o simplemente deshabitadas y cerradas) o reutilizadas (pajares, almacén, cuadra), casas tradicionales camufladas de modernidad (mediante materiales sintéticos, cemento, azulejos, pintura, aluminio, fig. 16: horno de Vilariño). Se produce lo que García León (1996: 228) denomina "ruptura de la unidad de estilo".

Se observa aquí como los elementos de *status* van descendiendo de las clases privilegiadas económicamente a las populares, con lo que se produce un constante reciclaje de dichos elementos (Miller 1982: 97). Cuando los materiales industriales están al alcance de todo el mundo (el cemento y los azulejos con que construyó su casa entera el capitalista de los años 30), las clases altas (sobre todo y en primer lugar en las ciudades) deciden volver a lo rústico (García León 1996), algo cada vez más caro y complicado de obtener (el cemento fue sustituido por el granito y la mampostería reemplazará al granito). Decía Adam Smith (cit. en Veyne 1972: 275) que "las casas, los muebles, los vestidos del rico, al cabo de un tiempo, sirven para las clases medias o inferiores del pueblo; éstas están en situación de comprarlos cuando la clase superior se aburre de ellos" (o, en nuestro caso, cuando se abaratan los costes por la industrialización y las comunicaciones). De forma muy semejante se expresa Bourdieu (1997: 15): "Una práctica inicialmente aristocrática puede ser abandonada por los aristócratas –y eso es lo que sucede las más de las veces– cuando empieza a ser adoptada por una fracción creciente de los burgueses y los pequeños burgueses, incluso de las clases populares". Respecto a la vuelta a lo rústico, también dice Bourdieu (*ibid.*) que "inversamente, una práctica inicialmente popular puede ser recuperada en un momento concreto por los aristócratas". Los gustos de la elite, como dice Appadurai (1986: 31), tienen la capacidad de cambiar el estilo, seleccionando de entre una serie de posibilidades exógenas y proporcionando modelos, lo cual les permite dominar el panorama simbólico. Una vez que ya no lo dominan, recurren a nuevas posibilidades exógenas, fuera del alcance del común.



Fig. 14

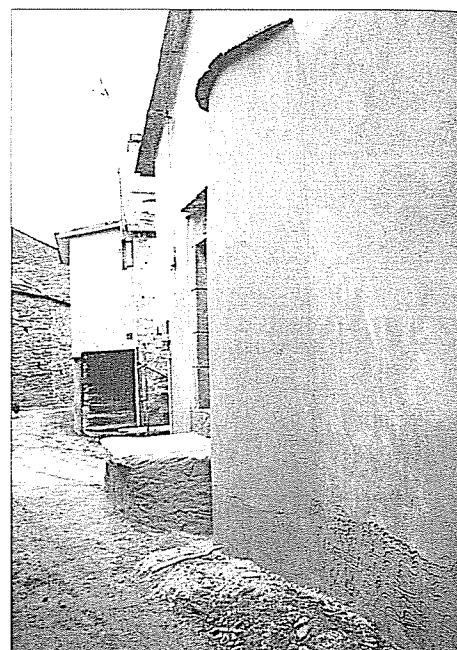


Fig. 16

Fig. 15

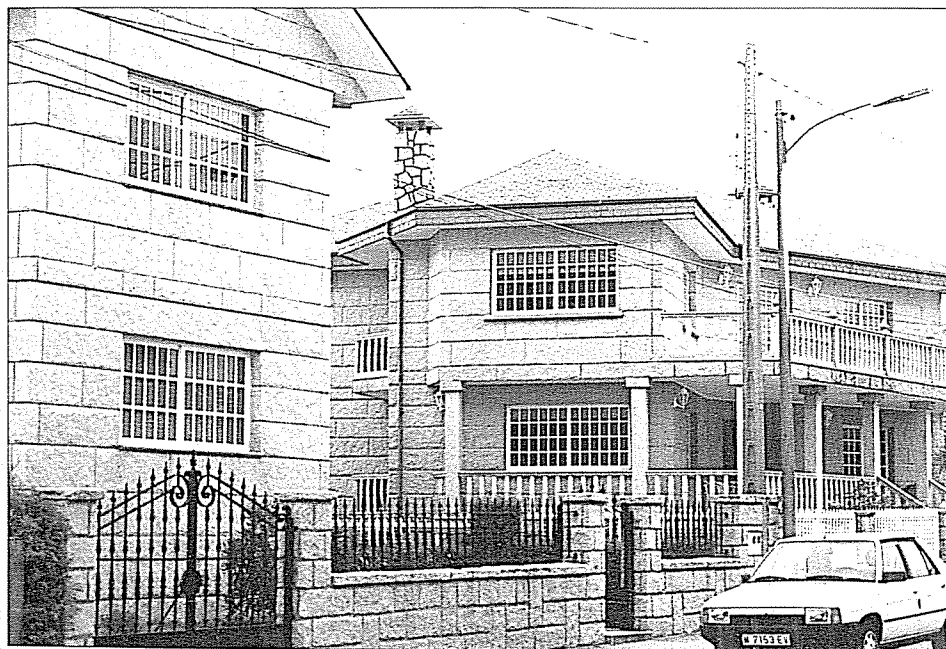
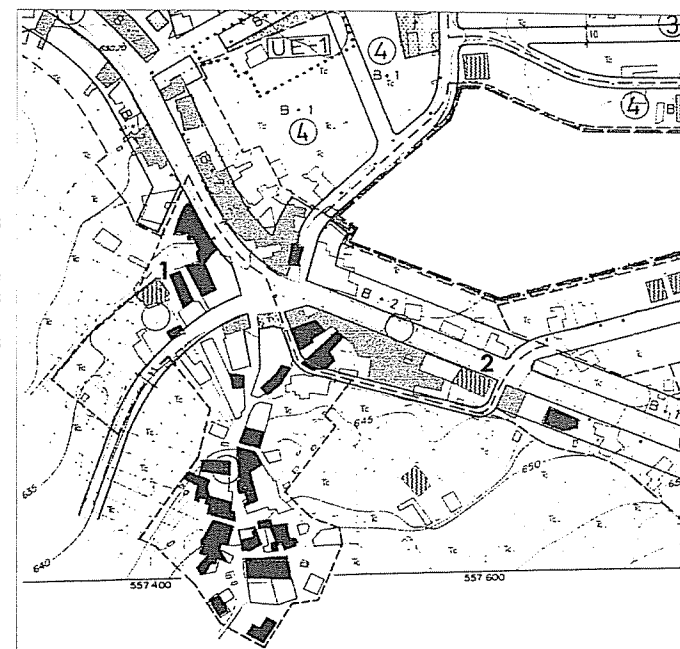


Fig. 17.
Soutelo de Montes.
En negro: arquitectura vernácula a la vista.
En gris: arquitectura urbana (post-1970)
En tramado: viviendas de indios y capitalistas.
1 y 2: casas de capitalistas de los años 20 y 30 (1: casa de los González Barros); el resto, post-1970.



Los azulejos que recubren las casas tradicionales del casco viejo son elementos de estatus para los antiguos campesinos por varias razones: su carácter alógeno e industrial es importante, pero lo es más aún que su función original sea recubrir los baños. Los cuartos de baño constituyen, en sí, un elemento de estatus (Méndez 1988). Al forrarse la vivienda con baldosas se está extendiendo el prestigio a todo el edificio y con ello a la familia que lo habita. Aunque los vecinos tienden a justificar su opción bajo el manto funcionalista (evitar el frío y las humedades de la piedra), no resulta demasiado difícil desconstruir este discurso: en muchos casos se recubre de baldosas la fachada o los lados que dan a las calles más transitadas, mientras que los lados ocultos a la vista se dejan en piedra (véanse los planos de Pousada y Soutelo, fig. 17 y 18), con el agravante de que esos lados son, con frecuencia, los más expuestos a las inclemencias del tiempo (caso de Soutelo). La función “retórica” y “social” (Appadurai 1986) acaba, en estos casos, imponiéndose a la función técnica.

El equilibrio tradicional entre necesidades (demográficas y económicas, Horne 1994: 184) y soluciones arquitectónicas se rompe por completo: lo importante es erigir hiperbólicos monumentos de triunfo, aunque sobren los dormitorios y los salones y la casa esté cerrada la mayor parte del año (fig. 19). El Capitalismo permite que desaparezca la constricción a la arquitectura señalada por Kent (1993a) para los grupos móviles (y los indios lo son): un individuo puede gastarse decenas de millones en una casa desproporcionadamente grande en la que sólo habitará quince días al año.

La población, junto a la carretera, pretende tener visos urbanos (Beariz, Soutelo de Montes, Forcarei, Cerdedo), en su forma y su función: se construyen casas de tres y cuatro pisos, bloques adosados, tiendas y, sobre todo, bancos (Lisón 1979; Rodríguez González 1997), símbolo del poder económico de los emigrados. Desde un punto de vista arqueológico, los asentamientos ofrecen una disposición de estratigrafía horizontal, donde los chalets de los indianos forman el nivel más moderno. Esta estratigrafía es, nuevamente, un indicio material evidente del cambio cultural (y de mentalidad).

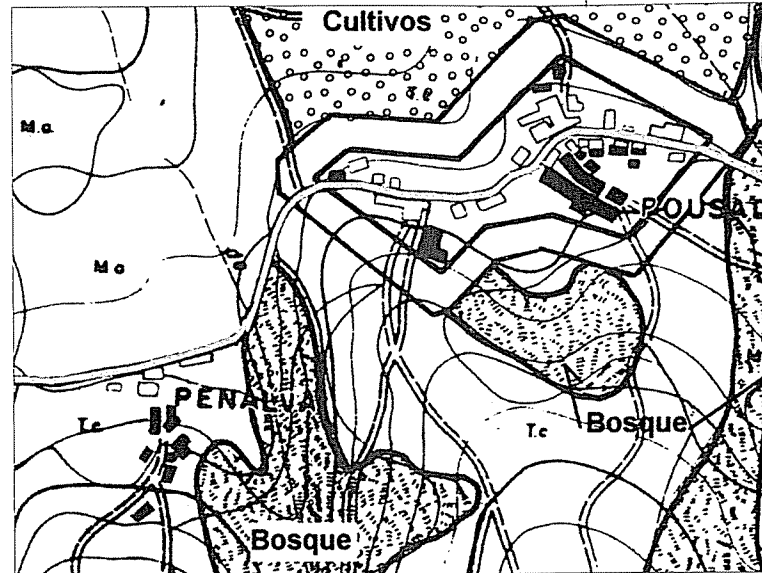


Fig. 18
En gris: carretera
asfaltada.
Estructuras en
negro:
arquitectura
vernáculo a la
vista.
Estructuras en
blanco:
arquitectura
moderna o
vernáculo
camuflada.
En doble línea
aparecen los
caminos
tradicionales.



Fig. 19

2) Factores que influyen en la distribución del espacio habitado: mundo preindustrial y mundo capitalista

Sanders (1993) considera siete factores que determinan el espacio construido: clima, topografía, materiales disponibles, nivel de tecnología, recursos económicos disponibles, función y convenciones culturales. Las casas tradicionales se ven condicionadas por todos estos aspectos. En nuestra comarca, las casas de la montaña tienen los techos más inclinados que sus homólogas del valle para permitir que se drene bien la nieve, los gruesos muros de 0,60 a ,070 metros impiden que pase la humedad, las ventanas que se abren al interior intentan aprovechar la luz al máximo con la pérdida del mínimo calor, etc. El esquisto y el granito local son las materias predominantes y determinan las posibilidades constructivas y la disposición de los paramentos; la tecnología limita la amplitud de los espacios techados y la economía el tamaño de las viviendas; la función, por último explica la distribución de los espacios internos y la presencia o ausencia de vanos, entre otras cosas. Todas estas limitaciones tradicionales apenas constriñen a las construcciones capitalistas. Al asentamiento en conjunto (se trate del tradicional o del capitalista) le afectan sobre todo los aspectos topográficos y las convenciones culturales. Podemos considerar los siguientes factores (a algunos de los cuales ya hemos hecho referencia):

- relación del edificio a los recursos económicos.
- relación a las vías de comunicación.
- relación a otras viviendas (territorialidad).
- relación al conjunto urbano.

El primer factor es clave determinante de la ubicación de los edificios en el Antiguo Régimen. La cercanía a las fincas, las huertas, los tojales o el molino eran un valor de primer orden a la hora de seleccionar una vivienda. Esto explica, entre otras cosas, el patrón de asentamiento tan disperso que caracteriza el mundo rural gallego: en los lugares pequeños la proximidad a los lugares de producción es más factible y requiere menos tiempo. El análisis de captación del asentamiento ofrecería un aspecto bastante similar al de cualquier otro perteneciente a una cultura agrícola preindustrial que use el arado. En el mundo capitalista no existe vinculación de los edificios a los recursos económicos (que suelen tener un carácter más bien etéreo: pensiones, rentas, etc.). En realidad son los tres factores siguientes en donde se trasluce el cambio cultural.

El estudio del uso y desuso de los caminos debería ser también objeto de análisis de la etnoarqueología de los abandonos (aunque no conocemos ninguna investigación al respecto) pues revisten una importancia de primer orden en los asentamientos: funcional, económica, social y simbólica. Los poblados del Antiguo Régimen tendían a situarse en torno a ejes de comunicación por razones básicamente funcionales: fácil acceso a los campos, las ferias, la iglesia, etc. Las vías de comunicación antiguas eran caminos de tierra mezclados con estiércol, que en ocasiones (en el interior de los poblados) se cubrían de lajas de granito, esquisto o cantos de cuarcita. Esto fue así hasta los años 70 en la mayor parte de los pueblos y aldeas. En dos aldeas de nuestra zona (Ameixedo y Portomartín) no ha habido accesos asfaltados hasta 1998, y un lugar, Adrián, tiene acceso desde una carretera comarcal sólo por un camino de tierra antiguo. Los caminos tradicionales suelen encontrarse rehundidos en el terreno, a veces hasta tres metros, por el paso continuo de los carros y la erosión del agua que va excavando el mullido suelo. La base de estas *corredoiras* suele ser muchas veces, por ello, la roca madre, pulida por las llantas metálicas del carro chillón y la erosión del agua. Tan sólo la carretera de Ourense a Pontevedra y la de Santiago se encontraban asfaltadas de antiguo. Con el cambio (o la desaparición) de las actividades económicas la mayor parte de estas vías tradicionales desaparecieron tragadas por la maleza, en otras ocasiones se transformaron en torrenteras, cauces de desagüe de los pueblos o depósitos de basura (*vid. infr.* Wilk y Schiffer 1979).

Las nuevas carreteras las suplantaron con una función añadida en el terreno simbólico: "Có ben que estabades na carretera, mira que vir para o Carrascal", nos dijo una vecina de Soutelo, al adquirir nuestra familia una casa en la parte antigua del pueblo, separada de la principal vía de comunicación del asentamiento. Es un buen resumen de los sentimientos de los habitantes de la Terra de Montes hacia las carreteras. La zona de la pista asfaltada para los habitantes de la comarca, sería el equivalente a una urbanización bien situada en la ciudad: la carretera general y sus aledaños sería la calle Serrano para un habitante de Madrid. Un lugar, por encima de todo, con significado de estatus y de calidad de vida.

La búsqueda de la carretera se nos manifiesta obsesiva y recurrente en todos los pueblos, hasta el punto de determinar el progreso del asentamiento. Cuando se considera un triunfo de la civilización occidental la construcción de vías de circunvalación de las ciudades, en la Galicia interior la gente intenta sin cesar encaramarse al asfalto. No sólo se adquieren solares cercanos a las carreteras para edificar las nuevas viviendas, sino que éstas, además, se construyen en la parte del solar más próximo al camino (fig. 15). Sería ocultar parte de la verdad el atribuir la afición por el alquitrán a motivos puramente simbólicos: es evidente que la proximidad a una vía de comunicación moderna facilita mucho los desplazamientos y que

resulta más complicado construir en el casco antiguo de los asentamientos –con una población, aunque en ruinas, relativamente densa– que a lo largo de los nuevos ejes de comunicación, sobre todo si se quieren desarrollar ciertos modelos de vivienda de lujo (Lorenzo 1982a: 116). Ambas afirmaciones funcionales –ciertas– resultan, no obstante, muy matizables: la proximidad a una vía de comunicación no implica contigüidad (se puede habitar a cierta distancia de la carretera, lo que evita problemas de ruido, sin perder ventajas funcionales) y la expansión de los poblados puede ser radial, en círculos concéntricos –como lo ha sido siempre y lo sigue siendo en las ciudades–, sin necesidad de cambiar el eje del asentamiento.

La carretera implica estatus por cuatro motivos: primero, porque para poseer una casa en la carretera, ésta ha de ser construida nueva (algo que no todos se pueden permitir); segundo, porque la carretera es urbana: la gente del Antiguo Régimen o enculturada en el Antiguo Régimen se ha acostumbrado a ver carreteras en ciudades y villas urbanas, significa progreso y desarrollo; tercero, porque en las casas de *beira da estrada* (Lorenzo 1982a: 115) no suelen servir para desarrollar actividades económicas tradicionales, esto es, agropecuarias; cuarto, porque la carretera es un escaparate de símbolos de estatus. El significado de la vía de comunicación se convierte, de este modo, en predominante sobre la funcionalidad. La carretera juega con las ruinas en configurar el mensaje semiótico de triunfo de los indianos: las casas en la carretera vuelven la cara u ocultan o ambas cosas el núcleo tradicional (la lacra histórica del atraso).

Varios pueblos y aldeas se han desplazado hacia la carretera de modo ostensible: en Penalva (Forcarei) las diez casas de piedra han sido abandonadas y las cuatro nuevas se extienden a lo largo del nuevo eje de comunicación, transversal al antiguo (fig. 18). En San Miguel de Presqueiras (Forcarei) la parte habitada tradicionalmente se encuentra hoy abandonada y las casas nuevas se encuentran junto a la carretera y al lado de un cruce. Otro tanto sucede en Lebozán y Doade (Beariz) y Soutelo (fig. 17). Se configura así un telón de progreso delante de la aldea primitiva, muchas veces en avanzada ruina (como Penalva, Presqueiras y Lebozán). La zona de la carretera, la más visible, posee una arquitectura de ostentación, pensada para ser mostrada en muchos casos, como símbolo de triunfo en una competición suntuaria y en la vida (Wilk 1993: 38). El sector antiguo permanece completamente oculto a los ojos de quien utiliza la vía principal de comunicación: durante mucho tiempo desconocimos su existencia en varios de los núcleos citados. El gasto, en muchas ocasiones, supera al que implicaría la restauración o reconstrucción de casas tradicionales en la parte antigua del pueblo. El dispendio de adquirir un solar nuevo (cuando los emigrantes ya tienen solares en otros sitios de la propia aldea), su adecuación al edificio (difícil en zonas de abrupta orografía) y la construcción de la casa *ex novo* resulta, no pocas veces, exagerado. Una

anciana de Lebozán criticaba que los indios abandonaran las casas de sus padres en la parte baja y se construyeran costosos edificios modernos al pie de la carretera. El uso de la arquitectura para hacer afirmaciones simbólicas sobre el prestigio o la igualdad –dice Horne (1994: 184)– puede afectar a la relación estrictamente demográfica o económica.

La idea de territorialidad sufre un cambio importante en el paso del Antiguo al Nuevo Régimen. Aunque en época preindustrial existía la idea de territorio (privado), lo comunitario prevalecía sobre lo individual. La demarcación del espacio y su defensa simbólica (Sanders 1993: 49) es algo que se encuentra en casi todas las culturas, aunque los marcadores espaciales varíen considerablemente en complejidad y diversidad. En el mundo tradicional también se aprecia cierto aislamiento de los vecinos: la vida en comunidad puede llegar a ser realmente odiosa y sacrificada. Como dice Cioran (1998) “en comunidad sólo se puede vivir en éxtasis” y éste, poco habitual entre nuestros paisanos, se solía sustituir por rituales y trabajos comunitarios. Las fricciones y las murmuraciones siempre han existido. En A Graña los vecinos alabaron la posición de Eiravella por su apartamiento del núcleo de la aldea, lo que evitaba choques con los vecinos. En nuestras entrevistas fuimos testigos de la cantidad de murmuraciones e invectivas que se dedican recíprocamente los vecinos del lugar (pese a –o quizá debido a– contar con un reducidísimo número de habitantes). El territorio no es un factor prevalente en la elección de lugar durante el Antiguo Régimen, pues en nuestra comarca los pueblos suelen estar bastante concentrados (la dispersión llega con el Capitalismo). Los conflictos entre vecinos por la territorialidad (y otras cuestiones) se pueden percibir también a través de la cultura material: no es nada infrecuente observar dos viviendas juntas que, sin embargo, no comparten muro medianero. Entre ambas queda un inútil espacio vacío de menos de un metro. El que conjuntos alejados del núcleo habitado como el Coto da Mosca se encuentren deshabitados indica que la territorialidad tiene un valor secundario frente a otros factores. En este caso, el hecho de que el *barrio* quedara aislado de las nuevas vías de comunicación (véase fig. 20) explica que no se haya vuelto a habitar (en una aldea con un considerable porcentaje de casas en uso).

Con el Capitalismo el territorio cobra una singular importancia y lo hace en varios sentidos: un espacio amplio, como ya dijimos, se hace imprescindible para desarrollar los modelos arquitectónicos importados (fig. 21: Xisto, Forcarei); de la topografía y situación de la parcela depende también la ostentación del edificio (una pequeña ladera junto a la carretera proporciona el máximo de visibilidad); una vez desligado el individuo de las tareas comunitarias puede acrecentar su territorio privado y señalarlo como tal; por último, el Capitalismo trae una concepción diferente de lo privado que se percibe tanto en la estructura interna de las viviendas como en su disposición en el medio.

Fig. 20. Sanguñedo.

En gris: carretera
asfaltada.
En doble línea
(continua y
discontinua) caminos
tradicionales.
En negro: estructuras
analizadas.

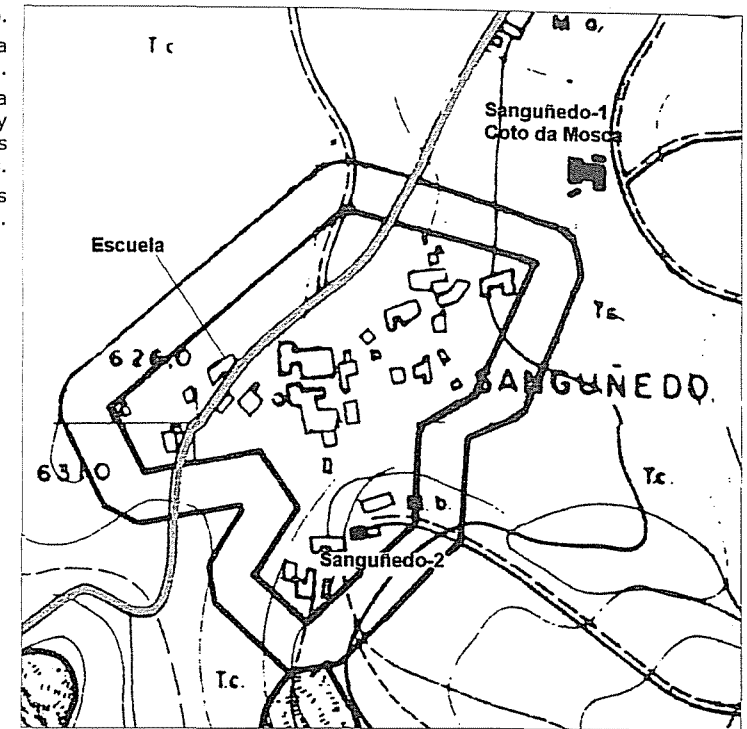


Fig. 21

No lejana de la idea de territorialidad se encuentra la relación de la vivienda con el resto del asentamiento. La estratigrafía horizontal a la que nos hemos referido se explica en este sentido. Los chalets del Capitalismo establecen una estrecha relación con las construcciones del viejo orden, que es, por supuesto, de superioridad. Suele existir una transición entre el mundo de la ostentación y el tradicional, que en Soutelo (fig. 17) aparece marcado materialmente por la carretera general y la zona de edificios de tipo urbano. En Doade las casas nuevas se encuentran separadas por la carretera y por huertas del ruinoso núcleo antiguo. En otros casos, las casas se instalan en el centro del casco antiguo como tomando posesión simbólica de éste (Soutelo-Forcarei; Zobra-Lalín). En cualquier caso, las construcciones de los indios buscan —en su arquitectura como en su posición en el espacio— el dominio simbólico de la aldea tradicional.

III) ABANDONO DE ESTRUCTURAS

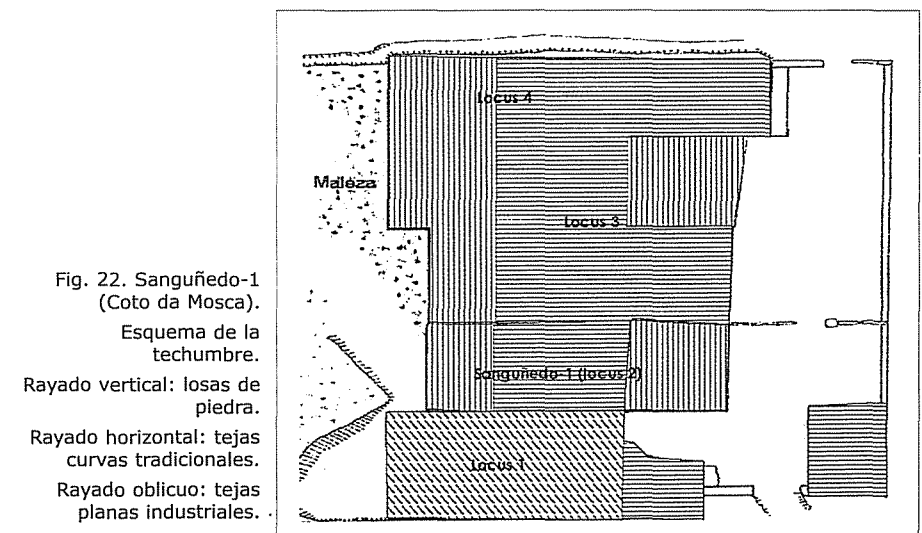
1) Cuestiones naturales

El análisis de los procesos naturales de degradación realizados por el arqueólogo o etnoarqueólogo cuentan casi siempre con la debilidad de ser observaciones superficiales. Aunque no por ello han de ser menos interesantes, la falta de una explicación físico-natural hace que las descripciones sean, por lo general, poco concretas y parciales. Por desgracia no existen estudios etnoarqueológicos multidisciplinarios que estudien los procesos de derrumbe de estructuras complejas de piedra. Cuando las ciencias naturales concurren con las humanidades es invariablemente para el análisis de los fenómenos post-deposicionales de yacimientos paleolíticos y de tecnología similar (Kroll y Price 1991, Nash y Petraglia 1987, etc.), por la complejidad que caracteriza a este tipo de sitios arqueológicos. Contamos además con un buen número de trabajos que analizan las alteraciones del adobe y el tapial (McIntosh 1974; Agorsah 1985; Hodder 1982b: 47-52, Schiffer 1987, etc.), motivados, como los anteriores, por la dificultad que implica la identificación y excavación de las estructuras realizadas con estos materiales.

Las estructuras de piedra, en principio, deberían presentar menos problemas de interpretación (Barker 1986), sin embargo, la escasez de trabajos sistemáticos al respecto (una excepción serían los estudios de Winkler 1975) nos puede llevar a manejar *praenotiones* en vez de bases contrastadas. Los edificios de piedra suelen pertenecer a períodos avanzados de la prehistoria y, sobre todo, a momentos históricos. Si consultamos las memorias de yacimientos con estructuras pétreas podremos observar que con demasiada frecuencia (que aumenta según nos acercamos en el tiempo a nuestros días) los procesos post-deposicionales y los derrumbes apenas son considerados o no lo son en absoluto (al contrario que sucede en yacimientos paleolíticos, neolíticos o de momentos posteriores con estructuras perecederas).

Las observaciones aquí vertidas no tienen un carácter totalmente predictivo. El hecho de haber visitado más de quinientos edificios, sin embargo, nos permite identificar recurrencias que pueden ser significativas. Analizaremos los siguientes elementos: tejado (de teja curva, de teja plana, de lajas), vigas y armadura de la casa, suelos de madera, paredes exteriores, revocos externos e internos, divisiones internas (tablas, *pallabarro*) y otros elementos.

Lo más habitual en el proceso de derrumbe de las estructuras es la caída paulatina de la cubierta desde uno de los extremos estrechos de la vivienda hacia el otro (norte-sur o este-oeste). Estas corrientes de derrumbe se pueden percibir claramente en dos de las casas estudiadas: Soutelo-1 y Vilapouca (fig. 31 y 34). Las zonas de derrumbe señaladas en el plano afectan a un extremo del establo y se van extendiendo hacia el lado opuesto. De esta forma, mientras en uno de los extremos de la vivienda el derrumbe es total y resulta casi imposible descubrir cualquier elemento de mobiliario sin excavar (además la madera ha desaparecido), en el otro se conservan todavía dos pisos con abundantes materiales *in situ*. La degradación afecta en el mismo orden que al tejado a los muros. La explicación suele ser por los vientos dominantes y la procedencia de los focos de humedad. En otros casos la explicación es menos clara: Sanguñedo-1 locus 3 está adosado a construcciones por los dos lados susceptibles de derrumbe y sin embargo éste sigue una corriente de derrumbe como en los casos citados que sí se encuentran expuestos. Probablemente aquí la causa sea que en el lado oeste (por donde comienza la destrucción) hay techumbres más altas, las cuales desvían parte de sus aguas al tejado de la estructura a la que nos referimos (fig. 22). En ocasiones, como Penalva locus 2 se cae primero una de las aguas de la techumbre y después la otra, lo que quizá pueda explicarse por el uso de teja plana.



Por orden de rapidez de degradación, las techumbres de teja curva suelen ser las primeras. Las de teja plana, no obstante, pueden sufrir una decadencia acelerada: fue para nosotros motivo de sorpresa observar como viviendas abandonadas en momentos tempranos habían perdido ya su cubierta de teja plana industrial, mientras que estructuras considerablemente más antiguas mantenían su cubierta de lajas. Una cubrición bastante habitual en la zona es la que combina teja curva (o plana), lajas y piedras. Las lajas se sitúan a lo largo de los bordes del techo, delimitando el espacio de las tejas. Sobre éstas se colocan piedras con la finalidad de que no las levante el viento (un fenómeno especialmente habitual en las zonas más altas y desprotegidas, donde arrecia el viento y la lluvia). Las lajas de los bordes permanecen *in situ* incluso mucho tiempo después que el resto del tejado haya caído (fig. 23). Esto posee una gran relevancia en los procesos de derrumbe, puesto que al encontrarse protegidos por grandes losas planas, las paredes de la casa tardan más tiempo en desmoronarse. En muchos casos, cuando los muros hayan caído, se habrá formado ya un manto de tierra de considerable espesor que amortiguará el derrumbe de los mampuestos –lo cual permite una mejor conservación tanto del derrumbe del tejado como del contenido mobiliario de la vivienda. Aunque el estrato se forme siempre, debería ser de mayor espesor en los edificios con una techumbre como la descrita. Las estructuras de techumbre mixta (tejas, losas, piedra) son las primeras en caer (así en Coto da Mosca, fig. 22), lo que se explica por los diferentes pesos y presiones que se efectúan sobre la superficie plana. Cuando se colocan piedras sobre el tejado, nos enfrentamos con el problema de la confusión de los mampuestos del tejado con elementos del muro, entre los cuales casi no existe diferencia (fig. 24). En una excavación arqueológica es probable que se identificara como revuelto de muro y cubierta.

Para la conservación de los objetos lo ideal es un derrumbe rápido: contamos con dos casos de este tipo que resultan paradigmáticos: Bustelos (Lalín) y Sanguñedo-Coto da Mosca. Gracias a que se deshizo rápido la estructura, el mobiliario no sufrió otros fenómenos de degradación que los que conlleva el propio derrumbe. En el primer caso, una destrucción repentina de gran parte del edificio dio como resultado que un buen número de artefactos quedase cubierto por escombros en relativo buen estado de conservación (fig. 25). Los armarios, bancos, baúles, hornos y otros muebles, exentos o no, contribuyen también a que los objetos no se fracturen. En el caso de Sanguñedo, cerámica, porcelana e incluso botellas de cristal quedaron sepultadas por el material del tejado pero protegidas dentro de los muebles, con lo que no se han fragmentado (fig. 26) y además se preservan *in situ*. Una sección a través del derrumbe de la cocina nos permitió localizar varios *items* metálicos y de madera, ambos en un estado de conservación destacable para las circunstancias de acidez y humedad de la zona.



Fig. 23

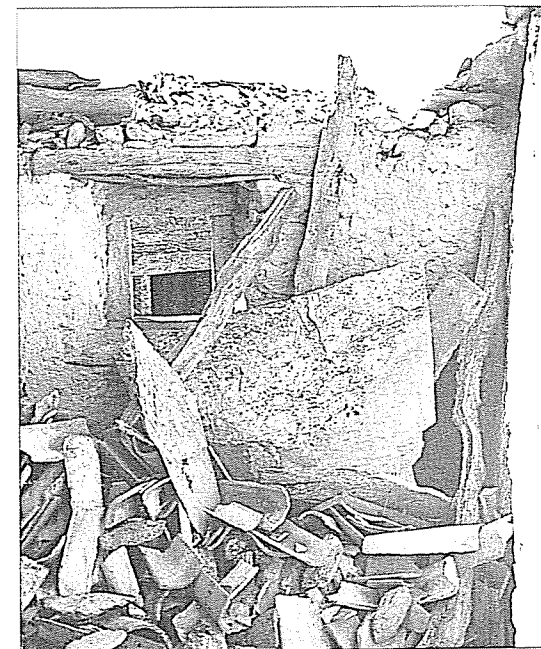


Fig. 24

La madera desaparece siempre y con celeridad en Galicia, por las condiciones medioambientales. Sin embargo, la velocidad con que se degrada depende de varios factores que influyen en los procesos de destrucción de las estructuras. La madera de castaño es la más resistente, de ahí que sea muy usada en la construcción. En ocasiones, las vigas son ahumadas (a veces de forma natural, por el humo de la *lareira*), lo que les da una especial resistencia contra los agentes biológicos y atmosféricos. Según la robustez de la armazón del edificio, ésta caerá antes o después del suelo de la segunda planta. Lo más habitual es que sea éste último el primero en derrumbarse. La explicación no reviste especial dificultad: entre las piezas de la cubierta no tarda en escurrirse el agua si no se llevan a cabo de forma regular labores de mantenimiento. Aunque se trate de pequeñas goteras, por el elevado grado de humedad del clima gallego, además de la estructura cerrada de los edificios, la humedad se acumula y nunca desaparece del todo. Poco a poco se extiende la podredumbre de las tablas, que suelen carecer de cualquier tipo de barniz u otra protección, y llegado a cierto punto encontraremos tan sólo las vigas maestras *in situ* y el suelo de la planta baja cubierto de tablas podridas, tejas o losas de la cubierta y parte de la armazón del techo y el segundo piso. Algunos materiales quedan flotando en el entramado de las vigas cuando éstas aún no se han desmoronado (fig. 27), lo que significa que aparecerán muy por encima de los elementos del bajo una vez que la estructura se haya deshecho por completo. Las cubiertas de lajas suelen propiciar este tipo de derrumbe por su lentitud en caer. En otras ocasiones la degradación del suelo se produce porque cae una de las aguas del tejado, aunque la otra permanezca intacta, o bien porque se derrumba la mitad de la techumbre, fenómeno muy habitual y que genera, como veremos, interesantes fenómenos de conservación diferencial. En un edificio de abandono reciente de Penalva (Forcarei) el lado oeste del tejado ha desaparecido en un 75 %. El entramado de las vigas se encuentra en perfecto estado, sin embargo, el suelo de la segunda planta y del *faiado* han desaparecido. La *cambota* se encuentra degradada en sus lados oeste y sur (los afectados por el hueco del tejado). Han desaparecido asimismo la ventana y los estantes de la *lacena* (lo cual puede explicarse, también, por una *actitud conservativa* [sobre este concepto vid. inf..]). También en Penalva, tenemos un ejemplo contrapuesto. En este caso, el rápido derrumbe del techo (de teja curva) está retardando la degradación del piso de madera.

Los procesos de degradación del *pallabarro* son especialmente interesantes. Se utiliza para realizar las divisiones internas de las casas, las campanas de las *lareiras* (*cambotas*) y en menor medida para paredes externas (corredores). Por lo general, consiste en un entramado de finas maderas planas, dispuestas de forma vertical y horizontal, formando un reticulado. Sobre estas maderas se dispone un manteado de barro y, cubriendo éste, una vez seco, se extiende un enlucido de cal.

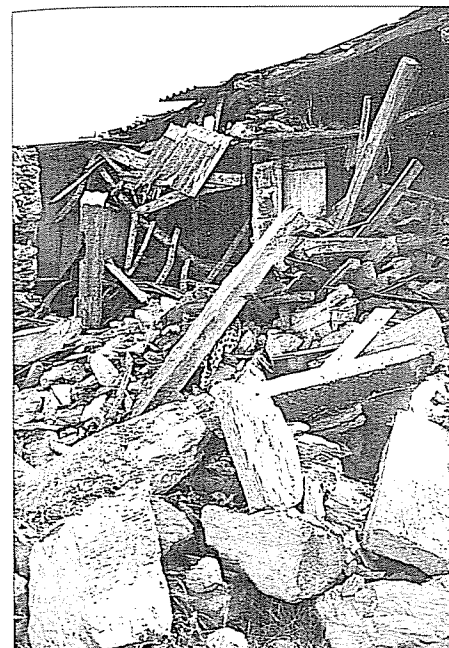


Fig. 25

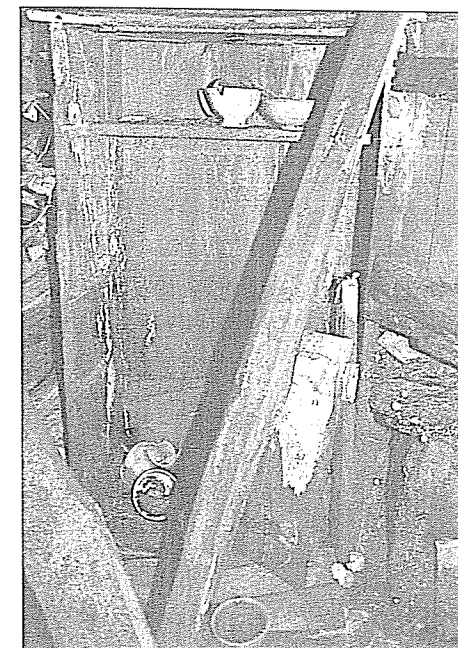


Fig. 26



Fig. 27

El grosor de los manteados es muy variable. En un caso observado en Raíces (A Lama, Pontevedra), el enlucido exterior, realizado con una mezcla de cal y arena era de mayor grosor que el entramado de madera. Esto motivó la rápida caída del manteado externo, antes de que llegara a degradarse el reticulado de gruesas varas que cubrían. Alvite locus 3 nos ofrece otros tipos de *pallabarro* habitual: se trata de un entramado de listones planos de madera sin apenas separación. El estrecho espacio entre listones se recubre de arcilla y el conjunto recibe un fino enlucido. Arqueológicamente no resulta posible en muchos casos documentar su existencia, pues desaparece por completo. Tanto el barro como el enlucido se disuelven en la tierra del estrato que los cubre (si no antes). En el locus 3 de Alvite el corredor de la entrada se construyó con *pallabarro* sin arcilla: sólo enlucido, más grueso que el del interior, sobre el entramado de tablillas. El manteado de cal va deshaciéndose en grandes placas que caen en el piso inferior, pero por su mayor consistencia sí pueden sobrevivir trazas dentro del nivel de derrumbe. En la parte interna del enlucido quedan las marcas de los listones de madera, con lo que en este caso sí sería posible la identificación del sistema constructivo. En yacimientos de la Edad del Hierro y romanos se han localizado tabiques realizados por un procedimiento muy semejante.

Ya hemos visto algunos elementos que retrasan o aceleran la destrucción de las construcciones (vigas ahumadas, remates de lajas en los tejados). Una importancia especial revisten los manteados de cal y barro. Existen distintos tipos que pueden aplicarse al exterior o al interior del edificio. Los revocos exteriores son excepcionales: lo habitual es que se eche barro en las juntas de los mampuestos o se cubran algunas partes especialmente expuestas a la humedad o la inclemencia del tiempo. Sólo en Xisto (Forcarei) hemos comprobado el uso extensivo de los manteados de barro externos. Están compuestos de una dura mezcla de barro y esquisto machacado. En algunos asentamientos los enlucidos se realizan en cal y arena. Aunque suele tratarse de una costumbre moderna, contamos también con muestras tradicionales, como en Adrián (Beariz), Portomartín y Bustelos (Lalín). Los manteados externos evitan la disgregación de los mampuestos y retrasan el derrumbe. En el caso de Bustelos se puede observar como el grueso enlucido, tanto interior como exterior, así como el barro con que están cogidas las piedras evitan que se deshaga por completo un muro ya parcialmente derrumbado.

Resulta muy difícil establecer marcos predictivos incluso para los fenómenos de derrumbe no culturales (o al menos no primordialmente culturales), a través de la mera observación. Para casas abandonadas de forma permanente en el mismo momento nos hallamos ante procesos de degradación por completo diferentes. Podríamos decir que existe una tendencia a un derrumbe más rápido en las estructuras aisladas dentro o fuera del asentamiento que aquéllas que se encuentran en el interior.



Fig. 28

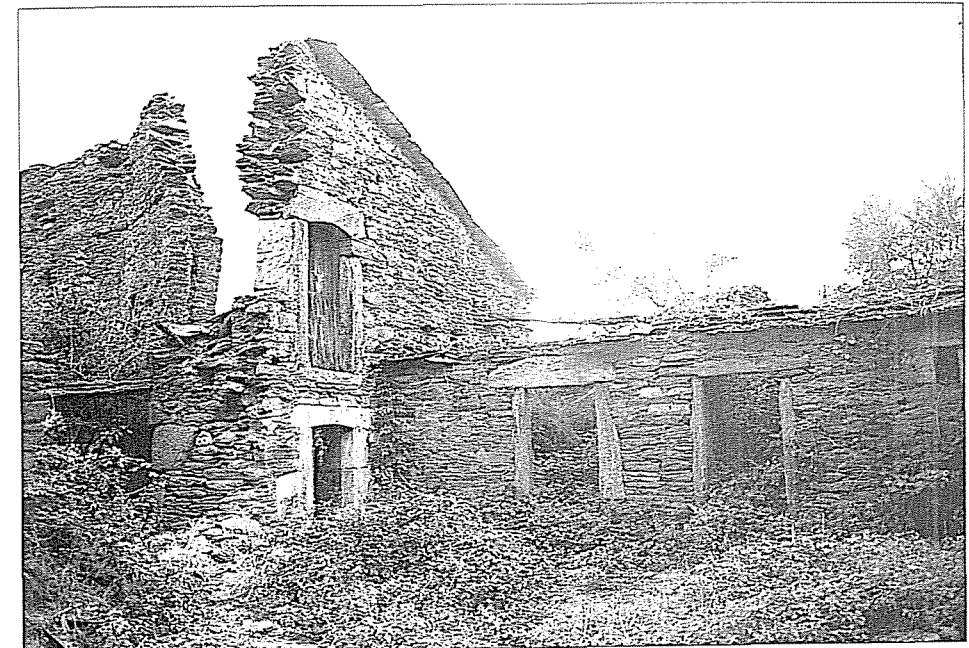


Fig. 29

Ejemplificaría este caso el edificio comunal –dedicado a las labores de tejido– de Fixó de Pardesoa, Forcarei (locus 1), que sufre un avanzado proceso de destrucción pese a llevar abandonado menos de 20 años (hacia 1992 se le cayó la techumbre). Muchos edificios de Alvite, abandonados entre 20 y 30 años se encuentran en mucho mejor estado. La explicación resultaría, *a priori*, sencilla: al construirse las casas en apretados barrios sufren menos las inclemencias del tiempo y la maleza crece con más facilidad en un edificio como el de Fixó locus 1, al borde del bosque, que en el centro de la aldea de Alvite, rodeada por un cinturón de construcciones. En este último núcleo, las casas que tenían terrenos alrededor –a veces con árboles–, huertas, *eiras* o espacios abiertos, se encuentran mucho más cubiertas de vegetación (fig. 28), que aquellas insertas en barrios. Las plantas pueden crecer con una velocidad asombrosa y destruir edificios abandonados muy recientemente.

Pero también se pueden aducir ejemplos en contra: los molinos –que se enclavan en lugares apartados del pueblo, muy húmedos y dotados de una exuberante vegetación– son estructuras que tardan mucho tiempo en desmoronarse si no intervienen agentes humanos. Esto es así tanto por su sólida construcción (tanto las paredes como el techo suelen ser de piedra y carecen prácticamente de vanos) como por su reducido tamaño. Los edificios de planta compuesta y de grandes dimensiones se degradan rápidamente: en cuanto algún punto sufre (se cae una viga o crece la humedad), el daño se extiende como un cáncer que va devorando la estructura. En el caso de los molinos hidráulicos no existen puntos débiles a través de los cuales pueda desarrollarse con facilidad el proceso de degradación. La distancia respecto a otras construcciones y al medio natural no tiene especial relevancia en el caso de los molinos porque influyen otros factores. Sin embargo, existen ejemplos a la inversa: estructuras dentro de los poblados que se derrumban en un breve espacio de tiempo. En el locus 2 de Vilariño (Forcarei) en el propio centro de la aldea (fig. 29) una vivienda de grandes dimensiones se ha desmoronado en un 70 % en un brevísimo plazo de tiempo (como pone de manifiesto el hecho de que aún conserve las puertas de madera, y cerradas con llave). Por lo general las ruinas de casas dentro de los poblados con un importante porcentaje de viviendas pobladas (como el caso de Vilariño) suelen recibir cierta atención para evitar peligros al resto de los vecinos. Una señora de Garfián (Beariz), aldea donde sólo habitan todo el año dos vecinos, se quejaba del riesgo que para ellos suponían las viviendas abandonadas y en avanzado estado de destrucción, frente a la despreocupación de sus dueños.

Los factores ideosincrásicos juegan aquí, sin embargo, un papel muy importante, que influye en el proceso natural de degradación del espacio construido. La decisión de intervenir o no (y en qué grado) del dueño, de los vecinos inmediatos a la estructura ruinosa y de todos los habitantes del asentamiento favorecen o inhiben el proceso de derrumbe natural. En Limeres, la parte alta del asentamiento tiene dos núcleos habitados, uno

cerca de la carretera y otro en una pequeña altura; ambos se hayan comunicados por un camino antiguo. Como continúa siendo de utilidad, los vecinos lo siguen limpiando convenientemente, lo cual ha influido en el derrumbe de las casas vecinas: mientras el lado oriental se hunde velozmente bajo la maleza, las paredes del lado occidental –que dan al camino– se encuentran en buen estado y libres de plantas.

Un elemento habitual que favorece la degradación de las estructuras y los materiales es la sal. En la fig. 30, se observa perfectamente la erosión en torno a la *salgadeira* del cerdo de una casa de Pousada, Forcarei. Las *salgadeiras* son unos cajones de piedra empotrados en el muro de la vivienda en donde, como su nombre indica, se sala el producto de la matanza del cerdo. En dos casos que hemos podido observar (Morgade y Sanguñedo, ambos en Forcarei), el salado de la carne en un lugar determinado de la casa está condicionando la dirección del futuro derrumbe de la casa: la piedra se deshace y los muros ya han comenzado a pandearse. Se utilizan sillares de granito por ser más resistentes que el esquisto (véase fig. 30), pero ello no impide que las paredes sufran las reacciones químicas del cloruro sódico hasta su total destrucción. Aunque cuando se abandone el edificio ya hiciera tiempo que se hubiera dejado de usar la *salgadeira*, la piedra continúa deshaciéndose y, además, resulta mucho más susceptible a otros fenómenos naturales de degradación (como la humedad, la lluvia o el viento). En A Graña-Eiravella los objetos de hierro y las cerámicas de la alacena junto a la cocina (h-5) se hallaban considerablemente más deteriorados que los de otros lugares de la casa, por haber estado sometidas a la acción de la sal. Las cerámicas pierden el barniz y la pasta se deshace lentamente desde el exterior al interior (algo que hemos observado también en un *pichel* de Alvite).

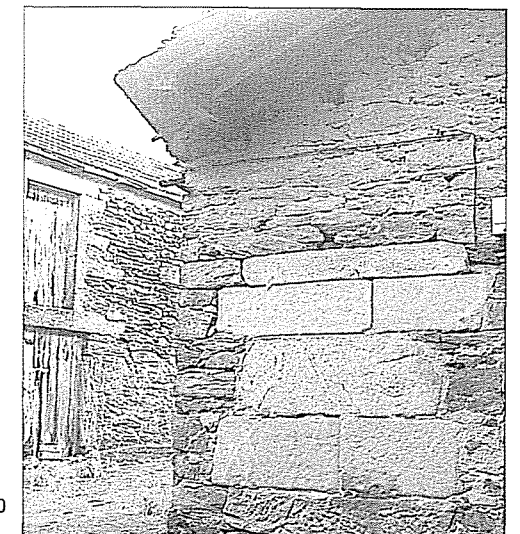


Fig. 30

2) Cuestiones culturales

2.1. Etnoarqueología de la vivienda. Carácter simbólico de las casas

Los antropólogos siempre han considerado la vivienda un elemento digno de la mayor atención dentro de la cultura, por su importancia económica, social y simbólica. En la mayor parte de los trabajos antropológicos el contenido (la casa como unidad familiar, económica) suplantó al continente (el edificio en sí). La visión tradicional veía la casa como mera adaptación al medio natural por parte de un grupo humano, entre cuyas paredes vivía una unidad social dentro de la comunidad total, que llevaba a cabo una serie de labores económicas en el citado marco. En este sentido, los pioneros trabajos de Rapoport (1969, 1976, 1982, etc.) suponen una excepción.

La etnoarqueología supuso, en cierta manera, una revitalización del interés por el continente y su relación con el contenido. Sin embargo, el papel de la vivienda en sí quedó diluido entre áreas de actividad, procesos de formación del registro, tecnología, etc. y continuó la visión adaptativa y funcionalista que ya existía (Tilley 1993). La Nueva Arqueología, en el fondo, entendía la vivienda de forma antropológica, esto es, sin prestar verdaderamente atención al factor material, de ahí que se preocupasen por descubrir las correlaciones entre formas familiares y casas, como Ember, quien sostenía que las casas matrilocales eran mayores que las patrilocales (Fernández Martínez 1994: 152-153). La casa (el espacio construido) no recibió la atención merecida hasta los años 80: así los trabajos contenidos en Seamon y Mugerauer (1985), con una perspectiva fenomenológica. En una línea más arqueológica o etnoarqueológica han aparecido los trabajos de Donley (1982); Kent (1993); Kus (1994, 1997), etc. Los *material culturalists* (Glassie 1975; Deetz 1977; Lawrence 1983) llevaban ya bastante ventaja sobre los etnoarqueólogos en su comprensión holística de la vivienda y en su relación con otros elementos de la cultura material y la sociedad. La introducción de la teoría estructuralista (Needham 1973; Cuningham 1973; Glassie 1975; Deetz 1977) supuso un auténtico revulsivo en los análisis de las arquitecturas tradicionales.

El aspecto fenomenológico de la vivienda, la relación de casa e identidad, casa y género, casa y jerarquía, etc. se ha ido convirtiendo en uno de los puntos focales del estudio material de la vivienda. Muchos etnoarqueólogos, sin embargo, siguen entendiendo la etnoarqueología de la vivienda como la comparación de los adobes neolíticos con los adobes de los zuñi (un estudio ciertamente interesante pero muy parcial). En relación con este enfoque se ha producido cierto debate, sobre la idea, a la que nos referimos al inicio de este trabajo de si los edificios conforman a la sociedad o la sociedad a los edificios. Que se producen ambas cosas no es algo que hayamos descubierto

nosotros, ni es nuevo ni siquiera una idea surgida del ámbito arqueológico: según Winston Churchill "we shape our buildings, thereafter they shape us". En todo caso, hay acuerdo en negar determinismo de cualquier tipo: el espacio construido es neutral, inhibe o facilita el comportamiento, pero no determina, según Rapoport (en Kent 1993: 2). Su idea de *settings*, que analizamos en la tercera parte, juega con el *continuum* que ofrecen estas tres posibilidades. Ciertamente las casas conforman el *habitus*, imponen una forma de percibir el mundo, las relaciones sociales, el género, la familia. Pero la casa se puede acomodar a un nuevo *habitus*, no dicta las normas.

La interpretación de la vivienda swahili por parte de Donley (1982, 1993) no es realmente determinista: simplemente entiende que la arquitectura ayuda a estructurar aspectos de la cultura. No nos parece que esta visión sea necesariamente contrapuesta a la de Kus y Raharijaona 1993 (y Kus 1997), como piensa Kent. Kus observa que la cultura estructura la casa, pero sus tesis no parecen negar una influencia en sentido contrario. Coincidimos con Donley en que la vivienda puede permitir una autocomprensión más adecuada (sobre este concepto véase la tercera parte) del individuo, la familia o la comunidad. Y es aún más evidente que las casas juegan un papel activo en la configuración de las jerarquías y en la creación de estrategias de poder (en nuestro caso las casas de los indios, como hemos visto). Para Rapoport (1976: 19), la vivienda tiene un papel fundamental en la organización del significado, del tiempo y de la comunicación. Cuando este autor (1982, 1988) considera la casa un medio no verbal de comunicación está admitiendo, en cierta manera, la tesis de Donley: la casa, al igual que el lenguaje verbal, estructura nuestra cultura (lo que no significa que la determine). El lenguaje no es mero vehículo, no es un elemento neutro. A través del manejo del lenguaje (sea material o verbal) ofrecemos distintos significados (Rorty 1991: 27). En realidad, de la misma manera que existe una interrelación entre lenguaje verbal y cultura, existe una interrelación entre lenguaje material y cultura. La perspectiva de Kent (1993: 3) subyuga lo material a lo no material: "mi propia visión -dice- es que la arquitectura es un reflejo del comportamiento o del uso del espacio que, a su vez, es un reflejo de la cultura". Al decir que la arquitectura es un reflejo de la cultura cogemos que la arquitectura no es parte de la cultura, que el comportamiento tampoco es parte de la cultura y que la cultura, en fin, es un esotérico e inmaculado producto de la *mente*. Incluso en las tesis de Rapoport, lo material tiene un protagonismo (y un dinamismo) que está ausente en las de Kent.

Tanto las teorías predictivas de Kent (1993) como las de Wilk (1993) pueden resultar válidas a grandes rasgos. El problema es que, así como las de Kent admiten una variabilidad cultural grande y un gran número de excepciones, las de Wilk resultan excesivamente materialistas y universalistas. Para Wilk no existe la posibilidad de que aspectos no

puramente económicos influncien el espacio construido, mientras que a juicio de Sanders (1993) cualquier otro aspecto puede tener tanto peso como el económico. Según la teoría económica, una casa se construye condicionada por las funciones que debe desempeñar, pero es necesario tener en cuenta que, como afirma Rapoport (1993: 12), el significado es frecuentemente la función más importante. "La atención exclusiva a las funciones— dice Bourdieu (1997: 60) lleva a ignorar la cuestión de la lógica interna de los objetos culturales, su estructura en tanto que lenguajes".

La vivienda es un elemento crucial de representación del cosmos en la mayor parte de las culturas. Según Kus (1997: 206) la casa representa y reproduce el cosmos, por lo que resulta ser uno de los más críticos símbolos del orden cultural, una fuente de socialización en ese orden y el dominio donde ese orden es apropiado y en ocasiones reelaborado. La morada es "un medio primario para los marcadores mnemónicos" (Kus 1990: 21): esto es, puede encapsular ideas con facilidad —especialmente (según Cunningham 1973: 235) en los pueblos iletrados, carentes de literatura. La sociedad campesina gallega del Antiguo Régimen puede considerarse a efectos prácticos como iletrada. También Glassie (1975), cuando se refería a los habitantes de Virginia en el siglo XVII y XVIII, dice que "no nos han dejado escritos, pero nos han dejado todas estas casas". El carácter mnemónico de la cultura material (equivalente al de los *vestigia* de San Agustín) ha sido destacada con frecuencia para referirse a diversos monumentos. Aunque no está claro por completo el concepto de monumento, parece que las casas (no palacios o fortalezas) no entrarían dentro del mismo. Sin embargo, las afirmaciones de los autores que se refieren a iglesias góticas o tumbas megalíticas se pueden aplicar a las moradas (en uso o desahabitadas): "los monumentos no son lugares donde la memoria se encuentra pasivamente almacenada, sino que pueden ser vistos como estímulos, que impulsan a la gente a crear un pasado por su recuerdo activo" (Holtorf 1997: 50). Los edificios contribuyen en gran medida a configurar el *kulturelles Gedächtnis* (Assmann cit., en Holtorf *ibid.*), el pensamiento cultural. Tilley (1993: 204) y Holtorf (1997: 48) se refieren a los megalitos como "marcadores mnemónicos" del paisaje, del mismo modo que Rapoport (1982, 1993, etc.) y Kus (1997) a las viviendas. La ventaja de las tumbas sobre las viviendas es su mayor perduración como hitos en el paisaje; sin embargo, las segundas pueden reproducirse continuamente siguiendo modelos previos, pues como señala Llano (1996) para la arquitectura popular gallega, resulta casi siempre imposible conocer la fecha de un edificio: desde la Baja Edad Media a nuestro días, al menos, se han venido construyendo bajo los mismos cánones.

2.2. La vivienda en la cultura gallega: significado

La importancia central que tiene la casa en la cultura gallega es similar a la que se da en otras sociedades (como acabamos de ver), especialmente campesinas de tecnología preindustrial. Los sentimientos que vinculan al campesino y a la casa, expuestos por Flores (1979), se dan (o se daban) en toda la Península Ibérica.

La casa —como veremos en la tercera parte— es una fuente especialmente rica de metáforas. El sentimiento de la tierra aparece inextricablemente ligado a la imagen de la casa (Fraguas 1997: 11 y ss.), con lo que el significado central de la vivienda se pone de relieve cuando el individuo se encuentra lejos de su aldea. Así se advierte en la literatura tanto popular como culta de Galicia. Un caso paradigmático es Rosalía de Castro:

Prados, ríos, arboredas,
pinares que move o vento,
paxariños piadores,
casiña do meu contento.

La vivienda como colofón de una serie de hitos mnemónicos de carácter material. Se trata del único elemento verdaderamente *doméstico* frente a una serie de elementos *salvajes*, pero, pese a ser uno, supera en importancia (de ahí su posición conclusiva) a todos los demás. En otros versos, volvemos a encontrarnos con la relevancia de la vivienda, esta vez internamente gradada:

Non me olvides, queridiña,
si morro de soidás...
Tantas légoas mar adentro...
¡miña casiña!, ¡meu lar!

El *lar* es el corazón mismo de la vivienda, lo más íntimo y privado, pero a la vez equivale a todo el edificio. Se trata de una metonimia/sinécdoque (el *lar* por la casa) dentro de una metonimia (la casa por la entidad, la cultura y la tierra). Especialmente interesante, por su relación con el concepto de marcador mnemónico, son unos versos de Leiras Pulpeiro:

Ben vexo a miña casiña
por antre os meus castiñeiros;
¡ai pro non a vexo cos ollos,
que é nomáis co pensamento!

Castelao afirmaba (cit. en Fraguas 1997: 17) que “os galegos non temos a luz na espranza diante de nós, témola detrás de nós, enriba do pazo ou da chouza onde nascemos”. Al emigrante que se le pregunta por qué vuelve de América suele responder “porque non me facía fora da miña casaña” (cit. en *ibid.*: 18). La casa paterna, escribe Lisón (1979: 370), “sigue siendo su centro emocional en lejanas tierras”. El papel de la cultura material (la vivienda y lo relacionado con la vivienda) como traza del recuerdo es constante. El ferreiro de Bouzas que, en el relato de Otero Pedrayo, se debe ausentar de su casa, piensa: “Era xeitosiña a *chousa*, ben treiteada, luída a *pedra do lar*, as *trébedes* e máis *trebellos* locían ao sol. Como si xamáis tivera reparado nas *cousas cotiáns* <cosas cotidianas> disfrutaba co seu ben. Así disfrutaban os que sen se maliciar da verdade, ventan un adeus” (la cursiva es nuestra).

Como en otras partes de Galicia y de España, también en nuestra comarca se conoce a las familias por la casa en la que habitan. La casa es parte de la familia y por lo tanto sagrada. Una vecina decía, al respecto de un individuo del pueblo que había vendido la casa tradicional donde habían vivido sus hijos, él, sus padres y sus abuelos: “mira que vender a casa, tendo fillos, jasquerosol”. Otras dos vecinas se escandalizaban, con semejantes palabras, de la actitud de aquel personaje. Lisón (1979) hace referencia al intenso valor simbólico de la casa familiar: “la construcción de la casa –dice– está jalonada por rituales de carácter preventivo. A veces depositan una moneda bajo la primera piedra, o mezclan con los materiales de cimentación unas gotas de sangre de un animal doméstico sacrificado. Solemnizan el acarreo de materiales con el carrito vecinal. En ciertas áreas celebran la terminación de la casa con baile y regueifas”. Una vez construida, la casa se conocerá por el nombre o apodo del propietario (así, la casa citada de nuestra comarca es conocida como *Casa do Xoano*) y se produce una simbiosis entre casa y linaje de tal forma que, aunque desaparezca el linaje, los nuevos residentes serán siempre conocidos por el nombre de la casa, y no al contrario. De esta forma, los habitantes de una casa, originalmente morada de un sacerdote, serán conocidos todos como “(nombre) + do *crego* (cura)”: p. ej. *Concha do Crego*.

Podemos considerar dos ejes simbólicos en la vivienda: un eje vertical y un eje horizontal. El lugar donde se cruzan sería la cocina, espacio íntimo, de trabajo a la vez que de ocio, de sociabilidad y de enculturación (Lorenzo 1982: 123). En el eje vertical encontramos dos dimensiones: arriba y abajo (Fernández de Rota 1994: 409-410). Arriba es el espacio privado, de descanso, de limpieza y orden (dormitorios, el salón que nunca se utiliza). Abajo es el espacio público, de trabajo, de suciedad y desorden (la cocina, el establo, los corrales, el almacén). La cocina suele aparecer, en las distintas tipologías, en la parte de abajo –junto a la cuadra (Llano 1980: 424) y comparte elementos de ambos mundos (ocio y trabajo, suciedad y limpieza), como el *trickster* de Lévi-Strauss (1995), el coyote que posee significado de muerte y de vida, de caza y de recolección, de noche y de día, de femenino

y de masculino. Las metáforas de arriba y abajo en las lenguas de la civilización occidental refuerzan esta visión de la vivienda: *feliz es arriba, triste es abajo; lo consciente es arriba, lo inconsciente es abajo; salud y vida son arriba, enfermedad y muerte son abajo; tener control o fuerza es arriba, estar sujeto a control o fuerza es abajo; más es arriba, menos abajo; un estatus elevado es arriba, un estatus bajo es abajo; lo bueno es arriba, lo malo es abajo; la virtud es arriba, el vicio es abajo; lo racional es arriba, lo emocional es abajo* (Lakoff y Johnson 1995: 51-54). También en Galicia hay metáforas concretas sobre la casa que utilizan esta sistematización. El valor de estos conceptos a la hora de interpretar el registro material es además, además, de primer orden.

El otro eje, el horizontal, no se estructura sólo en dos dimensiones –fuera y dentro– sino que existe un *continuum* entre ambas. El punto más interior es, como vimos, el *lar*, el hogar, alrededor del cual –sentada en bancos corridos– toma la familia la comida, el pan repartido por el *petrucio* (Saavedra 1993: 136) y amasado por la madre. La simbología del *lar* viene siendo la misma desde los tiempos más remotos: la forma de sentarse la familia en el banco corrido, en torno al hogar, mientras se le reparte el alimento, que se encuentra entre los castreños protohistóricos aparece recogida en Estrabón (III,3,8). “El *lar* –dice Lisón (1979)– posee una aureola sagrada. La tierra del *lar* es materia prima a través de la cual puede uno vengarse o causar mal a los que en él pasan parte del día. Algunos ingredientes rituales tienen que quemarse en ella para que surtan efecto. No barren la cocina por la noche, porque allí tienen su morada nocturna, las ánimas de los antepasados; si se barre y se echa fuera lo recogido, se arroja a las almas y a la suerte de la casa”. El primer grado de alejamiento del *sancta sanctorum* es el establo, a continuación el espacio entorno a la vivienda –cercado por un muro–, los *resíos*, los *hórreos*, las construcciones adjetivas, más allá se encuentran los campos familiares; el siguiente paso es ya el monte comunal (Saavedra 1993: 106). Aún se puede alargar el eje: los límites parroquiales, los comarcales, Galicia y el mundo exterior (España, Europa, América).

Para concluir con las cuestiones simbólicas, podemos decir que en las viviendas gallegas, como en tantas otras culturas, se unen dos conceptos (utilizados por Le Roy Ladurie [1962] para describir las casas cátaras de Montañou): el latino de *domus* y el griego de *domos*, la casa-edificio y la casa-familia y cada *domus*, en el caso cátar, tenía su estrella, su *fatum*, su suerte, en la que los muertos seguían participando.

2.3. Arquitectura tradicional gallega: forma

Las viviendas que hemos estudiado pertenecen al tipo *meridional* de Llano (1980: 432), que engloba la arquitectura de Pontevedra y Ourense. Si seguimos la tipología de Lorenzo (1982a) trataríamos con casas rectangulares *terreas* (p. ej. Sanguñedo-2), casas de un piso con acceso interior (p. ej. Sanguñedo-1) y casas de un piso con acceso exterior

(p. ej. Correa). A ellas habría que añadir molinos, alpendres, *garaixes*, habitaciones multifuncionales etc. (véase Caamaño 1999a). Llano añade las *casas grandes* y los *pazos*, estos últimos pertenecientes a la arquitectura *culta*. A Graña-Eiravella podría englobarse dentro del primer concepto, aunque se trate, en realidad, de un edificio formado por asimilación de estructuras. También dentro del concepto de casa grande por su tamaño como por su forma y los rasgos de arquitectura culta podría entrar Doade.

El aparejo común en la comarca es la mampostería de esquisto (Forcarei, Lalín y Beariz) o granito (Cerdedo), si bien esta última piedra se utiliza también —en sillares— para los marcos de las ventanas, cornisas labradas y jambas. En la zona del noroeste de Beariz hay casas que combinan los mampuestos de esquisto y granito. Las piedras se colocan unas sobre otras sin necesidad de argamasa alguna. En ocasiones se utiliza barro (también para hacer encintados o asegurar la cara externa del muro). Existen enlucidos de cal y de barro, pero los mejores son los que se hacen con una mezcla de tierra, barro, arena y piedra, lo que produce una costra de gran dureza. Tanto el suelo (de la segunda planta) como las divisiones internas se realizan con tablas de castaño, que —en el caso del suelo— se clavan a las vigas y se enganchan en el borde saliente del muro. Las vigas son también de castaño, así como el entramado del techo. Cuando se ahuman, como hemos visto, resultan especialmente resistentes. Las divisiones internas también se pueden construir en pallabarro, una técnica de tradición prehistórica, consistente en un entramado de varas horizontales (p. ej. de mimbre) y palos rectos verticales más gruesos (*pés dereitos*); los huecos se llenan de paja, a veces trenzada y el conjunto se cubre con un manteado de barro, posteriormente enlucido por cal. En ocasiones el barro se sustituye por una argamasa, semejante a la cal, más resistente (en nuestra zona Raíces, A Lama).

La cubierta tradicionalmente mayoritaria era la de piedra (lajas de esquisto) principalmente en la zona oriental de la comarca. Después está la teja curva (ímbrice) realizada en los *fornos telleiros* locales. A partir de los años 70 se ha impuesto la teja plana industrial y la uralita.

Los corredores son de madera (pies sobre zapatas) o hierro forjado. Las escaleras exteriores pueden realizarse tanto en sillería como en cantería (en este último caso de granito). La planta baja de las viviendas se excava con frecuencia en la roca madre.

Para conocer la distribución de los útiles y la funcionalidad de los espacios internos contamos, además de con nuestro informantes y con la posibilidad (cada vez menor) de acceder a contextos sistémicos, con las descripciones de algunos etnógrafos (así Risco 1997 [descripción original de los años 20]; Lorenzo 1982 y Llano 1996). Coinciden todas ellas con nuestro registro material del Antiguo Régimen. La siguiente descripción, debida a Risco (1997: 10), nos ofrece el aspecto que tendrían casas como Soutelo-1; Vilapouca o A Graña-Eiravella en el momento de uso:

“Na parte antiga había un gran sobrado baixo un tellado a dúas augas, onde había camas de madeira, arcas, a mesa tradicional cos seus dous bancos, por certo, bastante mal feita, pero con caixóns; un palanganeiro rústico, de madeira, e barandas con moita roupa. A cociña e as cortes estaban a parte, en edificacións independentes. Na cociña había unha lareira baixa, cun pote de ferro grande; canizo para secar as castañas; varais pendurados do teito, para os chourizos; escano a carón do lume; espeteira para as vasillas, huchas, etc. O escano testemuña o costume de comer na cociña, e non no sobrado. Un taboado separaba a cociña da corte adxacente, pero a parte inferior do taboado era unha soleira de pedra”.

La única diferencia con nuestro registro es el hecho de que la cocina esté exenta. La costumbre de pegar láminas de santos (así A Graña-Eiravella y Limeres) en las paredes también la recoge este autor (*ibid.*): “Nas paredes había uns cromos, cravados no cal directamente”. Asimismo afirma (*ibid.*: 9) que el *sobrado* (o *faiado*) se dedicaría a guardar ropa, frutos, aperos de labranza y más tarde para dormir, “aproveitando, no inverno, o calor da corte que queda debaixo”. En varias de nuestras casas conviven la dedicación primigenia y la reciente: así en Soutelo-1, A Graña-Eiravella y Vilapouca.

La cocina es una estancia cuya organización y mobiliario no ha cambiado en los últimos mil años (Llano 1996: 64): las descripciones de la Alta Edad Media coinciden con asombrosa exactitud con las cocinas “actuales” con que nos enfrentamos. En ella se sitúa la *lareira*, hecha de una o dos lajas de piedra, que sobresalen ligeramente sobre el suelo circundante (véase Vilapouca). En ocasiones se sitúa sobre ella la *cambota* “especie de cubrición troncopiramidal situada por riba dela, feita en madeira o pallabarro” (Caamaño 1999: 35). Nuestros dos únicos ejemplos de *cambotas* se encuentra en Soutelo-1 y Penalva (Forcarei) y son de *pallabarro*. El horno se sitúa siempre en una esquina. Todas las viviendas analizadas excepto Soutelo-2 tenían horno, normalmente cerca de la *lareira*. Aunque lo habitual es que se construyan en piedra, tampoco escasea la bóveda de ladrillo macizo. El fregadero es una pila de granito que se encaja en la pared (véase Soutelo-1; Sanguñedo-2; Correa) y desagua a través de un canal. Labradas en el muro o hechas en madera encontramos *couselas* o *lacenás*, para guardar platos, cucharas, cuchillos, etc. (Caamaño *ibid.*: 36). En varias ocasiones hemos encontrado *lacenás* con materiales *in situ*: A Graña-Eiravella; Vilapouca; Soutelo-1). Otros muebles de la cocina son la artesa, para hacer la masa del pan y guardarlo con otros alimentos (prácticamente aparece en todos los edificios estudiados); *louceiro* o *cunqueiro* para tazas, platos y fuentes; *salgadeira*, labrada en el muro y provista de ganchos de hierro para colgar el producto de la matanza (A Graña-Eiravella; Sanguñedo-1;

Sanguñedo-2, etc.); la *ucha* para el grano. Para sentarse no hay sillas, sino *tallos* (banquetas), *escanos* (bancos largos para varias personas con respaldo) y *bancos longos* (sin respaldo).

La cuadra (*corte*) es el espacio más amplio de la casa. Aparece separado de la cocina por un tabique de madera con base de piedra. Además de las vacas, se pueden guardar aquí los cerdos, pero separados por muros o lajas que forman *cortellos* (de lajas en Vilapouca; habitaciones separadas en A Graña-Eiravella). Hay pequeños ventanucos que airean el lugar. El suelo es una cama de tojo y estiércol. En una esquina se sitúa el *presebe* o *manxadaira* (pesebre), realizado en nuestra zona con un entramado de palos.

En el piso superior se sitúan los dormitorios, como hemos visto. Los espacios se separan, según hemos dicho, por tabiques de tablas o *pallabarro*, este último típico de la zona meridional de la comarca (Beariz). El mobiliario es muy escaso: camas, arcas para guardar la ropa, perchas, almofia (aguamanil) y alguna estampa religiosa. El salón, conocido en algunas zonas como *sala de respecto* (Llano 1996: 64; Caamaño 1999: 39), no es muy frecuente en la arquitectura popular. Se encuentra principalmente en casas de ciertos medios y es donde se come en los días de fiesta y se vela a los muertos. El mobiliario lo componen una mesa con sillas, un aparador, retratos familiares y un reloj de pared.













Además de viviendas hay otros dos tipos de edificio en nuestra lista de estructuras analizadas: el alpendre y el horno exento. Existen varios tipos de alpendre en la comarca: los rectangulares con puerta en uno de los lados cortos (Garfián locus 4); los rectangulares con un lado largo abierto (Sanguñedo-2) y los rectangulares con lado largo de madera a mediana altura (donde se sitúa la puerta, Badaolo locus 1). La finalidad principal del alpendre es el almacenamiento, especialmente del carro, la *grade*, el *solíño*, también leña, tojo, hierba, paja. Es un lugar donde se pueden hacer trabajos de artesanía, *apeirar* (fabricar o reparar herramientas), *esfollar* el maíz, cortar leña, cribar la paja, etc. Es fácil de comprender que se formen auténticos palimpsestos arqueológicos tras su abandono, donde no es fácil distinguir actividades (en este sentido, serán tratados más adelante). El alpendre de uso agropecuario (como Garfián locus 4, Badaolo locus 1, Sanguñedo-1) no ofrece especial dificultad de interpretación. Sí, por el contrario, aquéllos que mezclan las funciones de alpendre y las de horno exento (Soutelo locus 1, Alvite-2) con diversas actividades de carácter artesanal y de preparación de alimentos. El horno exento de nuestra zona lo forma una habitación cuadrada o rectangular, generalmente cerrada, con el horno en una esquina. Junto al horno se encuentra la artesa, la pala para meter los *bolos* (masa del pan) y el *rodo* para limpiar el interior del horno (véase Caamaño 1999a: 60 y ss.)

2.4. Casos estudiados

Para el análisis microespacial de los abanones seleccionamos trece estructuras tradicionales especialmente bien conservadas, con abundante registro mueble *in situ* y capacidad para ofrecer una rica información (como Lange y Rydberg 1972: 421). Aunque encontrar viviendas con 150-500 objetos abandonados no es demasiado frecuente, tampoco resulta excepcional. Un número muy elevado de edificios han pasado por un estado similar al de las que ahora tratamos: es el caso de las diez casas de Penalva (Forcarei) o muchas de Alvite (Beariz), pero debido a la rapidez con que se han degradado no han llegado hasta nosotros en las condiciones deseadas. En pueblos como Doade (Beariz) la mayor parte de las viviendas han perdido su registro *in situ* por actividades agrícolas posteriores. En otros casos, como Lebozán, las viviendas susceptibles de mostrar un inventario interesante se encontraban cerradas con llave y sus dueños a varios cientos o miles de kilómetros. Por otro lado, los trece ejemplos analizados no son los únicos que hemos podido encontrar, en ocasiones ni siquiera los mejores. Circunstancias ajenas a nuestra voluntad han impedido tomar nota exacta de muchas otras estructuras. Por último, debe de tenerse en cuenta que se trata del mayor número de viviendas analizadas de forma detallada en un estudio de este género. Un estudio pionero como el de Lange y Rydberg (1972) obtenía sus conclusiones de un sólo edificio, mientras que Stevenson (1982) muestra el plano de tres estructuras y Graham (1993) de una. El estudio de Creighton y Segui (1998) no puede considerarse exactamente microespacial: presenta un número elevado de alpendres, pero en la gran mayoría de los casos carecen por completo de mobiliario; tan sólo ofrecen un plano detallado de una estructura con su contenido.

LEYENDA PARA LOS PLANOS DE LAS CASAS

Materias:

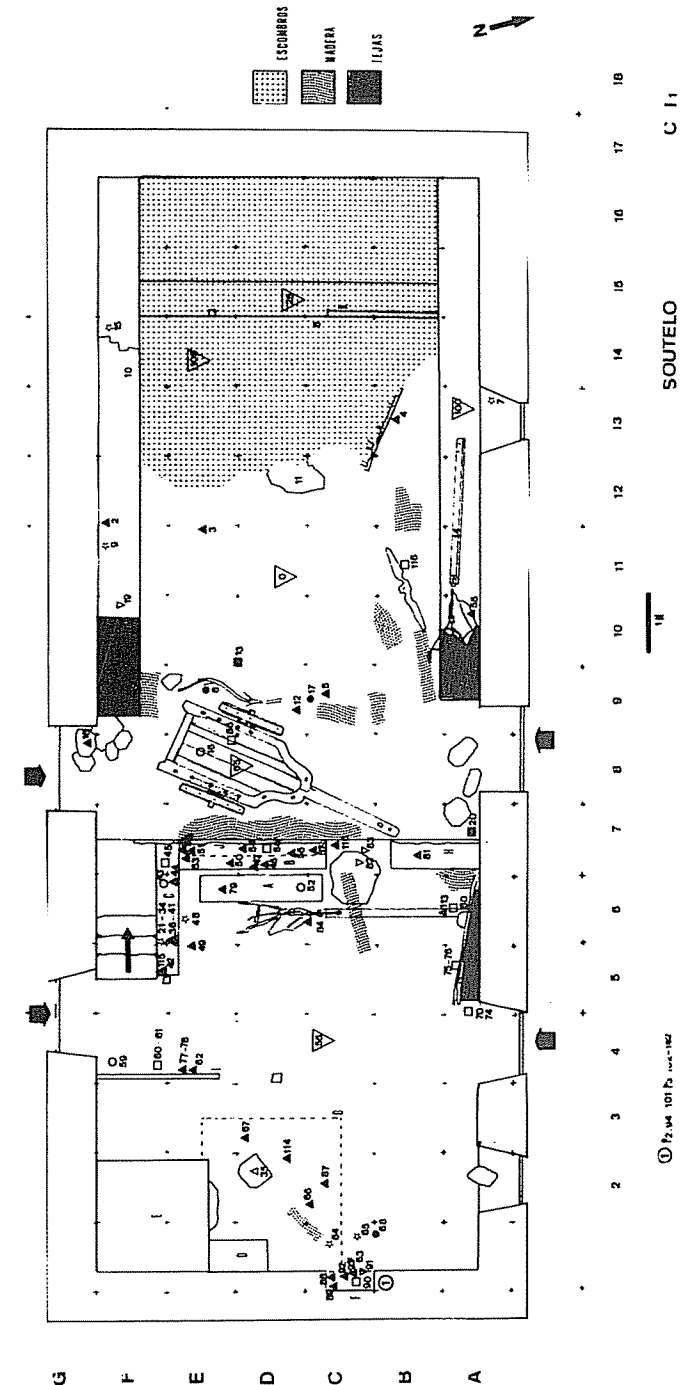
	Metal.		Cerámica
	Acumulación de metal.		Piedra.
	Madera.		Material óseo (incluye cuerno).
	Cuero y caucho.		Indeterminado y materiales industriales (plástico, aleaciones).
	Cestería.		Número sólo: material de construcción (generalmente dibujado).
	Tela.		Cotas (tamaño en cm).
	Vidrio.		Acumulación de desechos vegetales (mazorcas, p. ej.): punteado espaciado (para el resto de escombros ver mapa de "Soutelo - I").

Soutelo-1. (Fig. 31)

Dos fuentes diferentes confirman el abandono antiguo de esta casa: por un lado el relato de sus dueños actuales, según los cuales el edificio fue habitado como vivienda hasta 1956, y, por otro, una fotografía de Virxilio Viéitez (Sendón y Suarez 1998: 54) de principios de los años 60 en los cuales se advierten ya señales de degradación en la estructura. Se encuentra a las afueras del pueblo, junto a la N-541 (Pontevedra-Ourense), hacia el este. Se trata de un modelo típico de arquitectura popular de la zona. Es una casa de dos plantas, de mampostería de esquisto, con dos construcciones anejas (corrales, establo). En la planta baja encontramos un establo (con carro, arado y yugo) y la cocina, separados por un murete de piedra que soporta un tabique de tablas. Pegado al murete hay dos bancos corridos de piedra. La cocina tiene *lareira*, pilón y horno, así como un armario empotrado en el muro, un aparador artesano de madera y varias estanterías. Junto al horno se halla el espacio destinado a la leña. Al piso superior se accede por unas escaleras de madera con base pétrea. Aquí estaban los dormitorios, un salón del que no se conserva nada (estaba sobre el establo) y un *faiado* con dos habitaciones que actuaban de almacén de herramientas. En el *faiado* se guardaban las patatas. Aquí descubrimos una maza del lino y, frente a los dormitorios, un *espadeleiro*. Pudimos localizar también un estribo y una pieza de la silla de montar, varias cajas artesanales de madera y un equipo completo de cantero, de más de 60 piezas.

Tras su abandono en la fecha citada, la propiedad se dividió. Esto explica la conservación diferencial de las distintas partes de la casa. Se siguió usando un *cortello*, el porche para guardar el carro y el espacio tras la casa para guardar gallinas, la cocina recibe visitas esporádicas y se ha utilizado para guardar alguna herramienta. El resto está totalmente abandonado

Fig. 31 - SOUTELO-1



Soutelo-2 Fig. 32

Las propietarias de este edificio (fig. 33) murieron en 1930. No se dedicaban a la agricultura, sino que recogían trapos y trastos que guardaban en la casa. Su siguiente dueño utilizó la casa para guardar las caballerías con que trabajaba en la construcción. En 1948-1949 la compró otro constructor, afincado en Madrid, que la entregó a un agricultor a cambio de otro edificio similar. El campesino la utilizó solamente como pajar.

La casa es de muy reducidas dimensiones. Está construida en mampostería de esquisto con techo de lajas. La parte de abajo tenía un pequeño establo, separado por un tabique de madera de una cocina con *lareira* de piedra y banco corrido de mampostería. El único armario era el empotrado en el muro. Por unas escaleras de madera se accedía al piso de arriba, que contaba con un corredor de madera. No hay separaciones ni tabiques arriba. Junto a la puerta de entrada hay varias cruces grabadas contra las brujas (sobre una piedra reaprovechada de una construcción anterior). En la parte derecha, además, había un muro que definía una pequeña habitación con conejeras. Este edificio forma parte de un conjunto de tres construcciones de similares características, todos pertenecientes, en origen, a *bodegueiros*, gentes pobres, sin tierras, ni carro ni más animales que alguna vaca y un cerdo (es el caso de las primeras dueñas conocidas *As Ferreiriñas*).

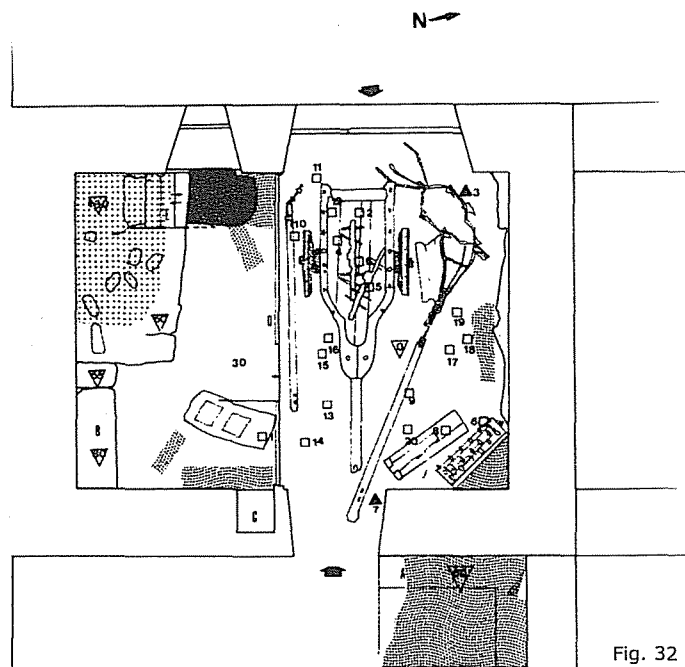


Fig. 32 - SOUTELO-2

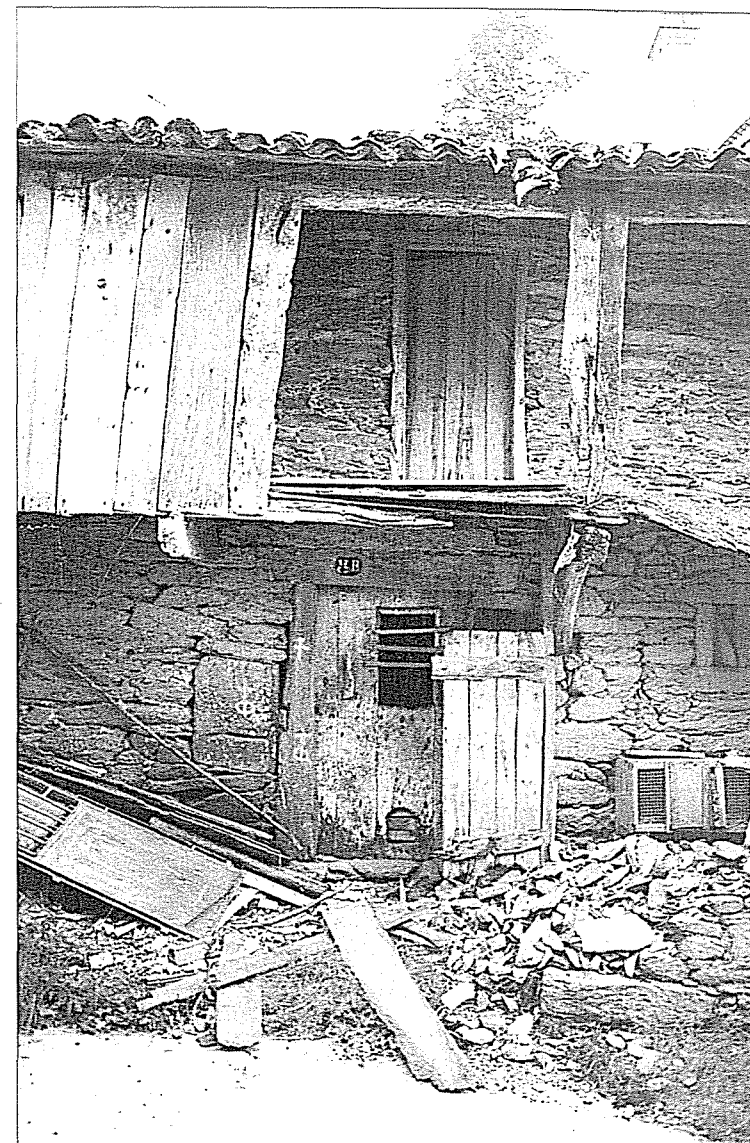


Fig. 33

Vilapouca. Fig. 34

La casa estudiada (fig. 35) es, en realidad, una parte de un conjunto mayor, formado por tres edificios con sus anexos. El primero está en estado de semiabandono, cerrado y en buen estado (locus 1), el segundo (locus 2) es el estudiado aquí y el tercero (locus 3) tiene la techumbre y la mayor parte del piso hundidos y llenos de maleza. Llama la atención, sin embargo, una fotografía de un matrimonio colgada todavía de una ruinosa pared.

El locus 2 es una casa de labranza del tipo más corriente en la zona (semejante a Soutelo-1, Sanguñedo-1, etc.): es de mampostería de esquisto, con cubierta de lajas y teja. Tiene dos plantas: en la inferior se encuentra la cocina y un establo, en la superior debían estar los dormitorios, un salón y al menos una habitación multifuncional. El edificio se halla en avanzado proceso de degradación y, no obstante, sorprende la cantidad y buena conservación de los objetos, así como el carácter diferencial del proceso. Según nuestros informantes el abandono de la casa se produjo entre 1967-1970. La fecha de construcción, según el epígrafe de una ventana, es 1923, con lo cual la vivienda estuvo en uso menos de 50 años. Esto ofrece la ventaja de que las actividades identificadas no hayan variado mucho a lo largo de la ocupación. Pese a los casi treinta años de abandono una gran parte del material se encontraba *in situ*, como se puede observar en el plano: ollas, platos, tazas, trébedes, potes, etc. junto a la *lareira* -de piedra- en la cocina; los instrumentos de labranza en un armario, en el establo; en el piso superior había un banco de carpintero: algunos cepillos habían caído a la cuadra, pero otros se encontraban dentro o sobre el banco. La cocina cuenta con horno y armarios empotrados en la piedra.

Anejo al locus 2 existe, como parte del mismo conjunto, un pequeño establo con *pallar* encima. Ambos espacios fueron reutilizados posteriormente al abandono.

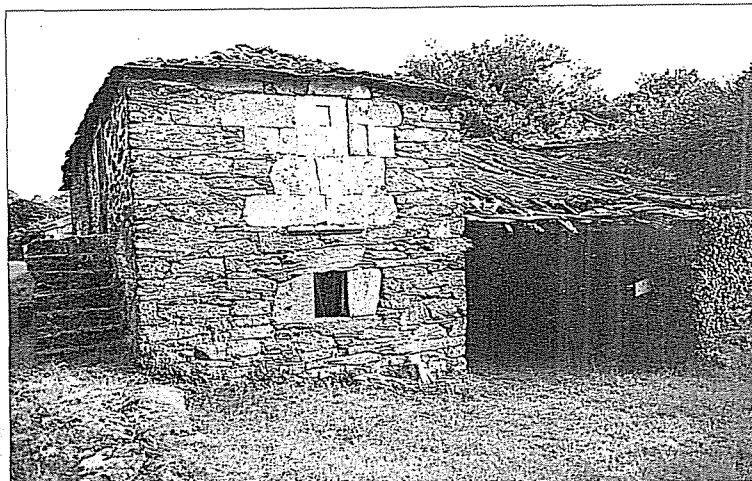


Fig. 35

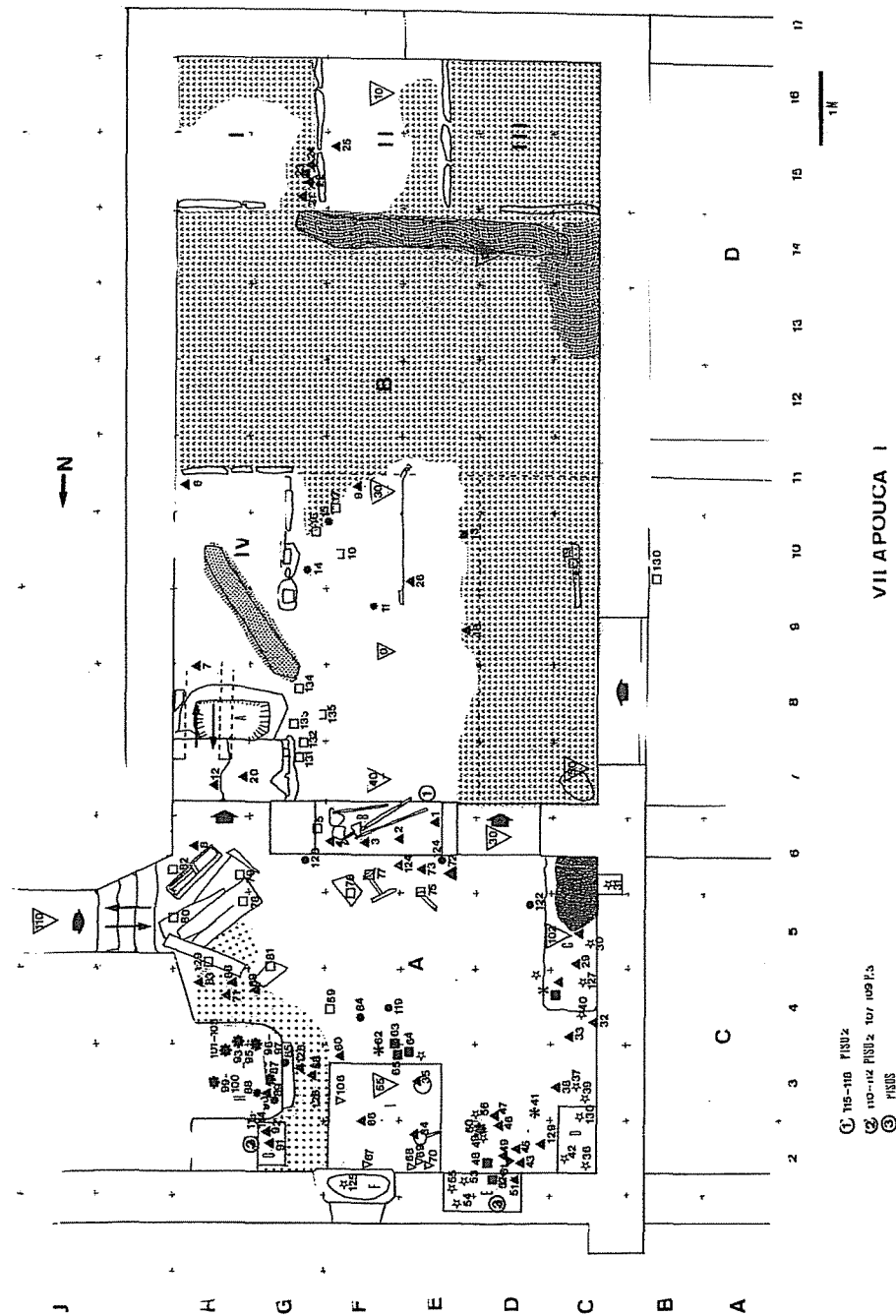


Fig. 34 - VILAPOUCA-1

Sanguñedo-Coto da Mosca (Sanguñedo-1). Fig. 36

Sanguñedo-1 (fig. 37) se encuentra a 640 metros sobre el nivel del mar, en las afueras de Sanguñedo hacia el este, junto al camino viejo que lleva a Vilariño.

En este edificio destaca, por lo que respecta a los objetos muebles, el número elevado (desde un punto de vista relativo) de objetos preindustriales. Están todos ellos relacionados con la agricultura en sus distintas fases. El hecho de que hayamos tratado las habitaciones como entidades separadas obedece al distinto grado de perturbación que ofrecen: así, el *cortello* aparece completamente distorsionado respecto a su función original; en la cocina y la habitación multifuncional aparecen también intrusiones mientras que el alpendre se encuentra tal y como lo abandonaron sus últimos dueños (*in situ*).

En realidad se trata de un conjunto de casas (*barrio*, según la terminología de la zona, véase Lisón 1979: 113), más que una sola vivienda. Nuestro plano, como se puede observar en la figura (...), abarca sólo un sector del conjunto, probablemente el último en ser abandonado como vivienda y aquél en el que se han producido más reutilizaciones y distorsiones posteriores. Se trata de una serie de estructuras anexas de mampostería de esquisto, con techo de lajas, teja y uralita según los tramos. Podemos dividir Sanguñedo-1 en cuatro *loci* de este a oeste.

El locus 1 (primer edificio por la derecha en la fig. 37) es, en realidad, parte del locus 2, el que figura en los planos. Se trata de un edificio (de mampostería pero cubierto de cemento y en su día enlucido) formado por dos cuerpos, ambos con tejado a dos aguas, el primero más alto que el segundo. El primer cuerpo cuenta con una gran cuadra, en la que se encuentra todavía el carro y un pesebre para las vacas, en el piso inferior. El piso superior acogía los dormitorios y un salón. En el segundo cuerpo, también de dos plantas, había otro establo de dimensiones reducidas (quizá para ovejas), en la planta baja y un pallar en la planta alta. Los materiales identificados son escasos: los dormitorios y el salón del primer bloque estaban vacíos por completo; sólo en una esquina localizamos una serie de cortizos producto de una intrusión reciente; en el establo, como ya hemos dicho, se conservaba el carro; en el segundo bloque no descubrimos nada en la planta baja y en la superior unas *gallas* de hierro, remaches de hierro y una *grade* en el pallar.

El locus 2 es la parte de la vivienda citada que era ocupada por la cocina, un *cortello* y una habitación multifuncional, además de un porche cubierto por techo de lajas (para los objetos identificados véase el inventario correspondiente en el apéndice). En frente del porche se sitúa un alpendre.

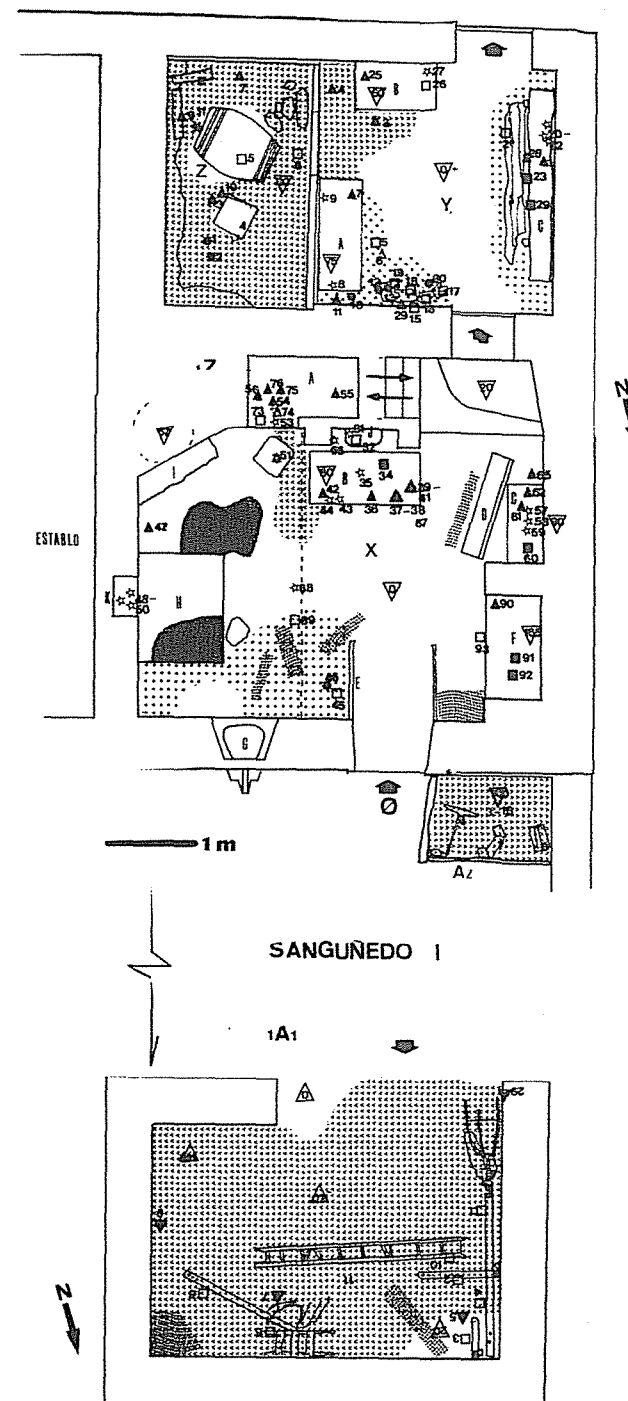


Fig. 36 - SANGUÑEDO-1

El locus 3 (el primer edificio por la izquierda en la fig. 37) es una construcción del tipo más habitual en Terra de Montes: cocina y establo en la parte inferior y dormitorios y salón en la superior. En el establo practicamos un sondeo para observar la potencia de ocupación del edificio: como se pudo observar en el corte, apenas había sedimento antes de llegar a la roca madre. Los estratos localizados se pueden relacionar con diversas camadas de tojo y sus correspondientes limpiezas, excepto el estrato 1, producto de la alteración superficial de la última capa de estiércol. Excavamos 6 metros cuadrados, de los cuales sólo en dos llegamos a la roca madre. En el transcurso de la operación fue localizado un objeto indeterminado de cobre y plomo. La excavación no reflejaba la aparente antigüedad de la estructura: un cerramiento en mampostería de una puerta establece una cronología relativa que nos lleva a un momento relativamente temprano de habitación (la original debe de ser al menos de fines del siglo XIX).

Junto a la puerta del establo, en el lado interior apareció una hoz en la superficie, entre el derrumbe. Fuera localizamos los restos de un carro (eje y ruedas). En la esquina NW se conservaba el pesebre. La cocina aparecía separada del establo por un murete de piedra, que ha sufrido un derrumbe al haberse desplomado el techo sobre él. La cocina conservaba aún un número importante de *items*. Localizamos varios recipientes de cerámica (jarras, jarritas, *cuncas*, picheles (fig. 26), ollas, *zocos* (uno de ellos perteneciente a un niño pequeño), hoces, podas, cinceles, mazos, *gallas*, *forquitas*, botellas, remaches de hierro, etc. Parte del inventario apareció dentro del horno (con bóveda de piedra, en perfecto estado). Se conservaban además dos aparadores artesanales de cocina. De la cocina se podía acceder a un pequeño *cortello* para cerdos, donde vimos un arca vacía. La aparición de un número considerable de objetos y en relativo buen estado resulta especialmente sorprendente si tenemos en cuenta que todo el techo sobre la cocina se había hundido. Sólo una parte del establo y el *cortello* estaban totalmente cubiertos todavía (la ausencia de materiales se explica por la funcionalidad de los espacios). Sobre el interés de este derrumbe volveremos más adelante. La colocación de los objetos nos indica (en el caso de las herramientas y botellas) una actitud conservativa (vid. inf.). No estamos –como tampoco en el edificio analizado en el plano– ante un abandono *capitalista*, sino ante un abandono sin retorno por parte de los emigrados. El piso superior sobre la cocina, como decimos, se ha perdido, pero sin duda acogía dormitorios y un salón. A la parte que cubría el establo no nos ha sido posible acceder, dado el estado de degradación en que se encontraba, pero en ella debía haber dormitorios también.

El locus 5 ha sido reutilizado también no hace mucho. La parte superior se usó como pallar y la inferior como establo. Se encuentra en buen estado de conservación.

La fecha de abandono para Coto da Mosca es 1962-1965, según informe de los vecinos.

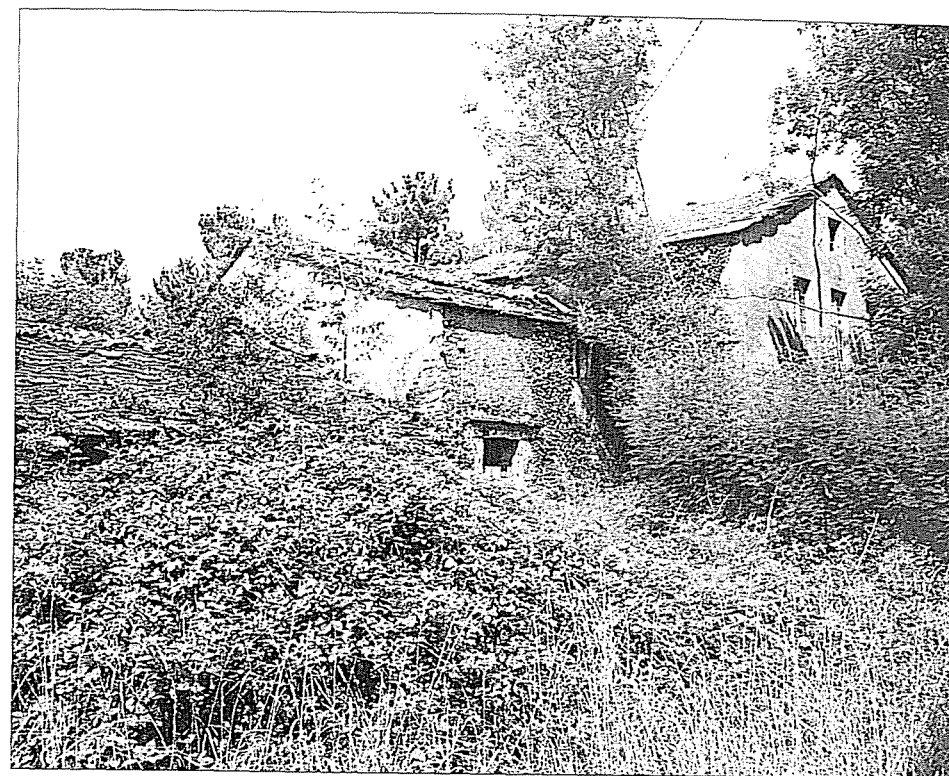


Fig. 37

Sanguñedo-O Outeiro (Sanguñedo-2). Fig. 38

O Outeiro es un barrio de Sanguñedo situado al sur del asentamiento, a 640 metros sobre el nivel del mar. El edificio analizado era el único que se encontraba deshabitado en 1997. Se trata de una casa pequeña de una sola planta de mampostería de esquisto, con techo de uralita. Es lo que se denomina *casa terrea* (Llano 1980: 422). Las habitaciones con que contaba eran dos dormitorios, una cocina con *lareira*, horno y *salgadeira* para el cerdo y un cobertizo anejo donde se podrían guardar las herramientas agrícolas y el ganado. No había sitio para el carro. Debido a que se encuentra en una zona habitada el número de intrusiones recientes es elevado, lo que también hay que atribuir a la historia de la vivienda: quedó completamente fuera de uso en 1992, antes hubo un período de semiabandono que incluyó un saqueo. Durante el período de abandono y semiabandono, sin embargo, los dueños de la casa llevaron a cabo algunas reformas (puerta de aluminio, techo de uralita). El mismo año que la estudiamos, comenzó su rehabilitación como vivienda.

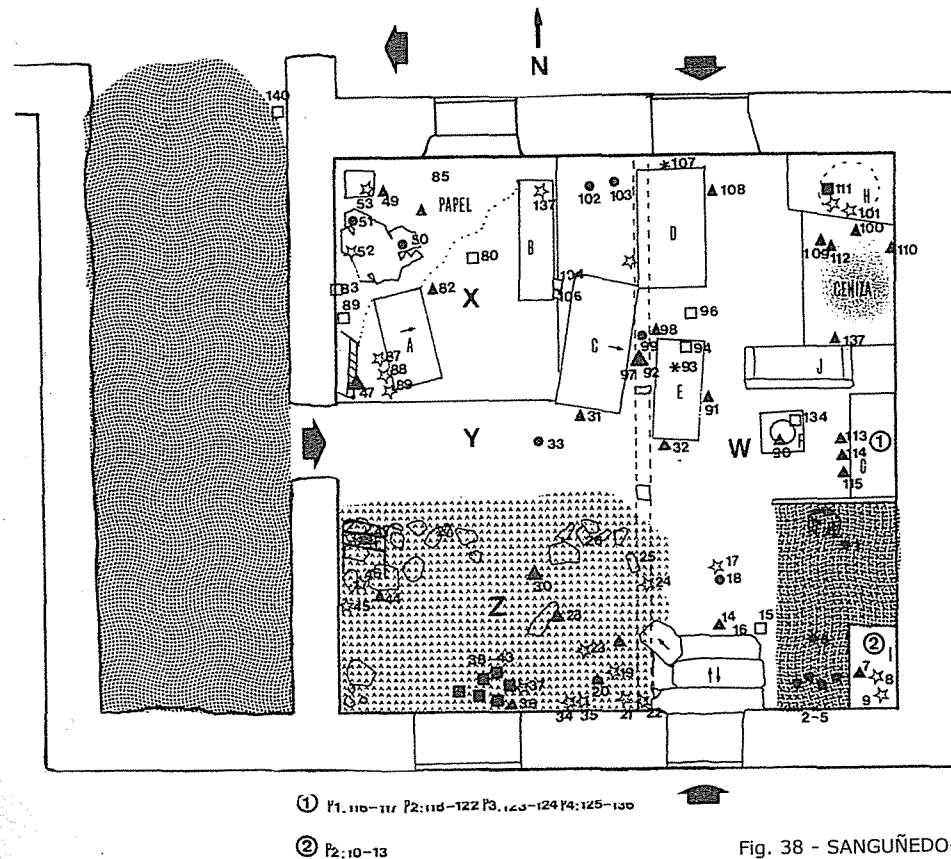


Fig. 38 - SANGUÑEDO-2

Alvite-1. Fig. 39

La aldea de Alvite (Beariz, Ourense) fue una de las escasas poblaciones de la comarca que resultó totalmente abandonada con motivo de la diáspora. Se trata de un pueblo de considerables dimensiones para la zona, rodeado de bosques de frondosas (robles y castaños) y pastos y campos de labor al sur. Se encuentra rodeado por un arroyo.

El edificio que hemos denominado Alvite-1 quedó abandonado hace relativamente poco tiempo, en comparación con los edificios deshabitados de la misma aldea. Esto se puede advertir tanto en la buena conservación de los materiales como en el carácter industrial de algunos de ellos. La casa además estaba pintada por dentro, tenía baldosas y cocina de hierro. Se trata de una vivienda de dos plantas, de tamaño considerable. La planta superior aparece ocupada por la cocina, un salón y varios dormitorios (no pudimos entrar dada la mala conservación del piso); en la planta inferior había una cocina, dos habitaciones multifuncionales (una de ellas con *salgadeira*), un espacio cubierto para el carro y un establo, en frente del cual (junto a la entrada) se disponía otra cocina. La casa sufrió claramente reformas, como pone de manifiesto la existencia de una cocina con horno y *lareira* tradicional en la planta baja (ubicación también tradicional) y otra, con baldosas y azulejos, además de cocina de hierro, en la planta superior.

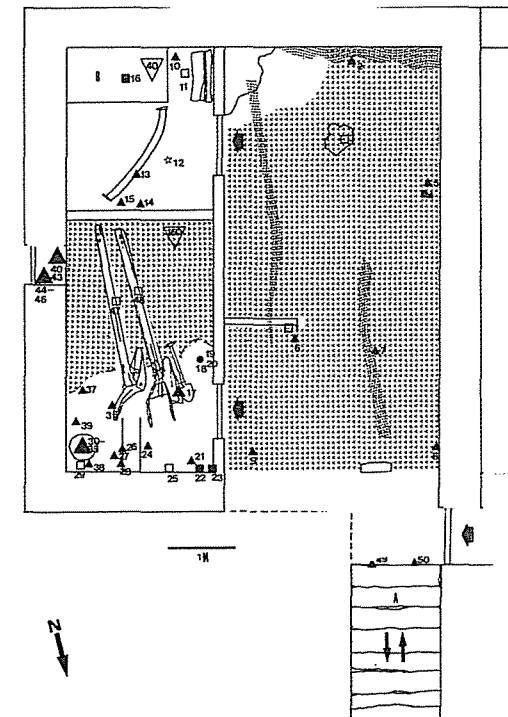


Fig. 39 - ALVITE-1

Alvite-2. Fig. 40

Se encuentra justo al lado de Alvite-1 (por el oeste). Se trata de un edificio complicado tanto por sus modificaciones externas como internas. La estructura, en origen, se construyó como un horno exento, por el tamaño quizá comunal, posteriormente se practicaron diversas actividades, algunas es probable que simultáneamente (a ellas nos referiremos al hablar de las áreas de actividad). Se trataba al principio de un edificio de mampostería de esquisto, con techo de lajas, de una sola planta. Más tarde tiraron la pared frontal y la volvieron a levantar de ladrillo enlucido, con dos puertas. También se cambió el techo. Como en el caso de Alvite-1 nos encontramos con la dificultad de conocer la historia de vida de la estructura por la ausencia de informantes nativos.

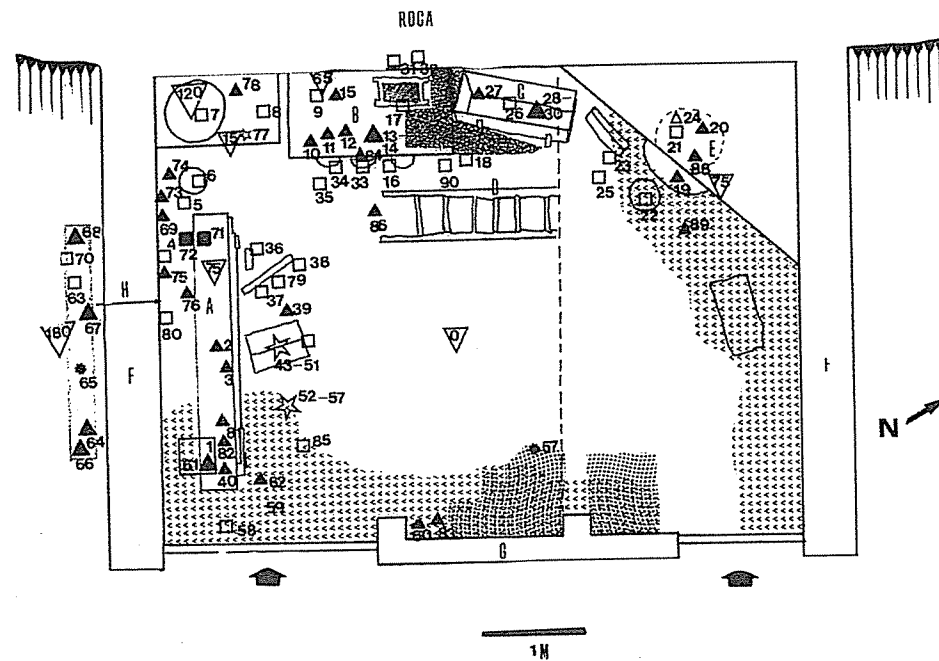


Fig. 40 - ALVITE-2

A Graña-Eiravella. Fig. 41

Eiravella es un lugar situado a unos 300 metros del núcleo de A Graña (Trasdomonte, Forcarei). Se encuentra cerca de la carretera de acceso a la aldea, en posición dominante, a unos 710 metros de altitud (fig. 42).

Se trata del edificio más interesante de cuantos hemos estudiado, tanto por su arquitectura como por su inventario de objetos abandonados. El origen de la estructura se encuentra en dos viviendas independientes (la más occidental del siglo XVIII muy probablemente), ambas viviendas fueron después unidas por un tercer cuerpo. El edificio, de mampostería y sillarejo de esquisto, con cubierta de lajas del mismo material cuenta con tres establos, dos *cortellos* y una habitación para guardar el carro en la planta inferior. En la superior, de este a oeste y de arriba a abajo vemos el espacio de los dormitorios y el probable salón, la entrada, la cocina con horno y una alacena; en el cuerpo intermedio hay dos habitaciones multifuncionales/agrícolas (*faiado* para las patatas, *salgadeira* del cerdo, almacén de madera y herramientas, almacén de grano) y en el tercer cuerpo un *pallar*.

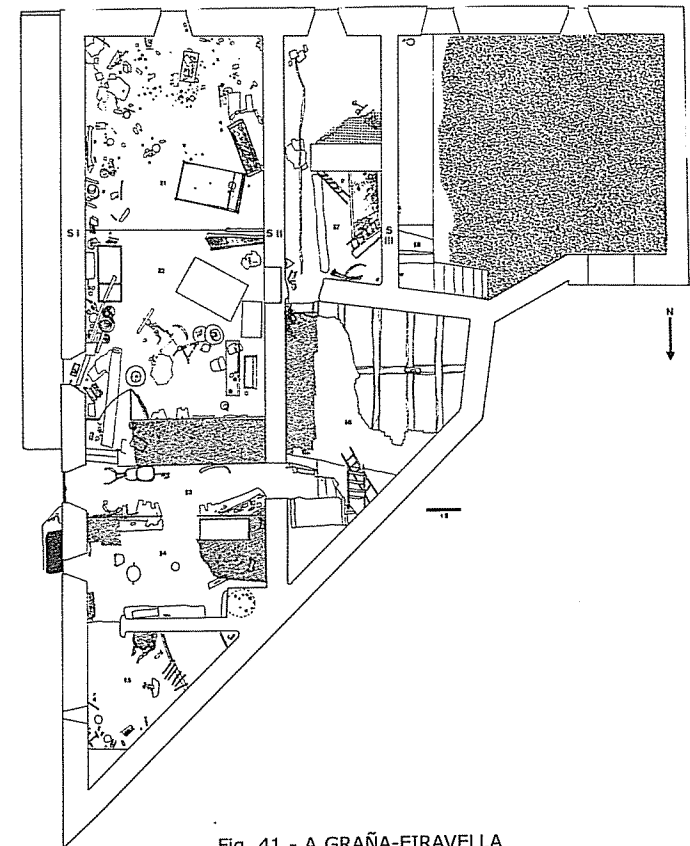


Fig. 41 - A GRAÑA-EIRAVELLA

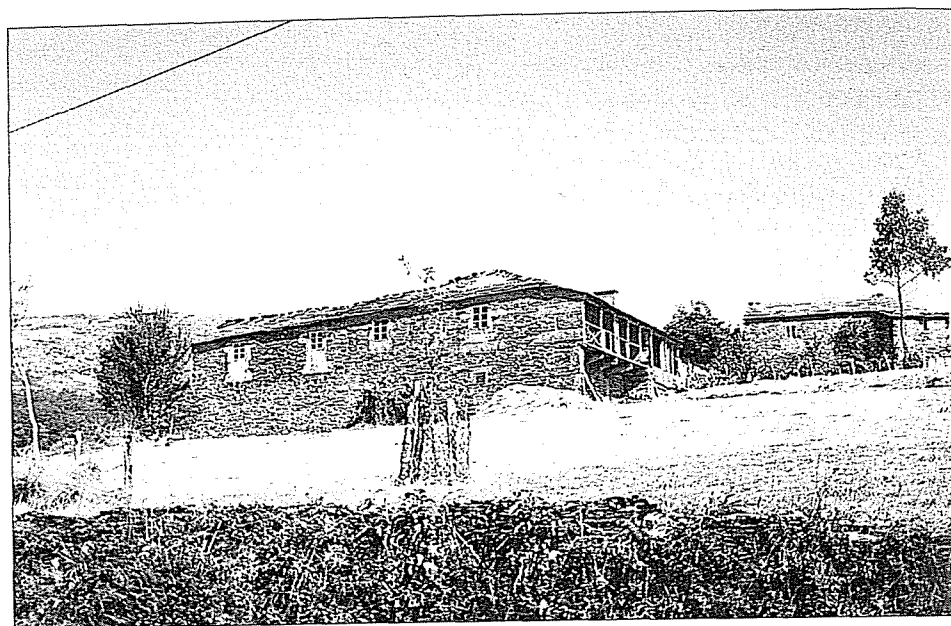


Fig. 41

Se trata, como hemos visto, de una *casa forte*, como pone de manifiesto no sólo el gran tamaño del edificio, sino el relativamente extenso terreno que la circunda. Su abandono se produjo hacia 1979, fecha en la que falleció el último de los habitantes de la casa. Sus dueños actuales no muestran interés alguno por la vivienda, que se encontraba, con todo, cerrada con llave. El vecino que nos facilitó la entrada utilizaba la casa como almacén de madera y de herramientas en desuso. De hecho, buena parte del registro mueble procede de actividades intrusivas y conservativas, lo que no significa que un elevado número de piezas no permanezca aproximadamente *in situ* del período de vida doméstica. La concentración de materiales, como se puede observar en el plano, se da sobre todo en el sector I (dormitorios, salón y pasillo de entrada, alacena y en mucha menor medida la cocina). El sector II acoge escasos objetos en comparación con el precedente: se trata de materiales agrícolas en muy alto porcentaje. El sector III presentaba un número ínfimo de objetos como corresponde a un *pallar*. En el sector IV sólo encontramos el carro; en el V y el VI no había nada y en el VII además de leña sólo hallamos una *escampeladeira*.

Contra la norma observada, en la entrada de la vivienda había un cantidad considerable de desecho: además de algunos instrumentos agrícolas (hoces, sachos, picañas), había chatarra de un automóvil y en el corredor de la casa, ladrillos de horno, madera y hierros.

Correa. Fig. 43

El lugar de Correa se encuentra al pie del Costoia –a 580 metros sobre el nivel del mar– en una pequeña aglomeración de aldeas entre las que se encuentran Xirazga, Alén, Framía y a Abeleira. Se trata de un valle interior de marcada pendiente, orientado N-S. La mayor parte de la aldea, lo que debió constituir su núcleo, se halla casi por completo abandonado. Las pocas casas habitadas se sitúan al lado de la carretera que lleva a Doade y son poco ostentosas.

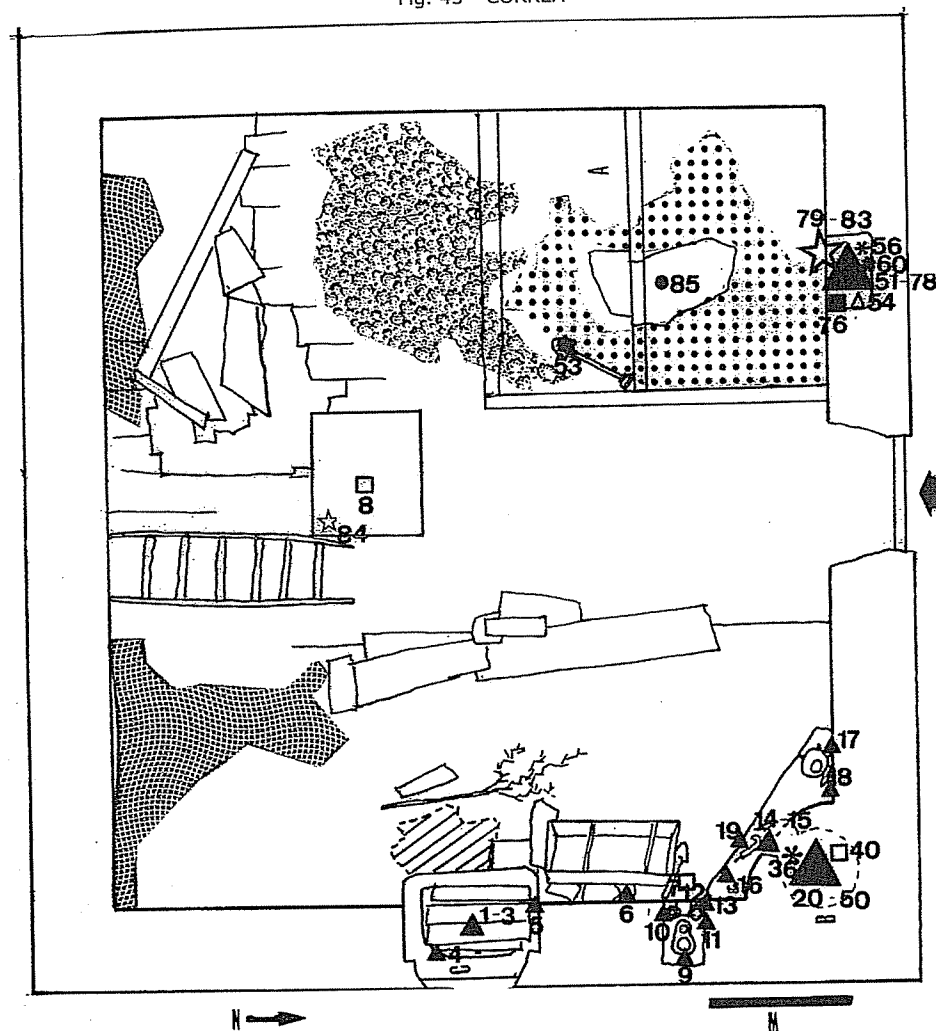
La casa que analizamos es una típica construcción de Terra de Montes, de mampostería de esquisto, con techo de teja curva y una gran cuadra en la planta baja. La nota de excepción la pone la cocina, en la planta superior como los dormitorios. Aunque se encuentren en el mismo piso, la cocina y los dormitorios están separadas por un grueso muro de piedra (como el de las paredes exteriores), en vez de un tabique de tablas o *pallabarro*, como suele ser habitual en las divisiones internas, lo que destaca el carácter netamente diferente de ambos espacios. No hay, además, comunicación directa entre los dos grupos de habitaciones: se accede en ambos casos desde el corredor exterior.

El corredor (de madera sobre ménsulas) estaba lleno de desechos: botellas de vidrio (de alcohol y de medicinas), cazos, instrumentos, una *seita* de arado, un somier de madera y metal, una jarra del baño, restos de ropa y tela, tablas, una escudilla de madera, dos sillas y restos de otros muebles. El establo, como es habitual, se encontraba vacío. Ni siquiera pudimos encontrar arados, carros o *grades*. La cocina ocupa algo más de 30 metros cuadrados. En la esquina NE conserva el horno de piedra y en el lado E la pila. En la mitad W hay un espacio delimitado con tablas destinado a guardar patatas. No sabemos si esta actividad se realizaba con la cocina en uso (es muy posible), pero sí parece seguro que se siguieron almacenando tubérculos cuando ya se había abandonado la primera de las actividades.

En esta casa podemos contemplar una mezcla de materiales *in situ* y almacenados, aunque éstos últimos son mayoritarios. Por los materiales, su abandono como lugar de habitación debió de realizarse como muy tarde a mediados de los años 70. Los objetos relacionados con algunas de las actividades realizadas entonces aparecen en el espacio del contexto sistémico: así, la pala del pan ocupa su lugar original, al lado del horno; el *pote de tres pés* y la *pedra das filloas* también se encuentran cerca de donde se utilizaron y otro tanto puede decirse de los candiles. Sin embargo, y al contrario que la mayor parte de los ejemplos que hemos tratado, aquí nos encontramos con un abandono preparado: el suelo aparece vacío de objetos y éstos se acumulan en los huecos: la pila y debajo de la pila, el vano de un ventanuco, el horno y un pequeño armario empotrado.

La actitud respecto al abandono del último habitante de la casa es claramente conservativa (sobre este concepto *vid. infr.* III.2.5 y III.2.6): selecciona útiles de trabajo, piezas de hierro y metálicas, –algunas de las cuales se encuentran dentro de un saco; se advierte una organización en el abandono. Los desechos propiamente dichos se acumulan en el corredor, fuera del espacio habitado. No nos encontramos aquí con ningún objeto de valor económico o sentimental. Son los materiales de la vida cotidiana doméstica y de trabajo de una familia labriega. En resumen: nos hallamos ante una casa y un abandono previos al cambio de mentalidad campesina al capitalismo.

Fig. 43 - CORREA



Adrián. Fig. 44

La casa de Adrián se encuentra en una minúscula aldea compuesta por poco más de media docena de edificios, al norte del municipio de Beariz. Se enclava en una zona llana de bosque de frondosas, a 740 metros sobre el nivel del mar, a poca distancia de las fuentes del río Verdugo. El lugar se halla actualmente deshabitado por completo. Dado que las casas estaban cerradas con llave, sólo pudimos acceder a ésta. Se trata de una vivienda de muy reducidas dimensiones –apenas 50 m² en total– de mampostería de esquisto y granito y sin huerta. Probablemente sólo tuvieran una vaca y gallinas y carecían de carro: es claramente la morada de una familia pobre (compárese con A Graña-Eiravella o Doade locus 2). Aunque no pudimos contar con informantes, el buen estado de la vivienda y algunos materiales recientes nos hacen pensar en un abandono tardío, cuando ya ha operado el cambio de mentalidad: la presencia de recuerdos familiares apoyaría esta interpretación (aunque ha de reconocerse el riesgo de caer en una argumentación circular). El hallazgo más destacado es una maleta antigua llena de fotografías familiares y documentos. Los sobres que contenían las fotos están datados en octubre de 1927, además había cupones de racionamiento de 1948 y un panfleto de la asociación de inválidos civiles de Ourense que seguramente se pueda datar también en los años 40. Algunas fotografías estaban dedicadas, de los hijos a los padres.

Se pueden constatar algunas intrusiones recientes, debidas a la realización de obras de restauración en una casa cercana.

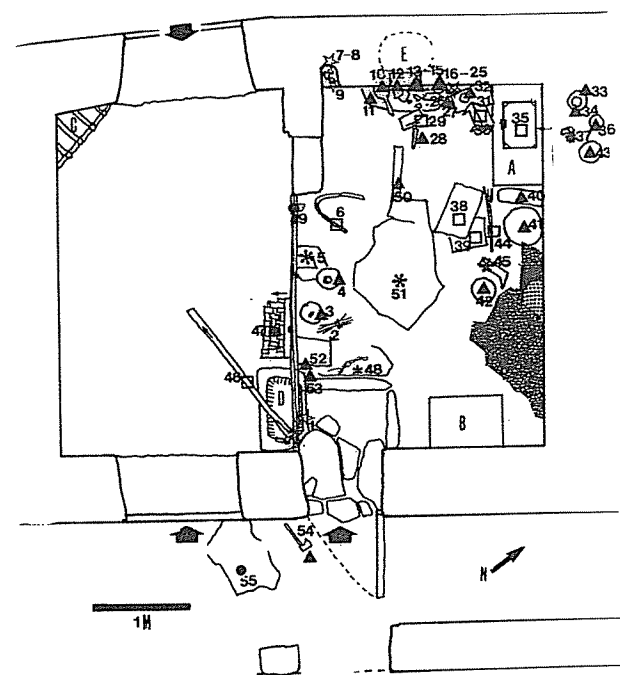


Fig. 44 - ADRIÁN

Doad. Fig. 45

Doad (locus 2) es la segunda casa más grande que hemos estudiado (fig. 46), después de A Graña-Eiravella. Se trata de un gran edificio estructurado en torno a un patio, rodeado por dos de sus lados por un corredor de madera. Tiene dos pisos: en la parte baja se encuentran los establos (cinco), en la superior las habitaciones. No pudimos localizar la cocina (aunque debía encontrarse en la segunda planta), dado el mal estado del suelo. Los pilares de sillería que soportan el techo del patio y un arco de medio punto también de sillería son dos rasgos claros de arquitectura culta (el arco, según Lorenzo 1982: 18, sólo se encuentra raramente en alguna casa grande o construcción de origen monacal). La calidad de la construcción y el gran tamaño de la vivienda nos está hablando de una familia con alto poder económico. Según una vecina del lugar, los dueños tenían otras casas en la localidad, todas ellas reconocibles por ser buenos edificios (nótese, sin embargo, como decíamos más arriba, que apenas existe contraste con el paisaje circundante, la casa se *camufla*). El plano representa una mínima parte (la menos alterada) de todo el conjunto. Como en otros casos, aquí sólo podemos contemplar la función final del edificio, la cual ha distorsionado la imagen de las fases de ocupación previas. Tras el abandono del edificio como lugar de habitación, lo que debió de ocurrir hace más de un cuarto de siglo (la última ocupación segura en este sentido es de hace 80 años¹), se utilizaron las diversas dependencias como pajares, establos, almacén de patatas y semillas y almacén de herramientas. Por ello, cualquier resto atribuible a actividades domésticas ha quedado borrado por completo.

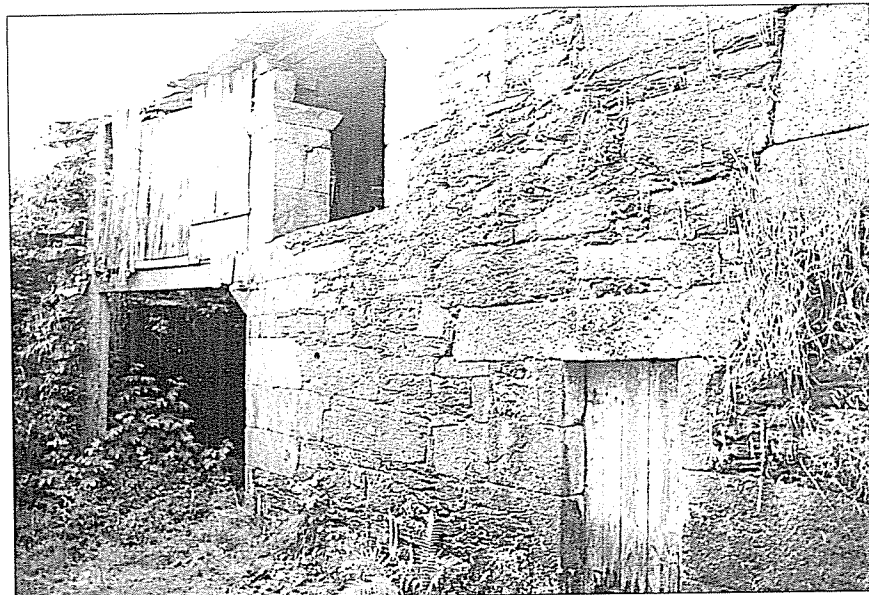


Fig. 46

Por el contrario, el registro de las actividades agropecuarias es extraordinariamente fiel, según se desprende del inventario (una relación completa de los útiles usados en el campo gallego). La desaparición de las huellas de habitación es un fenómeno que se advierte en la mayor parte de los *loci* inventariados en Doad: la mayor por parte de las construcciones, como en el vecino Garfián, han recibido un nuevo uso por parte de los vecinos como pajares, establos y almacenes de herramientas. En el locus 3 también se borró toda huella de habitación y en el locus 5 apenas hay indicadores que no sean agropecuarios. Un número muy reducido de individuos, en relación al total de casas, puede llevar a cabo una labor intensamente destructiva de las trazas de vida anteriores a la reutilización agrícola. A esta gran distorsión del registro habría que añadir el uso de varios edificios como basureros. Los dueños de Doad locus 2 poseían otras casas en la localidad, todas ellas –según una vecina– de grandes dimensiones y gran calidad arquitectónica.

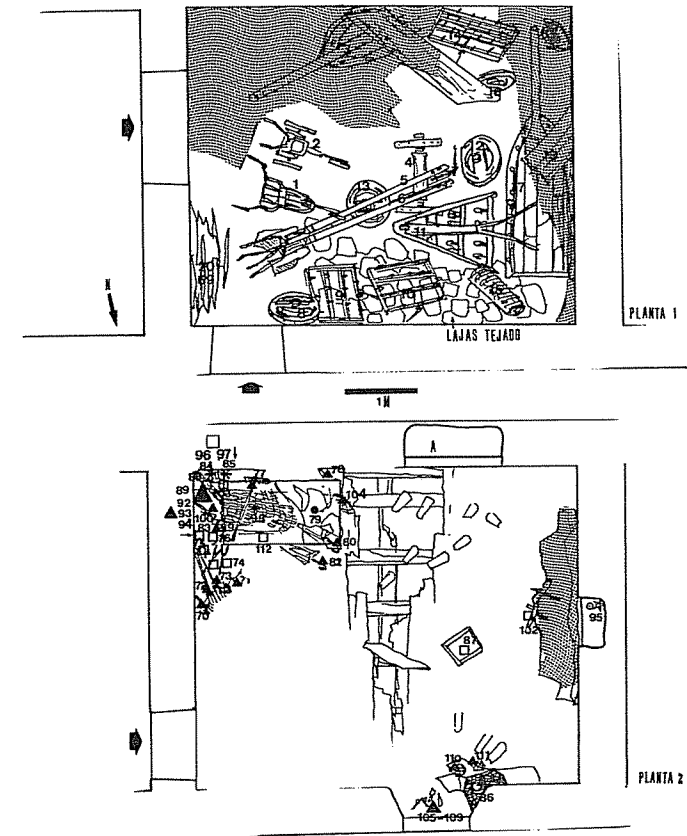


Fig. 45 - DOADE

1) El cura de Beariz, muerto hacia 1990 con 84 años, nació en esta casa (1906) y se mudó aún siendo niño (ca. 1915).

Limeres. Fig. 47

La casa analizada (fig. 48) se encuentra en la parte alta de la aldea, en la zona más abandonada (O Lagarto), a unos 510 metros de altura sobre el nivel del mar.

El edificio estudiado en esta aglomeración es el que denominamos locus 2. El número de objetos abandonados en esta vivienda se acerca sin duda al millar: el inventario es, si cabe, más *espectacular* que el de A Graña, y más numeroso. Por diversas circunstancias no pudimos levantar un plano detallado del edificio, ni realizar una lista de objetos (la más importante es que ni contábamos con el permiso del dueño ni teníamos conocidos en la zona). Sí conseguimos tomar varias fotografías y levantar el plano de una habitación, el *faiado*, si bien carece de la fiabilidad de los planos de otras casas. Se trata de una edificación de buen tamaño, con cuatro dormitorios, cocina, *faiado*, pallar, establos, patio cubierto para el carro y habitación para el horno. Está construida en mampostería de granito mal trabada con cemento, lo que indica que se trata de un edificio relativamente reciente (al menos en parte). Los materiales podrían datarse a partir de los años 50.

Pese a la brevedad de la visita, el registro que se nos ofrecía resultaba más que elocuente. Varios oficios (carpintería, albañilería, tejido) aparecían bien representados, otro tanto sucedía con las labores agrícolas y el ámbito doméstico. Tampoco estaban ausentes los objetos personales. La fecha *post quem* del abandono definitivo nos la dio un periódico de 1992. Se trata, así, del abandono más reciente localizado. Las causas, sin duda, son las mismas que en A Graña-Eiravella y Xisto: la muerte de los últimos habitantes de la casa (padres o abuelos, individuos del Antiguo Régimen) conlleva la deshabitación definitiva de la estructura, la cual se encontraría ya parcialmente degradada por un uso restringido en los últimos años. Una enumeración superficial del inventario podría ser la siguiente:

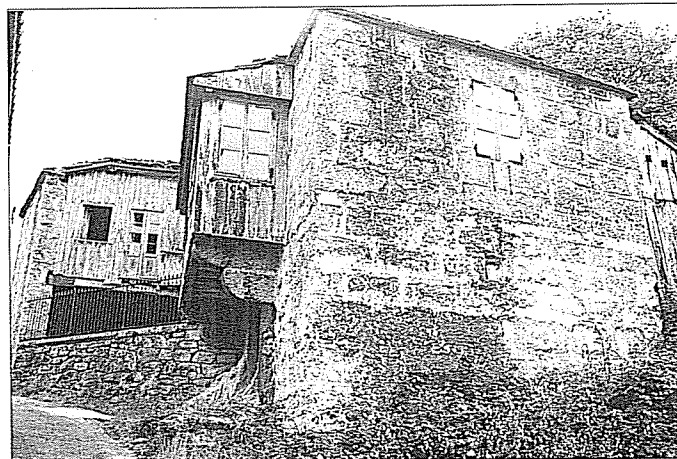


Fig. 48

- Actividades agropecuarias: dos carros (uno montado con ruedas metálicas y otro desmontado), un yugo de *chanciles*, varios *chanciles* sueltos, una *sementadeira*, una guadaña, *forquitas*, otros aperos (sachos, rastrillos, hoces), medio *ferrado*, tres *uchas*.
- Actividades artesanas: tejido (ripo, cardas, espadeleiro); carpintería (banco de carpintero; cepillos, *galropas*, limas, etc.); albañilería (*llanas*); zapatería (suela para zueco).
- Preparación de alimentos: ollas, potes, sartenes, máquina de picar la carne, romana, molinillo de café, botellas, latas de aceite, artesa.
- Vestido: zuecos, zapatos, botas de agua, trozos de tela indeterminados.
- Objetos religiosos: reclinatorio con iniciales del dueño, revistas religiosas, devocionario popular, cuadros de la Virgen y el Sagrado Corazón, estampas con oraciones manuscritas por su dueña.
- Muebles: camas, armarios, cocina, colchones, baúles, mesas, sillas, bancos.
- Diversos: caja de lavandera, cesta para la ropa, cestas diversas, medicinas, maletas de madera, silla de ruedas artesana (de madera).

La entrada a la vivienda se encontraba totalmente cubierta por una vegetación exuberante. Todas las puertas se hallaban cerradas con llave. No había señales de derrumbe pero sí muestras de una degradación acelerada (suelos en mal estado, maderas podridas, las escaleras impracticables en varios tramos).

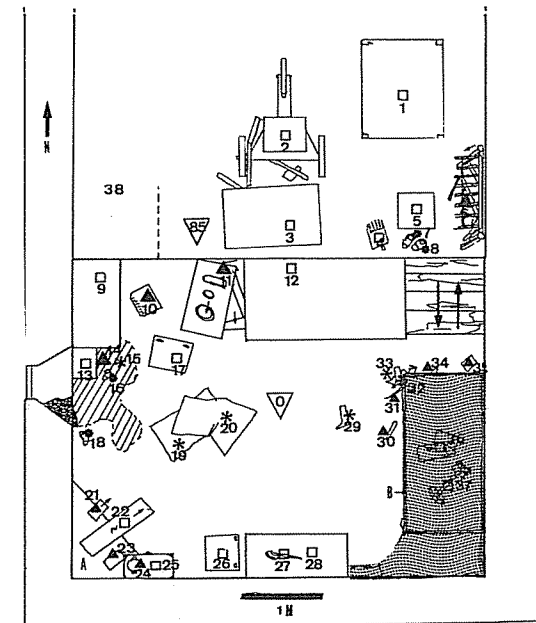


Fig. 47 - LIMERES

Xisto. Fig. 49

La casa estudiada en Xisto encaja en el modelo de casa meridional de bajo y piso, realizada en mampostería de esquisto; carece de resíos y campos (se encuentra adosada a otras viviendas, algunas abandonadas también). La parte baja la ocupan dos establos y una cocina dividida en dos: una reformada (pero con pila de piedra) y otra con *lareira* y horno. La parte superior acoge las habitaciones (tres dormitorios) y una habitación multifuncional. El abandono se produjo a la muerte de la anciana que la habitaba, hace nueve años. Es la única casa en la que podemos decir que existe un inventario completo de cultura material. Prácticamente la totalidad de los objetos que existieron en la vivienda a finales de su ocupación se encontraban relativamente *in situ*. Actividades agropecuarias, artesanales, domésticas, objetos personales y religiosos (p. ej. un reclinatorio con las iniciales grabadas que le regaló su hijo) tapizan cada rincón de la casa. Fotografías, cuadernos, documentos personales, monedas, medallas, llaves, cuadros, recuerdos personales, ropa, sábanas, mantas, colchas, calzado, etc. forman parte del inventario. Como en otras ocasiones (A Graña-Eiravella, Limeres), fueron algunos miembros de la familia los que, al parecer, saquearon la casa.

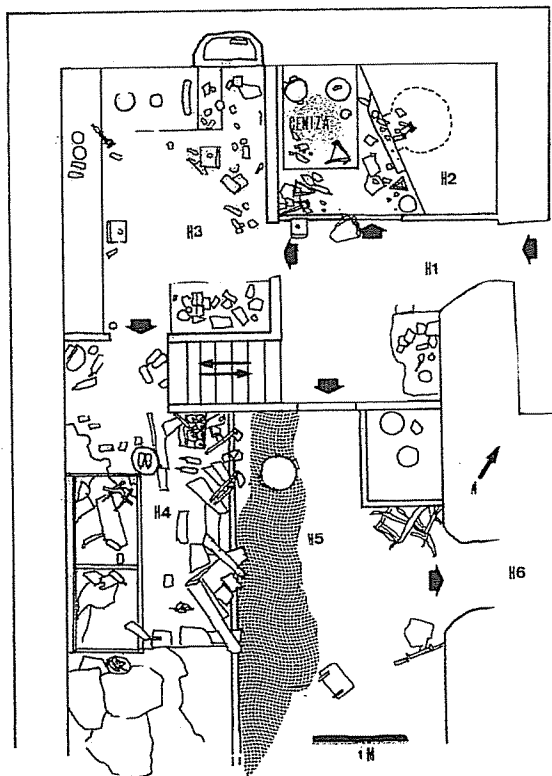


Fig. 49 - XISTO

2.5. Tipos de abandono. Concepto de abandono

La tipología de los abandonos se ha centrado –como buena parte de los estudios sobre el tema– en los de carácter temporal o “puntuados”. Los abandonos que hemos estudiado en la zona son de tipo definitivo. Personalmente consideramos incorrecta la denominación de abandono en aquellos casos en que la vivienda o la construcción permanece deshabitada de forma estacional –cuando sus dueños están de vacaciones por ejemplo (así V.V. A.A. 1989 y Rothschild *et al.* 1993). Eso no significa, como es obvio, que sepamos a ciencia cierta que las viviendas no volverán a ser habitadas. Por norma general, quedan sin moradores una vez que fallecen o se desplazan sus últimos dueños.

Una cuestión suele quedar poco clara en este tipo de trabajos: la diferencia entre el abandono del edificio y el abandono de la propiedad. En los casos que nosotros estudiamos la propiedad nunca se considera abandonada, persiste la memoria de su dueño o de los vecinos respecto a los derechos sobre el edificio o el terreno, aun en los casos de ruina más absoluta. En el caso del estudio de los *zuñi* parece ser que son los propios individuos quienes no diferencian el abandono residencial del abandono de la propiedad: “si por lo menos tres hiladas de mampostería permanecían en la estructura no era considerada por los *zuñi* como residencialmente abandonada” (Rothschild *et al.* 1993: 125).

Tomka (1993) distingue abandono permanente, episódico y estacional. Como otros autores considera claves dos aspectos: la vuelta –anticipada o no anticipada– y la marcha –repentina o planeada. Estos términos, por norma general, suelen encajar mejor en los abandonos episódicos o estacionales (“puntuados”, Graham 1993: 31) que en los permanentes. Aunque sea simplificar demasiado las cosas, de nuestros abandonos podría decirse que son de vuelta no anticipada y marcha planeada. Más adelante veremos porque no se adecua correctamente esta tipología con nuestro registro (a la hora de hablar del desecho).

Tradicionalmente, los estudios se han centrado en los tipos de abandono más que en los procesos de abandono (Tomka y Stevenson 1993: 192). Cuando hablamos de tipos, en nuestro caso, no se debe entender como algo estático: se trata de tipos, tanto como de fases (proceso, Creighton y Segui 1998). Resulta comparable a los tipos propuestos por Rothschild *et al.* (1993: 125), quienes entienden que existe un *continuum* de abandonos desde la ocupación a tiempo completo hasta el abandono definitivo. En el estudio sobre los pueblos abandonados de Asturias (1989: 9), se distinguen núcleos abandonados parcialmente, con distintos grados de desocupación y aldeas donde la despoblación es absoluta (estado de abandono y ruina).

Para nuestro caso podemos establecer seis tipos/fases fundamentales de abandono, que no son más que jalones orientativos en un proceso continuado y difuso. Se trata de los siguientes:

- 1) Abandono eventual: se vuelve al edificio en vacaciones (no es considerado abandono por los vecinos ni por nosotros mismos).
- 2) Fase de preabandono: las actividades se concentran en un sector del edificio (sobre todo en grandes construcciones), debido, principalmente, a la reducción del número de habitantes (cuando los hijos y sus mujeres marchan a la ciudad o a una villa cercana, por ejemplo) o al abandono de ciertas actividades.
- 3) Abandono residencial de primer grado: se usan las fincas y los hórreos y el interior como pallar o almacén. A veces también se utiliza la cocina. Es el caso de Sanguñedo-1, A Graña-Eiravella y Alvite-2.
- 4) Abandono residencial de segundo grado: para las casas con fincas y edificios anejos. Se usan sólo las fincas o parte del edificio, pero no ambos (al contrario que en el tipo anterior): Soutelo-1.
- 5) Abandono total: no se utiliza ninguna parte de la construcción, ni sus anejos ni fincas pero el dueño conserva conocimiento de su titularidad sobre el edificio: Alvite-1; Adrián.
- 6) Abandono total con pérdida de la titularidad: se da en abandonos antiguos o en aquellos casos en que no es posible conocer con exactitud a sus dueños (muerte en la emigración, falta de descendencia, herencia repartida entre multitud de individuos dispersos, etc.), pero también cuando se vende la casa como solar y sus nuevos dueños sólo se ocupan de las fincas o de los derechos de monte común a ella vinculados (Grovas). En pueblos totalmente abandonados como Alvite, Adrián o Grovas puede darse este tipo de casos. En las fases o tipos del 1 al 5 el regreso y la restauración de la vivienda son siempre posibles (en grado decreciente). En este último caso no.

El que una casa se encuentre en una fase u otra del abandono, que haya sufrido todas las fases o sólo alguna implica distintos grados de distorsión del registro. Entre la fase 1 (que no consideramos abandono) y la 2, se da el estado que denominamos de semiabandono (fase 1-2). El edificio recibe visitas de forma espaciada, sólo para observar su estado de conservación o que lo que se guarda en su interior no se ha estropeado o ha sido robado. Suelen mostrar signos de degradación. No se trata tampoco de un abandono propiamente dicho. Su interés radica en que, si se produce esta fase antes del abandono permanente, la degradación física del edificio tras la deshabitación definitiva es mucho más acelerada. En ciertas ocasiones la fase 1-2 afecta tan sólo a un sector de la vivienda (un establo, el *faiado*, el horno) que deja de utilizarse en los años últimos de vida útil de la construcción. Este fenómeno es bastante corriente: dado que quienes habitan una casa por última vez suelen ser ancianos, todos los espacios relacionados con actividades productivas dejan de usarse e incluso de mantenerse. En el caso de Limeres, es perfectamente visible como la

habitación artesanal (dedicada a la carpintería y actividades agrícolas) y el *faiado* se encontraban clausurados antes del abandono definitivo de la vivienda.

Los distintos grados de abandono, por consiguiente, se dan no sólo en el nivel del asentamiento, sino también de la estructura. El caso de Limeres es significativo al respecto, pero otro ejemplo es, si cabe, más gráfico: se trata de la estructura analizada en Xisto. Un sector de la vivienda había sido abandonado (de forma permanente) antes de la desocupación final: se trataba de una zona que acogía un establo en la planta baja y un *pallar/faiado*, más un dormitorio, en la superior. Cuando nosotros tuvimos acceso al lugar, contrastaba agudamente el estado de ruina del sector abandonado en vida de los dueños (con derrumbes de techo, vigas, suelo y parte superior de los muros), con el estado, muy degradado pero no ruinoso, de la parte útil: la cocina, dos dormitorios y un establo/habitación multifuncional. Como en muchos otros casos, la anciana dueña de la casa se había marchado a vivir con sus familiares. Un caso de contexto sistémico es Fixó de Pardesoa locus 2, donde el piso superior de la vivienda ha sido abandonado (una ventana sin cristales y con el marco roto lo corrobora) mientras que el inferior continúa siendo utilizado como establo (se ha puesto una ventana nueva de aluminio).

Los símbolos externos de abandono, sin embargo, no son siempre diáfanos. Rothschild *et al.* (1993: 126) dicen que entre los zuñi “un tejado perdido, ventanas o puertas rotas o paredes deterioradas indican que ni la ocupación ni el almacenamiento son una función presente en esa estructura”. En nuestro caso, dentro de los abandonos residenciales, encontramos ventanas rotas y techos caídos o degradados en edificios que conservan una parte en uso, parte que ha podido, incluso, ser restaurada recientemente (véase Fixó locus 2, establo). Por el contrario existen edificios en perfecto estado –al menos aparentemente y desde el exterior– que se encuentran completamente ajenos a cualquier utilización (Doade, Lebozán). En casos como A Devesa (Forcarei), Alvite-2 o Cachafeiro (Forcarei) los edificios, pese a sus claras muestras de degradación, continúan siendo utilizados como almacén o vivienda. Cuando la habitación es estacional, los rasgos de deterioro pueden ser aún mayores. Se trata de una concepción diferente de la suciedad, el desorden y la propia ruina.

En la mayor parte de las aldeas encontramos varios tipos o fases de las expuestas. Los pueblos en los cuales las casas se abandonaron más o menos al mismo tiempo y en la actualidad se encuentran deshabitadas, presentan unos caracteres bastante homogéneos en su aspecto externo y resultan formalmente semejantes a los pueblos abandonados asturianos con vocación minera (VV. AA. 1989). En el caso de Terra de Montes, los factores geográficos jugaron un importante papel en el abandono casi simultáneo de las viviendas de Grovas. Adrián y Alvite, azotados duramente por la emigración ofrecen también, por lo que respecta a las estructuras, un paisaje muy similar:

abandonos totales y totales con pérdida de titularidad. En Doade y Lebozán el panorama resulta más heterogéneo. Podemos encontrar todos los tipos arriba expuestos, si bien el aspecto de su casco viejo se nos muestra globalmente tradicional. En Garfián encontramos fundamentalmente, como en parte de Doade, un predominio de los abandonos residenciales con reutilización agrícola. En Soutelo alternan edificios nuevos y antiguos y los abandonos predominantes son los totales con ruina y los eventuales (no abandonos).

Que se dé un tipo u otro de abandono predominante condiciona fuertemente las características del registro arqueológico, tanto mueble como inmueble. Para la conservación de mobiliario *in situ* el peor de los abandonos es el residencial de primer grado. En el pueblo de Doade sólo pudimos encontrar dos edificios con materiales *in situ*. En el locus 1 pudimos localizar una cocina muy deteriorada pero con elementos en el lugar de su contexto sistémico (aparador, artesa, zueco de niño). El locus 3, también muy degradado, conservaba una cocina con materiales *in situ* a los que no pudimos acceder por el mal estado del piso. El corredor de entrada mostraba objetos domésticos y artesanales fuera de contexto (fig. 50). En el resto de los edificios observados –nueve– las trazas residenciales habían sido arrasadas y sólo quedaba constancia de la actividad agrícola, fruto de la última reutilización. Aunque el caso del locus 2 es el que presentaba una colección de útiles agrícolas más completa, en otras casas aparecieron arados, *sementadeiras*, *sachadeiras*, *solíños*, etc. Principalmente –casi únicamente– aperos de grandes dimensiones. Antiguas cocinas y dormitorios se encontraban cubiertos de paja. En el locus 4 el corredor de la vivienda estaba ocupado con una *ucha* para el maíz, una *escampeladeira* y tablas, mientras que en la cocina había enganchado un *angazo* de madera. El único recuerdo de una actividad residencial lo constituía una botella de vidrio y una lata de conservas junto a los fuegos de una cocina de hierro.

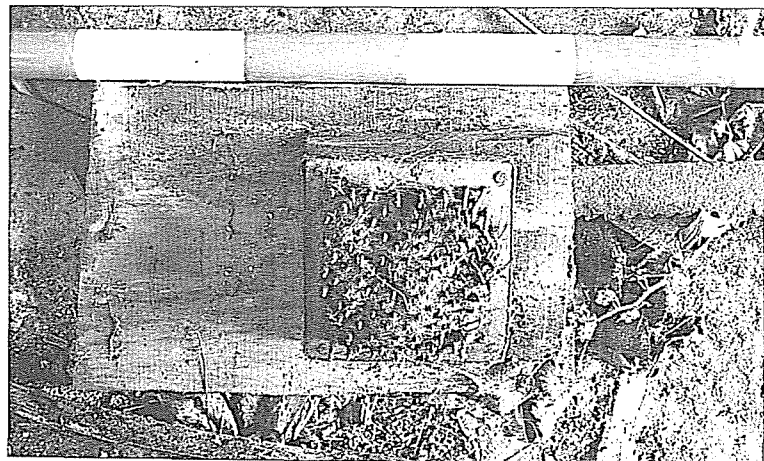


Fig. 50

Los abandonos permanentes totales que se han producido en momentos relativamente antiguos (como Grovas, Forcarei) fueron planeados y de regreso no anticipado, lo que explica que, al marcharse sus habitantes, las casas quedaran vacías. El aislamiento y el tamaño de las aldeas y el aislamiento de las casas favorecen, además, el saqueo del mobiliario que pueda quedar en cualquier tipo/fase de abandono.

El concepto de abandono es, de todas formas, algo más complejo de lo que hasta ahora hemos expuesto. Si desde un punto de vista arqueológico los tipos/fases y la concepción popular de un edificio abandonado resultan fiables, en el fondo están ocultando fenómenos sociales y cognitivos de mayor alcance. Los problemas que nos encontramos, en este sentido, volverán a aparecer cuando tratemos del mobiliario, las áreas de actividad, el concepto de desecho, etc. El problema radica siempre en que nos encontramos en un período de cambio cultural: cuando una familia en los años 50 abandona su casa y se dispone a emigrar no considera que esté abandonando su casa *para siempre*. El reflejo arqueológico de esto es evidente: multitud de mobiliario queda depositado en el edificio. Si no se esperase regresar se habrían vendido o regalado todas las posesiones (incluida la casa). Pasadas unas décadas la familia de emigrantes puede haber arraigado en Ultramar o en Europa y decide no regresar. Se desinteresa por la casa y es entonces cuando se puede considerar abandonada (no ha habido mutación alguna en el registro material). También puede regresar pero no a su aldea sino a un pueblo, villa o ciudad cercana, desinteresándose, también en este caso, por lo que pueda suceder con su antigua morada (tampoco hay mutación en el registro material). Un tercer caso sería que los dueños de la casa fallecieran o se vieran imposibilitados a volver a su hogar (sigue sin haber cambios en el registro material). Por consiguiente, tres comportamientos diversos, muestra de una mentalidad, un estatus económico y una posición social diferentes, aparecen reflejados en el registro arqueológico de la misma forma. Como arqueólogos, nos resultaría imposible saber si el rico inventario de objetos que encontramos en una estructura obedece a una huida repentina por razones políticas, una catástrofe natural anunciada o a cualquiera de las formas de migración y retorno que acabamos de exponer.

Hay diversos procesos que llevan al abandono de una estructura: una forma habitual es la ya señalada: gente que no regresa de la emigración. En otras ocasiones, en la casa quedan sólo uno o dos ancianos; al morir éstos, ya no se regresa a la vivienda. En ocasiones, cuando los padres tienen una edad avanzada los hijos se los llevan a su casa, que suele estar en un pueblo grande, una villa o una ciudad. La casa, aunque no se considere así por sus dueños, se encuentra ya abandonada. Con frecuencia, la gente se muda a otra zona del asentamiento (la carretera), donde se construyen una casa moderna. El antiguo edificio queda en abandono permanente de primer

grado (se utiliza como almacén, por ejemplo). Existen todavía más posibilidades que demuestran como, bajo el mismo aspecto material, se dan diferentes circunstancias y decisiones. Sin embargo, existe una misma mentalidad, una misma relación con el espacio habitado tradicional, que es lo que se percibe arqueológicamente.

Es necesario, además, tener en cuenta lo que para un individuo del Antiguo Régimen supone abandonar su casa. En las sociedades preindustriales existe, como hemos visto para el caso gallego, un vínculo entre familia y morada casi indisoluble. Stevanovic (1997: 386-87) menciona diversos casos etnográficos de abandono ceremonial o simbólico. Graham (1993: 35), al referirse a los rarámuri, dice que existe "miedo a los muertos" en relación con las estructuras abandonadas. Horne (1994: 182-83) escribe, refiriéndose a una aldea iraní, que "estructuras marcadas con un significado ritual o memorial (...) pueden no ser dedicadas a otras finalidades, al menos hasta que se han tomado medidas apropiadas para desconsagrarlas. (...) los lugares pueden ser retirados del ciclo de la reutilización y abandonados para siempre tras la muerte del cabeza de familia u otro miembro del núcleo doméstico". Flores (1979: 310) dice, respecto a la Península Ibérica, que "el buscar el apoyo y la intercesión de las fuerzas sobrenaturales suponía una consecuencia natural de esta mentalidad (la campesina) manifestada a través de muy diversas actividades, entre ellas la construcción de la vivienda". La casa, de este modo, tiene un poderoso componente ritual, casi religioso (Lisón 1979). No puede uno deshacerse de ella sin que ello suponga una rotura simbólica con el pasado y con la propia identidad.

Tilley (1993) afirma que los lugares pueden despertar distintas emociones a los individuos. Pueden transmitirnos sentimientos positivos (*topofilia*) o negativos (*topofobia*). El hecho de que un edificio se encuentre en estado ruinoso debería ser signo del segundo de los sentimientos. El abandono, recordemos, es un proceso, no un fenómeno estático, y como fenómeno procesual implica cambios y transformaciones –en la materialidad del asentamiento como en los factores cognitivos y sociales de sus habitantes–. En el momento de la partida, como durante su estancia fuera, el emigrante tiene unas poderosas emociones topofílicas (como se puede ver en los ejemplos literarios arriba expuestos): "para el hombre popular, su casa –su pueblo en sentido amplio– ha venido representado el centro mismo de su existencia" (Flores 1979: 339). Pero el mundo exterior –capitalista– acaba transformando la percepción del individuo, que constata, como decía Sánchez Jiménez (1982: 25), su pobreza y atraso rurales al entrar en contacto con la realidad urbana e industrial. Cuando regresa, sólo siente desprecio –incluso odio–, por esa cultura ruin que le condenó al destierro y ese odio se manifiesta en dos ámbitos fundamentalmente: la lengua (odio del gallego) y la cultura material (la casa en sentido amplio: continente y contenido). La

topofilia se ha convertido en *topofobia* (o, en el mejor de los casos, en una actitud ambigua). Pero así como el registro escrito recoge el primer sentimiento, nada nos dice sobre el segundo. De los cantos *saudosos* de los poetas se ha pasado a los folletos propagandístico oficiales, donde el campo gallego parece una maravillosa reliquia etnográfica, conservada desinteresadamente por sus habitantes. El *jajá!* de los textos es falso: también aquí "los cacharros nos cuentan otra historia" (Last 1997: 153). El problema es que los protagonistas de la historia no nos han dejado textos escritos, sino –como diría Glassie (1975)– casas. ¿Cómo podría conjugar un arqueólogo del futuro a los poetas y los documentos turísticos con un registro arqueológico que demuestra un proceso de ruina acelerada y una intervención sobre los edificios tradicionales claramente agresiva? La explicación tendrá que ser contextual y arqueológicamente hermenéutica.

Un estudio pormenorizado del mobiliario, en el que nos detendremos a continuación, nos hará ver que el panorama no es tan opaco y confuso para los estudiosos de la cultura material como a primera vista parece, y que en el reino de la ambigüedad es posible encontrar significados plausibles.

2.6. Distorsión y configuración del registro arqueológico

• Tipos de desecho. El concepto de desecho. El papel mnemónico del desecho

La tipología del desecho está en estrecha relación con el tipo de abandono. Según dure más o menos la ocupación, se piense o no en volver, se deduce un mayor o menor cuidado en los objetos y en el número de *items* (Binford 1976, 1977; Murray 1980; Schiffer 1987; Tomka 1993; Kent 1993, etc.). En realidad existen dos tipos de análisis del desecho que, más que incompatibles, son complementarios. Junto a la aproximación mencionada, una segunda forma, que ha generado un menor número de trabajos, es la que se interesa por la concepción de lo abandonado, si se trata propiamente de desecho –si se concibe así por parte de la gente que lo produce– o se hace necesaria la aplicación de otras categorías, y se observa como un producto cultural en el que interviene la idea de sociedad (Hodder 1982a, 1982b; Moore 1982; Deetz 1996, etc.). Independientemente de su relación con el abandono o no, la línea más positivista se ha dedicado al estudio de leyes y efectos, como el *efecto Mckellar*, el *trash-magnet*, el *efecto Schlegel*, la forma en que en cualquier cultura se arrojan cosas mientras se trabaja o se come, se pierden artefactos, se rompen o van a parar a un vertedero (véase Binford 1976, 1977; Wilk y Schiffer 1979; Deal 1985; Schiffer 1987; Fernández Martínez y Fernández López 1991, etc.).

Los puntos de partida, y en buena medida las conclusiones, de este tipo de análisis pueden parecer, en ocasiones, verdades de Perogrullo ("de sentido común, banales y de naturaleza trivial", según Johnson 1999: 50): "la gente que planea permanecer en un campamento durante un corto

período de tiempo tendrá un inventario de artefactos menor que los que anticipan una larga ocupación; y los grupos que planean una ocupación corta también invertirán menos esfuerzo en la construcción del sitio y llevan a cabo menos actividades de mantenimiento del campamento que aquellos que anticipan una larga ocupación" (Kent 1993a: 55). Sin necesidad de llevar a cabo un exhaustivo trabajo de campo podríamos corroborar semejante aserto (es totalmente *lógico*). También Tomka (1993) concluye que los objetos de los campamentos abandonados definitivamente suelen estar más rotos y ser de poco valor. Graham (1993) por su parte observa que en los asentamientos donde no se piensa regresar los objetos que se dejan suelen no encontrarse en el lugar del contexto sistémico, al contrario de aquellos sitios donde se anticipa el retorno. Se trata, como diría Bourdieu (1997: 15) de un "modo de pensamiento sustancialista que es el del sentido común –y del racismo– y que conduce a tratar las actividades o las preferencias propias de determinados individuos o determinados grupos de una sociedad determinada en un momento determinado como propiedades sustanciales". También el sentido común es culturalmente relativo (Deetz 1996: 34). Aunque no se pueda acusar, obviamente, de racismo a los autores citados, no es una calumnia decir que son sustancialistas, pues abordan los fenómenos observados (curiosamente coincidentes con nuestra lógica) como si se tratara de algo sustancial e inamovible (como "una especie de esencia biológica", en palabras de Bourdieu). El problema empieza en seleccionar cuestiones que nosotros, desde una perspectiva industrial, capitalista y occidental, consideramos importantes (y que pueden no serlo en absoluto para los pueblos estudiados). El aporte principal de estos estudios radica en que nos hace reflexionar sobre cuestiones que quedan "inteorizadas" –por su aparente o real obviedad– en el registro arqueológico. La mayor parte de las veces un arqueólogo manejará los conceptos expuestos sin reflexionar sobre ello (otras veces no lo hará y perderá parte de la información del registro).

Existen, sin embargo, trabajos más complejos dentro de la primera tendencia: de esta forma, un partidario de las teorías de alcance medio insiste en que la basura es "culturalmente específica" y como tal debe ser contemplada (Sutro 1991: 13). Las propias investigaciones de Schiffer (1987), Schiffer y Wilk (1983) y Wilson, Rathje y Hughes (1991), entre otros muchos, analizan de forma más detallada la relación entre desechos y comportamiento y Schiffer (1987: 67) escribe que cada poblado tiene una estructura general de corrientes de desecho que es en cierto modo *única*. Dentro de la segunda tendencia, encontramos igualmente dos aproximaciones: en un extremo, radicalmente antinomotético, podemos encontrar trabajos que se limitan a enumerar excepciones, en el uso del desecho o en cualquier otro aspecto (por ejemplo, Shanks y Tilley 1987). Si los primeros trabajos nos hacían caer en la cuenta de lo obvio, los segundos

nos alertan sobre el riesgo de la obviedad indiscriminada. Nuestro trabajo se inserta en una postura más moderada dentro de la segunda tendencia, bien representada en el trabajo de Moore (1982), que realiza un análisis contextual y hermenéutico del desecho y la parte de Deetz (1996) dedicada a este tema. Moore (1982: 74 y 75), Hodder (1982b: 61) y Johnson (1999: 50) han criticado las leyes de la basura (recogidas en Schiffer 1987), crítica a la que se puede añadir la de Veyne (1972: 213 y ss) referente en general a las leyes históricas. La necesidad de un enfoque no normativo en nuestro caso nos resultó clara por la complejidad de los fenómenos culturales en que se enmarcaba la cuestión. A veces, sólo forzando las cosas podemos encajar el desecho estudiado en los tipos propuestos y que a continuación veremos.

Un primer paso necesario es comprobar si la deposición de objetos responde, verdaderamente y según la terminología de Schiffer (1976), a un *C-transform*, una transformación cultural (Hodder 1982b: 47). En los casos estudiados por nosotros sólo existe un caso claro de *N-transform* (transformación natural) en la configuración del registro mueble: se trata de Vilapouca. Varios de los objetos que se encuentran en el establo, concretamente en la zona de la escalera, pertenecen realmente al piso superior (donde se hallaba una habitación multifuncional). La degradación del piso por razones naturales (carcoma, hongos, moho, humedad) permitió la caída de los objetos. No obstante, aún sin contar con los restos de la segunda planta, podríamos identificar un área de actividad de carpintería sin error, porque las piezas se han quedado exactamente debajo de la posición que ocuparon en uso (con lo que se podrían considerar *in situ*). En el caso del locus 3 de Sanguñedo-Coto da Mosca, dado el avanzado proceso de derrumbe de la estructura, los *N-transforms* han jugado un papel importante en la disposición de los objetos, desplazándolos, destruyéndolos y cubriéndolos. Comparando una estructura en avanzado estado de destrucción como Sanguñedo locus 2 con cualquiera de las demás estudiadas, se comprenderá el importantísimo papel de los procesos post-deposicionales (especialmente *N-transforms*) en la configuración del registro (Ascher 1968).

La identificación correcta de los objetos abandonados es de gran importancia para el análisis funcional de los espacios, así como para la comprensión del proceso de abandono. Binford (1981) sugirió que son precisamente los factores de distorsión del registro los que deberían constituir el objeto de la investigación, mientras que Horne (1993: 52) afirma que el proceso de abandono es "una ayuda informativa para comprender adaptaciones locales y procesos de asentamiento a largo plazo". En nuestro caso, el análisis del abandono y los desechos generados nos permite acercarnos a dos mentalidades (la tradicional y la capitalista), contemplar su relación, sus semejanzas y, sobre todo, sus diferencias.

Una vez que hemos diferenciado la deposición por *C-transforms* y *N-transforms*, así como el tipo de desecho (que ahora veremos), nos queda por saber si se trata de un solo episodio o de varios (Cribb 1983: 5). En casos como Alvite-2, A Graña-Eiravella, Xisto o Limeres nos encontramos con grandes dificultades para deslindar cada desecho y su momento. Varios autores han insistido en el carácter de palimpsesto de la mayor parte de los registros (Hodder 1982b: 56; Lawrence 1993: 91). En otros sitios el problema no es identificar los momentos: en Soutelo-2, Correa o Doade no tenemos ninguna duda de que es el producto de un solo episodio. La cuestión es saber qué pasó antes de que la última deposición borrara (casi) toda huella de usos anteriores (Stevenson y Tomka 1993: 194). Estas cuestiones serán tratadas a la hora de hablar de la identificación de zonas de actividad.

Schiffer (1972, 1976, 1987) propuso una sistematización del desecho verdaderamente útil y flexible. Distinguió cuatro tipos: primario, secundario, primario residual y *de facto*. Primario es el equivalente de *in situ*, los objetos que quedan en su lugar de uso; el secundario es el producto de una actividad de limpieza generalmente (un basurero), los objetos que escapan (por su tamaño) a la limpieza constituyen el desecho primario residual y, por último, el *de facto* lo componen todos aquellos objetos todavía utilizables que han sido dejados tras el abandono (Schiffer 1972: 160; 1987: 89). Comúnmente, este último tipo se ha entendido como el producto de un abandono súbito (Stevenson 1982; Deal 1985; Fernández Martínez 1994: 143) y el propio Schiffer lo ha aplicado a contextos catastróficos.

• Desecho *de facto*

Sólo en el tipo *de facto* cabría encontrar algo parecido a lo que se suele denominar un "inventario completo" (Lange y Rydberg 1972; Stevanovic 1997). No existen tales hallazgos, si exceptuamos el caso de Pompeya (y aún aquí, en muchas casas los inquilinos tuvieron tiempo de llevarse objetos de valor o personales). Los inventarios de Lange y Rydberg (1972), Stevenson (1982) y Stevanovic (1997) se encuentran sesgados –pese a ser relativamente abundantes en materiales– sea por saqueos, selección ritual, económica o de índole personal. En los casos que nosotros estudiamos también se advierte que faltan elementos habituales en el contexto sistémico. La única excepción podría ser quizá el caso de Xisto (en menor medida Limeres y A Graña-Eiravella también). Es necesario distinguir el desecho *de facto* en los abandonos capitalistas (años 70-90) y en lo preindustriales (años 40-60).

Al observar los abandonos que se han producido en las últimas tres décadas (especialmente 1975 hasta hoy), llama enseguida la atención el carácter insólito de su desecho *de facto*, y lo es, principalmente, por dos motivos: el enorme volumen de elementos que sólo cabría entender bajo este concepto (de los propuestos por Schiffer) y la presencia de objetos personales, en uso y de valor.

La aparición de objetos personales, en uso/útiles o de valor es excepcional, incluso en los inventarios *de facto*. Schiffer (1972: 160) postuló que en los lugares abandonados bajo circunstancias en las cuales se ha podido planear la marcha se deberían hallar escasos artefactos y estructuras en proceso de manufactura, uso o mantenimiento, y menos aún de tipo personal, sentimental o económicamente valioso. La mayor parte de los desechos en estos abandonos deberían ser encuadrables en la categoría de basura. Lange y Rydberg (1972: 430) señalan que todos los objetos abandonados en la vivienda estudiada por ellos tenían "la más baja prioridad de retención" (objetos en mal estado, de escaso valor, gran tamaño, etc.). Stevenson (1982: 252) señala que el desecho *de facto* aparece en aquellos lugares donde se piensa regresar o de abandono repentino (también Deal 1985: 269), mientras que aquellos cuyo retorno no se prevé apenas deberían generar desecho *de facto* y útiles conservados (*curated items*). Realmente nuestro caso no es el que aparecería en los manuales para referirse a un desecho *de facto*. No es repentino. No se ha producido ni una invasión violenta, ni una guerra, ni una catástrofe natural. Generalmente se entiende que el desecho es *de facto* porque no queda más remedio: esto es, se ha producido en un contexto de abandono no planificado y vuelta no anticipada. En nuestro caso, una vez que fallecen los últimos habitantes de la vivienda, los herederos disponen de todo el tiempo necesario para hacer desaparecer los objetos, bien reincorporándolos a la vida útil en otro lugar (reutilización, venta, regalo, donación, actitud conservadora, etc.), bien incorporándolos al desecho secundario (basurero). Sin embargo nada de eso tiene lugar. Los objetos quedan *in situ*. Lo que se ha producido es una ruptura con el Antiguo Régimen y esa ruptura tiene su manifestación visible en el comportamiento no-conservativo hacia los elementos que representan el orden tradicional. Quizá sí se podría entender el registro de las viviendas estudiadas como desecho *de facto*, si entendemos el cambio cultural como una catástrofe. En todo caso, no se encuentra entre los cataclismos considerados habitualmente. Lo que sucede, en el fondo, es que la tipología de los desechos se ha ideado teniendo en cuenta factores meramente económicos o aleatorios, externos (en cierta forma medioambientales). No se ha tenido en cuenta la posibilidad de que la mentalidad pudiera conformar un tipo de desecho u otro. Debemos ser conscientes, además, de que éste es un desecho *de facto* totalmente antieconómico e insolidario: se puede odiar el Antiguo Régimen (y no faltan razones para ello), sin que nos implique una merma económica; podrían venderse los muebles (o regalarse a los vecinos), podría venderse la casa (ya que no se utiliza). Existe, sin embargo, una deuda simbólica con el orden previo. La poderosa idea de vivienda (y cuanto a ella se circunscribe, esto es, la mayor parte de la cultura material) a la que nos hemos referido en un apartado anterior explica, en algunos casos, que no se haga por conservar pero tampoco por destruir deliberadamente. En otros casos influyen

cuestiones conservativas, a las que nos referiremos más adelante, también propias del Antiguo Régimen. A Graña-Eiravella, Xisto y Limeres son ejemplos paradigmáticos de lo que decimos.

No se ha documentado ningún caso etnoarqueológico de desecho que incluya objetos personales. Respecto a los de valor, contamos con el caso de Stevenson, en un asentamiento minero del Yukón de principios de siglo: se dejó una vajilla decorada por el carácter súbito del abandono, ante una catástrofe natural. Joyce y Johannessen (1993) identificaron algunos elementos de valor, incluso considerables personales, pero no se trataba más que de un abandono temporal, y los vecinos de los alrededores se encargaban de vigilar el mobiliario, con lo cual no resulta comparable a nuestro caso.

Hemos podido localizar **objetos personales** (fotografías, cartas y documentos manuscritos) en A Graña-Eiravella, Vilapouca, Adrián, Xisto, Sanguñedo-2 y Limeres. En Vilapouca, Adrián (fig. 51), Sanguñedo-2 y Xisto se encontraban en la cocina, en Limeres y A Graña-Eiravella estaban en dormitorios. En Vilapouca los hallamos también en un salón y en Xisto en dormitorios. Objetos de índole personal pero menos íntimos son los objetos religiosos (medallas, estampas, reclinatorios, devocionarios, documentos religiosos), libros y documentos no manuscritos (facturas, folletos, cupones de racionamiento). Objetos religiosos identificamos en A Graña-Eiravella, Xisto, Limeres y Vilapouca. El hecho de que se abandonen objetos religiosos, en ocasiones personalizados, es sintomático, también, del cambio cultural y de cierta situación de crisis en la mentalidad. En una sociedad estructurada como la de los indígenas mexicanos de la zona de Oaxaca (Joyce y Johannessen 1993) no es concebible el abandono de elementos sagrados: un altar descubierto por los arqueólogos fue rápidamente retirado por los dueños tras la visita de los investigadores. Libros y documentos no manuscritos aparecieron en Sanguñedo-1, Sanguñedo-2 (fig. 52), Xisto, Limeres y A Graña-Eiravella (fig. 53). Objetos personales de tipo variado pudimos localizar en Limeres y Xisto. No había elementos personales en Correa, Doade, Alvite-1, Alvite-2 y Soutelo-2.



Fig- 51

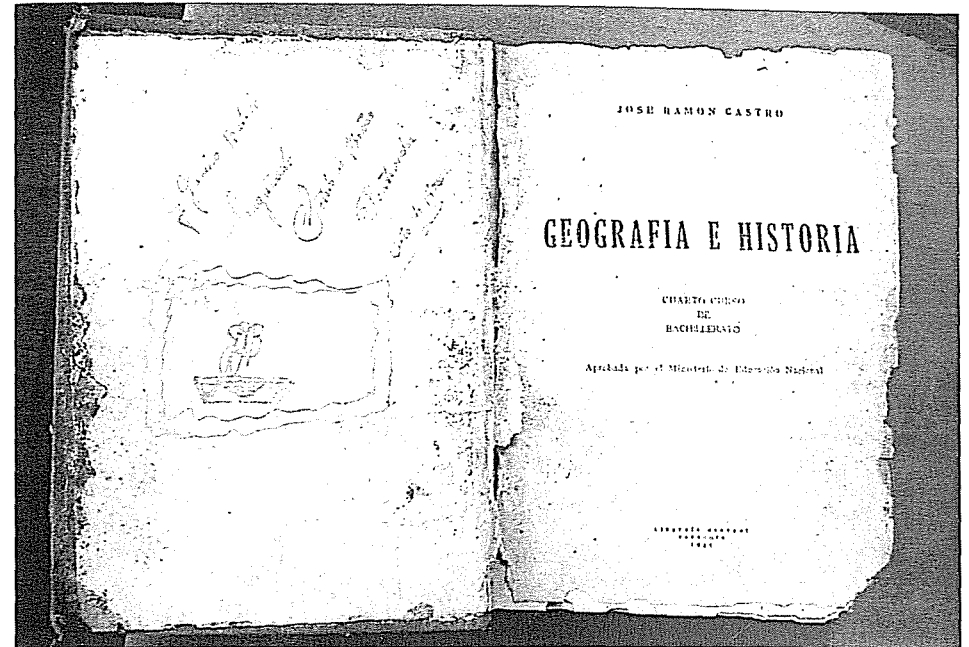


Fig. 52

Fig. 53



La distribución de los objetos personales encaja perfectamente en el mapa de la mentalidad. No existen objetos personales en la zona de Beariz (Correa, Doade y Alvite-1 y 2). En esta zona los abandonos se deben en tres de los casos a emigración (Correa y Alvite-1 y 2), que genera un desecho *de facto* que prevee el regreso (se dejan muebles, aperos de trabajo, etc., pero no elementos de valor o personales). En el caso de Doade y Soutelo-2 no existen elementos personales porque el uso como vivienda de ambos edificios desapareció en un momento temprano (años 30 uno, años 50 otro) y después se reutilizaron como estructuras agrícolas secundarias. Los objetos personales de los demás lugares se entienden por el cambio de mentalidad al nuevo régimen capitalista en Sanguñedo-2, Xisto, Limeres y A Graña-Eiravella pues se trata de abandonos recientes (veinte años y menos). Sanguñedo-1 presenta elementos no estrictamente personales: libros de texto de los años 40 con notas manuscritas, no hay fotografías ni cartas. De Adrián nos falta información (probablemente sea un abandono capitalista, por los materiales y la buena conservación del edificio), así como de Vilapouca. Otro aspecto de sumo interés resulta la ubicación de los objetos personales: en A Graña-Eiravella, Sanguñedo-2 y Limeres, donde se advierte ya el cambio de mentalidad capitalista (en la estructura de la casa, el mobiliario y elementos de cultura material), aparecen en zonas íntimas (dormitorios) y nuevos espacios de socialización (salón). En Vilapouca, Adrián y Sanguñedo-1, estructuras que destilan mentalidad tradicional, los hallamos en la cocina, el espacio de socialización por antonomasia del Antiguo Régimen. En Xisto, abandono también tardío, aparecen tanto en la cocina como en los dormitorios.

En el Antiguo Régimen se da otro tipo de desecho *de facto*, en el que entra el caso de Sanguñedo-1 y quizá Vilapouca: el de los **objetos no personales**. Es propio –pero no exclusivo– del abandono planeado con vuelta anticipada: los emigrantes que abandonan paulatinamente el hogar (primero el padre, después el hijo mayor, más tarde la madre y el resto de los hijos) con la idea de regresar, pero que, por diversas circunstancias, acaban establecidos en Ultramar sin posibilidades (o interés) en regresar. Frente al abandono anterior, cabe esperar un mayor grado de orden, actividades de almacenamiento y limpieza (como en Correa, también de este tipo) y la falta de elementos personales y de valor.

Podríamos distinguir dos tipos de desecho *de facto* de objetos no personales: el inventario diversificado y el inventario específico. El primero presenta objetos pertenecientes al ámbito doméstico, artesanal y agropecuario (A Graña-Eiravella, Soutelo-1, Vilapouca, Adrián, etc.). En el segundo sólo encontramos (o encontramos básicamente) elementos de actividades agropecuarias o de algún oficio (Doade, Soutelo-2). En este caso los aspectos funcionales tienen una gran importancia: una vez que se deja de practicar una actividad los artefactos (por mucho que se encuentren en buen estado)

carecen de interés para su dueño. Cuestiones simbólicas que afectan al desecho *de facto* también funcionan aquí, pero con respecto a la estructura, abandonada a la vez que los aperos. Existe, además, la impresión entre la gente de que los objetos no se encuentran *realmente* abandonados. Están guardados, por si en algún momento es necesario recurrir de nuevo a ellos (más adelante, al hablar de actitudes conservativas volveremos a este punto).

Algunos ejemplos pueden ayudar a comprender las características del abandono *de facto*. Los organizaremos en tres bloques: actividades agropecuarias, oficios y vida doméstica.

-Al primer grupo pertenecen varios ejemplos: A Graña-Eiravella tenía una docena de hoces enganchadas en su soporte, pese a haber transcurrido veinte años desde el abandono (fig. 54). En Doade (fig. 45), el establo acogía dos *grades*, dos arados asimétricos, dos *solíños*, tres carros, medio centenar de *fungueiros*, una *sachadeira*, etc. y en la habitación utilizada de almacén agrícola pudimos contemplar *picañas*, azadas, *sachos*, legones, tres yugos de tres tipos (de *brigueiros*, de *chanciles* y de uno), rastrillos, un *carapucho*, etc.; en Soutelo-2 (fig. 32) había un carro, un arado asimétrico, dos yugos, un *solíño*, varios *fungueiros*, una *escampeladeira* y una *grade*.

-Por lo que respecta a las actividades artesanales, en el edificio investigado en Vilapouca, el banco de carpintero conservaba todavía los útiles para trabajar la madera; en Limeres volvimos a encontrarnos con un banco de carpintero, con varios cepillos encima o alrededor, así como diversos instrumentos relacionados; en Alvite-2 también existía una mesa de carpintero con cepillos, martillo, sierras, etc. En A Graña-Eiravella descubrimos varios útiles de cantero *in situ* en la habitación 5.

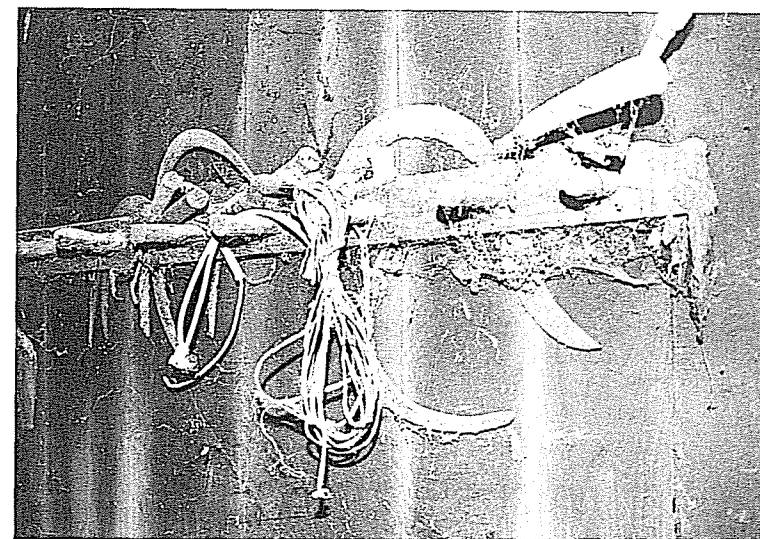


Fig. 54

-En el ámbito doméstico, las *lareiras* de Adrián, Sanguñedo-1 y Vilapouca (fig. 34 y 36) ofrecían a su alrededor los objetos característicos del contexto sistémico: ollas, sartenes, platos, cubiertos, botellas, etc. En Correa, Soutelo locus 1, A Graña-Eiravella, Cerdeira locus 1, etc. las palas de hacer el pan y a veces los *rodos* aparecieron en una esquina junto al horno. La cocina de Limeres la encontramos como fue abandonada. El caso más extremo de desecho *de facto* de tipo doméstico lo ofrece sin duda Xisto: en la cocina vieja, junto al horno de piedra y sobre la *lareira*, colgaban todavía (¡tras nueve años de abandono!), trozos de carne ahumada producto de la matanza del cerdo, a la usanza tradicional.

A esto podríamos añadir inventarios muy completos de diversos oficios que aparecen en posición secundaria (por actividades conservativas, será objeto de estudio en el siguiente punto) pero que son calificables como desecho *de facto* por encontrarse en perfecto estado cuando se almacenaron (nuevamente nos encontramos con problemas de definición para la *basura*). Todos o la mayor parte de los objetos citados se abandonaron aproximadamente *in situ* en un estado de conservación que va de regular (muy usado pero aún utilizable) a óptimo (casi sin usar), mientras que la media de los objetos presenta un buen estado (utilizable).

Considerar que estos artefactos –especialmente los instrumentos del campo o de los oficios– han carecido siempre de valor sentimental sería un error. El apero “tanto para el artesano como para el labrador [que lo hace y lo utiliza respectivamente] posee unas características que lo hacen intermediario entre los sentimientos del hombre con la tierra” (Liste 1991: 315). Para el artesano, “es el compendio de toda su personalidad y sabiduría acumulada en sus muchos años de experiencia”. Al hacer un instrumento, “le está transmitiendo parte de su propio ser”. A un auténtico representante del Antiguo Régimen le cuesta desprenderse de sus herramientas, muchas veces prefiere que se arruinen solas a venderlas o regalarlas: así, una vecina de Quintelas (Forcarei) de 84 años decía que aún conservaba el carro, desmontado, y que no se lo dejaba a nadie, y en la película de Lorenzo (1940) *O Carro e o Home*, el autor dice que, una vez que el carro ha dejado de prestar servicio por el desgaste de muchas jornadas de trabajo, se desmonta el *chideiro* y se cuelga de una pared esperando que la carcoma y la humedad acaben con él –tal es el vínculo sentimental entre el individuo y el objeto. Aunque no nos referimos ahora a la estructura en sí, no debe olvidarse lo ya dicho acerca de la vivienda, un elemento artesanal personalizado a la vez que un “útil”. Entre los factores personales que unen al individuo con el apero se encuentran también los que estigmatizan al instrumento como un símbolo del atraso, del trabajo y de la pobreza. Si a esto unimos los aspectos conservativos, que veremos más adelante, se entenderá la ambigua relación de amor y odio que une a los antiguos campesinos con la cultura material tradicional.

El registro que observamos se debe al paso de una sociedad preindustrial, ahorradora, conservadora, anticonsumista, que guarda hasta lo más inútil, a otra que desprecia objetos que pueden tener valor (económico) y además se encuentra poco apegada sentimentalmente al pasado (un pasado que han sufrido en sus propias carnes). El mobiliario, como las casas, es el símbolo de un estado peor, más pobre, más dependiente, más esclavo. Lo que observamos es un choque de culturas, el Antiguo Régimen contra el Capitalismo. Un choque que en otros lugares no se ha producido o ha revestido un carácter menos drástico. El desecho *de facto* es el fruto de una Revolución Industrial súbita y pasivamente sufrida que comporta una relación contradictoria con los vestigios materiales de otra época. Las palabras de Lee Kuan Yew (cit. en Huntington 1997: 115) referidas al Oriente Asiático son válidas para nuestro caso: “somos sociedades agrícolas que se han industrializado en una o dos generaciones. Lo que en Occidente sucedió a lo largo de 200 años o más está sucediendo aquí en 50 años o menos, de modo que forzosamente tienen que producirse dislocaciones o disfunciones”. En el Oriente Asiático, como en Galicia, la repentina aparición del mundo industrial tiene su faceta material también: los rascacielos de oficinas en medio de la selva son el equivalente a nuestros chalets de indiano en medio de las aldeas. Los vestigios muebles del orden tradicional no se destruyen pero se arrinconan y se dejan morir en la sombra (una actitud capitalista pero heredada, estructuralmente, del Antiguo Régimen). Al arrojar el arado de madera a la leña (fig. 55) se está simbolizando el rechazo y el final de una época.

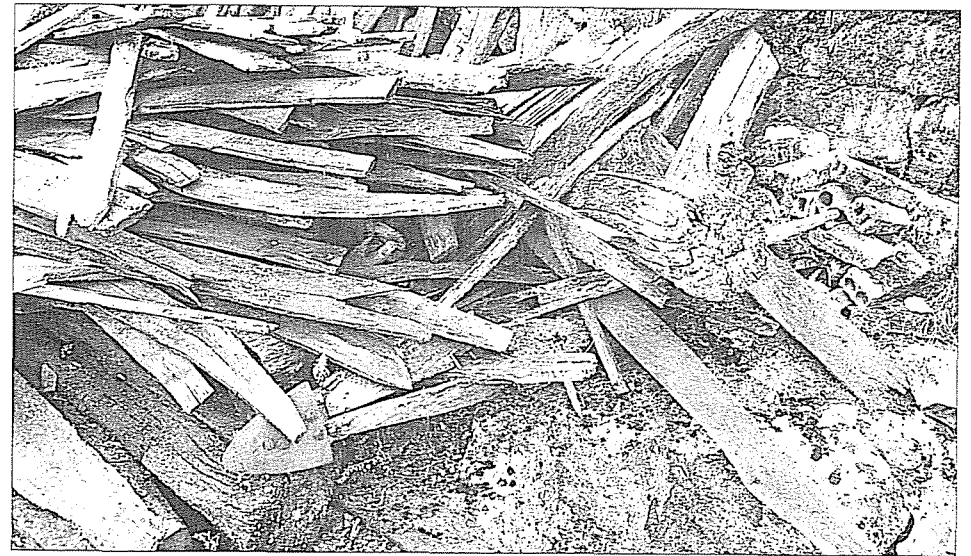


Fig. 55

• Otros tipos de desecho

Existen además otros tipos de desecho en nuestro registro. Habría que comenzar por distinguir las actitudes del Antiguo Régimen y las del Capitalismo. Podríamos decir que aquí hablaremos sólo de *basura*, pero enseguida nos vemos obligados a matizar: el individuo que acumuló un equipo de zapatero debajo de un hórreo en Codesás (locus 1, fig. 56) actuaba de forma conservativa y por nada del mundo habría considerado *basura* sus herramientas de trabajo (no es, pues, desecho secundario). Para el individuo de mentalidad capitalista que permite que se vacíe el hórreo de trastos viejos (los instrumentos, además, se han degradado, ya no son útiles) sí es auténtico desecho (en posición secundaria, que él vuelve doblemente secundaria). Si no se vacía el hórreo y su nuevo dueño considera *basura* su contenido (ciertamente no se encuentra ya muy lejos de ese estado), en relación con el nuevo dueño es desecho secundario, en relación con el antiguo es desecho *de facto* no *in situ* o actitud conservativa.

Del mismo modo que el desecho *de facto* capitalista sólo es desecho para los representantes del mundo industrial, el que se generó con la emigración tampoco era desecho para los que dejaban su hogar (como no lo es para nosotros el mobiliario de nuestra casa cuando nos desplazamos en verano de vacaciones). En el segundo caso, sólo se puede aplicar el concepto de desecho desde un punto de vista externo, arqueológico. Aún cabría complicar más el problema: si los emigrantes regresan pero no vuelven a su antiguo hogar (se desvinculan de su pasado), lo que en su día no fue concebido como desecho, sí lo es posteriormente, con lo que sería otro tipo de desecho *de facto* capitalista (esta vez lo es para los individuos que en su día lo produjeron, en vez de para sus descendientes).

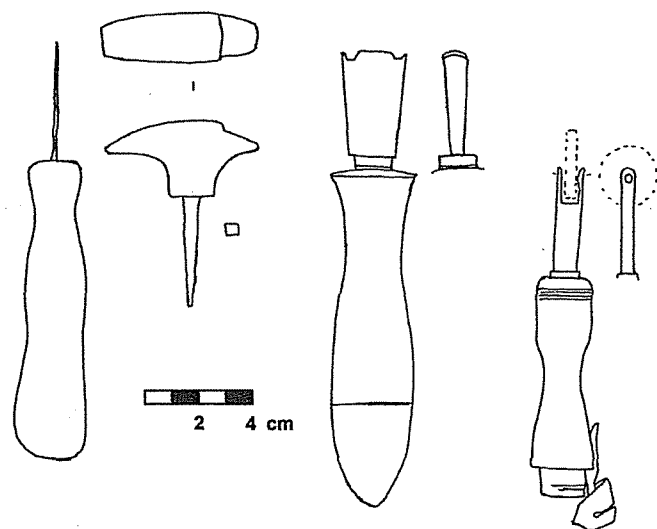


Fig. 56
Útiles de zapatero.
Codesás locus 1

El **desecho primario** no es fácil de distinguir del desecho *de facto* y éste a su vez de actitudes conservativas e incluso conservadoras, a todo ello hay que sumar la existencia de las dos mentalidades interrelacionadas. Generalmente se ha considerado que sólo se encuentra desecho primario en las sociedades de tecnología simple (Cribb 1983: 6), tendencia que no se observa en nuestro caso. Una parte del desecho primario no ofrece duda: se trata del producto de actividades artesanas o agropecuarias, tras las cuales no se han producido tareas de limpieza. Sería el equivalente campesino de la talla del sílex y el descarnado de animales por parte de cazadores recolectores, con sus áreas *drop* y *toss* (Binford 1992). Recurriendo al término paleolítico podemos distinguir áreas *drop* en zonas de actividad de algunas viviendas. En el caso de Sanguñedo-1, en la habitación multifuncional, podemos ver un *malladeiro do millo*, un mueble donde se maza el maíz para separar los granos de la mazorca. En otro lugar de la casa apareció el mazo usado en la operación, como desecho secundario, pero bajo el *malladeiro* el suelo se encontraba lleno de mazorcas de maíz sin grano: parecía evidente que tras la última *mallada* no se limpió ya la habitación.

Otra zona de desecho primario *drop* es el edificio de Alvite-2: el suelo en torno al banco de carpintero se hallaba cubierto de astillas, trozos de madera y virutas. Las cenizas sobre la *lareira* de Sanguñedo-2 (fig. 38) también encajan en el desecho primario. Por último, en Correa los cajones donde se guardaban las patatas no quedaron vacíos tras el abandono del edificio, con lo que restos de tubérculos secos y a medio germinar tapizaban parte de la habitación (desecho primario no *drop*). Especial relevancia tiene el caso de Alvite-2. Así como en Correa y Sanguñedo-1 la falta de limpieza es atribuible al abandono definitivo (como apunta Murray 1980), en Alvite-2 la carpintería no fue la última actividad llevada a cabo en el lugar: probablemente los *cortizos* fueron depositados más tarde y la posterioridad del almacenamiento de muebles no ofrece dudas, pues en nuestra primera visita no los encontramos. En esta última perturbación podemos dar fe de que no afectó en absoluto al plano de deposición de los objetos que nosotros levantamos previamente. Normalmente se han señalado las tareas de limpieza como uno de los factores principales de distorsión del registro arqueológico (Binford 1977; Schiffer 1987, etc.) y de reconstrucción de actividades. La falta de limpieza, sin embargo, no resulta tampoco una ayuda a la interpretación. Salvo las labores de panificación (la estructura lleva incorporado un horno) y el almacenamiento de muebles (que ocupa mucho espacio para que las demás actividades se pudieran desarrollar normalmente), el resto de las múltiples localizadas –a las que nos referimos al hablar de áreas de actividad– resulta muy difícil situarlas en el tiempo.

La frontera entre la actividad conservativa y el **desecho secundario** es extremadamente difusa, como ahora veremos. Para distinguir las actitudes estableceremos una tipología de desechos que obedece a dos parámetros: la topografía y la mayor o menor cercanía del desecho a la actitud conservativa o a la basura:

- Los *items* pueden ser depositados en el interior de estructuras (A) o fuera de las estructuras (B).
- El desecho del interior de las estructuras (*intrusiones*) puede ser basura propiamente dicha (A1) o reflejo de una actitud conservativa (A2); a la larga, dado que no se amortiza la conservación, acaba entrando en la categoría de desecho secundario. Por eso la traemos aquí a colación, aunque hayamos de referirnos a ella posteriormente.
- Dentro del desecho secundario de tipo B podemos identificar tres subtipos: B1 es el equivalente al A2 (reflejo de una actitud conservativa). Aquí encajan los corrales con desechos reutilizables (algunos de los cuales acaban entrando en el concepto de basura mientras que otros se reutilizan) y los alrededores de las casas; B2 es el desecho arrojado (basura), según costumbre tradicional, por las calles, cunetas y alrededores de las casas; B3 es el desecho arrojado (basura) en lugares fuera del asentamiento, acondicionados o no para ese uso.

El desecho tipo A1 aparece en estructuras muy deterioradas, en estado de ruina, por lo general sin techo (abandono total). Se trata de un fenómeno propio de lugares con una proporción elevada de edificios abandonados, como Doade (Beariz) y Baíste (Avión). Desde un punto de vista arqueológico, el desecho A1 informa con precisión sobre el desarrollo del asentamiento, sin necesidad de recurrir a otras fuentes: indica un abandono rápido de la parte antigua y de dislocación del núcleo habitado a un área cercana. Habla también del concepto que los habitantes de la aldea tienen del sector abandonado y lo que representa. El desecho A2 aparece bien representado en A Graña-Eiravella (fig. 41). Como se advierte en el plano, la entrada y la primera habitación a la izquierda están repletas de intrusiones: material de construcción, piezas de metal y hierro, madera, cristal, etc. Entre los objetos destaca una gran barrena de herrero fuera de uso. El desecho A2 coincide con los abandonos residenciales de primer grado, en estructuras medianamente bien conservadas.

El desecho B1 encaja en lo que Schiffer denomina "vertederos de patio trasero" (fig. 57; Portomartín, Lalín). Resulta difícil aquí saber qué es basura y qué no lo es: nuestros casos resultan similares al analizado por Lange y Rydberg (1972: 42). Estos investigadores identificaron un lugar de deposición de basura, tras una vivienda, lleno de artefactos, con manchas de ceniza y zanjas de drenaje (algo perfectamente comparable a los corrales traseros de muchas casas gallegas). Buena parte de los desechos de la casa se arrojan en los corrales, tras la vivienda. Algunos elementos se van recuperando, mientras que otros no lo son jamás: en A Madalena (Forcarei), una *forquita* de cinco puntas se encontraba oxidada en una tapia del corral tres años antes de que comenzáramos a realizar este trabajo (1994). En 1999 aún permanecía, ya por completo imposible de reutilizar, en la misma posición.

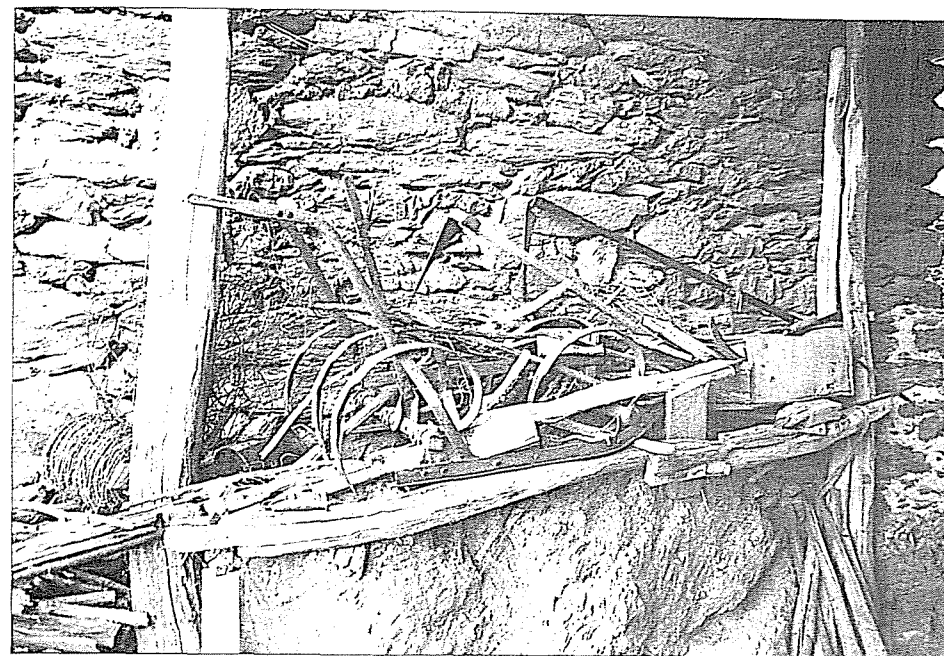


Fig. 57

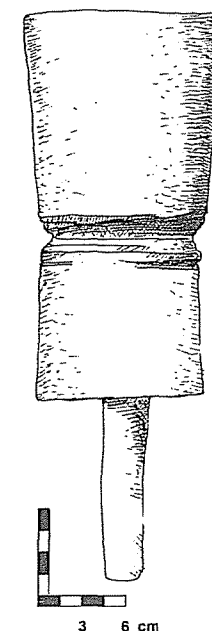


Fig. 58

Lo mismo sucede con varias *grades*, *sementadeiras* y arados que contemplamos en Vilariño (Forcarei). A lo largo de un lustro han permanecido deteriorándose sin cambiar de lugar (en los corrales de las casas, junto a las paredes de un establo o apoyados en el muro de una finca).

El desecho B2 es buen indicativo de la dialéctica entre cambio y tradición cultural. Tradicionalmente las casas generaban una cantidad de desechos muy reducida: parte de la materia orgánica se reaprovechaba como alimento de los animales o como abono, otra parte (madera) como combustible y para realizar o reparar instrumentos y mobiliario (fig. 58: maza del lino –sobre eje de carro–, Soutelo–1). Las piezas metálicas se guardaban para variados usos. Las botellas y las latas también se conservaban. De este modo, el volumen de basura propiamente dicha que se generaba era muy reducida. Buena parte de este desecho se arrojaba por los prados, caminos, alrededores de las casas y cunetas: las lluvias y la humedad lo destruían en un breve espacio de tiempo, cuando no se mezclaba con el barro y el estiércol y pasaba a formar parte del firme de los caminos o del abono de los campos. Con la llegada del Capitalismo, han llegado también unas novedosas formas de consumo: se ha incrementado considerablemente el número de bienes que posee cada familia y, como es lógico, también el volumen de desechos. No ha habido siempre, sin embargo, un ajuste entre usos económicos y mentalidad como correspondería (recordemos nuevamente la velocidad con que se ha operado el cambio). Aldeas como Vilariño (Forcarei) son especialmente significativas al respecto. Los caminos, plazas y cunetas de esta aldea –de economía aún agropecuaria– se encuentran literalmente tapizadas de basura: junto a desechos degradables del Antiguo Régimen como estiércol, paja o madera, encontramos plásticos, metales y materiales sintéticos de todo tipo. La pauta medieval y la industrial conviven con malos resultados. Wilk y Schiffer (1979) han observado una pauta similar de deposición de basura a lo largo de los caminos que atraviesan solares vacíos (al encontrarse deshabitados el desecho no supone especial problema).

Deetz (1996: 171 y ss.) dice que en las colonias (que luego serían los Estados Unidos) del siglo XVII la basura se deposita en torno a los edificios. Como en el caso gallego, esta costumbre tiene una explicación práctica: los cerdos y las gallinas que vagan en torno a las casas se aprovechan de los desechos arrojados. Lo no comestible va siendo cubierto lentamente por la tierra y el estiércol. Hacia 1750, sin embargo, empiezan a utilizarse pozos para tirar la basura (bien cavados con este fin, bien reutilizados). Mientras que el desecho anterior aparecía a los ojos del arqueólogo en trozos pequeños y rodados, en el de la segunda mitad del siglo XVIII se encuentran artefactos enteros (como en nuestro caso). Afirma Deetz que el cambio no puede atribuirse sólo a una transformación económica y demográfica (aumento y concentración de la población). Revela, además (en ocasiones sólo), el cambio que se ha operado en la mentalidad. El fin de la Edad Media

es, también, el fin del desorden. “Un lugar para todo, todo en su lugar” sería la frase que definiría la mentalidad del Orden y la Razón (del Capitalismo). Las similitudes con nuestro caso, posterior en más de doscientos años, son evidentes. La diferencia en Galicia estriba en el peso del Antiguo Régimen sobre las costumbres actuales. Así como la gente sigue hablando con naturalidad de la aparición de muertos que reclaman misas a los vivos o de serpientes encantadas que custodian cuevas, del mismo modo continúan arrojando el desecho a la calle, se trate de mazorcas de maíz o de tapaderas de plástico. En los casi cuarenta años de transición del Antiguo al Nuevo Régimen, sin embargo, se advierte cómo el depósito de basuras en recintos adecuados va ganando terreno. En el esquema de Deetz no hay lugar para la mezcla y al enfrentamiento de mentalidades (lo cual se explica por razones tanto del contexto como del registro).

La deposición de basura tipo B3 es la más habitual del nuevo orden. Algunos espacios se han utilizado desde antiguo como vertederos, aunque en origen no obedecían a tal función (Schiffer 1987: 62; Hodder 1982b: 59). Las canteras abandonadas –que en su día se usaron para obtener material con que construir el pueblo– son uno de los lugares habituales donde arrojar basura, algo que se ha documentado en otros contextos prehistóricos, históricos y etnográficos (Watson 1979: 119, Agorsah 1985). La ventaja de este tipo de deposición es que ofrece una fecha *ante quem* para las actividades extractivas. Tanto aquí, como en desecho de tipo B2, se observa lo que se ha denominado *Trash Magnet* (Wilk y Schiffer 1979): la basura atrae más basura. En Quintelas (Forcarei) el lugar denominado *A Canteira* es donde va a parar el desecho de la aldea y en el caso de Soutelo sirve al mismo fin el sitio de *As Canteiriñas*.

La deposición de las basuras tiene el interés de darnos a conocer tanto la conceptualización de los sitios donde se arroja como las zonas de tránsito habituales. La zona tapizada de desecho en torno a un asentamiento sirve de hito liminal de la presencia humana, la frontera entre el *saltus* y la *domus*. Dejar desecho es una especie de toma de posesión de un territorio (una actitud, por lo demás, muy semejante a la de los animales). En este sentido escribe Rapoport (1976: 488-489) que el acto de tomar posesión es equivalente a humanizar el espacio: “el espacio humano puede ser construido o no construido y hay un continuum entre estos dos extremos a muchos niveles”. Los sitios donde se acumula la basura son a la vez parte del asentamiento y un lugar aparte, no transitado más que de forma ocasional. Cuando la basura se acumula en una estructura o sus alrededores, ésta pasa a dejar de formar parte del asentamiento vivo.

Una diferencia sustancial entre los desechos de cualquier tipo (*de facto*, primario y secundario) que figuran en la literatura etnoarqueológica referente a abandonos permanentes (especialmente Lange y Rydberg 1972;

Stevenson 1982; Rothschild *et al.* 1993 y Joyce y Johannessen 1993) y la nuestra radica en que los distintos autores conciben el desecho –salvo excepciones– como tal, esto es, como algo deteriorado, inservible, inútil o menos útil que otros *items* que no aparecen en el registro. A lo que parece, los propios individuos investigados lo interpretan de la misma manera y cuando no es así (véase Joyce y Johannessen 1993: 147), se apresuran a recoger lo previamente abandonado. En nuestro caso, más complejo que cualquiera de los expuestos porque opera un cambio cultural, el desecho, como vimos, es concebido de una forma por un grupo en un momento histórico (Antiguo Régimen) y de otra forma en otro (Capitalismo). Como se encarga de subrayar la corriente post-procesual (Hodder 1994: 80 y ss.), no existe una sola visión de las cosas y, a veces, distintas visiones colisionan (no necesariamente de forma violenta). Que nuestro caso difiera de las predicciones de Schiffer o Stevenson, no significa, obviamente, que el modelo de estos autores sea erróneo o inválido. Joyce y Johannessen (1993: 148 y ss.), por ejemplo, observan que las predicciones de Stevenson (1982) encajan perfectamente en su registro: la estructura con desecho *de facto* almacenado indicaba una marcha planeada y un regreso anticipado, mientras que la estructura 1, con desecho *de facto* en su lugar de uso respondía a una interrupción repentina de la vida cotidiana por un abandono súbito y no planeado. Sin embargo, debería tenerse en cuenta que no se ha estudiado ninguna sociedad en transición a otras formas culturales. Si cualquiera de los investigadores citados llega con su plantilla y la superpone a nuestro caso, desconociendo el contexto, afirmar que se ha producido una huida rápida, general y sin planificación de la mitad de los habitantes de la comarca, quizá por una peste o la guerra.

Nuestro caso, lejos de pretender ser paradigmático (aunque tampoco un mero *spoiler approach*, Yellen 1977: 8-10), apunta a la idea de que en situaciones críticas las respuestas son mucho más variadas que en circunstancias habituales y, por ello, más difíciles de encajar en modelos predictivos. Por tanto, no debería olvidarse que numerosos asentamientos a lo largo de la Historia que han generado desecho *de facto* se han deshabitado no necesariamente de forma brusca o repentina y sí en un proceso de cambio cultural. De esta forma, a la hora de tratar el registro mueble (el desecho) de yacimientos situados en tales momentos, deberíamos más bien buscar una respuesta contextual que una predictiva.

Es algo similar a lo que ocurre con los abandonos rituales (Stevanovic 1997). Existen pocas cosas más contextuales que un ritual: la diversidad es inmensa. En una cultura puede conllevar la destrucción de los objetos al arrojarlos al suelo (como en los templos de la costa levantina proximo-oriental y sus homólogos orientalistas del Occidente), en otra se pueden abandonar sin que medie alteración alguna (un depósito a las aguas del Bronce Final o un depósito ibérico de exvotos), en un caso podemos

observar que interviene un inventario bastante completo de la cultura material de determinada sociedad (el que presenta Stevanovic del neolítico balcánico), mientras que en otro pueden seleccionarse sólo algunos objetos muy determinados (exvotos en forma de caballo). La variabilidad, de este modo, puede crecer indefinidamente. Sólo a través de un detallado estudio contextual podemos llegar a adentrarnos algo en el significado (en este sentido, el estudio de Hodder 1984 sobre la relación entre casas neolíticas centroeuropeas y ritual funerario es un trabajo paradigmático).

No creemos equivocarnos cuando pensamos que los objetos muebles, como un arado o un instrumento de zapatero, son también marcadores mnemónicos, de la misma forma que las casas a las que nos hemos referido más arriba, incluso cuando esos objetos son considerados *desecho* (por la cultura estudiada o por el estudioso). Existe, sin embargo, una doble discriminación por parte de los arqueólogos, que puede considerarse triple, cuando se habla del valor simbólico (mnemónico, identitario e histórico) de los objetos: supremacía de lo inmueble sobre lo mueble, primacía de lo usado sobre lo que se encuentra fuera de uso y primacía de lo duradero sobre lo efímero. Esta triple primacía puede desvirtuar la realidad. Respecto a la tercera, ya alzó su voz Veyne (1972), pero el peso de Braudel y el apogeo de la idea de las *longuees durées* en arqueología gracias, entre otros, a Hodder (1994) han mantenido la discriminación de lo episódico (en tanto a su duración temporal no a su importancia histórica).

La primacía de lo inmueble hace que los pequeños objetos se consideren de importancia secundaria en la concepción de la historia: se estudian los megalitos como fuentes de memoria para generaciones futuras pero no se considera que el mobiliario tenga poder mnemónico. Esto es así porque no resulta visible en el paisaje, las más de las veces, más que durante un período breve (al menos en relación con los monumentos) y que, no obstante, puede ser crucial (como en nuestro caso). Sin embargo, los objetos menores pueden reproducirse, transmitirse oralmente o encontrarse: El descubrimiento de las armas de bronce de los guerreros micénicos tuvo un papel tan importante en la conformación de la cosmología de la Grecia Arcaica como sus imponentes túmulos (la *Ilíada* y la *Odisea* son un buen reflejo de ello). El papel del mobiliario en ambos relatos épicos supera al de los elementos inmuebles y su carácter de marcador mnemónico es indiscutible. Existe, por otro lado, confirmación arqueológica del uso simbólico de artefactos micénicos por parte de sus descendientes lejanos: Bérard (1970) considera que la punta de lanza micénica hallada en el túmulo funerario de un príncipe eretrio fue utilizada como un cetro, lo que convertiría al personaje en el “portador del cetro” (*skeptouchos*), como se denomina en la *Ilíada* a los *basileis*. Un caso más cercano en el tiempo es el de los anglosajones durante la temprana Edad Media. A través de los elementos de ajuar encontrados en los túmulos prehistóricos (en los cuales

se enterraban), las elites anglosajonas de la temprana Edad Media se vinculaban mágica y míticamente con el pasado (Williams 1998: 96-97), esto es reescribían la historia en su beneficio a través del uso ritual de ciertos objetos antiguos.

Por último, se observa una discriminación del artefacto en uso sobre el que se encuentra en (aparente) desuso: no se suele considerar que un túmulo megalítico se encuentre en desuso porque haya dejado de utilizarse como depósito funerario y se mantenga como hito de posesión del paisaje. Simplemente ha cambiado su función (o más bien se ha reducido). Sin embargo, poca gente consideraría que un yugo abandonado a la puerta de un establo esté en uso. Y su papel simbólico, sin embargo, puede no ser menor que el del monumento neolítico. El ejemplo más claro de esta discriminación se da en la vivienda: se considera que un edificio habitado es un contenedor de símbolos y cosmologías, pero ¿qué sucede cuando lo abandonan? Los símbolos (como demuestra Horne 1994 para un caso iraní) siguen en activo. Por último, nos referimos a la discriminación de lo efímero frente a lo duradero. Los objetos muebles son, salvo excepciones (joyas, artefactos muy valorados dentro de una cultura por su rareza, la dificultad de su obtención, etc.), elementos menos permanentes que los inmuebles. La vida de una vasija de cocina, por muchas claves mnemónicas e identitarias que manifieste, no supera los veinte años de vida, mientras que el edificio menos significativo de una cultura puede persistir durante décadas a la vista, en estado de ruina. Ejemplos como el ya citado del *chideiro* de carro, colgado hasta que su putrefacción de una pared del establo, deberían prevenirnos respecto a la presunta transitoriedad de lo inmueble².

Esto no significa que los elementos muebles y efímeros tengan un valor inferior a los inmuebles y duraderos. El ejemplo de la literatura épica griega nos parece bastante elocuente, pero puede aún ser complementado con un caso puramente arqueológico: Johnston (1998) critica la primacía de la idea del paisaje en los últimos tiempos frente a otros aspectos igualmente relevantes en nuestra comprensión del pasado. A patir del estudio de Bradley et al. (1994) en la región de Salisbury, concluye que es posible identificar una relación mucho más compleja entre la construcción de los límites, el uso de unos estilos particulares de cultura material y la expresión de la identidad del grupo a través del tiempo en el contexto de la cultura material. La cerámica, en el caso estudiado, tenía un papel tan importante en la concepción de las fronteras (y con ello de la identidad y en última instancia de la propia historia), igual o mayor que el paisaje.

2) Cuando hablamos aquí de elementos muebles nos referimos fundamentalmente a los de la vida cotidiana, no tanto a elementos preciados –como el oro o las joyas– cuya perduración y valor simbólico no parece necesario demostrar.

Esta interpretación habría sido totalmente suprimida con una perspectiva que hubiera dado al paisaje una importancia fundamental como medio para entender los alrededores dentro de los cuales habita la gente. En un caso etnoarqueológico Levi (1998) demuestra que las metáforas de identidad (de territorio) y de historia se construyen también a través de objetos muebles (entre los rarámuri arcos y mantas). Para la creación de metáforas (históricas) cualquier elemento es válido: “Desde el sonido de una palabra hasta el contacto con una piel, pasando por el color de las hojas, puede servir para dramatizar o para cristalizar el sentimiento que un ser humano tiene de su propia identidad” (Rorty 1991: 56).

En conclusión, al igual que con las casas, a través de los objetos abandonados –se vean como desecho, basura, elementos conservados o reliquias del pasado– los antiguos campesinos del Antiguo Régimen, hoy asimilados en distinto grado por el Capitalismo imperante, nos cuentan su visión de la Historia (la manipulan) y realizan afirmaciones simbólicas sobre el pasado. La cultura material abandonada forma parte, así, de la construcción ideológica de un grupo.

• Areas de Actividad. Reutilización de espacios. Espacio y mentalidad

a) Reutilización de espacios

La reconstrucción de las áreas de actividad depende en gran medida de la función y la concepción del espacio. Señalamos a la hora de hablar de la idea de vivienda que no se podía esperar encontrar el mismo registro en un espacio que se concibe como *sucio* que en uno que se considera *limpio*. El número de objetos por fuerza ha de ser mayor en el primer espacio que en el segundo. Los lugares de sociabilidad, por otro lado, en los cuales se llevan a cabo diversas actividades (sobre todo la cocina, Lorenzo 1982: 123) también concentran más materiales que los de intimidad (dormitorio) o de solemnidad (salón). Otra distinción se puede hacer entre habitaciones multifuncionales y monofuncionales (estas últimas muy escasas). Las primeras ofrecen, por lo general, mayor número de elementos y, como se puede suponer, más diversificados. Los problemas de diferenciación de las actividades en el tiempo pueden resultar insuperables. Habitualmente existen dos polos: o encontramos una sola actividad (o una actividad predominante con mucho), bien datable en el último momento de ocupación del espacio, o encontramos varias mezclas a modo de palimpsesto, sin que parezca posible diferenciar episodios. La primera posibilidad es la más habitual y suele borrar todo resto de actividades previas. En el caso de Doade, la casa tuvo una última ocupación como almacén de aperos agrícolas. De su uso como vivienda apenas queda traza perceptible. Lo mismo sucede en Soutelo-2 y en la mayor parte de edificios a los que tuvimos acceso en Garfián (Beariz), reconvertidos de casas en *pallares* o almacenes de patatas. El palimpsesto afecta sobre todo a las habitaciones multifuncionales. En

las cocinas, el problema es menor porque se puede considerar que las diversas tareas se llevaron a cabo en el mismo episodio (no significa que se practicaran a un tiempo, Horne 1994: 176-177) y siempre existen elementos constructivos diferenciadores (horno, *lareira*, pilón, *lacen*as, etc.).

b) Actividades a tiempo parcial y a tiempo completo: la especialización y su registro material.

Otro aspecto que influye en el registro arqueológico es la especialización. Cuando una tarea se realiza de forma "profesional" (a la que se dedica más tiempo y de la que se obtienen unos rendimientos económicos mayores) se caracterizan por conservar una imagen del proceso de actividad completo y concentrado, mientras que las labores realizadas de forma complementaria se manifiestan de forma incompleta y dispersa (véase en un sentido similar Baker 1975: 11). El mejor ejemplo de trabajo a tiempo completo (dentro de la relatividad del término en una sociedad agraria) es el agropecuario. Doade, Soutelo-2, el alpendre de Sanguñedo-1, la entrada (h-3) y la habitación 7 de A Graña-Eiravella ofrecen inventarios con elevados porcentajes de elementos agropecuarios (más del 90%). Se conservan los útiles del proceso completo desde que se planta el maíz (arado y *grade*) hasta que se guarda la semilla (arcas), pasando por la siega (guadañas, hoces) y la separación de la semilla de la paja (*cribos* y *peneiras*).

Ejemplo de "profesionalidad" es el del tejido en dos casos: Quintelas (Forcarei) y A Trigueira (Lalín). En el primer caso existe un número importante de herramientas destinadas a la preparación de hilo y telas de lino. El tejido era una labor que ocupaba de forma intensiva a las mujeres de las riberas del Asneiro (Lalín). Tanto en Zobra como en A Trigueira pudimos comprobar los efectos materiales de la especialización. En el primer caso se trataba de un contexto sistémico y en el segundo de uno arqueológico. La habitación donde se encontraba el telar guardaba también la *roca*, el *fuso*, la *espalladeira* y la *urdideira*. En A Trigueira, una casa en avanzado proceso de deterioro acogía en su interior un telar, sobre el cual se había colocado una *urdideira*, una *espalladeira*, un *caixón dos novelos*, un *banco do ripo*, una *maza del lino* y un *espadeleiro*. En Soutelo y A Graña no había telares. Acudían con el hilo tejido a los de Zobra. Las labores del hilado, por tanto, ocupaban una parte del día nada más. Como nos contaba una vecina, "polas noites, en vez de ver a televisión, que non a había, fiábamos". Era una actividad que se realizaba en los huecos libres que permitían las actividades agropecuarias. Frente a los casos de A Trigueira y Zobra, en A Graña los útiles del lino (correspondientes a las labores previas al tejido) aparecen dispersos por tres habitaciones (véase fig. 59): un cuero del mayal, el mazo del lino, los *espadeleiros*, las *espadelas*, el *fuso* y la *roca*. En Soutelo descubrimos sólo un *espadeleiro* y un mazo del lino, cada uno en una habitación.

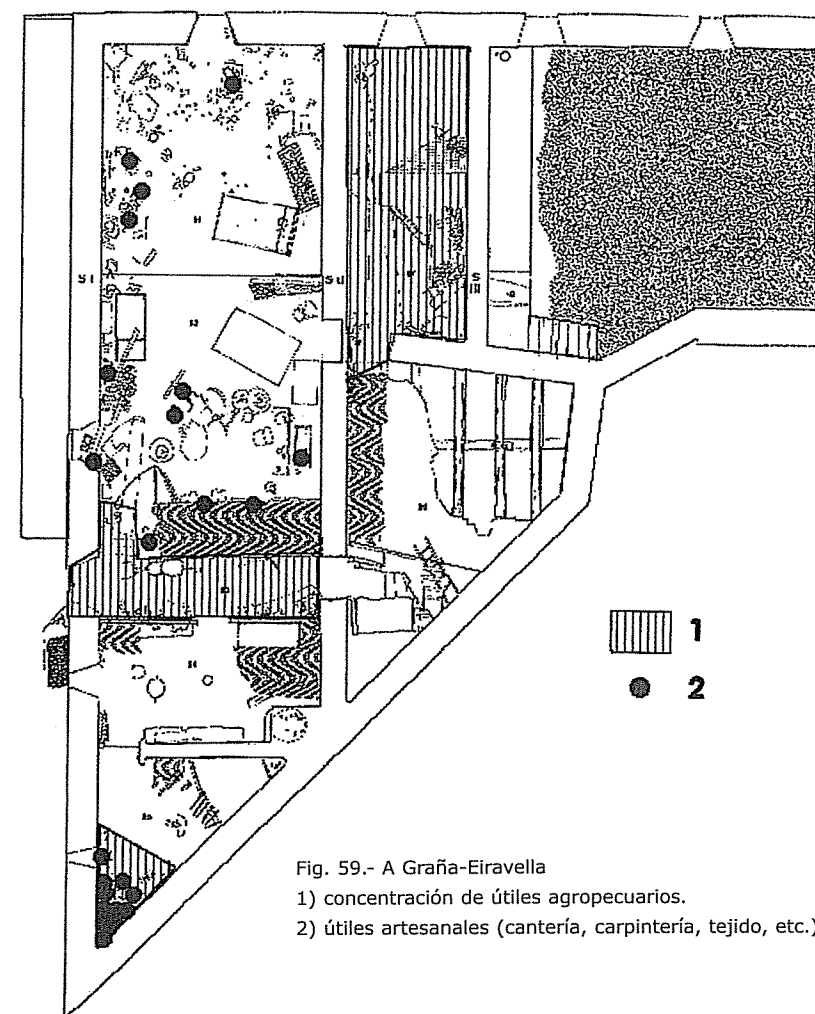


Fig. 59.- A Graña-Eiravella

1) concentración de útiles agropecuarios.

2) útiles artesanales (cantería, carpintería, tejido, etc.).

Otros oficios muestran un panorama similar: en todas las casas se encuentran algunos útiles de cantero (todo el mundo era cantero en Terra de Montes), pero sólo en el caso de Soutelo-1 aparecen cerca de 60 instrumentos para trabajar la piedra, desde el desbastado de los bloques más grandes hasta trabajos de precisión para los que se recurría a pequeños *punteiros* (cinceleas acabados en punta), y todos dentro de una habitación. Un número semejante de herramientas de carpintero (un equipo completo) se guardaba en una casa en Quintelas (Forcarei) cuyo dueño había sido carpintero de profesión. La carpintería (para *apeirar*: reparar o fabricar herramientas) se practicaba en todos los hogares: bancos de carpintero aparecen en Vilapouca, Limeres y Xisto y los útiles de carpintero se observan en cualquier casa (en contexto sistémico en Codesás -Forcarei y Quintelas -Forcarei).

Muestra de la poca especialización es que se conserven elementos que, en principio, corresponden a distintos oficios: en Alvite-2 localizamos instrumentos de serrador a la vez que de carpintero (el mismo individuo preparaba la materia prima y fabricaba el producto final). Los elementos de *zoqueiro/zapateiro* tampoco son extraños: en Vilapouca aparecieron objetos relacionados con esta labor pero sólo en Codesás identificamos un equipo completo (guardado, nuevamente, en una sola habitación: debajo de un hórreo) perteneciente a dicha profesión: *subelas, roleta, pata de cabra, pata de luxar, pedras da sole, paus*, martillos, tenazas, cuchillas, etc. (vid. *supr.* fig. 56). Los vecinos nos confirmaron que era un equipo perteneciente a un zapatero. En la preservación de equipos completos de una labor artesanal realizada a tiempo completo o durante una parte significativa del tiempo influye, entre otras cosas, una actitud conservadora, esto es, un vínculo personal entre el artesano y su trabajo –como ya hemos señalado. Por supuesto, lo aquí señalado no debe considerarse una ley, ni siquiera para la comarca que analizamos; podríamos aducir, también ejemplos en contra, pero sí es cierto que se trata de una tendencia bastante recurrente.

c) Espacios agropecuarios

Son los que permiten una identificación más sencilla a partir del mobiliario. Los dos espacios agropecuarios por antonomasia de los estudiados son Soutelo-2 y Doade. Las similitudes son marcadas: en los gráficos por actividad (figs. 60 y 61) presentan un aspecto muy semejante. Mientras que los espacios domésticos o artesanales acogen también multitud de objetos pertenecientes a otras actividades, en las habitaciones de uso agropecuario el registro de las actividades relacionadas con la tierra es considerablemente mayor que el de las demás. En muchos casos (en los dos citados) los útiles del campo reemplazan a otras actividades que tuvieron lugar en el mismo espacio. Mientras que una actividad artesanal o doméstica se puede realizar en una habitación donde perduran restos de actividades previas, las labores agropecuarias (generalmente el almacenaje de herramientas) ocultan cualquier vestigio de las tareas precedentes. Los gráficos de Alvite-2 (fig. 62) muestran la presencia de diversas actividades de forma representativa, en Soutelo-2 y Doade lo doméstico y lo artesanal queda reducido a nada (figs. 60 y 61), cuando, por nuestros informantes y por la propia estructura del edificio, sabemos que ambos lugares fueron espacios de habitación. En el caso de Soutelo-2 (fig. 32), la cocina estaba prácticamente limpia de mobiliario, pese a tratarse de una de las estancias que recoge más cantidad de materiales.

Fig. 60

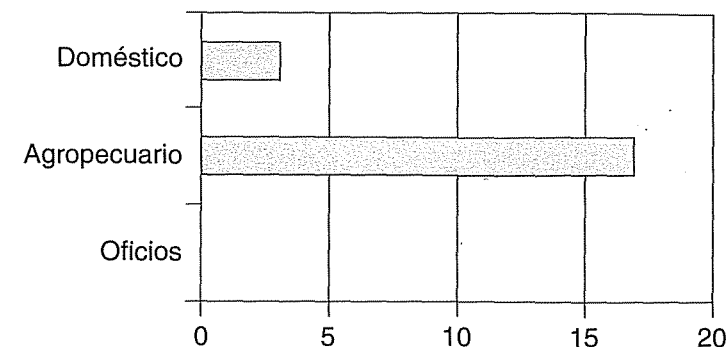


Fig. 61

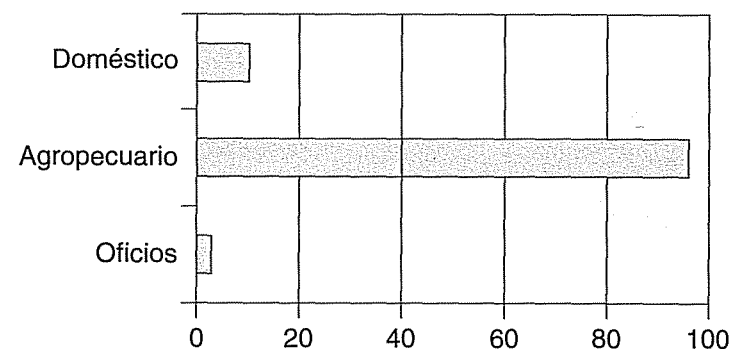
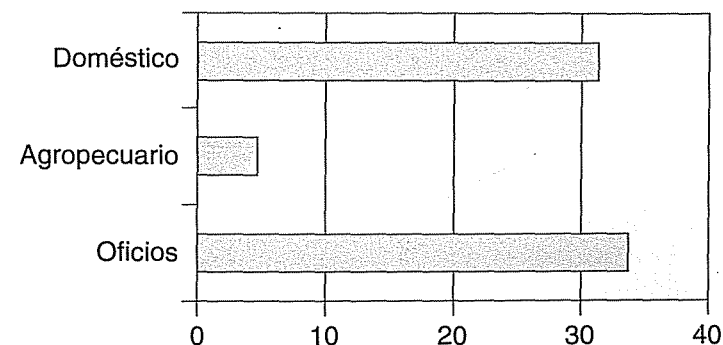


Fig. 62



d) Desorden

Existen varias formas de conservación de actividades previas a las desarrolladas durante la última ocupación del edificio. Podrían resumirse en dos, estrechamente relacionadas: las *actividades conservativas* y el *desorden*. A las primeras nos referiremos más adelante, con lo que aquí haremos mención tan sólo al desorden. La limpieza, como se ha señalado con frecuencia (Binford 1977, Schiffer 1987, etc.) es uno de los peores enemigos del arqueólogo. Lo más frecuente, cuando una habitación cambia de uso, es que los elementos previos se limpien, engrosen el desecho secundario o se reutilicen en diversos menesteres, por lo general lejos de la habitación donde desempeñaron su labor originalmente. Las habitaciones multifuncionales, sin embargo, pueden cambiar de uso con frecuencia sin que ello altere totalmente las actividades previas. En ocasiones, varias tareas se llevan a cabo de forma sincrónica (no tanto simultáneamente como en el mismo episodio de utilización); en otras, los instrumentos se almacenan o se arrinconan (a veces ni siquiera) y se desarrollan nuevas labores. No se trata tan sólo de limpieza (que afectaría al desecho primario residual), sino de orden. Aunque suelen estar reñidos, limpieza y desorden pueden convivir: una habitación, con vistas a su uso, puede ser barrida regularmente, retirado el polvo y las telarañas, y sin embargo hallarse desordenada (cúmulos de objetos en las esquinas, sobre los bancos, dentro de baúles). El dueño de la casa acabará desconociendo el inventario de buena parte de sus bienes. Si antes de que se produzca una limpieza general se abandona la estructura (o la habitación) poseeremos buena información acerca de varios episodios de uso de una o más estancias. En otros casos, se almacenan –en el marco de una actitud conservativa– decenas de objetos inútiles en determinadas zonas de la casa (*faiados*, alpendres, habitaciones multifuncionales, *pallares*), lo cual, si bien nos impide saber donde se desarrollaron las distintas actividades nos permite, al menos reconocer que existieron.

En realidad, la mayor parte de las viviendas estudiadas con detenimiento son buenas muestras de desorden, un desorden en el que se mezcla el desecho primario y secundario con actitudes conservativas y conservadoras, la falta de limpieza, la restricción de actividades del período final de habitación, etc. A esto hay que añadirle los saqueos posteriores (fuera ya del concepto de desorden, pero que ayudan a distorsionar más la lectura de actividades) y la degradación natural. No resulta fácil distinguir cuando nos hallamos ante un caso de desorden y cuando ante distorsiones de la fase de abandono y post-abandono. Contamos, sin embargo, con cuatro casos claros: Alvite-1, Alvite-2, A Graña-Eiravella y Limeres. En los tres casos se trata de habitaciones multifuncionales (de predominio agrícola la primera y la tercera, artesanal la segunda y un *faiado* la cuarta). La habitación de Alvite-1 a la que nos referimos se utilizó como depósito de leña y paja. En el

mismo espacio se guardaron dos arados (uno asimétrico y otro cuadrangular), elementos de cocina, trabajo de la madera, cantería, útiles agrícolas (hoces, *sachos*, azadas), etc. Obviamente, dado lo reducido del espacio, sólo la tarea de almacenaje pudo llevarse a cabo en la habitación. El resto de los objetos fue arrinconado, procedente de otros lugares de actividad, y ya no se reincorporaron a otros usos, en parte debido al desorden. Alvite-2 es un caso particular por la cantidad de actividades desempeñadas a lo largo del tiempo cuyo reflejo es perceptible: panificación, labores agropecuarias, trabajo de albañilería y almacén de elementos de construcción, serrado y preparación de madera, carpintería, bodega, labores de la miel, leñera, almacén de *artefactos* metálicos y botellas y almacén de muebles. Las tareas de limpieza y orden, que se suponen previas al desempeño de una nueva actividad, apenas afectaron (o no afectaron en absoluto) a las tareas primeras. Aunque resulta muy complicado establecer el orden de las actividades o su simultaneidad, a cambio poseemos un registro completo de todas las labores llevadas a cabo en el edificio.

En A Graña-Eiravella la falta de orden afectó a la alacena contigua a la cocina. Las tareas conservativas, como en el caso de Alvite-1, dieron lugar a una ingente acumulación de objetos. Los almacenes, cuando no existe un flujo normal de entrada y salida, acaban convirtiéndose en un auténtico basurero y éste es buen ejemplo de ello: latas, botellas, cerámicas rotas y enteras, hoces, trozos de *escampeladeira*, mangos de madera, picos, hachas, alambre de espinos, trozos de madera y metal informes, etc. pueblan los estantes de una *lacena* insertada en el muro. La sal y la humedad echan a perder con rapidez estos depósitos, situados cerca de las cocinas, e imposibilitan el reuso de la mayor parte de las piezas guardadas. La desidia o una utilización restringida del espacio (abandono de la habitación) o una actitud en extremo conservativa permiten la pervivencia de estos conjuntos de elementos (por otra parte muy útiles para conocer las actividades desarrolladas a lo largo del tiempo en un edificio). Frente a los ejemplos expuestos, Schiffer (1987: 65) afirma que las áreas más multifuncionales deben de ser las más limpiadas, “quizá diariamente”. Los ejemplos etnoarqueológicos que se citan de reutilización del espacio (David 1971 entre los fulani, Horne 1994 en un poblado iraní, Stevenson y Tomka 1993 en general) figuran en la bibliografía como *cautionary tales*: cada vez que un lugar cambia de función perdemos la información sobre las actividades previas. Tanto nuestra experiencia en contextos arqueológicos como sistémicos en nuestra área de estudio nos llevan a una conclusión contraria a la de Schiffer y diferente a la de los casos documentados. No parece que los desechos generados por una tarea hayan impedido el desarrollo de otra en casos como Sanguñedo-1 (serrado y mazo del maíz). La mezcla de actividades en contexto sistémico se puede observar bien en A Trigueira (Lalín, fig. 63).



Fig. 63

El caso de Limeres es también significativo de la falta de orden. Como en A Graña-Eiravella, el *faiado* de esta vivienda tenía claramente un uso eventual restringido. No habría que pensar, sin embargo, en un desván similar al de una casa capitalista. En el *faiado* de Limeres se desarrollaban diversas actividades: en una esquina había una *lareira*, con sus bancos para sentarse junto al fuego, había también *uchas* para guardar el maíz y una artesa. En algún momento de la vida del edificio, ésta debió de ser una estancia habitada con regularidad. Puede, además, que se usara como dormitorio, según atestiguan las literas en una esquina. No parece que estén almacenadas fuera de uso: cuando las camas se dejan de utilizar se desmontan (véase A Graña-Eiravella o el propio caso de Limeres: hay cabeceras de cama apoyados en una pared), el hecho de que no podrían haber entrado montadas en el *faiado* refuerza esta interpretación. Cuando se decidió dedicar la estancia fundamental, si no únicamente, a tareas de almacenaje, las actividades previas quedaron fosilizadas. Nuevos *items* fueron introducidos y se acumularon sobre las literas, la *lareira*, el alféizar de la ventana y el suelo. El desorden, nuevamente, ayudó a preservar el registro de actividades anteriores.

Contamos con un excelente ejemplo sistémico de comparación. Desidia, uso restringido del espacio, actitud conservadora y ultraconservativa confluyen en el mantenimiento de una multitud de actividades fosilizadas en diversas habitaciones de la vivienda, bajo el espeso manto del desorden. El número de objetos del Antiguo Régimen localizados en la casa es enorme. Dado que se trataba de una vivienda en uso, no pudimos, como el lógico, inventariar todos sus bienes para conocer el porcentaje de *items* tradicionales en relación al conjunto. Pudimos, no obstante, elaborar una lista aproximada de éstos:

Ripo (con banco), dos yugo de *chanciles*, yugo de *chanciles* de *rendar*, arado cuadrangular de madera, *besadoiro*, telar, dos trajes de lino, varias madejas de lino, varios *meados* de lino, dos *galropas*, azuela, 8 *espadelas*, *bucina*, pisón, tijeras de trasquilar, fuente de madera, dos plancha de hierro, dos soportes de plancha de hierro, caja para hacer mantequilla, una docena de estampas religiosas, dos cruces de latón para los muertos, dos recipientes de cerámica para mazar la carne del cerdo, radio estropeada de los años 40, dos ferrados, dos romanas, cuatro cepillos de carpintero, un número indeterminado de *gubias*, *trenchas* y *limas*, un instrumento indeterminado, una horma de zapatero, devanadora, sarillo, tres lanzaderas, tres *espadeleiros*, mazo del lino, *tear dos frecos*, *restrelo*, tapa de *restrelo*, varios candiles, andador de niño de madera, *gaiola*, *canelador*, cama de madera antigua, pie de devanadora, un instrumento para calcular la techumbre del hórreo, varias hoces, legones, rastrillos, podas, azadas, etc. antiguas sin uso; en un arcón, varias decenas de sábanas y manteles de lino; cinceles, *buxardos*, *escodas*, *subelas*, etc.

Todos estos objetos se encontraban en tres habitaciones fundamentalmente: un establo, una habitación multifuncional y un *faiado*. Algunos llevaban medio siglo sin utilidad. La pervivencia se explica, entre otras cosas, por el tamaño de la vivienda, que permite que algunas habitaciones no sean visitadas más que de forma eventual, de manera que tampoco se limpian ni se ordenan asiduamente. La existencia de un *besadoiro* o un telar, objetos de gran tamaño, se entiende en una vivienda donde el espacio no es un problema. El *besadoiro* descubierto por Liste (1988, 1991) sobrevivió gracias a la salida del ciclo normal de uso de la estancia donde se encontraba. En nuestro caso, la habitación multifuncional donde se acumulaba buena parte de los objetos seguía siendo utilizada para desgranar el maíz y almacenar herramientas. Como en Alvite-2, el desorden no es óbice para el desarrollo de otras labores. Si no fuera por lo restringido de las tareas desarrolladas en esta estancia, posiblemente el registro material de actividades previas habría desaparecido. Como el *Trash Magnet* (Wilk y Schiffer 1979), también el desorden atrae el desorden. La progresiva acumulación de elementos en desuso acaba desanimando al dueño de la vivienda a emprender labores de limpieza o bien motiva que se espacien más en el tiempo (permitiendo, entre tanto, que se produzca un abandono). El vínculo sentimental de la dueña de la casa hacia

ciertos objetos (los relacionados con el tejido), explica también la pervivencia de estos elementos (actitud conservadora). El género resulta clave en la comprensión del desorden, además, aunque este punto será tratado cuando hablemos de las mujeres y el registro material.

La falta de orden es una de las características del Antiguo Régimen (Deetz 1996: 173). La idea de desorden, en realidad, no se suele percibir por parte de los individuos de mentalidad tradicional. Es, simplemente, otra idea de orden. Se trate de una apreciación nuestra o de ellos, el caso es que resulta un fenómeno habitual en época precapitalista. El Capitalismo trae consigo las ideas de simetría formal, de limpieza, de orden, de razón, de progreso. Podríamos hablar de un *paquete capitalista* (como el paquete neolítico) de los aspectos mentales cuyos componentes, al igual que en el caso neolítico, no llegan necesariamente a la vez ni de forma prístina.

e) Espacio y mentalidad

El *paquete capitalista* afecta también a la configuración del espacio interno. En todas las culturas y en todos los momentos históricos ha existido una división entre lo público y lo privado. Las formas de delimitar lo que pertenece a cada esfera han variado: en ocasiones los marcadores materiales son casi imperceptibles, mientras que en otras son claramente ostentosos. Dentro de la cultura romana, Vitruvio (6.5.1) decía que “debemos también considerar por qué reglas y cómo, en los edificios privados, deben construirse áreas específicas para el dueño de la casa y otras que sean comunes para los extraños. Entre aquéllas que son específicas [para la familia], nadie tiene derecho a entrar en ellas excepto quienes son invitados, como los *cubicula*, *triclinia*, baños y las demás que tienen el mismo tipo de uso. Sin embargo, hay áreas comunes en las cuales individuos no invitados de entre la gente pueden entrar por su propia iniciativa [*invocati suo iure de populo possunt venire*], esto es, vestíbulos, patios, peristilos y áreas que tienen el mismo uso”. Fernández de Rota (1994: 409-410) afirma algo muy semejante para el caso gallego. La cocina, habitaciones multifuncionales y el establo sustituyen, aquí, a los vestíbulos, patios y peristilos. En ambas culturas se trata de sitios donde “gente no invitada” puede entrar, sin permiso del dueño. Como en la cultura romana, los *cubicula* (dormitorios) y *triclinium* (*sala de respecto*) significan lo más privado de la casa y a donde, por lo general, se veta el acceso, muchas veces con la excusa de que está desordenado, pese a que es, precisamente, la zona más limpia de la casa (Fernández de Rota, *ibid.*).

El espacio privado ha ido ganando terreno al espacio público o semi-público. Muchas viviendas en tránsito hacia el Capitalismo adquieren costumbres de uso del espacio ajenas al Antiguo Régimen, como es el pasillo de entrada, que hace de la cocina una habitación privada. En A Graña-Eiravella

y Xisto se introdujeron cambios en este sentido: en el primer caso se construyó un tabique de madera que desvió la entrada de la cocina. En Xisto se remodeló profundamente esta estancia y se adaptó al gusto capitalista. El espacio se dividió en tres habitaciones: una entrada amplia, una cocina “moderna” y una habitación muy pequeña donde estaba el horno y la *lareira*. La cocina de Limeres corrió la misma suerte que la de Graña-Eiravella, pero esta vez el tabique separador se hizo de ladrillo y cemento, no de madera. Los tres casos expuestos fueron abandonados, sistemáticamente, en el período capitalista (fines de los años 70 y principios de los años 90 respectivamente). La estructura tradicional tuvo tiempo de ser modificada según la nueva concepción del espacio. La cocina ya no es la habitación principal de la casa, el punto nodal de socialización, conque no resulta necesario que ocupe una extensión tan grande como era habitual en el Antiguo Régimen. En Sanguñedo-1, Sanguñedo-2, Correa, Adrián, Soutelo-1 y Vilapouca es necesario atravesar la cocina para llegar a otras estancias de la casa o, al menos, ésta tiene acceso directo desde el exterior.

Nuevamente, las Trece Colonias nos ofrecen un marco de comparación significativo. Glassie (1975), al estudiar la arquitectura tradicional de Virginia, distinguió dos períodos bien diferenciados: el *pregeorgiano* y el *georgiano*, medieval y renacentista (o moderno) respectivamente. Ya nos hemos referido a esta distinción en lo referente al aspecto externo de las viviendas. También en su distribución interna se observan grandes cambios. Si comparamos la fig. 64 (de Deetz 1996) con las de A Graña-Eiravella y Soutelo-1 podremos percibir ciertas similitudes arquitectónicas que son también paralelos en lo social y lo cognitivo. La casa del siglo XVII, la *pregeorgiana*, proporciona un espacio que es usado “corporativamente” por todos los residentes. Como la comida, el espacio era compartido por todos los individuos. La privacidad no existía, como tampoco la separación de actividades según las habitaciones. Los inventarios nos dicen que diferentes actividades tenían lugar en la misma habitación. Las semejanzas con nuestras viviendas preindustriales son extraordinarias. El gráfico de Sanguñedo-1 (fig. 65) sirve de comparación: en todas las habitaciones se desarrollan actividades agropecuarias, artesanales y domésticas. En el plano de Sanguñedo-1, como en el de Soutelo-1 o Vilapouca, se advierte que la entrada da directamente a la cocina que es, además, la habitación central de la casa, donde se desarrolla la vida de los habitantes. No existe, aquí tampoco, privacidad (aunque, como señala de la Roncière 1991, siempre hay ocasión y formas de conseguirla). Glassie (1975) contrasta la casa pregeorgiana con la experiencia que supone entrar en una vivienda georgiana, del siglo XVIII: se penetra en la casa a través de un pasillo al que sólo dan puertas, detrás de las cuales –en privado– la familia desarrolla las actividades cotidianas. Semejante transformación sufrió la arquitectura inglesa en el siglo XVII, con motivo de la aparición –más temprana– de la mentalidad capitalista (Johnson 1989: 205). La especialización del espacio es mayor también.

Fig. 64

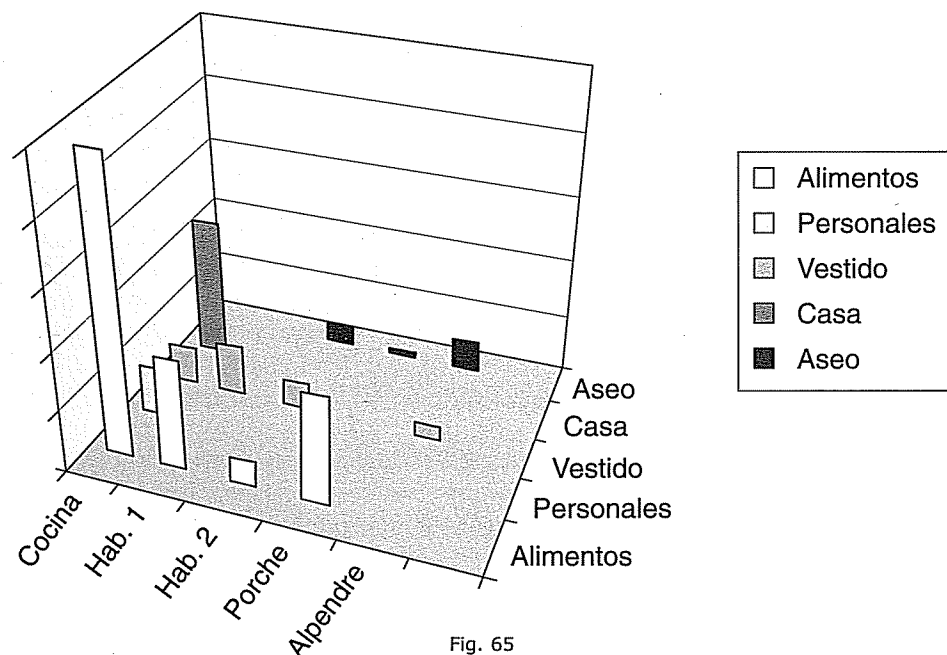
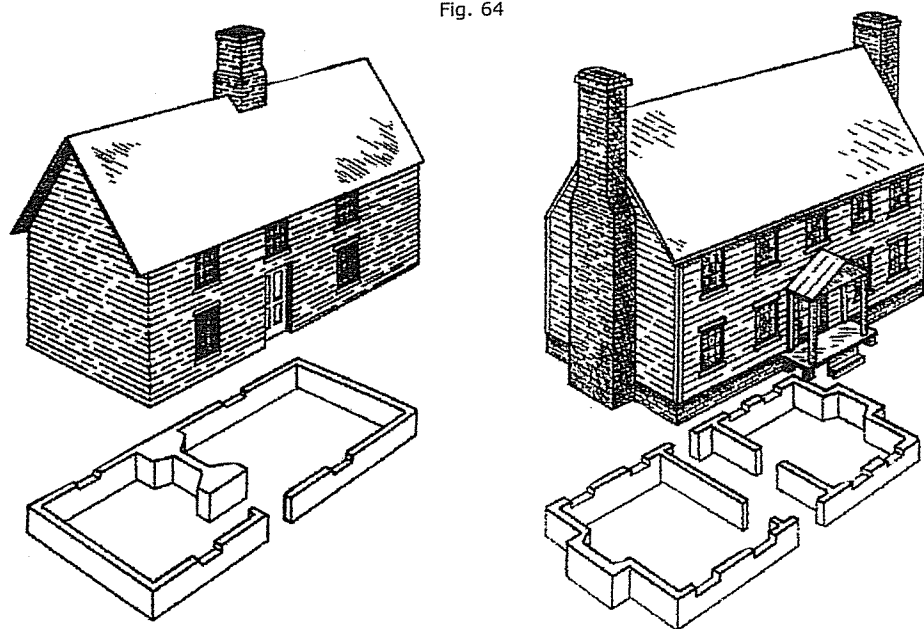


Fig. 65

En el plano de A Graña-Eiravella podemos advertir el cambio, en nuestro caso de preindustrial a capitalista. Como en el ejemplo de Glassie, encontramos en nuestra casa un pasillo de entrada flanqueado por puertas. Ya no se entra directamente en la cocina. Existe, pues, la idea de privacidad, una idea que, sin embargo, no ha habido siempre: la cocina de A Graña-Eiravella fue reducida de su tamaño original para crear el pasillo de entrada (véase fig. 66). Estamos ante un cambio en la mentalidad plasmado materialmente: ya no es necesario que la cocina ocupe tanto espacio, porque no es un lugar central de socialización y actividad como lo había sido hasta entonces: las fig. 67 y fig. 68 nos muestran que los edificios tradicionales, preindustriales, concentran sus materiales en la cocina, mientras que el resto de las habitaciones acogen un número reducido de artefactos. A Graña-Eiravella muestra la tendencia inversa. La cocina reformada de esta casa tiene un tamaño que la sitúa entre las casas pobres (fig. 69) junto a Sanguñedo-2 y Soutelo-2, cuando su establo, índice de riqueza, fig. 70, es el mayor de los observados (y nos referimos sólo al de la estructura básica, pues posee otros cuatro) y es, además, el lugar con menos objetos de toda la planta (fig. 67). ¿Dónde se encuentran, pues, los útiles? En el salón/dormitorio (habitación 1), espacios fundamentalmente capitalistas: el dormitorio, como el salón, apenas tiene uso en el Antiguo Régimen (pensemos que son las habitaciones privadas por antonomasia).

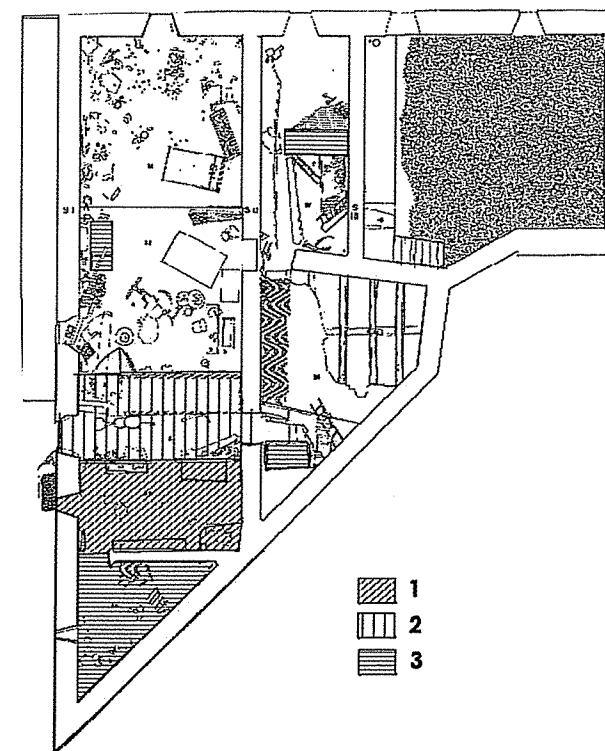


Fig. 66.- A Graña-Eiravella 1

- 1) Cocina en el momento del abandono.
- 2) Extensión de la cocina antes de la construcción del pasillo de entrada.
- 3) Otras áreas o elementos relacionados con el almacenaje de alimentos.

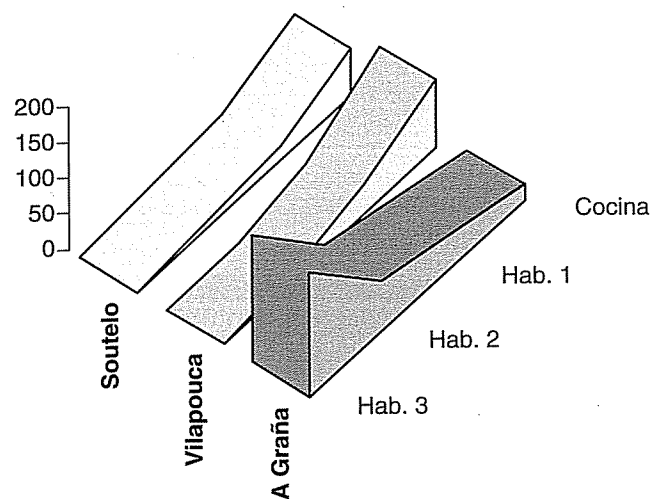


Fig. 67

Existe también especialización: no es que encontremos habitaciones destinadas a tejer o a trabajar la madera, la especialización se da en lo doméstico: la habitación 1 de A Graña-Eiravella es un espacio destinado a lo doméstico casi en exclusiva. Aunque ha sustituido a la cocina tradicional, no ha suplantado todas sus funciones: la fig. 71 muestra un elevado número de *items* domésticos y una cantidad imperceptible de los pertenecientes a otros ámbitos, mientras que en Soutelo-1 y Vilapouca la representación de útiles artesanales y agroepecuarios en la cocina es muy significativa. En el caso de Vilapouca, el lugar donde se guardan los útiles de trabajo del campo es un armario que se abre tanto a la cocina como al establo (ver fig. 34), lo que implica un vínculo muy estrecho entre todas las labores cotidianas, cosa que se pierde en el camino hacia el Capitalismo. La mentalidad capitalista afectó también a Limeres y Xisto. Como se puede ver, se trata de abandonos de época tardía (1979: A Graña-Eiravella, principios de los años 90: Limeres y Xisto). En ambos casos se dividió la cocina para construir un pasillo o *hall* que hiciera la entrada indirecta (fig. 47 y 49). En el caso de Xisto, la cocina tradicional, con el horno y la *lareira* fue confinada a un reducto diminuto y oculto.

También es índice de cambio la aparición de un nuevo concepto de higiene. En Limeres y Xisto ya existen cuartos de baño, no así en A Graña (fig. 72), pero en este lugar las actividades relacionadas con el aseo, la higiene y la salud están bien representadas (con cerca de cuarenta *items*), como en Sanguñedo-2 (objeto también de un abandono tardío, fig. 73), con cerca de treinta elementos: frascos de colonia, toallas, esponjas, bacines, espejos, peines, medicinas, etc. entran dentro del concepto de *aseo* reflejado en los gráficos.

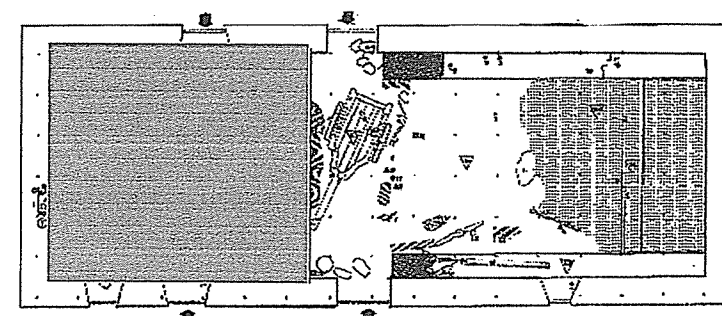
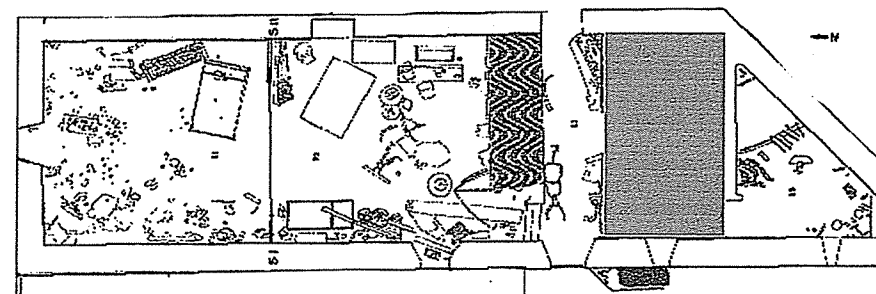
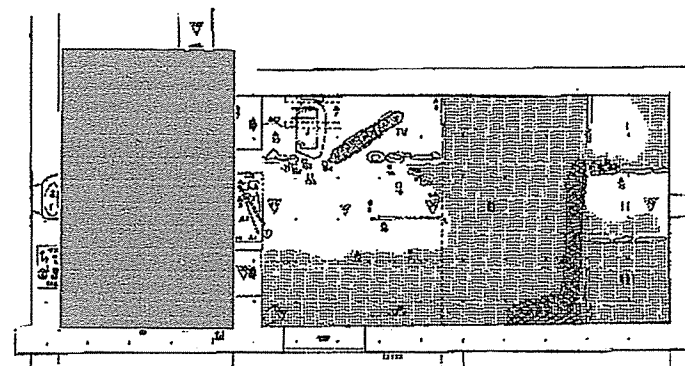
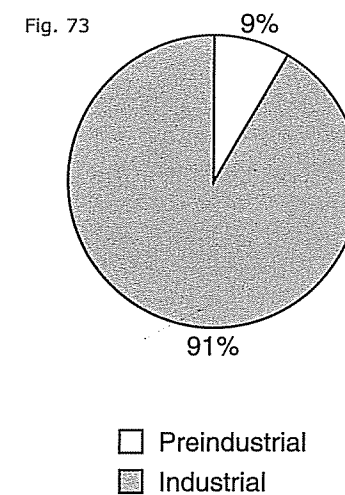
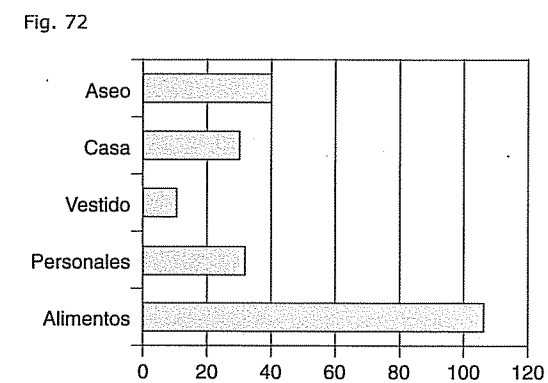
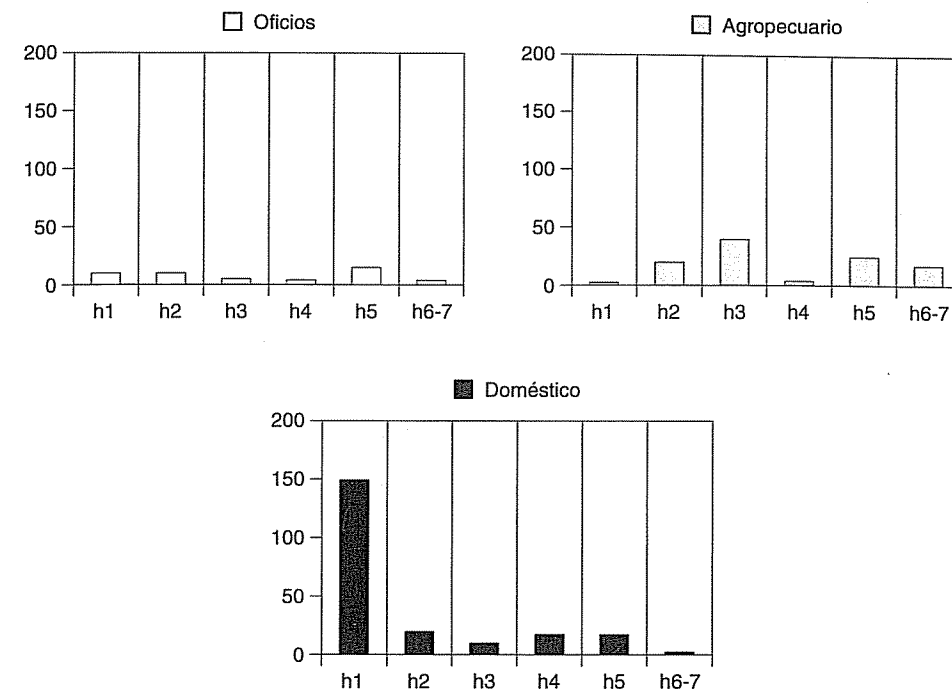
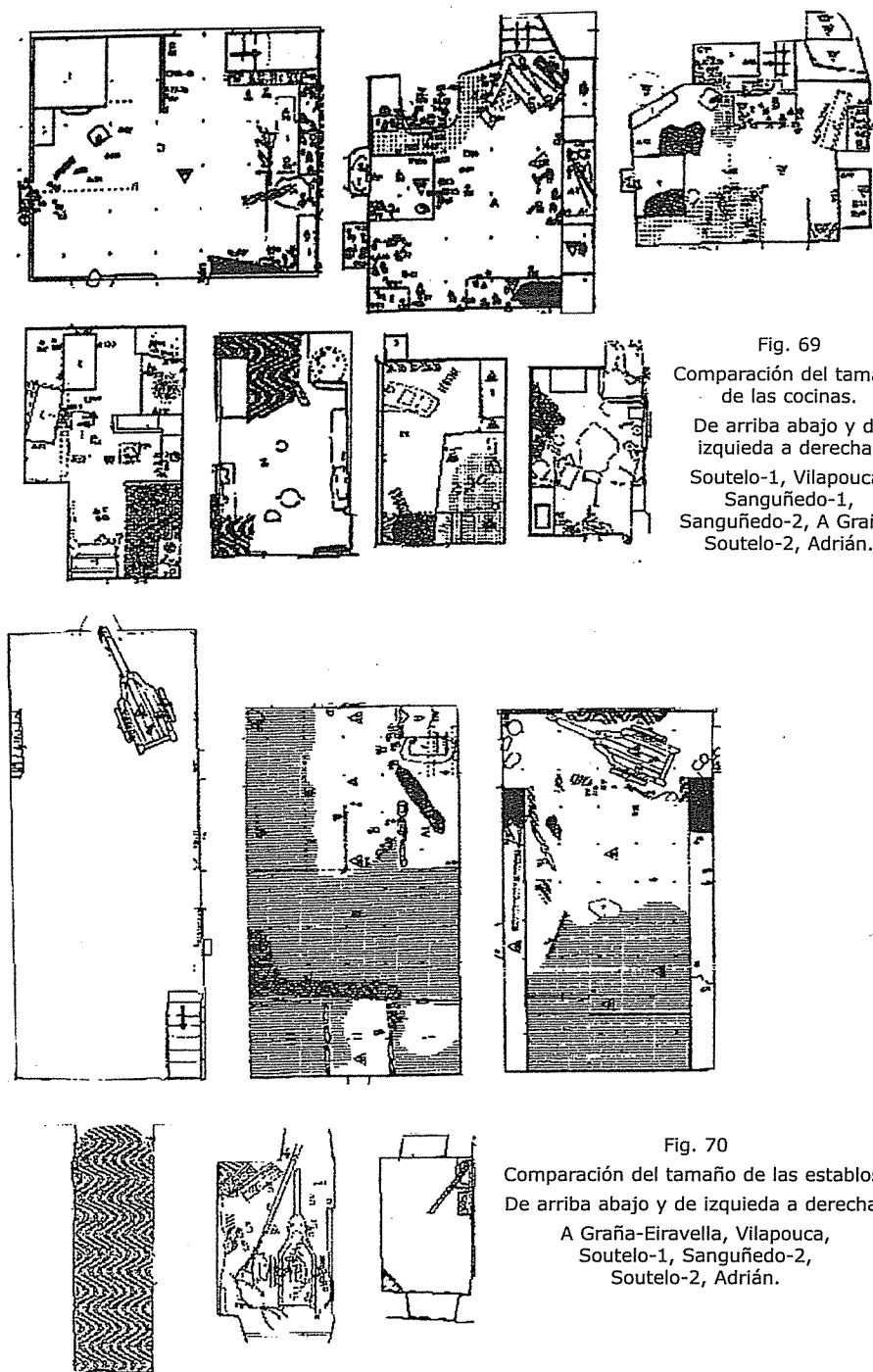


Fig. 68
Comparación de cocinas
(Soutelo-1;
Vilapouca,
A Graña-Eiravella).



Existe otro símbolo de cambio: las sillas. En Limeres, A Graña y Xisto aparecen sillas en la cocina. En Soutelo-1, Soutelo-2, Vilapouca, Sanguñedo-2, Adrián, etc. sólo encontramos bancos corridos, *escanos*, de piedra o madera. Los bancos se disponían en torno a la *lareira* y allí se comía, se charlaba o se trabajaba, frente al fuego común (como se ve en Sanguñedo-2, *in situ*). Nadie sobresale en este tipo de asiento. La silla por el contrario, es el equivalente a un trono (Johnson 1989: 201; Deetz 1996: 166). Su introducción, en algunas sociedades, sirve como marcador de estatus. En nuestro caso probablemente venga parejo al descenso del estatus de la mujer: en una mesa rectangular, el *petrúcio* que preside sale simbólicamente fortalecido.



f) Problemas de registro arqueológico: ausencias presentes y futuras

Algunos elementos de nuestro registro se encuentran infra-representados. Dentro de los cientos de casas visitadas, sólo hemos localizado restos alimenticios en tres estructuras (Soutelo-1, Vilapouca y Xisto): en los dos primeros casos se trataba de huesos de bovino y en el tercero de huesos y carne de cerdo. Los problemas que plantea esto arqueológicamente son considerables: sólo el ganado bovino se puede localizar de forma indirecta (por la aparición de *betillos*, *tomoeiros* de caucho, rejas de arado, remaches de carro, dientes de grada o *sachadeira*, cencerros, etc.). La presencia del ganado ovino podría adivinarse por los cencerros, pero éstos se confunden con los de las vacas y, sobre todo, los de los terneros. El ganado porcino carece de mobiliario vinculado. Sólo resulta posible su identificación cuando el espacio que se le dedica dentro de la corte (*cortello*) aparece delimitado por materiales no perecederos, como muros o grandes lajas (espacios I-III en Vilapouca). Las aves de corral resultan con frecuencia totalmente imposibles de identificar, dado que sus comederos están hechos en materia orgánica las más de las veces. Sólo cuando encontramos *pías* pequeñas de piedra podemos estar seguros de su existencia. En un caso arqueológico habitual —una vez que la materia orgánica se ha degradado— podría resultar imposible localizar más ganado que el bovino. El ganado caballar no ofrece problemas: estribos, espuelas, piezas de las sillas y las albardas se realizan en hierro, bronce y latón (pero el caballo no se utiliza como fuente de alimento).

Otras actividades desaparecen por completo del registro en el plazo de cinco años tras el derrumbe de la estructura. Así pudimos comprobarlo en el caso del locus 3 de Fixó de Pardesoa, un edificio comunal donde se encontraba el telar de la aldea y otros útiles para trabajar el lino. No hallamos rastro alguno de actividad relacionada con el lino. Sólo el *rastrero* y las cardas tienen elementos metálicos (púas) de todo el inventario de objetos utilizados en las labores de hilado y tejido. Por consiguiente, el edificio de Fixó, una vez desaparecido todo su mobiliario, habría pasado —en caso de ser excavado— por una estructura agropecuaria (*establo* y *pallar*). Otras actividades artesanales, por el contrario, no ofrecen problema alguno: los instrumentos del cantero se realizan todos en hierro y la gran mayoría de los útiles de carpintero, *zoqueiro*, serrador, herrero y zapatero tienen elementos metálicos.

Más grave es la pérdida (futura) de uno de los pilares de la interpretación; de los objetos personales y sentimentales no quedará traza alguna en el plazo de pocas décadas: cartas, fotografías, manuscritos, estampas religiosas desaparecerán devoradas por la humedad y la acidez del suelo. Sirva esto de *cautionary tale* (Yellen 1977: 8-10) a la hora de interpretar los abandonos arqueológicos.

• *Actitud conservativa y actitud no-conservativa. Reutilización de objetos*

Tres son las actitudes que pueden resumir el comportamiento de las personas hacia los objetos: *no-conservativa*, *conservativa* y *conservadora*. Por lo general, suele aceptarse la dualidad expuesta por Binford (1977) de *actitud conservativa* y *oportunista*. Hemos decidido no utilizar el término *oportunista*, traducción de *expedient* (véase Fernández Martínez 1994: 142), porque se trata de un concepto acuñado en y para contextos de tecnología paleolítica o equivalente y que de ninguna manera encaja aquí. A cambio introducimos el concepto *no-conservativo*, que es deliberadamente ambiguo, como ambigua es la relación de la gente con los objetos. La actitud conservativa es propia del Antiguo Régimen: nada se tira, todo se guarda; cristal, cerámica, cuero, madera, hierro pueden tener un uso futuro. La actitud no-conservativa es la del Capitalismo: el mobiliario se deja caer con las casas. No se acelera el proceso, pero tampoco se frena. Ya hemos visto como influye este comportamiento en la generación del desecho *de facto*. El ejemplo de los rarámuri (México) nos permite, a la inversa, entender la actitud no-conservativa. Las gentes de esta etnia se dividen en “bautizados” y “no bautizados”. Los segundos (*gentiles*) mantienen una actitud de resistencia hacia la hegemonía mestiza que se expresa mediante el uso de materiales arcaicos, como son el arco y las flechas o las mantas tradicionales (Levi 1998). El que un objeto se mantenga o sea desechado está condicionado tanto por el valor que se le otorgue (Hayden y Cannon 1983: 131) como por el número y la intensidad de significados culturales con que se relacione (Levi *ibid.*: 317), de forma que “el conservadurismo, en el caso de las gentes oprimidas, es también una lucha de resistencia dirigida a mantener los derechos sobre la toma de decisiones y sobre los elementos culturales propios” (Bonfil Batalla 1996 cit. en Levi *ibid.*: 318). El caso que nos ocupa, pues, sería el reverso exacto de los rarámuri *gentiles*: el rechazar todos los elementos del pasado es prescindir de la identidad y domesticar la historia.

La *actitud conservadora* se observa en el Antiguo Régimen como en el Capitalismo y a ella nos referiremos en el siguiente apartado. Implica un vínculo simbólico de la persona al objeto, que supera los factores estrictamente económicos, predominantes en la actitud conservativa.

Para las *actividades conservativas* contamos con un ejemplo especialmente significativo. No podríamos decir exactamente en que grado de abandono se encuentra el locus 1 de A Graña (fig. 74), aunque probablemente se pueda considerar un semiabandono de actividades muy restringidas. Se trata, sin embargo, de todo un catálogo de actividades conservativas del Antiguo Régimen: hierro, madera, vidrio y metal se encuentran por doquier en la estructura, pero principalmente encajadas en los muros. La costumbre de encajar objetos metálicos en los muros para su posterior reutilización es una costumbre que se advierte en Sanguñedo-1 también: entre las piedras

aparecieron dos rejas de arado. Se trata de un hábito común a toda Galicia y que puede deparar sorpresas: en Sobrado dos Monxes (A Coruña), fue descubierta una gran punta de lanza de empuñadura tubular, perteneciente al Bronce Final, dentro del muro de una finca³. En muchas casas se pueden observar una especie de *lacen* en el exterior donde se guardan toda clase de hierros, pero en donde por lo general se dejan las hoces después de trabajar (así en A Graña locus 1, A Trigueira-Lalín). El inventario de elementos encajados en las paredes de A Graña locus 1 son muy significativos: hierros de carro, hoces y botellas se cuentan también entre los objetos habituales en las demás casas estudiadas. Existe, además otro tipo de elementos conservados: tablas de madera para combustible, provenientes quizá de una casa dismantelada, una gran laja procedente de un cierre de finca, troncos secos de berza en el *chideiro* del carro y paja. Un *cortizo* con tapa de esquisto indica que el lugar aún se encuentra en uso.

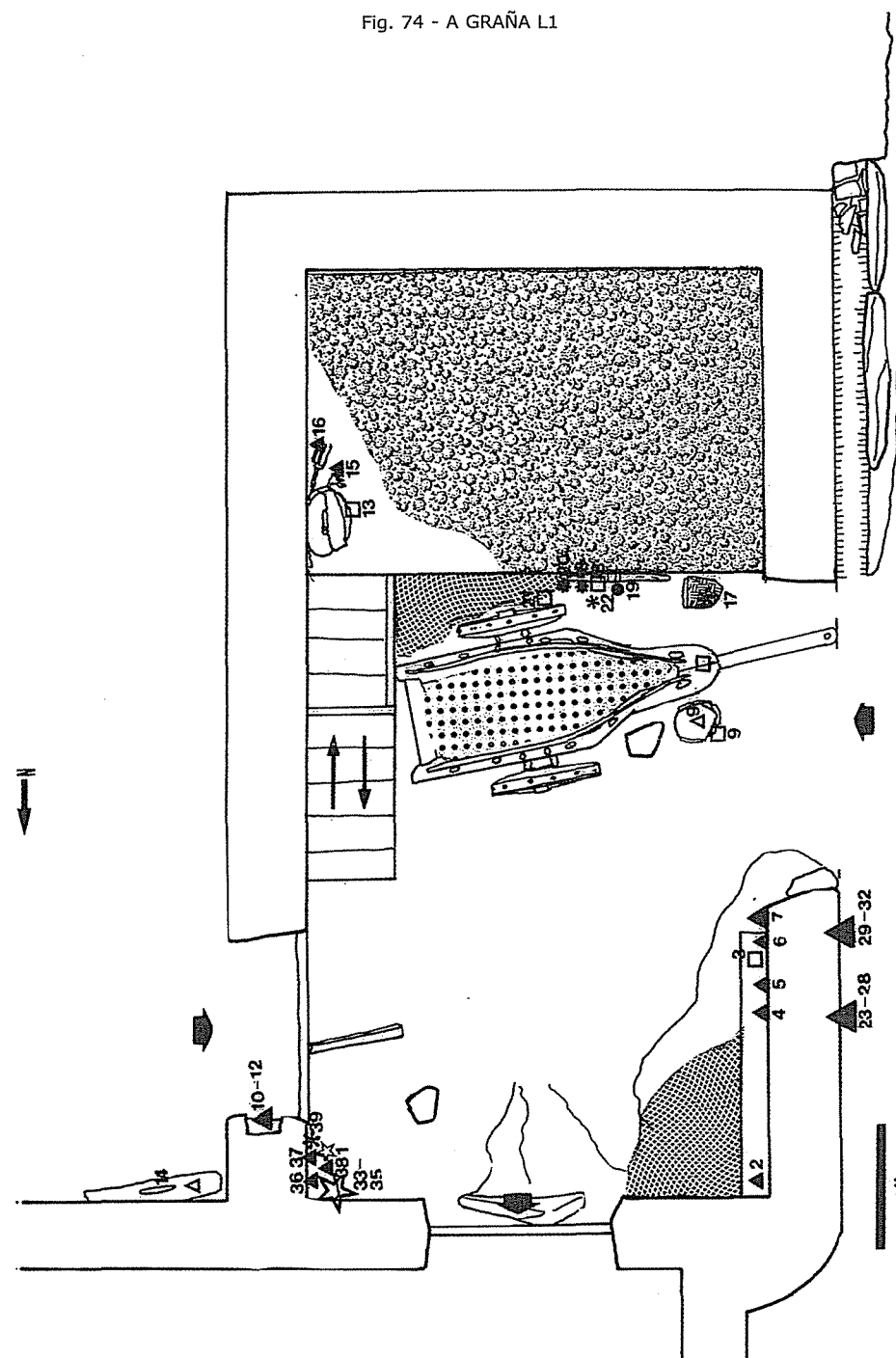
En el mismo edificio había también remaches y bisagras de ventanas y puertas. Estas piezas jamás se tiran: pueden incorporarse al portalón de una *corte* o a la de un hórreo (así en Pousada, Forcarei). La conservación de contraventanas de madera, bisagras y remaches alcanza su grado superlativo en A Graña-Eiravella. La habitación a la izquierda de la entrada (h-2) acoge decenas de estas piezas. El cuero tampoco se tira (el gran número de *zocos* localizados en las viviendas así lo atestiguan): también de aquí se pueden obtener bisagras para puertas de corrales o *cortellos*.

Las lajas de esquisto que forman las cubiertas de las casas son también objeto de reaprovechamiento por parte de los vecinos del lugar. Junto al locus 1 de A Graña, el muro de cierre de una finca está rematado con losas de algún techo desaparecido y en Doade, el bajo del edificio analizado (fig. 45) guardaba docenas de lajas de una techumbre apoyadas junto a la pared. Las tapas de los cortizos también proceden en buena medida de las lajas caídas del techo. Del lugar de Cerdeira de Abaixo (Irixo, Ourense) procede un buen ejemplo de actividad conservativa de la piedra: junto al muro de una casa tradicional se conserva, apilada, toda la cubierta de esquisto dismantelada de una vivienda vecina.

En nuestro primer trabajo (González Ruibal 1998: 179) cometimos un error al hablar de las reutilizaciones de elementos constructivos. Afirmábamos entonces que no existía el reaprovechamiento de estructuras antiguas como cantera, lo que atribuíamos a razones simbólicas. Aunque parte del razonamiento expuesto resulta correcto (el carácter sagrado de la vivienda que condiciona la relación de los individuos hacia ella), no es verdad que no se utilicen piedras pertenecientes a casas en ruinas.

3) La reutilización de objetos arqueológicos afecta también a otros períodos. Como en Centroamérica (cf. Lange y Rydberg 1972), también en Galicia se aprovechaban los molinos de piedra de los yacimientos pre y protohistóricos para moler cereal

Fig. 74 - A GRAÑA L1



El respeto a la propiedad, con todo, sigue existiendo: se reutilizan los mampuestos o sillares procedentes de una casa cuya ruina es vendida al constructor de la nueva vivienda o la del propio individuo que decide levantar otro edificio; tampoco se advierte el rápido y masivo saqueo identificado en otras sociedades (Lange y Rydberg 1972; Stevanovic 1997: 386), que lleva al desmantelamiento de la estructura abandonada en un sorprendentemente breve espacio de tiempo. En cualquier caso, el reuso del aparejo es una actividad frecuente, según pudimos saber de vecinos de A Graña (Forcarei) y Doade (Beariz). Las vigas, concretamente, son algo que desaparece con especial rapidez. En varias casas hemos podido observar vigas almacenadas (A Graña-Eiravella, Doade). En trabajo de campo posterior a la redacción de nuestro artículo observamos un buen ejemplo de reutilización de material constructivo. Se trata de la casa grande de Chedas (Lalín), en el límite de la Terra de Montes. Varios de los edificios tradicionales que formaban el conjunto tenían embutidos dinteles, jambas y cornisas procedentes de construcciones previas. En varios casos mostraban decoración (cruces latinas y del calvario, inscripción *IHS*, dibujos, etc.). En Morgade (Forcarei), la fachada de un edificio se construyó con las piedras de un hórreo, pese a la forma poco adaptable de éstas. No es raro que se deshaga un edificio, o parte del mismo, y se utilice el material en la construcción del siguiente, que ocupará el mismo solar. El cantero selecciona las piedras que considera adecuadas para su muro (generalmente las angulares, dinteles y jambas). Los mampuestos son menos reaprovechados.

La conservación y posterior reutilización de *items* metálicos revisten una importancia considerable dentro de las actividades conservativas, como hemos visto en el caso de A Graña locus 1. Si se contemplan los gráficos referentes a materias (fig. 75, 76 y 77) o los planos en que figuran las mismas se observará el elevado porcentaje de elementos de hierro y otros metales que hay (entre el 26 y el 55% sólo el hierro). Al pasar revista a los inventarios sin duda llamará la atención la cantidad de hierros del carro y hierros de la rueda del carro identificados. La explicación es simple: de aquí se podían obtener después *fouces*, *fouciñas* o *petas* –llamadores– (Liste 1991: 326). Estos remaches aparecen igualmente reforzando puertas de entrada a las *cortes*. Los clavos de carro (que figuran en los inventarios como *clavos +10 cm*) también se guardaban para diversos menesteres, como podía ser la construcción de herramientas (punzones: así el localizado en una vivienda de Soutelo entre *subelas* de zapatero y el de Sanguñedo-1, nº 36) y otro tanto sucede con las herraduras. Con estas últimas se fabrican llamadores, colgaderos o bien símbolos apotropaicos. En Carballás (Cerdedo), en la puerta de un establo se había trazado una cruz con cuatro herraduras. En Barro (Cerdedo) vimos una herradura usada como enganche de una *grade* de madera. Además del valor funcional, un informante nos dijo que servían para evitar las maldiciones de las brujas al campo gradado.

Fig. 75
SOUTELO-1

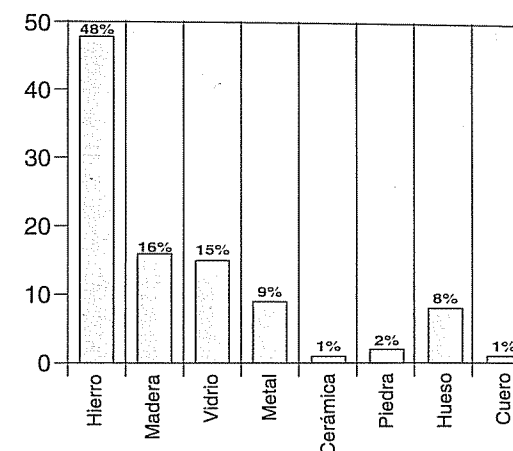


Fig. 76
A GRAÑA-EIRAVELLA

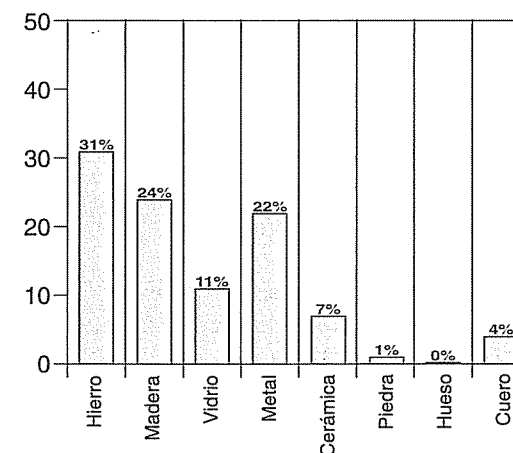
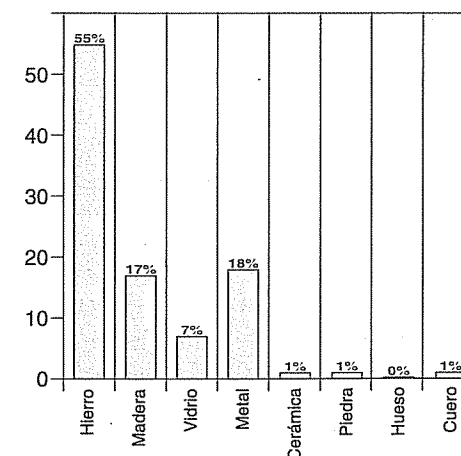


Fig. 77
CORREA



Las rejas del arado de madera que aparecen con profusión en las casas de Alvite (Beariz) y Coto da Mosca (Sanguñedo-Forcarei), gozan también de diversos usos. Liste (1991: 249) aporta un caso (de Aboal, Mondariz-Pontevedra) en el cual una reja de *besadoiro* se utilizó como *pedra das filloas*. Otra pieza del mismo apero (la argolla) servía como parte de una *gramalleira*. Otra parte del arado que se suele conservar es la *seita* o *sega*, una cuchilla que, colocada verticalmente sobre el hierro y sujeta al timón sirve para cortar la tierra y la vegetación (A Graña, Correa y Limeres). Los hierros de ventanas y puertas aparecen también con profusión en nuestros inventarios, puesto que pueden reutilizarse en contextos como los ya señalados (como hemos visto en A Graña Locus 1). Los cubiertos de peltre (fig. 78, Alvite-Beariz), también incustrados entre los muros de A Graña locus 1, tienen también usos variados: en algunos sitios se llegan a improvisar arpones para la pesca a partir de tenedores (X. L. Ladra, com. pers.).

Dentro de los *items* metálicos conviene distinguir el hierro de las aleaciones. El hierro es el metal del Antiguo Régimen por antonomasia: en los inventarios, cuando se advierte que los metales no férricos ocupan el sitio del hierro es que nos hallamos en contextos cercanos al Capitalismo. A Graña-Eiravella funciona aquí nuevamente de forma perfecta (fig. 79): se puede observar con claridad como el número de *items* metálicos es mayor en las habitaciones 1 y 2 (la primera culturalmente capitalista como ya vimos y la segunda plagada de intrusiones industriales), mientras que el hierro predomina en las demás (pasillo, alacena, habitaciones 6 y 7, todas ellas de carácter agropecuario tradicional). El paralelismo con la cantidad de objetos industriales y preindustriales (fig. 80) no ofrece dudas: las habitaciones 1 y 2 son las que acogen un mayor porcentaje de útiles capitalistas, mientras que la 3, 5, 6 y 7 contienen objetos tradicionales.

La reutilización de recipientes (botellas, cerámica, latas) es algo habitual en todos los casos etnoarqueológicos estudiados. Baer (1991: 11) advierte entre los habitantes de Sonora (México) el reuso de latas y recipientes diversos como macetas, mientras que los sacos de harina también se conservan tras su utilización original. La autora llama la atención sobre el error en que se puede caer si se interpreta la deposición final de estos objetos como consumo alimenticio. También Rothschild et al. (1993) advierten sobre esto. En general, cualquier análisis espacial de una vivienda abandonada muestra un elevado número de recipientes vacíos guardados para posteriores usos. Nuestro gráfico de la serie "alimentos" (fig. 81) muestra el alto porcentaje del total que representan los contenedores, en la mayor parte desligados ya del contexto alimenticio y relacionados con actividades conservativas. El cristal tiene un valor especialmente elevado en zonas que, como Terra de Montes, carecen de alfares. La cerámica procedía de los ourensanos, como Niñodagua (cuyas producciones hemos localizado en Adrián, A Graña, Alvite, Sanguñedo-1, etc.), a más de ochenta kilómetros de nuestra zona.

Fig. 78

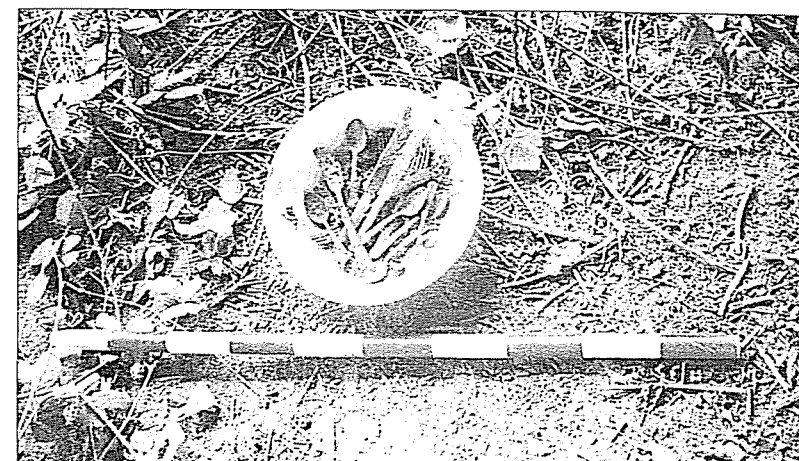


Fig. 79

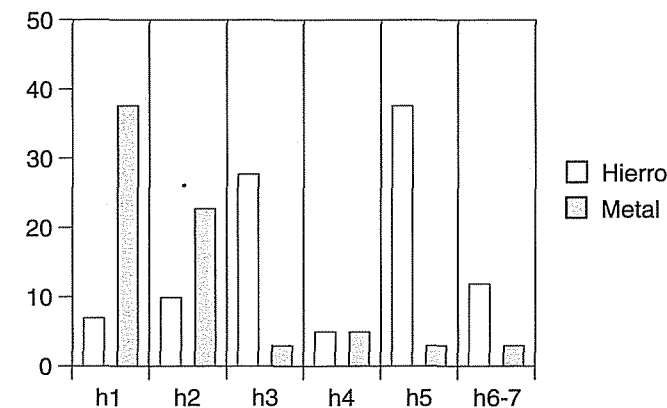
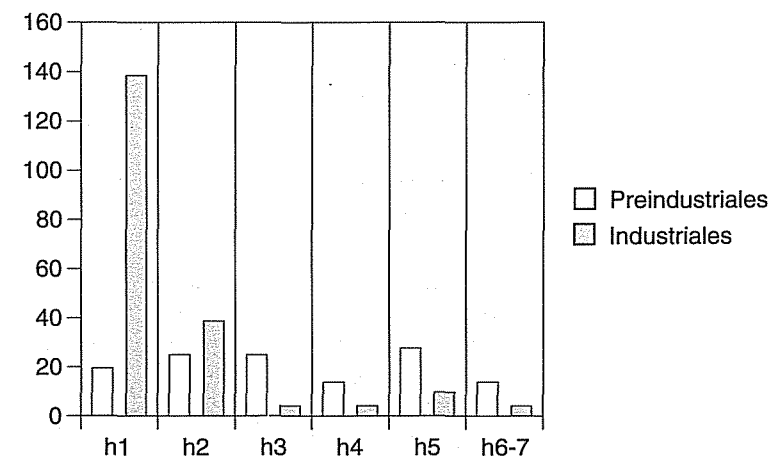


Fig. 80



No resulta así difícil de entender el porqué se conservan dos jarras deterioradas en la alacena de A Graña (h-5, fig. 82, fig. 83). Sintomáticamente, aparecen junto a botellas y latas. Los recipientes de madera y metal sustituyen a los de cerámica (fig. 84) hasta el siglo XVIII en la mayor parte de Galicia (lo que sucede en los Estados Unidos también, Deetz 1996: 79-80) y la tradición de la vajilla de madera torneada no se abandona hasta este siglo. En los gráficos de materiales se puede observar cuan escasa es la cerámica (y la porcelana), en comparación con el vidrio: Soutelo-1 1%, Vilapouca 4%, Sanguñedo-1 5%, Sanguñedo-2 2%, Alvite-1 2%, Alvite-2 2%, A Graña Eiravella 7% y Correa 1% son los porcentajes de cerámica, mientras que el vidrio aparece representado en un 15% en Soutelo-1, 13% en Vilapouca, 16% en Sanguñedo-1, 30% en Sanguñedo-2, 2% en Alvite-1, 18 % en Alvite-2, 11% en A Graña, 7% en Correa y 10 % en Adrián. El cristal es un media de cinco a seis veces más abundante que la cerámica. Vuelve a ser en A Graña donde el esquema cambia: no es concebible una vajilla de madera en el mundo capitalista, cuando adquirir una de porcelana resulta tan económico.

La reutilización del cristal es un fenómeno corriente desde que se generalizó durante el siglo XVIII. Esta costumbre podría explicar casos de arqueología moderna y contemporánea como los planteados a Bredwah-Mensah y Crossland (1997: 65) y Leone et al. (1997: 114). En el primer caso, los autores conocen la existencia, por los documentos, de un hospital en la plantación danesa en Ghana que investigan; sin embargo, no aparecen frascos de medicinas. En el artículo, no obstante, se recogen los dibujos de varias botellas de bebidas alcohólicas, las cuales podrían haber servido para contener sustancias medicinales. Al caso contrario se enfrentan Leone y su equipo: en sus excavaciones de Annápolis documentan un número extraordinariamente elevado de botes de medicinas. La conservación, en este caso, puede tener otro significado: en A Graña-Eiravella y Sanguñedo-2 aparecieron decenas de recipientes de productos farmacéuticos (sintomáticamente en dos lugares donde el capitalismo ha hecho su entrada). Por lo que sabemos, los vecinos de Terra de Montes tienen cierta propensión a adquirir las medicinas que les prescriben los especialistas de la salud y después a guardarlas religiosamente sin hacer uso de ellas (prefieren recurrir a los medios tradicionales). Esto puede generar un volumen considerable de medicamentos que nunca se deciden a tirar (porque han costado un dinero). El hecho de que se haya pagado para obtener algo es una cosa que se debe tener muy en cuenta en las sociedades de tipo preindustrial. Debemos recordar que tratamos con individuos autárquicos o casi autárquicos, acostumbrados a proporcionarse todo lo necesario para vivir. Cuando salen de su propio círculo productivo y adquieren un elemento extraño, no se desharán de él fácilmente, aún cuando su conservación suponga más una desventaja que un beneficio.

Fig. 81

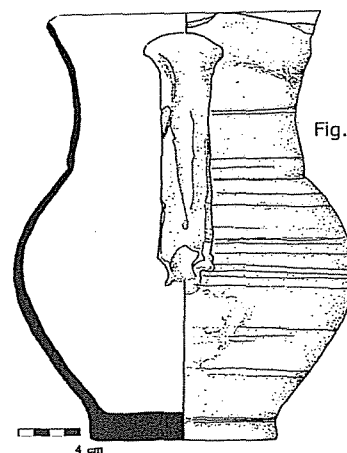
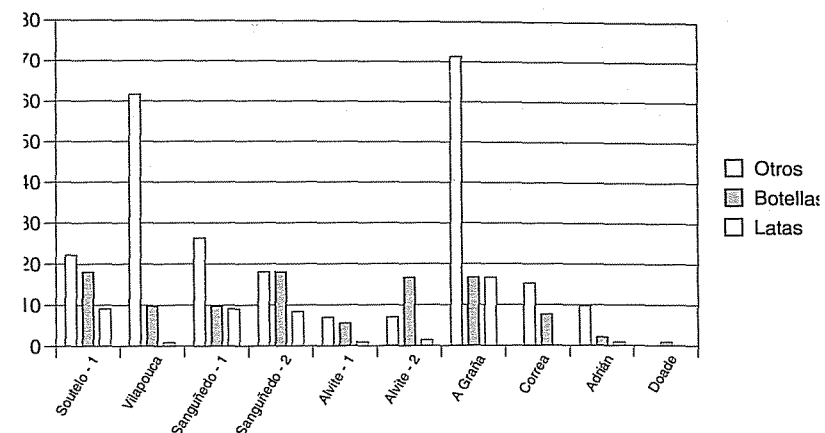


Fig. 82

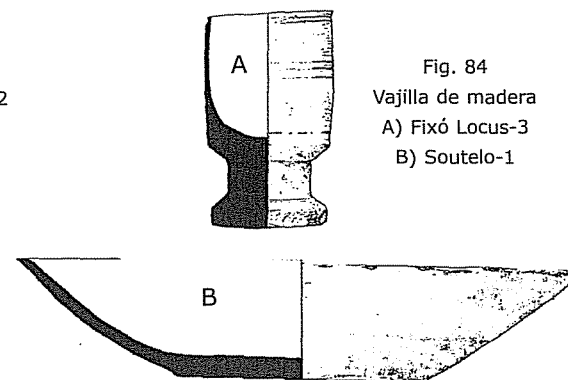
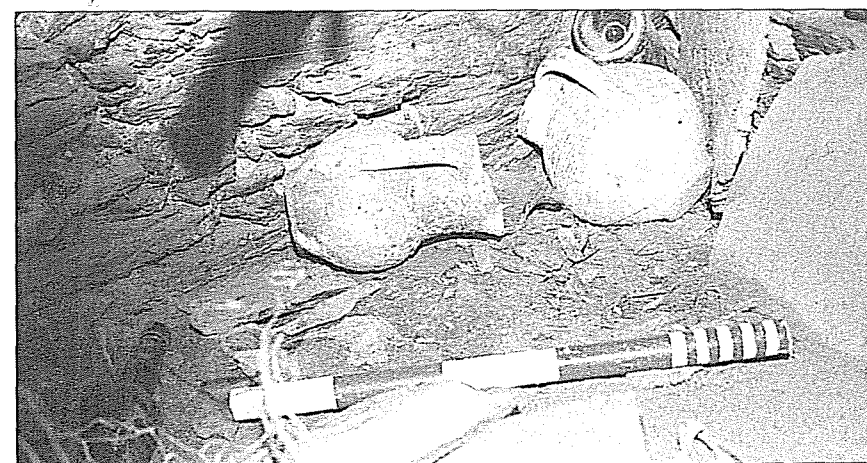


Fig. 84
Vajilla de madera
A) Fixó Locus-3
B) Soutelo-1

Fig. 83



La idea de valor es relativa culturalmente (Moore 1982: 76). Así pues, cuando vemos un recipiente de vidrio o una jarra de cerámica, por vulgares que a nuestra mentalidad se muestren, debemos pensar que nos encontramos ante un objeto (relativamente) preciado. Y más que por el dispendio económico en sí, por el hecho (cognitivo) de tener que salirse de la autoproducción.

Las latas son un tipo de contenedor extremadamente abundante en nuestro registro, como se puede observar en los inventarios. Como las botellas y otros contenedores (cajas) es el elemento más habitual de los abandonos permanentes (véase Stevenson 1982 y Joyce y Johanessen 1993). Salvo que se especifique lo contrario, las de nuestras listas son siempre de aceite (en ocasiones la corrosión impide asegurarlo con total certeza), que era, con la sal (como ya se ha dicho), una de las pocas mercancías alimenticias adquiridas por el campesino fuera de su comarca. Como todo producto ajeno a la zona, las botellas de vino y la cerámica, los contenedores de aceite tenían una muy longeva existencia. Sus posibilidades de reaprovechamiento eran aún mayores que las de los otros dos recipientes. El mejor ejemplo lo ofrece, sin duda, la *eira* de hórreos de Pousada (Forcarei, fig. 85), a la que ya nos hemos referido. Latas de aceite, de conservas e incluso botes de spray tapan agujeros y refuerzan tablas en estos hórreos. El flexible metal de las latas multiplica las posibilidades de uso: cierres de fincas, techos de alpendres, balcones de los corredores, chapas para los yugos, refuerzos para las *uchas* se benefician de esta actividad conservativa propia del Antiguo Régimen. Los individuos mañosos son capaces también de fabricar candiles a partir de las latas (X. L. Ladra, com. pers.).

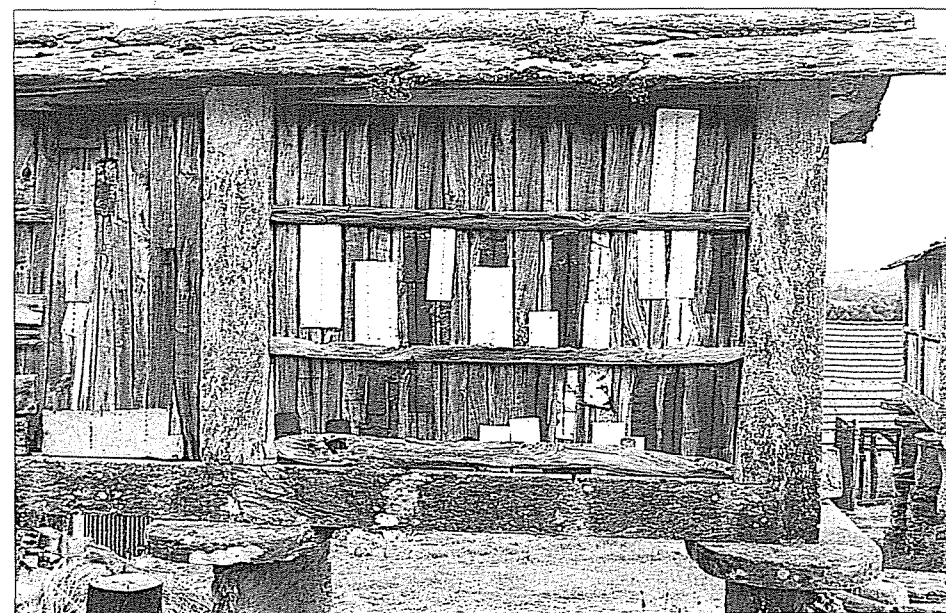
Curiosamente, en muchos de los casos analizados en la bibliografía entoarqueológica de gentes supuestamente *primitiva*, como los rarámuri, los campesinos iraníes y mexicanos y los cazadores inuit, el uso del plástico y otros elementos industriales está extraordinariamente extendido. En nuestro caso, el cristal y las latas tienen una importancia mucho mayor como útiles reutilizados (elementos más *tradicionales* o más semejantes a los tradicionales). Por otro lado, si comparamos el porcentaje de *items* industriales y preindustriales en los ejemplos etnoarqueológicos estudiados por los anglosajones con los analizados por nosotros, se podrá comprobar que en Galicia el porcentaje de preindustriales es más elevado que entre sociedades de tecnología simple y supuestamente menos complejas que la rural gallega.

Existe una actitud conservativa muy próxima a la no-conservativa pero que es propia de la mentalidad tradicional. Se trata de la que caracteriza a la idea del *Eterno Retorno*. La concepción histórica de la gente del campo en nuestra zona parece cíclica. Más que un progreso unilineal e indefinido, creen en un devenir zigzagueante: pueden volver los tiempos del arado y el yugo. No conviene, por ello, deshacerse de los aperos tradicionales. Se teme, sobre todo, que puedan desaparecer las pensiones –que se consideran un frágil regalo. Una vecina de Quintelas, al quejarse de que la gente joven no

trabaja ya en el campo y se dedica a la vida muelle y a perder el tiempo, decía que a lo mejor tendrían que volver a labrar la tierra de viejos. Una habitante de Arnelas (Irixo) contaba que en el pueblo conservaban todo los instrumentos antiguos pero que de ninguna manera se desprendían de ellos, por si volvían malos tiempos. Así se explica que encontremos alpendres o establos, pertenecientes a viviendas habitadas, donde se acumulan *grades*, arados, *peladeiras*, *solíños*, etc.

En el fondo, se trata de una actitud más simbólica que funcional: los aperos suelen agonizar en las leñeras o se pudren en *pallares* abandonados. Resulta difícil desembarazarse de los símbolos del Antiguo Régimen, de otra vida, de las raíces. Es diferente a la actitud no-conservativa del Capitalismo. Ésta puede ser francamente despreciativa hacia los objetos del período anterior, pero puede ser también simplemente de desidia o desentendimiento. Un habitante de Vigo, Pontevedra o cualquier otra ciudad gallega, descendiente de labriegos o él mismo campesino en su infancia y primera juventud, siente la tecnología tradicional como algo ajeno y sin sentido. Así como el individuo que cree en el Eterno Retorno mantiene un diálogo con el Antiguo Régimen, al cual no ha dejado de pertenecer –al menos en la mentalidad–, el individuo capitalista habla un idioma diferente, no entiende –ni pretende entender– el mensaje tradicional. O bien no interpreta el mensaje (actitud de desidia) o bien lee un mensaje negativo de atraso y pobreza (actitud de rechazo).

Fig. 85



• *Actitud conservadora*

Utilizamos el término *actitud conservadora* para diferenciarla de la actitud conservativa definida por Binford (1977). La actitud conservativa tendría un carácter más funcional y económico o al menos su práctica se atribuiría a razones funcionales y económicas, como hemos visto. En la actitud conservadora priman las intenciones simbólicas sobre las funcionales (económicas). En el fondo se trata de una función diferente (religiosa, apotropaica, mágica, mnemotécnica, estética, etc.). Según Schiffer (1987: 32), la actitud conservadora supone un cambio de la función técnica a la socio o ideotécnica en el elemento material. Aunque con esto sigue considerando que lo ideotécnico y lo sociotécnico no son funcionales, es cierto que la actitud conservadora subraya los factores simbólicos del objeto.

Akin (1996: 103) señala que no hay una división estricta entre un elemento "en uso" y otro que es coleccionado. Dos ejemplos de la autora resultan útiles para nuestro caso: se trata de un coleccionista de libros y un técnico que acumula herramientas curiosas o antiguas pertenecientes a su propio trabajo. Según la definición de Schiffer, ni el primero leería los libros antiguos que adquiere, ni el segundo utilizaría los instrumentos coleccionados, lo que sólo en ciertos casos sucede. La actitud conservadora, de este modo, se puede observar en todas las sociedades, desde las de tecnología más simple a las más complejas: la recolección de conchas, minerales, útiles antiguos, etc. (en ocasiones por mero placer estético) a lo largo de todas las épocas y todas las culturas responde a un comportamiento conservador. También lo es la conservación, a lo largo de generaciones, de un casco de bronce griego por parte de un tartesio o de una cratera ática por un ibero. Nuestro desconocimiento de la escala de valores de otras sociedades nos hace difícil saber hasta qué punto una actividad es conservadora o conservativa, aunque parece lícito suponer que las dos piezas señaladas serían objeto de especial cuidado por sus dueños, que obtenían de ellas algo más que ventajas funcionales.

Akin (1996: 108 y ss.) señala distintas razones que llevan a un individuo a coleccionar, algunas de las cuales son susceptibles de aplicación a nuestro caso. Una de las razones es la "satisfacción de un sentido de la estética personal". Ésta viene determinada por la cultura y las convenciones sociales correspondientes, de tal forma que el coleccionismo de aperos tradicionales para los antiguos campesinos resulta tan extraño e incomprensible como para los compatriotas de Akin el de "objetos quemados" o "saleros en forma de cerdo". El labriego tradicional apreciaba la estética de sus instrumentos de trabajo, los cuales se adaptaban a un sentido de las proporciones y de la medida (como ha demostrado Liste 1991). El acceso al mundo capitalista, sin embargo, conlleva el rechazo de la estética de los productos artesanales frente a los industriales, lo cual se refuerza, además, por los motivos ya expuestos (vinculación metonímica de los objetos al duro trabajo preindustrial).

No obstante, y pese al cambio cultural, existen algunos aperos que sí son objeto de una actitud conservadora (no coleccionista) entre los habitantes de Terra de Montes: los yugos. El hecho de que se conserven obedece a razones no estrictamente estéticas, aunque éstas juegan un importante papel (pues son precisamente los yugos uno de los escasos elementos de la cultura material gallega que soportan decoración). Las razones que explican que sufran la desaparición en menor medida que otros útiles son similares a las de los samoanos que coleccionan hamacas: las características de la manufactura y la historia de su posesión, que resultan –como en el caso de los yugos– difíciles de distinguir para los ajenos a la cultura en cuestión. Los yugos suelen ser objetos personalizados, tanto por la factura como por la existencia de iniciales o símbolos particulares grabados en el apero (yugos conservados en Portomartín, Lalín, fig. 86).

La relación de los antiguos campesinos con los objetos que no acaban de destruir ni de conservar resulta en esencia semejante a la del coleccionista: es lo que Akin (*ibid.*: 110) denomina el "coleccionismo para el control o el sentido de completitud". A través de la metáfora del instrumento poseído, el individuo posee (controla) el pasado. Se hace, por tanto difícil desprenderse de él, tanto como conservarlo: el resultado es una actitud ambigua que no cede el control sobre los objetos. Es un comportamiento comparable a la del coleccionismo de piezas pertenecientes a amerindios por parte de los colonos blancos (Hinsley 1993: 111). La *grade* abandonada delante de una casa gallega goza de la misma capacidad semiótica que las puntas de flecha en la vitrina de un museo estadounidense: es una demostración de poder (sobre uno mismo y su pasado en el primer caso, sobre otros y su pasado en el segundo). Esta actitud se combina, en nuestro caso, con la del "coleccionismo para conectar con el pasado" (Akin *ibid.*: 112). También se puede relacionar con el "coleccionismo para el provecho" (del capital simbólico). Como se habrá podido observar, el concepto de conservación no tiene porque tener nada que ver con el nuestro: el citado ejemplo del *chideiro* en proceso de destrucción natural pero conservado por su valor simbólico resulta elocuente en este sentido. También parece evidente que la actitud no-conservativa y la conservadora en la línea descrita son muy similares: la primera sería la adopción por el Capitalismo de un comportamiento preindustrial (que le cuesta desprenderse de cualquier tipo de bien y tiende a acumular) y, sin embargo, aunque el resultado final de la actitud sea el mismo (la lenta desaparición del artefacto), en el segundo caso existe un fuerte vínculo sentimental positivo, que en la actitud no-conservativa es negativo o neutro (aunque en la actitud conservadora el sentimiento negativo no está ausente, como ya hemos señalado).



Fig. 86

En el registro material de las casas estudiadas encontramos elementos objeto de actitud conservadora (que no coleccionista) pertenecientes a tres ámbitos: el familiar, el religioso y el militar. Al primero pertenecen las fotografías y cartas de miembros de la familia: en el caso de Adrián las imágenes estaban fechadas en 1927 (cuarenta años antes, al menos, de que se abandonara la vivienda). Un *curriculum vitae* de los años 50, postales y felicitaciones de Navidad de emigrantes de Ultramar, un papel donde figuran las veces que la vaca ha sido llevada a ser fecundada por el toro, la lista de casas atendidas por una lechera, etc. son elementos personales (aparecidos en edificios analizados) que se conservan –por individuos del Antiguo Régimen– mucho tiempo después de haber perdido su función primigenia. Las estampas de santos, devocionarios, cruces, rosarios, reclinatorios y demás elementos de carácter religioso tienen también una larga vida (sólo parcialmente útil), quizá por cierto respeto hacia lo que representan.

Especial interés revisten los objetos que recuerdan el paso de su dueño por el servicio militar. A este ámbito pertenecen cuatro piezas: dos cantimploras (Codesás locus 1; A Graña-Eiravella), una hebilla de cinturón (A Graña-Eiravella) y dos fotografías (Adrián; Soutelo locus 3). Las cantimploras (de baquelita) son de los años 40, al igual que la hebilla del cinturón, y las fotografías, una de los años 20 y otra de los 50. El servicio militar obligatorio representaba un rito de paso importante en la Galicia rural, como en otros lugares de la España y Europa. Como la emigración (en el fondo era una especie de emigración), representaba la transición a la vida adulta.

Debido a su significación, es comprensible que los antiguos reclutas se llevaran, de vuelta al hogar, objetos que testificaran sobre su paso por el Ejército. Se trata de un “coleccionismo para el provecho” –según término de Akin–, que otorga un claro capital simbólico al individuo en el seno de la comunidad en la que vive. Dicho capital aparece gracias a la descontextualización (Akin 1996: 120) que revaloriza el objeto: una cantimplora militar en un cuartel no significa nada en absoluto, no es más que un recipiente donde transportar agua; por el contrario en una aldea de los Montes do Testeiro es un símbolo de madurez e independencia, una demostración de conocimientos ocultos (otras gentes, otros lugares, trabajos exóticos) y un objeto realizado en un material extraño –por lo tanto, digno de especial aprecio.

• Mujeres y cultura material

El estudio del género, que se suele enmarcar en la arqueología feminista, cuenta con una corta existencia (Conkey y Spector 1984). Sin embargo, dentro de las nuevas arqueologías surgidas al calor de la teoría post-procesual es una de las que ha ofrecido frutos más interesantes. También en el campo de la etnoarqueología y la cultura material existen trabajos importantes referentes al papel de las mujeres (Donley 1982 y Moore 1988).

En el caso gallego, el estatus femenino reviste un carácter específico dentro de la Península Ibérica. En el Noroeste, los hogares tienen una larga tradición matrifocal (Brogger y Gilmore 1997: 213; “matricentral”: Brettell 1986: 9), debido a la migración masculina, estacional o de larga duración (Brettell *ibid.*), lo que ha generado una posición especialmente destacada de la mujer, encargada, desde antiguo, de desarrollar toda clase de trabajos, además de los puramente domésticos (Saavedra 1994: 128), y le ha permitido escapar del control patriarcal, un fenómeno que se constata en varias culturas en transformación actuales (Maloka 1997: 101). En este contexto el poder de la madre/suegra (Méndez 1988) no tiene parangón en las sociedades mediterráneas. Lisón (1979: 249) exagera cuando afirma que el poder de la mujer en Galicia es absoluto. La población femenina, como en todas las culturas de Occidente, ha sufrido siempre una situación de inferioridad respecto al hombre. Esa inferioridad, sin embargo, tampoco es la que dice observar Méndez (1988). Esta autora confunde aspectos del Antiguo Régimen con otros propios del Capitalismo y los paralelos que propone para el caso gallego son extraídos de culturas mediterráneas, como la griega, claramente patriarcales y muy diferentes de la sociedad que nos ocupa. Podemos asegurar que la población femenina ha tenido un estatus y un poder en el Noroeste considerablemente mayor que el que han disfrutado (o más bien sufrido) las mujeres de otras zonas de la Península Ibérica, pero no debe olvidarse que hablamos en términos relativos, no absolutos.

Méndez (1988: 172) habla del género femenino como si no hubiera más que una idea de mujer en todas las culturas europeas, cuando Laslett (cit. en García Martín 1989: 126), entre otros, distingue –sólo para la Edad Moderna– cuatro tipos de familias (que suponen una condición diferente de lo femenino) en el Viejo Mundo: occidental, medio-central, mediterráneo y oriental. Afirma que el territorio masculino es colectivo y el de las mujeres privado e individual, pero con certeza los hombres del campo gallego no podrían pedir “que la mujer imite a la Virgen María, que no salía de su casa para charlar a diestro y siniestro”, como escribía un noble toscano a fines de la Edad Media (cit. en De la Roncière 1991: 287). Las campesinas gallegas pasaban –por razones económicas– más tiempo fuera que dentro de la casa-edificio. Concibe, sin duda bajo la influencia de la escuela francesa, una sola sociedad campesina (*société paysanne*, cf. Segalen 1980) homóloga y apenas variante. Las diferencias, como observan Brogger y Gilmore (1997), sólo en la Península Ibérica ya son marcadas, especialmente entre el norte y el sur (tanto en España como en Portugal).

El hecho de que no haya una imposición androcéntrica y patriarcal semejante a, por ejemplo, la que se da en la sociedad tradicional andaluza hace difícil distinguir a la mujer en el registro. Lo que en otros lugares es tarea exclusivamente masculina, en nuestro caso forma parte, también, de las tareas adscritas al género femenino. Sin embargo, es posible apreciar en la cultura material el papel que tienen las mujeres. Podemos dividir los ejemplos en dos grupos: aquellos que nos hablan del trabajo de la mujer y los que nos manifiestan su sumisión al hombre.

El primer grupo lo ilustran tres fenómenos perfectamente visibles (etno)arqueológicamente: el desorden, la falta de ornamento doméstico y la distribución de los *items* y espacios femeninos. Segalen (1980) advirtió para el caso de la Francia preindustrial, que el trabajo de limpieza de la casa-edificio ocupa un lugar secundario, puesto que el primer lugar pertenece al trabajo agrícola y el cuidado de los animales. En Galicia sucede lo mismo y a partir de 1860, con el auge de la emigración, las labores de mantenimiento de la vivienda se reducen a mínimos frente a las actividades de supervivencia que descansan por completo sobre la mujer sola. Ya hemos señalado el gran desorden que caracteriza nuestros edificios del Antiguo Régimen. Los objetos pertenecientes a diversos episodios de actividad se acumulan lo que permite la preservación de tareas en ocasiones muy antiguas. El contexto sistémico ya señalado de Quintelas (Forcarei) nos sirve como elocuente ejemplo de lo que aquí decimos. El hombre de la casa se encuentra en paro y corresponde a la esposa/madre desarrollar la mayor parte de las actividades que permiten la supervivencia de la familia. Esto explica la falta de orden que reina por doquier. Como se puede observar, nunca existe una sola razón que explique la disposición de los objetos: actitud conservadora, conservativa, posición de la mujer,

posición económica de la familia, convenciones culturales implícitas (del Antiguo Régimen) interactúan en la configuración del registro (etno)arqueológico.

En relación con el intenso trabajo que debe llevar a cabo la mujer se puede explicar la falta de ornamento de la casa: al contrario que en las viviendas del sur de la Península Ibérica, en las del Noroeste no existe decoración alguna. Sólo algunas telas llevan decoración, de carácter geométrico las más de las veces, y muy sencilla. Las labores del campo no dejan tiempo para actividades superfluas. El hecho de que desempeñen un trabajo pesado y largo que en otras regiones corresponde a los hombres no es algo solamente desventajoso: su papel productor les otorga un estatus del que carecen sus homólogas meridionales. Ese estatus implica, entre otras cosas, una libertad mayor (dentro de la relatividad que impone la subordinación al *petrúcio*).

Esa libertad se refleja, de forma material, en la dispersión de los artefactos femeninos por antonomasia: los relacionados con el trabajo del lino. En los aspectos tanto materiales como no del tejido se advierte claramente *la realidad y el deseo* del mundo labriego campesino en Galicia. El trabajo del hombre y de la mujer aparecen metonímicamente concebidos por el campesino (al menos por el varón) por dos símbolos: la azada (o el yugo) y la rueca, respectivamente, objetos que significan, además, el mundo exterior y el interior: *Mal anda a casa onde a roca manda na aixada; mentres ande na eira o xugo, que ande na casa o fuso* (cit. en Gil de Bernabé 1992: 120). Si es éste el deseo, la realidad resulta bien otra: ni la mujer permanece en casa ni le son ajenas las labores de la labranza (se puede observar así lo engañoso que puede llegar a resultar el lenguaje verbal). Bien lo sabe la vecina de Quintelas que nos decía, octogenaria, “eu xa seguei a miña parte” (por mucho que la siega también sea una actividad vinculada al hombre). La actividad fundamental en el proceso del tejido es el *fiadeiro* (filandón), cuando las vecinas se reúnen a trabajar en casa de una de ellas con la rueca y el uso, lo que supone un sentimiento de comunidad entre las mujeres “cunha suma de símbolos, personaxes, alegorías, sinais, amores, mitos, ritos e fatigas” (Gil de Bernabé 1992: 65). El *fiadeiro* representa un espacio de poder y libertad para la mujer: participan varias personas, con lo que ello tiene de factor de cohesión y sociabilidad; es un espacio igualitario (el que se dispongan en círculo o semicírculo no es algo casual); no se encuentran constreñidas en una habitación, cualquier espacio libre puede servir para llevar a cabo la tarea; los hombres, por último, se encuentran aquí en posición subordinada (y el filandón es una forma de crear parejas): se acercan a las mujeres e interactúan en situación de inferioridad.

Los hombres intentan someter el trabajo del tejido simbólicamente, de ahí algunos refranes como los transcritos, pero la dominación real no llega hasta la desaparición de las tareas artesanas del tejido. Un hombre no puede evitar los filandones si cultiva el lino, pero puede decidir dejar de cultivarlo:

un vecino de Abelaíndo (Cerdedo) nos dijo que al poco de casarse (en los años 40), al ver el complejo procesado de la fibra y que “traballábase todo de noite”, optó por abandonar su cultivo (lo cual significa un paso más en la dominación de la esposa, alejada de uno de los más importantes mundos de sociabilidad femenina). La sala de fiestas irá sustituyendo los *fiadeiros* y los *muiños* (molinos) como lugares de emparejamiento o relación de ambos sexos. Se trata de un espacio ya puramente lúdico (y en este sentido claramente capitalista) y androcéntrico. La habitación cuadrada implica unos hábitos totalmente distintos a la igualdad y cohesión que se establecía con el círculo del *fiadeiro*. La comunidad femenina ha sido desestructurada y sus solidaridades se han visto debilitadas con la reafirmación del hombre.

En el registro etnoarqueológico el lino aparece representado por varios artefactos: mazas, *espadelas*, *espadeleiros*, *rocas*, *fusos*, *mallos* y *restrelos* son los elementos que hemos descubierto abandonados y que podemos ligar a esta actividad. Al contrario que en las sociedades patriarcales, como la griega, romana o ibérica –por poner tres ejemplos mediterráneos y antiguos–, en nuestras viviendas los instrumentos de trabajo femeninos no aparecen concentrados en una sola habitación (símbolo de reclusión). El mayor o menor grado de concentración vendrá dado simplemente por la mayor o menor especialización de la tarea (*vid. supra*). En Soutelo-1 los instrumentos

del lino (una maza y un *espadeleiro*) aparecieron en un pasillo del piso superior. En Vilapouca también en el piso superior, en una habitación multifuncional por lo demás considerablemente masculina (había elementos de zapatero y carpintero). En la misma planta aparecieron en Penalva (Forcarei) dos mazas, una de las cuales había caído en el establo. En Sanguñedo-1 las mazas aparecieron en el piso inferior, en un *cortello* y en una habitación multifuncional (la primera puede que procediera del piso superior, de un espacio indeterminado). En Limeres localizamos el *ripo* parte en el *faiado* y parte en un pasillo, mientras que la carda de lana apareció colgada en el pasillo de entrada a la casa, junto a un *espadeleiro*. En Adrián descubrimos un *fuso da lá* en la cocina. En A Graña-Eiravella había dos *espadeleiros* en el *faiado*, una maza y dos *espadelas* en una habitación y una rueca, un huso (fig. 87) y un cuero del mayal en otra (fig. 59). En A Trigueira (Lalín) el *telar*, la *espalladeira*, el *caixón dos*

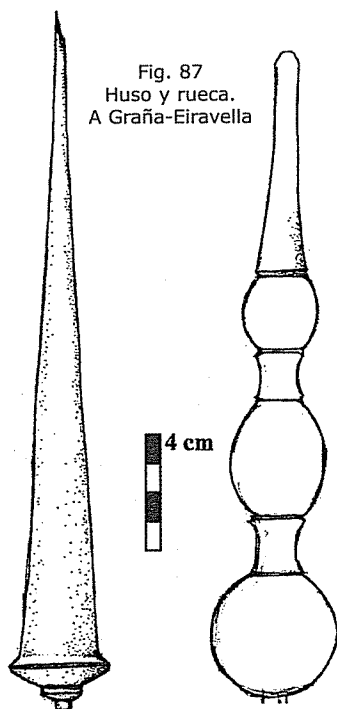


Fig. 87
Huso y rueca.
A Graña-Eiravella

novelos, la *urdideira*, la maza y el *espadeleiro* estaban en una habitación multifuncional/*pallar*, con una *serra de aire* (que pertenece a una labor masculina). Además el telar se encontraba junto a la puerta que daba al exterior y tenía una ventana, como el que vimos aún en uso en Zobra (Lalín), con todo lo que ello significa de falta de privacidad y comunicación con el exterior. Esto es algo que jamás veríamos en un mundo androcéntrico como el griego antiguo: en el palacio de Odiseo, Penélope tejía y destejía en su alcoba, fuera de la vista de los intrusos, lo que explica el tiempo que tardaron los nobles en descubrir su engaño (no sería concebible una Penélope gallega).

Frente a lo que dice Méndez (1988: 172), el mundo femenino del Antiguo Régimen en Galicia es también colectivo y público, y así se refleja en el plano de las viviendas. Frente a la casa-vagina protectora y androcéntrica de la mayor parte de las dos Castillas y Andalucía (Brogger y Gilmore 1997: 16-17), la casa gallega es un edificio abierto: al entrarse directamente por la cocina –concebido (como dijimos) como espacio público– no existe intimidad posible para la mujer. Este carácter público de la cocina otorga a la mujer, sin duda, una libertad de la que carece el sector femenino de la población mediterránea. El espacio público de acceso femenino en la zona androcéntrica se encuentra lejos de la casa (la iglesia, por ejemplo: De la Roncière 1991: 289); en el caso gallego –por el contrario– el propio núcleo de poder de la mujer es un espacio público y controlar un espacio público significa gozar, verdaderamente, de un considerable grado de poder. Por otro lado, las casas gallegas carecen de cortinas, barras, rejas o cualquier otro símbolo de territorialidad y privacidad, de reclusión, al contrario que las andaluzas (Brogger y Gilmore 1997: 17).

El trabajo de la mujer se puede percibir también en la distribución de las habitaciones: la cocina y el establo son contiguos en la mayor parte de los casos y bien comunicados (véase el caso de Vilapouca: dos puertas en unos pocos metros). Se establece entre ambos mundos un vínculo necesario y casi una equivalencia estructural; en una sola planta se observa todo el proceso de subsistencia: las cuadras donde se crían los cerdos y donde habitan las vacas que tiran del arado que labra la tierra, el propio arado que abre el suelo para que ofrezca su fruto vegetal, y la cocina, donde se amasa la harina, se cuece el pan y se preparan los demás alimentos. La mujer controla la segunda parte del proceso por completo y está presente y participa activamente en el primero. Cuando cambia la casa y se introduce el pasillo, ambos mundos se desligan. La mujer queda recluida en la cocina y el establo se mecaniza: ésta habitación, ahora más androcéntrica y menos igualitaria, sigue siendo pública, mientras que la cocina se aísla del exterior. Muchas de sus actividades se pierden y deja de ser un espacio de sociabilidad y poder respecto al salón. La *sala de respecto*, antes secundaria, cobra ahora un papel preponderante. Debemos advertir, no obstante, que la realidad nunca es tan

clara como el modelo: el peso de varios siglos de tradición no se desaparece por completo en unos años. La mujer sigue colaborando en las tareas agropecuarias y su estatus continúa siendo más elevado que el del sector femenino mediterráneo y meridional.

Otra actividad femenina resulta también perceptible en el registro etnoarqueológico: su labor como educadora, a la cual haremos referencia en el siguiente apartado.

Pese a la relativa libertad y poder de la mujer en Galicia, sí es cierto, no obstante, que se observa una tendencia en el hombre a apropiarse del trabajo femenino, sobre todo de forma simbólica (el caso ya señalado de los refranes resulta bastante explícito). Veamos algunos ejemplos gráficos: en una casa que permaneció residencialmente abandonada durante un tiempo en Soutelo, antes de ser reformada y recuperada como vivienda, hallamos una tabla y un cajón de los que usan las mujeres para lavar en el río de rodillas. Lavar es una tarea exclusivamente femenina y sin embargo, en el cajón de lavandera figuraban las iniciales de su marido: N. B., Nemesio Bouzas según nuestros informantes. Las letras que se graban en los yugos son siempre las iniciales del varón, del *petrucio*, aunque quien maneje el carro, el arado o la *sementadeira* sea la mujer. Y aunque amase el pan la esposa/madre es nuevamente el *petrucio* quien lo reparte. Sería un error, de todos modos, atribuir a esto una relevancia mayor de la que tiene. En cierta manera es la adecuación de la cultura tradicional a los valores impuestos dentro del marco mayor de la civilización cristiana occidental, donde el marido tiene todas las prerrogativas (políticas, sociales y económicas) y la mujer es un ser de segunda categoría.

El estatus de la mujer cambia con la introducción de los primeros elementos capitalistas. Las maquinas y el trabajo especializado aparecen vinculados casi sin excepción al hombre. Los primeros ingenios mecánicos que aparecen en el campo gallego son las máquinas de *mallar*. Según un informante de Soutelo, un hombre se encargaba de manejar la máquina, mientras que el trabajo no mecánico era realizado enteramente por mujeres. Los siguientes elementos tecnológicos pasarán, consecutivamente, a manos masculinas, mientras las mujeres se ven reducidas a la tecnología tradicional. Las personas que actualmente trabajan con tractores, segadoras y empacadoras y alquilan sus servicios a los vecinos, son siempre hombres. Esto no significa que desaparezca el papel productor femenino. Las mujeres siguen teniendo que trabajar duramente —aunque en circunstancias diferentes a las del Antiguo Régimen, y pese a que su estatus ha descendido.

• Los niños en el registro arqueológico

La infancia, como el género femenino, ha sido (y es) uno de los aspectos marginados en la historiografía y la arqueología. Debemos reconocer que los niños suelen pasar desapercibidos en el registro material (y escrito) con mayor facilidad que las mujeres. En la historiografía generalmente ha sido estudiado como un apéndice del análisis del género y al referirse a la vida cotidiana, con un tono más bien anecdótico y una tendencia marcada a la generalización —por la parquedad de los datos, entre otras cosas. En antropología, por el contrario, la infancia recibió tempranamente la atención de los investigadores, interesados en descubrir los mecanismos de enculturación (Margaret Mead, Ruth Benedict y la escuela de Cultura y Personalidad). Dado que lo material, como señalan Barthes o Bourdieu tiene un papel fundamental en el proceso de incorporación del individuo desde sus orígenes al grupo social, la (etno)arqueología debería ser un campo privilegiado para conocer los procesos que llevan al niño a adoptar y desarrollar la cultura en cuyo seno nace. En este sentido, y como veremos más adelante, las aldeas son un medio material de transmisión de metáforas sobre la identidad y la historia de primer orden. En la tercera parte nos extenderemos en esta cuestión.

Los niños tienen un papel protagonista en la configuración del registro arqueológico de dos formas: a lo largo de su vida van dejando trazas materiales de su existencia, como los mayores, y, además, contribuyen a distorsionar el registro arqueológico de distintas formas (desordenando lugares abandonados, sustrayendo objetos, depositando otros, deshaciendo estructuras, etc.).

Las trazas materiales de la infancia, como decíamos, son difusas y ambiguas. Sabemos que en una casa han vivido menores cuando aparecen prendas de vestir infantiles, cunas, andadores, *gaiolas* (jaulas para que el niño no se mueva), juguetes, libros escolares, etc. La práctica totalidad de los elementos relacionados con los niños están contruidos en materiales debiles (madera, cuero, tela, papel) y no dejan huella alguna pasado cierto tiempo. Las cunas son los elementos de mayor perduración gracias a las actitudes conservadoras y a la reutilización. Existe un vínculo sentimental entre el individuo y el lugar donde pasó los primeros instantes de su vida. Se trata, en los casos sistémicos que conocemos (Barro-Cerdedo, Quintelas-Forcarei) de actitudes relacionadas con las mujeres (los hombres, si tienen esos sentimientos, no los expresan). No hemos descubierto ningún andador en contexto arqueológico, pero sí una *gaiola* (Xisto). En Alvite locus 5 apareció, también, una cuna. Zapatos de niño hemos localizado en varios sitios (Doade locus 1, Vilapouca, Sanguñedo-Coto da Mosca locus 3) y libros de texto, como ya vimos, fueron abandonados en la cocina de Sanguñedo-1. Los presencia de individuos infantiles se atestigua también a través de fotografías (A Graña-Eiravella, Xisto, Adrián), las cuales nos presentan a unos individuos claramente fuera de su medio y actitudes naturales.

El porcentaje de elementos ligados a los niños es, en suma, una parte mínima, apenas perceptible, frente a los *artefactos* ligados a los adultos. En este caso, la arqueología es fiel reflejo del estatus y el papel de la población infantil en nuestra sociedad precapitalista: el niño juega un papel completamente irrelevante en el seno de la cultura, al menos hasta que tiene un papel de productor. El concepto de infancia, en todo caso, resulta bien diferente al de las sociedades capitalistas, como pone de manifiesto alguna fotografía de Virgilio Viéitez: desde una edad temprana colaboran en las tareas más duras del campo –sin abandonar otras actividades (juegos, educación), más propias de su edad. Al adquirir muy pronto caracteres adultos, la presencia material de los niños se hace aún más imperceptible.

Donde sí son abundantes los testimonios de su existencia son las escuelas. Hemos visto cinco abandonadas, en Ventoxo, Levoso –a la cual ya nos hemos referido, Xisto (las tres en Forcarei), Sanguñedo y Limeres. Los edificios de Levoso y Xisto sólo los hemos contemplado por fuera. La escuela de Ventoxo, a la que sí tuvimos la oportunidad de acceder, no presenta más restos muebles que los pupitres, mientras que en Sanguñedo el cambio ha sido aún más radical: se ha convertido en una casa labriega, hoy en estado de abandono residencial permanente de primer grado (se sigue usando el establo).

El edificio de Limeres, por el contrario, mantiene todavía materiales que se pueden vincular a las labores educativas. Tras su abandono, se almacenó en el espacio destinado a aula pías, mazorcas de maíz e instrumentos de trabajo del campo (había un arado de vertedera). Otros *items* de desecho secundario se observan en el lugar: botellas, latas, etc. Perteneciente al período de uso como escuela nos resultó posible identificar un buen número de elementos: cuadernos escolares, libros, revistas educativas, un mapa de España con la organización territorial franquista, estanterías para los libros, etc (fig. 88). En otro lugar de la construcción se encontraba una mesa de escritorio y una estampa religiosa, en lo que seguramente sería el despacho del maestro/director. A través de estos vestigios resulta posible reconstruir la historia del centro: los primeros documentos nos llevan a los años 20 de nuestro siglo (impresos para inscribir a los alumnos), no existen elementos de época republicana –lo cual es lógico– y la mayor parte de los objetos datan de época de Franco, desde los inicios del régimen (con panfletos de carácter fascista y falangista) hasta 1970 (los años 40, 50 y 60 aparecen bien representados). Con la ley de educación de 1970 se cerró la escuela (los últimos documentos son de los dos primeros años de la década: en uno de ellos se hace mención a la citada ley). No es el objeto de este trabajo adentrarse en los procesos de enculturación del campesinado gallego durante el Franquismo y menos aún a través de fuentes escritas (aunque los documentos no dejan de ser elementos materiales también, véase fig. 52). El mobiliario abandonado no resulta especialmente útil para extraer conclusiones arqueológicas sobre su significado social. Si es de interés, por el contrario, la arquitectura.

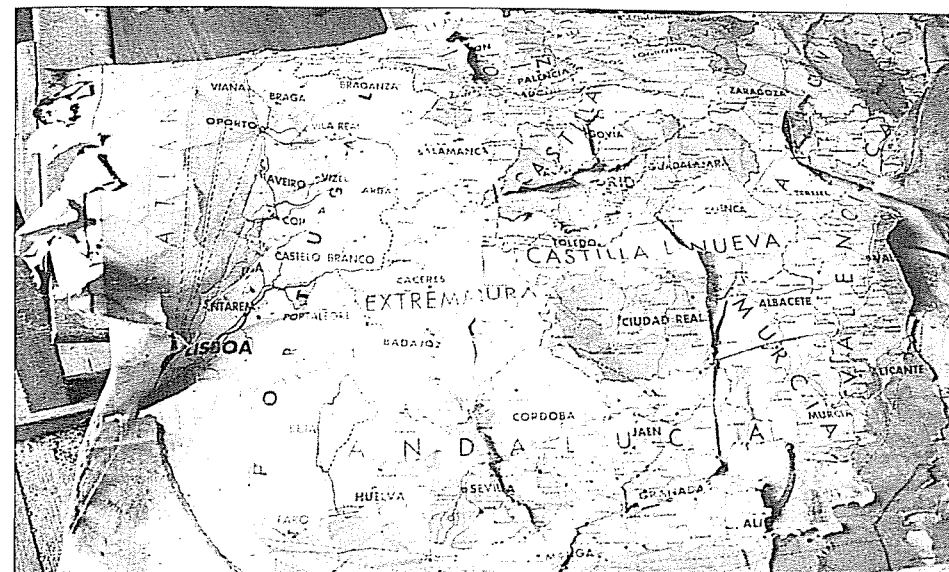


Fig. 88

Las escuelas, más que ninguna estructura, se desligan del medio y lo hacen de dos formas: mediante el alejamiento topográfico y el formal. Si *desconstruimos* un colegio rural nos sorprendería observar que las diferencias con los edificios tradicionales pueden llegar a ser mayores que las de los *pazos* o las iglesias. Las escuelas que vimos en nuestra zona se encuentran invariablemente a las afueras de la población, en ocasiones aisladas (Ventoxo, Levoso), y por lo general al borde de un camino a la entrada o a la salida del asentamiento, mientras que las iglesias y los *santos* (capillas) suelen enclavarse en el centro de la aldea. Los edificios educativos se construyen en material alógeno o el material local se camufla: Ventoxo y Limeres son estructuras de sillares de granito, Levoso y Xisto son de mampostería de esquisto de la zona pero están cubiertas de cemento y pintadas. En Sanguñedo se utilizó tanto el esquisto como el granito labrado, pero la tipología de la casa no es local, como tampoco los motivos arquitectónicos. En Xisto se usaron arcos (elemento que, como ya dijimos, caracteriza a la arquitectura culta y carecen de arraigo popular). Volviendo a la fenomenología del paisaje ¿cómo percibirían los individuos de nuestra sociedad campesina las escuelas? Cómo algo ciertamente ajeno y vinculado a otras esferas. Los edificios escolares son símbolos del poder estatal, aún cuando los construyen los vecinos o emigrados de la tierra (desligados ya de la cultura campesina, nuevos portavoces del Capitalismo). Expresan elocuentemente que no es tarea del pueblo la enculturación de los menores, sino que corresponde a una instancia superior y lejana.

Todos los símbolos de poder en la aldea se diferencian, aunque sea levemente: se trate de la Iglesia, el poder civil o el económico (los individuos adinerados). No obstante, la educación resulta con probabilidad lo más ajeno para los vecinos; de ahí que las diferencias, estructurales, entre una iglesia rural del siglo XVIII y las casas no sean mayores –sino más bien al contrario– que entre la escuela y las mismas casas: el individuo participa en cierto grado de la religión; la educación, por el contrario, le viene pasivamente impuesta por un poder ausente y desconocido, que transmite un orden nuevo y desprestigia el antiguo. El Estado produce e impone las categorías de pensamiento que aplicamos a todo lo que en el mundo hay, y al propio Estado (Bourdieu 1997: 91). “Estamos muriendo –dicen los ancianos k'ekch'ies (cit. en Hernando 1997: 216)–. Se están pasando los jóvenes al mundo ladino. En parte, la culpa es de la escuela, porque los hijos que ya saben leer y escribir castilla no nos respetan como antes, y la costumbre se está perdiendo”. Las concomitancias con el mundo rural gallego resultan evidentes.

La figura del maestro en el mundo campesino concuerda perfectamente con la figura material de la escuela. El maestro recuerda al niño que la suciedad, la mala educación y el *dialecto* son propios de los campesinos y que es necesario que se desprenda de ellos para adoptar los usos urbanos: el edificio del colegio representa, por su parte, la limpieza (significativamente la escuela de Sanguñedo tenía water, una comodidad que disfrutaban muy pocos en el Antiguo Régimen), el orden/educación (simetría y construcción profesional) y la gramática material del mundo urbano y castellano, frente a aquellas características campesinas que también se reflejan en la arquitectura tradicional (suciedad, desorden/falta de educación –organicísimo y construcción artesana no profesional– y gramática material del mundo agrario gallego). Ya en las primeras décadas del siglo los colegios –especialmente los de los indios– fueron criticados como centros de castellanización (Costa Rico 1984: 44) y castellanización/urbanización/Capitalismo han sido tradicionalmente conceptos paralelos (Míguez 1967: 89).

El papel enculturador del Estado aparece bien expresado en un texto de Bernhard (cit. en Bourdieu 1997: 91-92): “La escuela es la escuela del Estado, donde se convierte a los jóvenes en criaturas del Estado, es decir única y exclusivamente en secuaces del Estado. Cuando ingresé en la escuela, ingresé en el Estado, y como el Estado destruye a los seres, ingresé en el centro de destrucción de los seres. [...] El Estado [...] me ha vuelto dócil ante él, el Estado me ha convertido en un hombre estatizado, en un hombre reglamentado y registrado y domado y diplomado, y pervertido y deprimido, como a todos los demás”. Foucault (1998) por su parte, señala el paralelismo existente entre prisión y hospital, hospital y escuela, escuela y fábrica y prisión. Según este autor la disciplina sólo se hace efectiva a través del control y la estructuración del espacio.

La enculturación, como es obvio, no puede ser monopolizada por el Estado. El niño permanece una parte mínima del tiempo en la institución estatal, frente a la que pasa en compañía de sus familiares o de otros niños. La comunicación no verbal de las casas y los objetos juega aquí, como venimos diciendo, un papel preponderante en la construcción de la personalidad cultural del individuo. A través de la observación pasiva primero y de los distintos grados de participación en la vida social y en las diversas actividades después, el menor va asimilando las pautas culturales que rigen su sociedad (la campesina gallega del interior, no la castellana de las ciudades que se impone en los colegios). Esto genera un conflicto que lleva a que el individuo reniegue de su cultura por ser representación del atraso, la zafiedad y un límite para el progreso. En la cultura del Antiguo Régimen es en la cocina, una vez más, donde se desarrollan las actividades de endoculturación –tanto la tradicional como la institucional. Ya desde sus primeros momentos el menor vive en esta habitación: allí se lleva la madre su cuna o la *gaiola*, mientras trabaja. Cuando crece, hace sus deberes sobre la mesa común, algo que recogen algunos escritores gallegos como Blanco Amor (*A Esmorga*) y que testimonian los antropólogos (Méndez 1988: 134) y cuyas huellas materiales hemos podido comprobar personalmente: en Sanguñedo-1 aparecieron *in situ* varios libros de texto (fig. 52) y enciclopedias escolares de los años 40, en un armario junto al horno. Los criterios de datación son muy fiables: además de la propia fecha de impresión de los manuales, en uno de ellos su dueño había calcado una moneda en la que se lee el año de emisión: 1945. La ubicación de los libros resulta especialmente significativa: dado que la cocina es un espacio femenino, la endoculturación se encuentra claramente en manos de las mujeres (al menos una parte de la misma). La relevancia de esto no se halla en el fenómeno propiamente dicho, atestiguado ya histórica y antropológicamente, sino en el hecho de que pueda ser identificado de forma *arqueológica*.

La actitud distorsionadora de los menores (Hammond y Hammond 1981: Hayden y Cannon 1983; Schiffer 1987: 75) alcanza grados insospechables en nuestro caso. En Soutelo dos viviendas tradicionales fueron literalmente arrasadas en su interior por niños del pueblo: si en algún momento hubo materiales *in situ*, no ha quedado rastro alguno. El desorden de la casa de Xisto se debe, probablemente, a la actitud vandálica de los más pequeños de la familia, según nos comunicó su dueño, lo cual va, ciertamente, más allá de lo observado por Hammond y Hammond (1981). Cuando avanza la desocupación de un lugar, más y más edificios van quedando deshabitados: los niños pueden jugar a su antojo (o al menos con bastante libertad) en estos pueblos fantasma, como si se tratara de ruinas antiquísimas. Los niños sustraen objetos y añaden otros que carecen de relación con las actividades desarrolladas durante la vida útil del edificio. Es bastante probable que nos

hallemos ante una actitud reciente, sobre todo por el hecho de que en momentos pretéritos no ha existido un paisaje de ruinas semejante, lo que no significa que los niños del Antiguo Régimen vieran constreñidas sus actividades en mayor grado de lo que lo son ahora. En algunos casos, las actividades infantiles no sólo generan destrucción sino que también *construyen*. Deetz (1996) dice que algunos de los agujeros donde antes de 1750 se acumulaba el desecho pudieron ser realizados por niños o cerdos. En el lugar conocido como *Casa do Mouro Xoan* (Chousa de Bispo), cerca de Sanguñedo los niños añadieron muretes de mampuestos a las ruinas de edificios antiguos, de una aldea abandonada (siglos XVI-XVIII), algo que podría ser confundido, por un arqueólogo, con un refugio de pastores. El testigo pasajero de unas hojas y piedras relacionadas con juegos infantiles es todo lo que nos permitió saber que se trataba de obra de niños.

• *Otros fenómenos que configuran y distorsionan el registro arqueológico: herencias y saqueos*

Las herencias son un problema de primer orden a la hora de comprender el registro arqueológico. La división de una casa entre varios individuos (a veces media docena) pueda dar lugar a varias situaciones: la más habitual es que la casa quede en estado de semiabandono, pase a abandono permanente y se acabe arruinando. La ventaja radica en que, dado que las decisiones se bloquean por lo complicado que resulta ponerse de acuerdo, no se actúa sobre el mobiliario y la mayor parte de los objetos quedan *in situ*. Es el caso de la casa estudiada en Xisto: si no fuera porque sufrió un saqueo, todo habría quedado literalmente como lo dejó su última dueña, mientras los herederos decidían que hacer con la vivienda. Mediante la herencia podemos entender que hace un arado en la cocina de Soutelo-1 y porqué están duplicados los carros: la casa se dividió entre dos personas (la cocina pasó a una de ellas y el establo a la otra). Uno de los nuevos dueños trajo a su nuevo edificio su arado, ya fuera de uso, y lo colocó en el espacio más amplio que poseía: la cocina. En ocasiones, la herencia afecta a la propia estructura del edificio: una casa de Soutelo fue dividida en dos por mitad del patio y perdió un establo con *pallar*. Estos cambios pueden traer consigo una modificación de las funciones: espacios agropecuarios se convierten en lugares de habitación y viceversa. Junquera (1993: 66-78) presenta varios casos de edificios cuya división implicó cambios físicos y Llano (1996: 58) recoge ejemplos del siglo pasado, conservados en los testamentos.

Los saqueos han sido objeto de estudio desde los primeros trabajos propiamente etnoarqueológicos (Ascher 1968). Dado el inusual estatus en que quedan los edificios abandonados durante la emigración, desde fines del siglo pasado, es difícil que se sustraiga algo de los edificios sin que sea considerado por todos como un robo. La titularidad sigue estando presente,

al contrario de lo que sucede en el caso centroamericano estudiado por Lange y Rydberg (1972). Los vecinos cogen lo que les interesa de la estructura abandonada porque los antiguos dueños han renunciado a su titularidad. La extracción de mobiliario en los casos documentados tiene un carácter diferente: no se buscan materiales para su reutilización (hierro, madera), sino *tesoros*. La búsqueda de dinero o joyas ocultos en las casas explica la devastación que presenta Sanguñedo-2, las habitaciones 1 y 2 de A Graña-Eiravella o Xisto. Se tiran tabiques, se desmontan las camas (el lugar donde tradicionalmente se piensa que los avaros esconden sus tesoros) y se vacían los armarios. En Xisto, los aparadores de las habitaciones habían sido despojados de sus cajones y éstos yacían tirados sobre las camas, con todas sus pertenencias revueltas. La dueña de Sanguñedo-2 se lamentaba de la destrucción que habían provocado los saqueadores de su antigua casa: hasta las tablas del techo habían cedido a la avaricia de los ladrones.

PARTE III

I) DISCUSIÓN

- 1) Sobre cuestiones históricas, etnográficas, geográficas y económicas:
¿Qué Historia? ¿De qué gente? Repensando las sociedades campesinas a través del registro material

Es un tópico manido, pero no por ello menos cierto, el decir que la división habitual de las fases históricas desde un punto de vista académico resulta artificial y poco acorde con la realidad o, al menos, restrictiva respecto a la diversidad de grupos sociales. Una de las mejores periodizaciones alternativas de un proceso histórico que conocemos es la de James Deetz para los Estados Unidos desde los orígenes al primer tercio del siglo XIX, expuesta en su libro *In Small Things Forgotten* (1996). Su obra, todo un alarde de arqueología contextual o *thick description* (véase Hodder 1994, *passim*), propone una interpretación de la historia antigua de Norteamérica a través, principalmente, de la cultura material y basándose en criterios cognitivos fundamentalmente. A través de las casas, la cerámica, las lápidas funerarias, los depósitos de basura, etc. observa el autor tres períodos fundamentales que conducen a los Estados Unidos hacia la modernidad, la consolidación –en palabras del autor– del espíritu del Renacimiento (razón, orden, simetría, progreso antropocéntrico). Diez años de intenso trabajo de campo permitieron a Deetz trazar su cuadro de la evolución histórica de su país, mediante un acopio exhaustivo de datos literarios, arqueológicos, artísticos, documentales, etc.

En el caso de Galicia, podemos encontrar dos historias paralelas del mundo contemporáneo. Por un lado está la creada por los historiadores (p. ej. las síntesis de Barreiro 1980, 1982-84), por otro la de los antropólogos (Lisón 1979). Ambas son parciales, lo cual no es un error si se admite tal parcialidad. Los historiadores presentan (por este orden) datos políticos, económicos y sociales, tanto de carácter estadístico (anuarios estadísticos, Estadística General del Reino, censos, catastros) como de carácter literario (escritores e intelectuales gallegos como Rosalía de Castro, Curros Enríquez, Vicente Risco, Castelao, Basilio Álvarez, etc.) y periodístico (artículos de la prensa local y de la emigración). Los antropólogos, por su parte, apenas son capaces de concebir el estudio del campesinado gallego fuera de la *millora*, la herencia y la familia como unidad económica (Lisón 1979, Iturra 1989). En algunos casos se recopilan tradiciones orales, leyendas y hábitos sin pasar de la descripción etnográfica (Fraguas y Fraguas 1997). A esto cabe añadir docenas de estudios locales basados en los temas citados y análisis tipológicos de cultura material (Lorenzo 1982a, 1982b, 1983). Algunos autores abordan la cosmología popular desde planteamientos más amplios, donde lo material tiene cabida (Fernández de Rota 1994) y algunos aspectos olvidados o mal estudiados cobran relieve, como el género (Méndez 1988).

Si bien en los años 90 los análisis antropológicos parecen ir superando el estado monotemático de la herencia y la familia y se abren nuevos campos (antropología urbana), es desolador observar como la cultura material carece de lugar en las historias del mundo rural gallego. La última obra importante de antropología gallega (V.V.A.A. 1998) no contiene un sólo artículo sobre el papel de los objetos. Cuando aparece, es en posición de inferioridad respecto a los elementos no materiales. Se ha criticado, por parte de los arqueólogos históricos, que su trabajo sólo sirve, en la historiografía dominante, para ilustrar (literalmente) el texto basado en el registro literario. Con gran parte de la antropología ha pasado y sigue pasando lo mismo. Se comprenderá así nuestro firme rechazo a la calificación del presente estudio como *antropológico*, tanto como *historiográfico*. Frente a ambas aproximaciones, intentamos rescatar, *remitificar* los significados de la cultura material en la historia reciente de Galicia.

No pretendemos ni mucho menos –tampoco es el objeto de este trabajo– presentar aquí el guión de una nueva Historia de Galicia a través de sus restos materiales, pero sí quisieramos llamar la atención sobre algunos datos para la construcción de una historia alternativa.

Después de varias decenas de entrevistas con vecinos de la Terra de Montes nos llegó a resultar claro el papel fundamental que los objetos, en uso o abandonados, tienen en la concepción del pasado y en su propio devenir. Cada fase se recuerda (metonímicamente) y se caracteriza por un número determinado de útiles y el mundo económico, social y mental a ellos ligados. Si bien somos capaces de caracterizar las distintas etapas, nos sería casi

imposible relacionarlas con momentos cronológicos seguros: las fechas que aquí ofrecemos son aproximativas. La diferencia es demasiado grande de unas aldeas a otras, incluso en el radio relativamente pequeño de cinco o seis kilómetros; además, sería necesario –como es obvio– desarrollar un trabajo de campo más intenso y en profundidad que el que nos hemos propuesto.

Hay tres períodos claros en la zona: un primer período sería el del Antiguo Régimen reformado, que arrancaría del último tercio del siglo XIX y llegaría hasta los años 30 del XX; el siguiente período sería la fase de arranque del cambio tecnológico del campo, que se extendería en el tiempo hasta los años 70. El último período cubriría desde los años 70 a la actualidad. Nuestro conocimiento de los momentos previos a 1870 es mucho menor, dado que carecemos de testimonios –sean orales o materiales– de primera mano. Podríamos sin embargo aventurar dos fases: un Antiguo Régimen post-medieval (siglos XVI y XVII) y un Antiguo Régimen pleno, desde fines del siglo XVII / principios del siglo XVIII, hasta 1870. Veamos ahora brevemente como se caracterizan las distintas fases.

Las dos primeras las repasaremos brevemente: el Antiguo Régimen post-medieval se caracteriza por una perduración casi completa de los usos medievales, tanto en la economía, como en la estructuración social, la mentalidad y la tecnología. De hecho podríamos eliminar el “post-” del título. Los orígenes de la Edad Moderna en Galicia significan un período de recesión respecto a la Edad Media, lo que explica el estancamiento del mundo rural en las costumbres del Bajo Medievo. Dos elementos de cultura material caracterizan el período: los *hórreos* de piedra y los *cruceiros*.

A fines del siglo XVII advertimos el comienzo de un período de cierta prosperidad económica. La introducción paulatina de cultivos americanos, el comienzo de la emigración estacional, un ligero incremento de las comunicaciones caracterizan este período desde el punto de vista económico. Desde la perspectiva material el cambio es evidente: generalización de la cerámica, aparición de nuevos aperos, que perduran hasta hoy: *sachadeira*, *escampeladeira*, *sementadeira*, etc. El paisaje rural que llega a nuestros días se gesta entonces, con lo que ello supone en la percepción del entorno. Desde un punto de vista social y mental, no obstante, los cambios son aún poco significativos.

La primera transformación de importancia se produce a fines del siglo XIX. Desde el punto de vista de la producción económica son escasos los cambios. La constatación de innovaciones fundamentales en el sector agrario no se aprecia hasta bien entrado el siglo XX (Hervés et al. 1997: 165). Habría que llamar la atención sobre la aparición de las *salgadeiras*, para salar el cerdo, gracias a la bajada del precio de la sal, y del aceite. Según Saavedra (1993: 145) la costumbre de salar abundantemente las comidas, para disimular así la falta de otros condimentos, surge después de que el general

Prim decretara el célebre “desestanco”, con lo que el personaje quedó como el general “que salgara os cachelos”. El aceite, por su parte, era desconocido en las mesas campesinas del siglo XVIII y es a partir del siglo siguiente cuando desciende desde los comedores de los campesinos acomodados a las clases populares. Ambos productos siguen siendo las principales importaciones en la fase siguiente, según nos contaron los informantes de Trasdormonte: latas de aceite y sal eran las mercancías compradas con lo que se obtenía del trabajo en las minas. Su reflejo material, como se puede observar en nuestros inventarios, es claro.

La moneda, que se generaliza en estos momentos, es lo que hace posible acceder a bienes del exterior. La moneda puede considerarse tanto un elemento económico como una parte de la cultura material (Appadurai 1986), de la nueva cultura material. Su introducción de forma significativa queda reflejada en el registro arqueológico: en nuestras investigaciones sólo hemos encontrado media docena de monedas, pero todas pertenecen al período de Restauración Borbónica (de fines del siglo XIX) y al Franquismo. Otra circunstancia de contacto con nuevas realidades materiales es el Ejército. El Ejército permite este contacto en dos sentidos: por un lado en el seno de esta institución puede observar el campesino una cultura material a la que difícilmente tendrá acceso en su lugar de origen; por otro, Galicia es la región que produce un mayor número de prófugos, que prefieren emigrar a Sudamérica antes que incorporarse a filas (Hervés et al. 1997: 176). La institución de la quinta trabajó, según estos autores, en el triunfo del individualismo. La emigración que ahora tiene su punto álgido colabora en este mismo sentido. Sus efectos, sin embargo, son mínimos en esta etapa, escasos en la siguiente y no es hasta la última que realmente cobran importancia en la configuración de la sociedad (véanse las estadísticas de prófugos en Amando de Miguel 1984: 15-16).

La emigración es especialmente importante. Crea un mundo material imaginario deseado con pasión por los campesinos. Los primeros objetos que llegan de América (trajes, relojes, sombreros) y la imagen de los que no se pueden contemplar directamente pueden incorporarse al universo material simbólico de los aldeanos.

Nuestra visión, a través de la cultura material y de la oralidad, del período 1890-1936 es la de una fase apenas evolucionada del Antiguo Régimen. Veamos una caracterización del período por la historiografía tradicional: según Barreiro (1980: 249) “cuando llegamos al año 1936, Galicia, con tropiezos y dificultades, se iba integrando poco a poco en el mundo capitalista. Gracias a las remesas de dinero de América, los campesinos habían comprado sus tierras y ampliado sus campos, pudieron adquirir alguna maquinaria, introducir los abonos artificiales y comprendieron que el ganado estabulado engordaba mejor”. Desde nuestro punto de vista, este texto adolece de varios errores. El primero de ellos, habitual en la historiografía

positivista y episódica (sea política, económica o social), es el de la *pars pro toto*, la *pars* más desarrollada y llamativa por el *toto* más tradicional y apegado al pasado. Como se puede observar, la metonimia como recurso histórico no es un privilegio de los atrasados campesinos gallegos.

¿Qué clase de Capitalismo puede mantener un 85,88 % de arados romanos frente a un 14,12 % de otro tipo en la explotación de un campo dominado por fincas de 0,5 hectáreas de extensión media? (datos para 1932 en Ourense). Si por capitalismo se entiende la “economía de mercado” de los kapauku de Oceanía, entonces ciertamente nos hallamos ante algún tipo de rústico capitalismo. Si el abono químico no llega al 1 % del utilizado en el campo y el porcentaje de población rural es superior al 80 % en dos de las cuatro provincias y en las otras dos se sitúa en torno al 70 % nos resulta difícil descubrir mundo industrial de ninguna clase. La cultura material que nos encontramos en las casas estudiadas, aun cuando se trata de materiales de los años 50, 60 y posteriores es una cultura material del Antiguo Régimen y una parte tangible de una mentalidad del Antiguo Régimen. Si ponemos a las sociedades agrarias, los intentos fallidos de reforma agraria, las esporádicas introducciones de abonos químicos y de maquinaria agrícola, por encima de la mentalidad y las instituciones tradicionales –con su correspondiente mundo material–, entonces, sólo entonces, podemos llegar a creernos que Galicia empieza a entrar (globalmente) en los años 20 y 30 en el mundo capitalista e industrial. No deberíamos olvidar que un arado de madera es mucho más que un instrumento para arar el campo: es una parte de la cosmología tradicional, tan importante como lo puede ser el pan que se hace posible gracias al maíz plantado en los surcos abiertos por ese mismo arado.

El segundo período importante de cambio tiene lugar, de todas formas, entre la Segunda República y la inmediata posguerra. Llega al campo, con 200 años de retraso respecto a Inglaterra, Estados Unidos, Países Bajos y norte de Francia, *o ferro*, el hierro. En 1932 A Coruña tenía un 85, 55 % de arados de madera; Lugo un 73, 85 %, Ourense un 85, 88 % y Pontevedra un 69, 13 % (Beiras 1967: 37). La sustitución de unos porcentajes tan altos de aperos tradicionales se producirá, como es obvio, de forma muy lenta. Pero nos encontramos ya aquí con un cambio de primer orden. El *arado de pau* deja paso al arado asimétrico, las *grades* de dientes de madera a las de dientes de hierro o totalmente metálicas, se imponen las *escampeladeiras* y *sachadeiras* industriales.

Puede parecer que pretendemos volver aquí a la arqueología histórico-cultural de las fases tecno-tipológicas. Nada más lejos de la realidad. Intentamos realmente acercarnos la periodización de la Historia tal y como la sienten los campesinos del lugar, seleccionando los elementos que ellos consideran significativos. La generalización del hierro no es mera anécdota, ni sólo tecnología, ni siquiera economía. Utilizando un término quizá demasiado fenomenológico, la introducción del hierro es un *alivio*. Que

hubiera República o Monarquía, conservadores o liberales, revoluciones o turno de partidos a los campesinos les ha modificado poco su vida y su forma de pensar. Cuando les preguntamos por el pasado, no nos hablan del período fascista del Franquismo o del triunfo del Frente Popular, que son los hitos que utiliza el historiador para ordenar la historia reciente. Nos hablan de *o ferro*, el bendito hierro. Al preguntar a una vecina de Quintelas por los arados de madera, nos explicó lo complicado que era hacer surcos rectos con este instrumento, la fuerza que había que ejercer sobre el mango, la cantidad de horas empleadas. ¡*Putá rabela!* –exclamó (la *rabela* es el mango que dirige el *arado de pau*). Aunque no pretendiera serlo, es toda una metonimia del período anterior.

Al cambiar el instrumento –al reducirse el esfuerzo y la fatiga– cambia la concepción del trabajo. También al contemplar nosotros en Cerdeira (O Irixo, Ourense) un magnífico arado de madera, no pudimos evitar alabar su rústica belleza. ¡*Que o leve o demo!* fue la reacción de una aldeana, “¡que se lo lleve el demonio!”. Para los asombrados vecinos, aquel apero que nosotros concebíamos como un fósil prehistórico digno de veneración, era una metáfora del trabajo esclavo y de la miseria, de la sumisión a la tierra. Comienza el abandono (conservativo) de los antiguos aperos de madera (grades, sementadeiras y arados sobre todo). También ahora el cultivo del lino entra en franca decadencia, paralelamente a las mayores posibilidades de acceder a los tejidos industriales (años 60). Los pantalones son la primera prenda adquirida en el exterior. Las camisas siguen siendo producto del telar aldeano. El lento abandono del lino significa el abandono paralelo de una de las formas tradicionales de socialización y emparejamiento: el filandón. Desaparece también con el hilado una ceremonia de cohesión femenina (aunque no lo hace por completo hasta los años 70, antes se había reducido mucho esta actividad). El nuevo espacio de sociabilidad, la sala de fiestas, será un espacio androcéntrico. El cambio del instrumental metálico por el de madera no significa un avance cualitativo dentro de una cultura todavía del Antiguo Régimen. Los ritos relacionados con los objetos de madera se pueden reproducir con los de hierro: sea la bendición de los campos, el saltar sobre el arado, etc.

En esta fase se produce un primer contacto importante con el mundo industrial y el trabajo asalariado, sin tener que emigrar, a través de la minería. Esta actividad pone en contacto la zona con centros más desarrollados. Ni la minería, ni la introducción de nuevos aperos significa un cambio económico importante: si algo caracteriza a la Galicia de la posguerra es el mantenimiento de la autarquía inmovilista que tanto alababa la dictadura de Franco, al menos hasta los años 60 (Méndez 1988: 40). Más que un retroceso respecto a períodos anteriores, al menos en nuestra zona, lo que se da es el mantenimiento del Antiguo Régimen con matices.

Recordemos que perviven los dos lastres fundamentales de la economía tradicional: el minifundio y la fuerza humana y animal en el trabajo. Si a esto añadimos los porcentajes de aperos tradicionales arriba expuestos y el escasísimo uso de fertilizantes artificiales (en Ourense, por poner un ejemplo 23,4 millones de quintales métricos de estiércol natural frente a 4.000 quintales métricos de fertilizantes, según el *Anuario Estadístico* de 1922), la perduración de la estructura familiar y el derecho consuetudinario, la vivienda tradicional y la religiosidad popular de siempre se puede comprender que la Guerra Civil no supone, al menos en la Galicia campesina, un período de ruptura significativo. El período posterior a la Guerra sí trae un cambio (o la intensificación de un fenómeno previo) en la mentalidad: la diglosia y el desprecio por las tradiciones de las clases populares que se impone oficialmente y se transmite en las escuelas, aunque no estaba ausente antes, adquiere con el Franquismo el carácter de un fenómeno abiertamente opresor. El rechazo de la cultura propia, reflejado en la cultura material, que caracteriza el período capitalista, se acaba de gestar ahora.

La *Edad del Hierro* es también el período que ve –o más bien no ve– más gente emigrada. Se produce entonces la mayor parte de los abandonos: las fechas de abandono de los edificios por nosotros estudiados se sitúan entre fines de los años 40 y los años 60 sobre todo. El paisaje fantasma que caracteriza a la actualidad nace entonces. No queremos reiterar lo ya señalado al hablar de la arqueología de la emigración. Tenemos que recordar, sin embargo, los poderosos elementos materiales que caracterizan el período: la radio, los coches, las primeras casas de indiano, la electricidad, el agua corriente, los autobuses. Todo ello hace de este período un momento prerrevolucionario. Podríamos decir que empieza entonces (años 60) la Edad Contemporánea. O al menos nos hallamos en los prolegómenos.

Aunque el cambio ha empezado a operar en los años 30 con el abandono de la madera, la mayor parte de los cambios sociales y cognitivos se producen en la segunda mitad de los años 50 y en la década siguiente.

A partir de los años 70 entramos en la última fase histórica. Desde un punto de vista económico lo fundamental es la mecanización del campo. Las tres fases de la historia local las definía perfecta y metonímicamente la citada vecina de Quintelas: la madera, el hierro y el *bolsillo* (alquiler del trabajo mecanizado). Desde la perspectiva social el rasgo más importante es el regreso de los emigrantes. En la esfera de lo mental la clave se halla en la adopción del esquema cognitivo capitalista. Los chalets lujosos, la televisión (en el período anterior su impacto es nulo, no así el de la radio), las vías de comunicación, la popularización del coche (antes elemento de *status*), los materiales sintéticos, el final de las artesanías caracterizan el período. También desde una óptica material nos encontramos con la adopción de los usos urbanos por parte de los pueblos. El elemento tipificador del paisaje en

esta fase es la villa o el pueblo urbano (Rodríguez González 1997: 125 y ss). Sin embargo es el abandono o la transformación de los hogares tradicionales y los objetos cotidianos del Antiguo Régimen lo que mejor caracteriza la fase. El nuevo estadio de abandono se produce con la marcha de las jóvenes generaciones a las villas y ciudades y el regreso de los emigrantes al pueblo, que levantan nuevas viviendas y dejan caer las antiguas. Si el primer abandono fue inevitable, el segundo es una opción personal que refleja la adopción de la mentalidad industrial.

Los caracteres materiales del período son comparables a otras partes de la Península Ibérica. Los factores señalados por García León (1996) son aplicables aquí: lo práctico frente a lo estético; lo nuevo frente a lo viejo; exhibición de símbolos de *status*; ocultar adornando; *horror vacui*; incongruencia de objetos y fines; ruptura de la unidad de estilo.

Es una etapa destructiva con el pasado. Si en las anteriores se advertía un vínculo con el momento anterior (también en la cultura material), la fase capitalista pretende hacer *tabula rasa* y construir desde los cimientos. El rescate de elementos paradigmáticos como el *cruceiro* o el hórreo hay que entenderlo como una forma de dominación simbólica de lo pretérito. El paisaje del Antiguo Régimen se caracterizaba por la igualdad: una decena de casas de piedra, con techumbre de piedra y ladrillo, una serie de hórreos en una *eira*, quizá una ermita o una iglesia que apenas destaca en el conjunto. El paisaje de la fase de desmoronamiento del Antiguo Régimen observa la aparición de algunas casas de indianos, la construcción de algunos edificios según los usos urbanos, especialmente a la orilla de la carretera y la introducción de ciertos elementos alógenos en las techumbres, la pintura de las casas, etc. Pero no existe una ruptura equiparable al período capitalista. Los edificios individuales y ostentosos, apartados del núcleo tradicional, ofrecen a la vista un paisaje claramente asimétrico, *insolidario*. Ha cambiado la percepción del entorno, como la mentalidad, los usos sociales y económicos.

Otros aspectos de importancia sufren una mutación: la vivienda tradicional se modifica o desaparece y con ella una forma de concebir las relaciones familiares y el papel de la mujer en su seno. Las nuevas casas introducen, como vimos, un nuevo concepto de privacidad y de espacio público, de ocio y de trabajo, de territorio y de belleza estética. Han cambiado las metáforas. Se transforma igualmente el desecho, como vimos. Las actitudes conservativas se reducen, como es propio de una sociedad de consumo, y se incrementa el desecho secundario. Cambia la idea de limpieza y orden (y se mezclan actitudes tradicionales y capitalistas, según pudimos comprobar en la segunda parte), de comunidad, de silencio, de religión (ahora cosa femenina). Cambian las ideas y cambia el registro material.

La periodización propuesta quizá sea tan parcial como la que establece una Restauración Borbónica, Dictadura de Primo de Rivera, Franquismo, Transición y Democracia (o Monarquía). No pretendemos suplantar nada. Queríamos, como Deetz, poder ofrecer otra historia (en nuestro caso simplemente unos apuntes para otra historia), la que nos cuentan los objetos. Unos objetos que nos hablan de gentes sin voz (sin textos escritos o escritos por otros). Una historia entre muchas, pero que sin duda es más fiel a las vivencias del campesinado –al menos en Terra de Montes, probablemente en toda la Galicia interior– que la tradicional historia basada exclusivamente en el registro textual.

2) Sobre el carácter simbólico de la cultura material: la metáfora, la construcción de la identidad y de la Historia. Alteraciones catatímicas, *habitus*, dialéctica cultural y agencia

“La mer, la mer toujours recommencée” es una metáfora que aparece en *El cementerio marino* de Paul Valéry. Otro poeta, Luis Rosales, afirma en unos versos: “creo que lo dijo dándole al mar el agua de bautismo”. En *La Carta Entera. Oigo el silencio universal del miedo*, obra a la que pertenecen dichos versos, el autor ofrece una descripción de la metáfora que se ajusta a la visión que aquí pretendemos mostrar: la metáfora creadora de realidad.

(...)

Debe tenerse en cuenta que hay aciertos artísticos y hay
aciertos genéticos,
los aciertos artísticos parten de la hermandad de lo
creado,

y establecen un hecho siempre nuevo:
como todas las cosas son semejantes, su semejanza
puede hacerlas participar unas en otras,
pues la misión del arte, desde esa perspectiva,
consiste en descubrir esas relaciones que son al mismo
tiempo misteriosas, imposibles y exactas.

Ahora bien, el acierto genético es creador,
y no transforma la relación entre las cosas, sino las cosas
mismas,

puede ensanchar el mundo y volver a crearlo,
pues la función del arte, desde esta nueva perspectiva,
consiste en la creación de *la tercera realidad*.

Al llegar a este punto, sólo voy a añadir que el arte es
la creación de una mirada nueva,
de una nueva mirada que nos permite ver directamente
sin tratar de entender lo que vemos,
ni corromper la relación vital que une al artista con el
mundo.

(...)

(Cursiva del original).

El poema de Rosales podría por sí sólo servir de conclusión al concepto de metáfora que hemos manejado. Los poetas, como Valéry, como Rosales, recurren a metáforas lingüísticas que ciertamente crean una nueva realidad, una tercera realidad. Los sofistas del poema de Kavafis (1979) crean también realidad: cada generación de sofistas reescribe el mundo y lo ofrece a sus contemporáneos:

"De los enemigos de hoy no esperamos daño.
Otros enemigos tendremos, vendrán otros sofistas.
Cuando nosotros, decrepitos, nos perdamos
camino del reino de Hades. Fuera de lugar
encontrarán nuestras palabras y obras (y puede que hasta
cómicamente), otra será la estética,
y también los puñales del enemigo. Así fue para mí,
y para cuantos transformamos el pasado.
Todo lo que tan justo y espléndido nos parecía
ellos lo demostrarán insensato y frustrado
y volverán sobre lo mismo (sin fatigarse demasiado).
Variando siempre las antiguas palabras".

(La cursiva es nuestra).

También los científicos de Kuhn resultan poderosos generadores de nuevas cosmovisiones (idea que lleva al límite Hesse 1980: las revoluciones científicas son "redescripciones metafóricas"): "los seguidores de Copérnico, que le negaban al Sol su título tradicional de 'planeta', no estaban solamente aprendiendo el significado del término 'planeta' o lo qué era el sol, sino que en lugar de ello, estaban cambiando el significado de 'planeta' para seguir haciendo distinciones útiles en un mundo en el que todos los cuerpos celestes, no sólo el Sol, estaban siendo vistos de manera diferente a como se veían antes" (Kuhn 1997: 201). Como los sofistas, destruyen los mundos antiguos y dan a luz nuevas realidades. ¿Porqué reducir a los intelectuales, a los artistas o los científicos la capacidad de fabricar metáforas? Aunque Deetz nunca lo llegue a explicar de este modo, la revolución de la mentalidad georgiana es una transformación del uso de las metáforas, de las miradas, como cualquier cambio de mentalidad. La imaginación, y no la razón, —dice Rorty (1991: 27)—, es la facultad humana fundamental, el principal instrumento de cambio cultural es el talento de hablar de forma diferente más que el talento de argumentar bien y todo individuo puede ser "poeta" (en el sentido etimológico de *poiesis*), si es capaz de "hacer las cosas de nuevo" (*ibid.*: 33). También el cambio cultural en Galicia, del mundo preindustrial al capitalista es un cambio de lenguaje. Es un cambio de lenguaje tan potente desde el punto de vista material, que el verbal parece ir siguiendo los pasos del primero, se encuentra a su servicio.

La idea de la metáfora creadora de realidad ha sido llevada al extremo en nuestros días por Lakoff. Antes de Lakoff y Rosales otros autores han hablado de la dimensión creadora de esta figura: "las palabras corrientes comunican sólo lo que ya sabemos; solamente por medio de las metáforas podemos obtener algo nuevo" afirmó Aristóteles (*Retórica*, 1410b). Sin embargo, la visión predominante del mundo occidental ha sido la del rechazo de las metáforas como absurdas, ocultadoras de la verdad (como la caverna platónica), *ignes fatui*, según Hobbes (*Leviathan*, I, 5). Para Lakoff y Johnson (1995: 234) el miedo a la metáfora es el miedo al subjetivismo, a la emoción y la imaginación. En opinión de Lucas (1997: 43), la idea de la metáfora como reflejo de la realidad es alienante, violenta y nos desplaza del mundo, separando la Mente de la Naturaleza, el Sujeto del Objeto. Los artistas, músicos y escritores abrazaron a fines del siglo XVIII la metáfora como realidad, abandonando la fría razón en manos de los científicos, y ambos mundos quedaron desligados. En los años 60 de nuestro siglo, Kuhn, al hablar de los paradigmas científicos como lenguajes incommensurables que se imponen por razones diferentes a la lógica, abrió el camino a la reintroducción de la metáfora en la ciencia, digamos más bien al concepto de metáfora, puesto que ésta última nunca ha estado ausente.

En opinión de Lakoff y Johnson (1995), el uso de las metáforas —en este caso de las metonimias— es sistemático y coherente culturalmente. Ambas ideas nos llevan a Jakobson, el primero en postular que lo metafórico es un proceso ordinario de la lengua. En nuestro caso, la vivienda sigue siendo, en el mundo preindustrial y en el capitalista, un referente fundamental para definir la identidad y explicar la historia personal. Pero las metonimias han cambiado de forma radical —se han adaptado a las nuevas circunstancias culturales. Recordemos las palabras de los emigrantes al referirse a su hogar y comparémoslas con los actuales vecinos de la región. La casa de hoy tiene un carácter público, exterior (por su ostentación), que antes se encontraba ausente o poco desarrollado. El mensaje capitalista debe ser captado por el mayor número de gente posible. El valor de lo interior y lo exterior se han invertido en muchos casos. La antigua casa sólo sirve para expresar la situación de dominio del individuo sobre su pasado. Ha cambiado el paradigma, la metáfora —la mirada— con el cambio cultural. Donley-Reid (1993) aplica la idea de la metáfora creadora —sin denominarla así— a su estudio de las viviendas de Madagascar. Según ella, la arquitectura juega un activo papel en la estructuración de las jerarquías sociales y en crear estrategias de poder. El dominio, como ahora veremos, se da también en las metáforas de nuestro caso. Pero no se trata de establecer jerarquías o posiciones de poder sobre otras personas, de crear clases entre los individuos (aunque también), sino que se jerarquiza el tiempo y se domina la Historia. El tiempo pasado fue peor como lo demuestran esas frías e incómodas casas rústicas; el tiempo presente es mejor como prueban los ostentosos chalets capitalistas.

Lakoff y Johnson (1995: 101 y ss) distinguen dos formas principales de metáfora: las orientacionales y ontológicas por un lado (con un referente físico directo) y las estructurales. A ellas se refiere Rosales al hablar de “aciertos artísticos” y aciertos genéticos”. Ambas se fundamentan en correlaciones sistemáticas dentro de nuestra experiencia, pero las segundas permiten mucho más que orientar conceptos, referirnos a ellos, cuantificarlos, etc., nos permiten además utilizar un concepto estructurado para estructurar otro (como los elementos de la gramática generativa). En este sentido la metáfora LA VIDA ES LA CASA (no una casa) es una metáfora estructural, generadora de nuevas metáforas (orientacionales/ontológicas) y conceptos. No se trata de LAS TEORÍAS SON UN EDIFICIO, según el ejemplo de Lakoff y Johnson (*ibid.*: 85 y ss), donde existe un referente directo y clarificador: las ideas *se sustentan*, están *sólidamente cimentadas* o *se derrumban*. No hay una relación directa en la metáfora de la vivienda con la vida del individuo. La metáfora material es mucho más compleja que esto. En primer lugar porque se establece una relación ante algo más conceptual que físico –la existencia (el *Dasein*, de hecho, el ser-en-el-mundo)– con algo completamente material: el edificio. Y en segundo lugar porque, aunque lo material permite clarificar lo conceptual, en el proceso lo material adquiere una dimensión conceptual también, lo que no sucede en la metáfora orientacional de LAS TEORÍAS SON UN EDIFICIO. El segundo término no pierde materialidad. La metáfora material se impone hasta el punto de hacerse concepto y eliminar el concepto real. Como dice Rosales “una nueva mirada que nos permite ver directamente sin tratar de entender lo que vemos”. Ver directamente, sin discernir realidad y metáfora. Derrida postuló la destrucción de la superioridad del significado sobre el significante. Otro tanto se puede decir respecto al elemento real y al ideal de la metáfora, especialmente en las no verbales.

Los extremos respecto a la interpretación simbólica en el caso de la arqueología han sido criticados por Hodder (1994). Este autor se encarga de recordarnos que los objetos tienen, ante todo, una función técnica que cumplir que no puede olvidarse. Estamos totalmente de acuerdo: las puntas de un tenedor tienen, verdaderamente, poco de metafórico y mucho de *tecnómico*, por utilizar el conocido término de Binford (1962). Pero, ¿qué sucede cuando abandonamos un tenedor? Los objetos abandonados pierden su carácter funcional y favorecen la gestación de metáforas. Por recurrir a la comparación con un fenómeno arqueológico de la zona: ¿qué sucede cuando se ha abandonado un castro, un túmulo megalítico o un castillo? Sobre el resto material desprovisto de todo uso se construyen mitos o leyendas que son, como no podía ser de otra manera, un “reflejo” (una metáfora) de la sociedad que las crea (González Reboledo 1995). Lo mismo sucede con las casas y los útiles abandonados recientemente. El uso es tan histórico en un caso como en el otro: en uno se trata de Historia Antigua (no vivida) y en el otro de Historia Contemporánea (vivida), pero en ambos es pasado –pasado en el presente–

explicado a través del momento actual. “El conocimiento histórico –dice Collingwood (1946: 218)– es el conocimiento de lo que la mente hizo en el pasado y es, al mismo tiempo, un rehacer, un perpetrar los actos pasados en el presente” y las mismas experiencias del pasado, según Sahlins (1997: 68), constituyen la forma en que se experimenta el presente. En opinión de Shanks (1997: 170) “el significado de los objetos arqueológicos no reside tanto en el pasado como entre el pasado y el presente”. Precisamente porque aunque se gestaron en un momento más o menos remoto son reales en la actualidad. Ello no significa que pensemos, como Shanks y Tilley (1987), que el pasado es un mero constructo del presente. Tampoco para los antiguos campesinos lo es. Tal postura reduce todo lo histórico a lo subjetivo. La teoría experiencialista de Lakoff y Johnson (1995) vuelve a ser útil aquí: la historia (digamos mejor la historiografía) es una construcción en la que intervienen elementos puramente *subjetivos* (claves en las alteraciones catatímicas) y *objetivos* (adquiridos de la experiencia, si bien aquí el concepto experiencia difiere de la experiencia en la actualidad que crea las metáforas del presente, a partir de elementos que se reproducen de forma constante).

En nuestro primer trabajo (González Ruibal 1998) recurriamos a otro literato, Juan Benet para ilustrar el fenómeno de las alteraciones catatímicas. *Volverás a Región* la forman dos complejas narraciones catatímicas que se cortan, superponen y entrelazan. Los protagonistas, al límite de su experiencia vital, en unas circunstancias desoladoras, reintrepretan su pasado, y la historia local, a través de los devastadores resultados en el presente. Al contrario que las trágicas historias de vida de los personajes de Benet, el final de muchos de los antiguos campesinos de la zona es un final triunfal, aunque no necesariamente feliz. A través de la victoria última se reescribe mediante la cultura material todo el proceso de la vida. Se podría, incluso, extremar el concepto de tiempo y decir, con San Agustín, que “la intención presente hace pasar el futuro al pasado” (Ricoeur 1987: 66), pues la victoria definitiva está siempre en construcción y nunca acaba de ser presente. “Toda vida humana, dice Rorty (1991: 62), es la elaboración de una complicada fantasía personal”, una fantasía dotada de una trama, la cual, por su carácter, exige un “sentido de punto final” (Ricoeur 1987: 139) que acaba condicionando todo el discurso autobiográfico (el “ya entonces”, “desde entonces” de las historias de vida, según Bourdieu 1997: 75). Nuevamente nos hallamos en el terreno de la metáfora, una metáfora que nos explica íntimamente y ante los demás. “Buscamos metáforas personales –dicen Lakoff y Johnson (1995: 278)– que destaquen y hagan coherentes nuestros propios pasados, nuestras actividades presentes y nuestros sueños y esperanzas, así como nuestros objetivos” y según Bourdieu (1997: 75) la vida organizada como una historia (en el sentido de relato) “se desarrolla, según un orden cronológico que es asimismo un orden lógico, desde un comienzo, un origen, en el doble sentido de punto de partida, de inicio,

pero asimismo de principio, de razón de ser, de causa primera, hasta su término que es también un fin, una realización (*telos*). Se trata de "dar sentido, de dar razón, de extraer una lógica a la vez retrospectiva y prospectiva, una consistencia y una constancia, estableciendo relaciones inteligibles". La creación de metáforas personales es parte de lo que Sahlins (1997: 47 y ss.) denomina "mitos de la vida cotidiana", en contraposición a la historia heroica, de las elites (la de la historia decimonónica y positivista).

La vivienda, tanto el contenedor como todo lo que contiene, tanto la erigida para ostentar como la tradicional en ruinas, es el soporte elegido para escribir las autobiografías.

Cuando el dueño de una casa de turismo rural en Alvite quiso comprar una vivienda en ruinas para ampliar su negocio, sus dueños, emigrados en México, le respondieron que el precio que ofrecía por el edificio lo podían gastar ellos en un día de compras. No demostraron, sin embargo, interés alguno en conservar su casa natal. Es éste un caso extremo de metáfora del triunfo. Nos resulta imposible encontrar una motivación económica, material, a semejante acto de orgullo. Qué mejor descripción del pasado, y con éste de la identidad, que el absoluto (y ambiguo) desprecio a la vivienda primera y todo lo que ella significa.

La mayor parte de las construcciones, abandonadas, destruidas o reformadas, nos ofrece un panorama simbólico similar. En Pousada tiene su casa natal un hombre que se enriqueció en Estados Unidos con una empresa de cantería: a él se debe la construcción del cementerio de Arlington –donde reposan los restos de Kennedy– y otros muchos monumentos en Washington. Es el ejemplo máximo del triunfador nacido de la nada y su casa en la aldea es una metáfora perfecta de su vida. La antigua vivienda rural ha sido transformada a fondo, despojada por completo de cualquier referente al trabajo campesino o a la vida aldeana. Especialmente significativo es el hecho de que el espacio de trabajo por antonomasia –el establo– se haya transformado en el espacio de ocio por antonomasia –la sala de estar. Como en el caso de los *possessores* romano-británicos, también los nuevos capitalistas "intentan establecer cierta forma de control sobre el mundo a través de la arquitectura" (Scott 1996: 170). Ese control, sin embargo, se ejerce tanto a través de la arquitectura construida como de la arquitectura destruida, como hemos dicho repetidas veces.

El campo de la lucha dialéctica sigue siendo la vivienda en todo caso: en el Antiguo Régimen la casa recoge la tendencia del campesino a simbolizar todo aquello que sucede en su entorno, "las enfermedades, la suerte varia, desventuras, maldiciones, la fatalidad de personas y ganados son atributos de la casa, pasan a ser sufridos simbólicamente por la casa. Se dice que *a casa vai p'abaixo*, no sus moradores, Está hipostatizada" (Lisón 1979). Si así era tradicionalmente, en el mundo capitalista el individuo, recogiendo la misma

metáfora, puede contarnos, con su fastuosa morada, que *a casa vai p'arriba* (como tuvimos ocasión de observar en la casa de los González-Barros). La actitud de los emigrantes, en los años 30 como en los 90, es la que describe gráficamente Mato (1984: 57): "esperaban redimir el atraso gallego empleando su dinero, no en industria, sino en edificios". En el fondo esperan redimir su atraso personal –su identidad cultural preindustrial– con lujosas casas.

La metáfora de triunfo exige sacrificios, al menos en el plano económico. Si realmente se quiere crear un yo respetable no llega con adecuar la función y la forma. Si así fuera, en la actualidad la mayor parte de los pueblos gallegos estarían poblados por pequeñas casitas de campo de dos o tres habitaciones. Wilk (1993) concibe la casa como un producto de consumo, "una interacción entre el conocimiento cultural y la acción pragmática". Pero esto no siempre es así. Si los habitantes del campo gallego se dejaran llevar por tan racionales motivos no existirían desmesuradas mansiones en los pueblos más apartados. La metáfora coloca la función simbólica por encima de la económica –y esto es válido tanto para la nueva casa como para la casa en ruinas. Como señala Rapoport (1993: 12) el significado no es sólo parte de la función, sino que es frecuentemente la función más importante –a la cual se pueden sacrificar las otras.

Construir la Historia (que es una parte imprescindible de la identidad), la reflexión que, como decía Benet, justifica *a posteriori* una trayectoria al azar elegida por el instinto, es una forma de ideología (en este sentido véase Parker Pearson 1993) y por tanto una forma de dominación, como decíamos más arriba. La Historia de los antiguos campesinos sobre su pasado intenta racionalizar el azar y hacer de lo contingente algo inevitable, ordenado y previsible. De forma más radical afirma Lucas (1997: 43) que "la claridad encubre la opresión". Según Akin (1996) el coleccionismo de antigüedades busca conectar a uno con el pasado, de poner el universo en orden, de categorizar y dar nombre a las cosas; esto es, busca clarificar racionalmente el pasado y a la vez –mediante la recolección de algunos objetos– poseerlo y dominarlo (intelectualmente). Al racionalizar el pasado, al dominarlo, se justifica el presente, y eso es una forma de ideología. En este sentido entiende Trigger (1992) el nacimiento de la arqueología entre la clase burguesa del siglo XIX. Se está creando, por lo tanto, –entre los burgueses europeos del siglo XIX como entre los antiguos campesinos ahora capitalistas– una nueva realidad, orientada por los intereses del individuo o el grupo. Se construyen nuevas coherencias en la vida de uno, coherencias que dan nuevo significado a experiencias pasadas. El proceso de autocomprensión, dicen Lakoff y Johnson (1995: 278), es el desarrollo continuo de nuevas historias vitales para uno mismo. Sin embargo, así como en la teoría experiencialista de estos autores la metáfora supone un elemento positivo, constructivo, la metáfora de los antiguos campesinos gallegos es una metáfora aniquiladora del pasado y de la identidad.

En todos los casos el tipo de metáfora concreta con que se construye la historia de vida es fundamentalmente una metonimia. Lakoff y Johnson (1995: 73 y ss) consideran la metonimia y la sinécdoque la misma figura retórica y ambas son una clase de metáfora. De Man (1990: 27-28) deconstruye la superioridad estética de la metáfora, a partir de un fragmento de Proust: "La preferencia [de Proust] queda expresada por medio de una distinción que corresponde a la diferencia entre metáfora y metonimia, en la medida en que el azar y la necesidad son un modo legítimo de distinguir entre la analogía y la contigüidad. La inferencia de identidad y de totalidad que es constitutiva de la metáfora falta en el contacto puramente relacional de la metonimia". Sin embargo, en nuestro caso, la metonimia está más cerca de la metáfora que en los ejemplos habituales: la casa como vida es menos evidente que la confusión del "Sr. Ford con un automóvil". Pero no se trata tampoco de la metáfora que confunde a "Aquiles con un león". Existe una relación entre casa y vida (la vida económica, familiar, sexual, educativa se desarrolla entre las cuatro paredes del edificio, cuando la familia se enriquece se enriquece la casa y viceversa), pero es una relación más metafórica (y en este sentido estética y semiológicamente superior) que la del Sr. Ford con un automóvil o el violinista con el violín. Además, nuestra metonimia no es una "relación contingente" sino un "vínculo necesario", o al menos así es percibida. De todos modos, como observa De Man en el texto de Proust, la fuerza de las metáforas se basa, en última instancia, en el poder de las metonimias.

Pero nuestro uso del concepto metáfora es también metonímico. En la cultura material encontramos otras figuras estilísticas, otras formas de expresión: anáfora, hipérbaton, quiasmo, paradoja, antítesis, *hysteron proteron*, hipérbole, etc. Prown (1996) habla de tres abstracciones fundamentales, bajo el concepto de metáfora: metonimia, sinécdoque y símil y Hodder (1997), siguiendo a White, entiende que existen cuatro estrategias retóricas (tropos) fundamentales, que se presentan en el siguiente orden: metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía. Cada una supone una trama, un argumento y una ideología. Es significativo que la trama que corresponda a la metonimia sea la tragedia y la ideología sea la radical (*ibid.*: 166). Encaja bien con la mentalidad de una sociedad en crisis que se empeña en destruir su pasado. Siguiendo a Ricoeur, Hodder defiende la Historia como una narrativa: los eventos históricos, al contrario que los eventos naturales, poseen la misma estructura que la narrativa, con lo que los historiadores se encuentran justificados cuando contemplan sus representaciones narrativas como explicaciones. La idea, sin embargo, es previa a Ricoeur. Veamos a Veyne: "lo que llamamos explicación casi no es más que la forma que tiene la narración de organizarse en una trama comprensible".

Veyne (1972), según tuvimos ocasión de ver en la introducción teórica, afirma que "los hechos sólo existen en y por tramas en las que adquieren la importancia relativa que les impone la lógica humana del drama". Un acontecimiento histórico no es sólo lo que sucede, sino lo que puede ser narrado: una trama se hace sólo con lo que se sabe y es por tanto un "conocimiento mutilado". En la mutilación del pasado reciente influye, sobre todo, el fenómeno de las alteraciones catatímicas, se ve lo que ha sucedido a través de lo que se piensa que ha sucedido (Veyne 1972: 243). Es necesario, como dice Rorty (1991: 53) "crear un yo presente al que podamos respetar". Cada individuo es un "ideólogo de su propia vida", que selecciona, en función de un propósito global, unos acontecimientos significativos concretos y establece entre ellos "unas conexiones que sirvan para justificar su existencia y darle coherencia" (Bourdieu 1997: 76). La manipulación (o el desentendimiento de la preservación) de un pasado molesto (la selección de ciertos elementos y la desaparición de muchos otros), en el caso gallego, es el requisito imprescindible para respetar al yo presente. En las tramas históricas de los antiguos campesinos aspectos nimios como una determinada prenda de vestir o un instrumento agrícola cobran una enorme relevancia y en un proceso metonímico –o de sinécdoque– asimilan y desplazan el resto de los hechos. Los aspectos materiales tienen un papel especialmente importante: en primer lugar porque son, como en el ejemplo de las casas, excelentes "marcadores mnemónicos" y en segundo lugar, porque la memoria actúa mejor mediante el sistema sinecdóquico o metonímico, fragmentando el recuerdo. Todos los lugares, según Tilley (1993: 18), tienen cualidades metonímicas y contenedor y contenido funcionan mediante relaciones de todo-parte. El sistema metonímico es el que utilizaban los escritores que comentamos al hablar de la vivienda para recordar, y siempre refiriéndose a hitos materiales (*Miña casaña, meu lar*, etc.). Como escribe Rosales, en otra parte del poema al que nos referíamos al comienzo,

cuando piensas en alguien lo suprimes,
o dicho de manera más exacta y un poquito más refrigerada:
cuando piensas en alguien lo distancias de la vida real,
en cambio, si recuerdas algo suyo, tal vez lo estás salvando.

La parcialidad es inherente a la historiografía, a la de los historiadores y a la de los individuos, por lo que no debe constituir una tragedia. Queda así, para Veyne, disuelto el problema entre lo episódico y lo no episódico. La larga duración es tan episódica como la corta si la trama es la única medida del acontecimiento. Con la aceptación de la parcialidad se aleja también la necesidad de rellenar los huecos con leyes generales. La parcialidad, además, es inherente a la historiografía porque lo es a la realidad: "todo eso pertenece

a lo real, es decir, a lo fragmentario, a lo huidizo, a lo inútil”, escribe Robbe-Grillet (1984: 208). Vinculada a la idea de parcialidad se encuentra la de resumen. Explicar la revolución francesa, dice Veyne, “es el resumen de ésta y nada más”. La síntesis explica. La metonimia es una síntesis (la síntesis más radical), luego la metonimia explica, luego la vivienda en ruinas explica la Historia.

La metonimia, como metáfora dominante en la actitud histórica de los individuos, es, por consiguiente, selectiva, por su carácter reductor: “Las informaciones de los ilongot sobre el pasado –escribe Rosaldo– estaban incorporadas en formas culturales que destacaban ciertos hechos de la vida y silenciaban otros mediante su pautada manera de seleccionar, evaluar y ordenar el mundo” (cit. en Sahllins 1997: 64). Los habitantes de Madagascar, por su parte, tras haber borrado de su memoria histórica el pasado colonial, reducen su recuerdo a “los franceses se llevaban chicas con pechos jóvenes” o “tenían perros pequeños que ladraban constantemente” (cit. en Cole 1998: 611). Se trata del mismo proceso que reduce el pasado al arado y el yugo en Galicia. Como los maoríes, los antiguos campesinos gallegos son “astutos mitólogos, capaces de seleccionar del rico conjunto de tradiciones las más adecuadas para satisfacer sus intereses del momento” (Sahllins 1997: 65). En nuestro caso, los mitos toman la apariencia de la cultura material en desuso (como los *lieux de mémoire* de Nora). Y su poder, en tanto que material y visible, es muy superior al de los mitos⁴ entre otras cosas porque el mito oral vive durante la narración, mientras que la cultura material tiene la ventaja de estar siempre activa, de ahí su superioridad en la conformación del *habitus*. La cultura material es la imagen-huella que, en vez de *transire* (pasar), *manet* (permanece) en la memoria (Ricoeur 1987: 63), con una fuerza de la que las sílabas son incapaces de disponer.

El uso de lo material para narrar la historia, por otro lado, es un fenómeno frecuente. Al principio de este trabajo nos referíamos a los estudios de Tilley, Bradley, Holtorf y otros, centrados en el megalitismo. Contamos, además, con paralelos etnográficos, como el ya citado de Madagascar. Para este caso, Cole (1998: 614) afirma que “la quintaesencia del pasado betsimisaraka, de la historia, está expresada en elementos materiales, como casas, tierra, tumbas y la práctica corporal del tabú”. La historia betsimisaraka es una historia de deseos, motivos e intenciones y “las metas e intenciones recordadas de los actores se convierten en parte permanente del paisaje”. Pero si entre los betsimisaraka esto implica el reconciliar constantemente sus propios deseos con los de los ancestros, en el caso gallego las metas reflejadas en el paisaje se expresan, a veces con ambigüedad, a través de un escenario en ruinas.

4) En tanto que narración oral, no en tanto que cosmovisión: la cultura material es también cosmovisión y por tanto mito (vehículo del mito).

El hecho de que sea en el lenguaje verbal donde se hayan tipificado los tropos no quiere decir que no existan en el lenguaje material. Señalábamos como ejemplo de hipérbole (González Ruibal 1998: 188) la típica casa de indiano en una aldea apartada. Sin duda la figura de la hipérbole es la más usada, y podríamos decir que conscientemente, en la gramática de los objetos. Como en otras sociedades en crisis, se impone la hipérbole, lo exagerado, lo desgarrado, lo ostentoso. El tamaño, el tamaño exagerado, es percibido como una metáfora del poder y del estatus, se trata de una convención admitida (como señala Haydn 1998: 64 para la arquitectura templaria y la estatuaria de la Malta prehistórica).

Dos ejemplos bien conocidos son el caso de los kwakiwlt de la Columbia británica y los griegos del período helenístico. En ambos casos la figura retórica que se impone en la cultura material con el cambio es la hipérbole. En ambos casos nos encontramos con fenómenos de contacto con otras sociedades, en el primer caso en situación de inferioridad y en el segundo de superioridad. En los dos ejemplos desaparece la organicidad, el equilibrio –real o aparente, construido– y se tiende a lo *dionisiaco*, según el término nietzscheano recogido con dudosa fortuna por Ruth Benedict. Los palacetes de granito rosa de varias plantas que se elevan agresivos en los pueblos gallegos son un auténtico *potlatch* desaforado y ostentoso. Como los *potlatch* del período de aculturación, los aspectos económicos quedan subyugados a los aspectos simbólicos. Un inmenso chalet que se utiliza unos pocos días al año es lo más parecido a un *potlatch* que podemos concebir en nuestra cultura material. Como los templos helenísticos de gigantescas columnas de mármol, las viviendas de los nuevos triunfadores son sobre todo fachada; como los frisos desgarrados de sus tímpanos, las casas nos narran una batalla ganada, no la de una *pólis* frente a otra o la de una dinastía de omnipotentes *basileus* frente a otros no menos poderosos, sino la de un individuo contra su sociedad.

De la misma forma que el contacto con Occidente para los kwakiwlt o el de los griegos con Oriente a partir de Alejandro, la transformación a los usos capitalistas ha traído consigo la mutación de las metáforas centradas en el grupo, la *communitas*, a las centradas en el individuo, el individuo triunfador, el héroe cultural. Morris (1997: 10) para el caso de Grecia en los siglos V y IV a. C. afirma que “el funeral y el hogar eran tanto la arena para los conflictos culturales como el juzgado y la escuela filosófica”. Según el mismo autor, los griegos eran muy conscientes del valor de la metáfora material para transmitir conceptos, y, así, los rétores realizaban continuas referencias al mundo material para evocar imágenes. Lo mismo sucede en la cultura campesina gallega. Lo material es la sustancia misma de los refranes, como hemos podido ver en algunos ejemplos. El uso de los objetos –de la casa sobre todo– de forma hiperbólica es la exacerbación en un momento de desintegración cultural de un concepto de vital importancia en la cultura tradicional desde siempre; como en Grecia, a través del hogar se está lidiando un conflicto cultural de primer orden.

No lejos de la hipérbole se encuentra la redundancia, un fenómeno lingüístico más que una figura retórica. Según Rapoport (1993: 17), la redundancia es un elemento que aumenta según aumenta la complejidad. Su ejemplo al respecto es bien gráfico: si un aborígen australiano sólo necesita barrer un par de veces al día el suelo de su paravientos para definir la privacidad, en la cultura capitalista tenemos vallas, muros, puertas, porches, ventanas, cortinas, felpudos, carteles sobre perros y alarmas contra ladrones. La redundancia, como forma de expresar un mensaje material, está prácticamente ausente en la cultura material del Antiguo Régimen. En la del Capitalismo es un elemento casi imprescindible. Así, el triunfo del indiano o sencillamente del individuo capitalista no se expresa únicamente en la fachada de la casa, sino en los materiales del edificio, la posición dentro del asentamiento, las comodidades (piscina, cancha de tenis o *paddle*) y fuera de la vivienda: el coche, el vestido. La acumulación de elementos mnemónicos –la redundancia– fortalece el mensaje y lo sitúa fuera de toda duda. Se trataría de una explicación por enumeración.

Otra figura retórica –la antítesis– se observa en otros fenómenos ya descritos con anterioridad: la diferencia entre fachada e interior es un buen ejemplo. No menos claro es el contraste entre el modelo de chalet de lujo y el campo de patatas o berzas en el jardín, recuerdo de lo que antes fue una actividad fatigosa y vital, o la casa lujosa ante la casa ruinosa.

Por lo que respecta a la anáfora o paralelismo, nuevamente la vivienda nos ofrece un buen ejemplo. Los emigrantes reproducen en su aldea gallega la imagen del chalet suizo o americano. Entre ambos mundos se establece una relación histórica de la anáfora, vinculados mediante la *mimesis* del pasado reciente y el pasado remoto transformado, *mimetizado*.

El espacio construido y cuanto contiene es la metáfora a través de la cual se escribe la historia, en época preindustrial como en el Capitalismo. Tilley (1993: 20-21) distingue los espacios capitalistas occidentales de los preindustriales no occidentales:

infinitamente abierto
desacralizado
control
vigilancia/división
económico
'útil' para actuar
las formas arquitectónicas se parecen
unas a otras en un espacio 'disciplinar'
el paisaje como telón de fondo para la acción

tiempo lineal y divorciado del espacio

ESPACIO CAPITALISTA/
OCCIDENTAL

diferentes densidades
sacralizado
sensualidad
ritualizado/antropomórfico
cosmológico
'útil' para pensar
la arquitectura es una encarnación
del mito y la cosmología
el paisaje como una forma
sedimentada del ritual
tiempo compuesto de ritmos de
acción social en el espacio-tiempo.

ESPACIO PRE-CAPITALISTA/
NO OCCIDENTAL.

En el fondo, el nuevo paisaje capitalista, gestado por antiguos campesinos emigrados, le debe mucho a las concepciones simbólicas preindustriales. Algunas cosas han cambiado, como el concepto de tiempo: alejado ya de los ritmos tradicionales y olvidada la concepción cíclica de la historia, el tiempo capitalista es, como dice Tilley, lineal y podríamos añadir que teleológico, progresivo: si con el Antiguo Régimen el campesino nacía y moría campesino (de ahí, entre otras cosas, la concepción circular del tiempo), con el Capitalismo el individuo nacido campesino puede morir capitalista adinerado. La gente percibe el tiempo, catatímicamente, como un progreso continuo, el cual les ha llevado a su desahogada posición final. La nueva arquitectura refleja esta idea: si antes por mucho que se mejorara la casa, continuaba siendo un edificio rural, de mampostería y madera, con el nuevo orden se puede dar un salto cualitativo *hacia delante*. El Capitalismo, frente a la idea de atemporalidad del Antiguo Régimen, porta consigo el concepto de finitud, de temporalidad como disolución, caracterizada por "las imágenes de ruina, desvanecimiento, desmoronamiento progresivo, final no colmado, dispersión, alteración, copiosa indigencia" (Ricoeur 1987: 79). También es cierto, como señalamos en el apartado anterior, que la arquitectura del capitalismo trae (en el orden estético) la repetición de formas por encima de la diversidad del Antiguo Régimen (aunque estructuralmente el Antiguo Régimen sea, en la arquitectura como en lo social, igualitario y el Capitalismo desigualitario). Sin embargo, la arquitectura indiana actual sigue siendo *cosmológica* y *útil para pensar*. Los edificios de los emigrados tienen poco de económico, como ya hemos señalado y reflejan su cosmovisión capitalista y triunfante. Además el hecho de que sean por encima de todo fachada (representación cosmológica) indica que siguen siendo útiles para pensar.

El cambio de metáforas es, también, una adecuación de *habitus*, término propuesto por Pierre Bourdieu. "El *habitus* es ese principio generador y unificador que retraduce las características intrínsecas y relacionales de una posición en un estilo de vida unitario, es decir un conjunto unitario de elección de personas, de bienes y de prácticas" (Bourdieu 1997: 19). Nosotros utilizaremos aquí el concepto en dos sentidos: un sentido amplio (el *habitus* del Antiguo Régimen y el del Capitalismo) y en un sentido restringido (como propiamente lo usa Bourdieu: los *habitus* de cada grupo o clase social).

Los pueblos y aldeas actuales presentan un paisaje muy característico en donde se desarrolla la vida de sus habitantes: grandes mansiones, casas camufladas de modernidad, edificios tradicionales reutilizados, abandonados, parcialmente modificados o en plena ruina son algunos de los tipos edilicios que hallamos en los núcleos rurales. Según Bourdieu "la mente nace del mundo de los objetos". Los objetos mundanos desempeñan un papel clave en el proceso de enculturación, en la forma del mundo social.

¿Qué imagen del pasado tendrá un niño que viva entre casas fantasmales y arados abandonados? ¿Cómo percibirá el contraste entre la casa de indiano inmensa y dotada de todas las comodidades y la vivienda rural sucia y ruinosas? El mensaje es evidente: el individuo vive en el mejor mundo de los posibles y es necesario hacer lo posible por no caer nuevamente en la situación de miseria y trabajo originaria (naturalización de lo real: ideología). La idea del eterno retorno, además, contribuye a reforzar la idea enculturadora de la necesidad de mantener el progreso. La ventaja de la cultura material como conformadora del *habitus* es que se trata de un mensaje perpetuo y siempre significativo. Según Ricoeur nuestra comprensión del mundo y de la Historia pasa por un proceso que tiene tres momentos, el último de los cuales es "la actualización del mundo presentado en el texto mediante el acto de leer" (cit. en Last 1997: 147). La cultura material, en nuestro caso, es el texto en el que se lee la Historia –o las historias y mediante el cual funciona la enculturación.

Relacionado con el *habitus* y la enculturación existe un concepto interesante desarrollado por Rapoport (1993): el de *setting* ("escenario"). La definición que nos da el autor (Rapoport 1993: 12) es la siguiente: "Un *setting*, pues, es un medio que define una situación, recuerda a los ocupantes las reglas adecuadas y, así, los comportamientos apropiados a la situación definida por el *setting*". Como Kus, habla también de la funcionalidad mnemónica de las trazas que caracterizan los diferentes *settings*. Según este autor, no se puede hablar de escenarios aislados (como una cocina, un dormitorio, una cuadra) sino de sistemas de escenarios en los cuales se encuentran relacionados (a través de los sistemas de actividades). Como los *locales* de Giddens (1984: 118), los *settings* también están contruidos de "fino aire", pero descansan en parte en propiedades físicas relativamente fijas (Riggsby 1997: 43). Rapoport insiste asimismo en los cambios, las transformaciones a lo largo del tiempo. En nuestro caso, lo que en su día pudo ser un sistema complejo de escenarios (una casa de labranza), o incluso varios sistemas de escenarios (un barrio o conjunto de casas) ha quedado reducido a uno o dos *settings*: unos de valor simbólico (la metáfora de la casa en ruinas, del barrio en ruinas), otros de valor funcional. En el caso de Penalva, donde no se atestigua otro tipo de abandono que el total en la parte vieja, toda una aldea ha quedado reducida a un sólo *setting* con implicaciones simbólicas.

El escenario, reglamentado no necesariamente verbalmente (Rapoport 1976), con sus mensajes materiales, colabora a conformar el *habitus*, se trate de un lugar abandonado o en uso. El entorno construido juega un papel crucial en la provisión de trazas para un comportamiento social aceptable, al codificar la cosmovisión y los valores culturales de sus constructores (Sanders 1993: 45). Cuando se dejan caer las casas, se está permitiendo que se derrumbe toda una cosmovisión. La teoría de Rapoport puede ser puesta

en relación con la teoría lingüística a través de Derrida. Parece lícito comparar las trazas (*cues*) del antropólogo con las trazas de los signos en el filósofo. En ambos casos las trazas tienen un significado mnemónico, de referencia a otro elemento –a otras trazas en Derrida. Como en la lengua –según señala la gramática estructural– los significantes remiten a otros significantes y éstos a otros, en una cadena de significación, a su vez semejante a las metáforas estructurales que remiten a (crean) otras metáforas y así sucesivamente. El edificio, abandonado o no, se trate como figura retórica o como elemento lingüístico –fonema– tiene una enorme capacidad de remisión, de perpetuación en otras realidades derivadas, un efecto dominó simbólico. Es por tanto un libro de texto denso y complejo ideal para la conformación del *habitus* de una comunidad. Se trata de un *habitus* común a la mayoría de las "clases" –pues la mayor parte participan en la creación de dicho paisaje. Eso no significa que no existan distintas clases de *habitus* (o de aficiones) según cada clase de posición: las formas de un indiano multimillonario difieren de las de un antiguo campesino que forra de azulejos su vivienda. Los *habitus* de uno y de otro diferirán radicalmente, pero ambos contribuyen a conformar un paisaje cuya ideología comparten (capitalista). La verdadera diferencia (oposición) se encuentra entre el *habitus* general del Antiguo Régimen (con sus múltiples variantes según grupos y clases) y el Capitalista (ídem).

Cada época, en fin, tiene sus ruinas. Generalmente un arqueólogo que estudia las fases de un asentamiento o la evolución del paisaje humano en una cultura, caracteriza los diferentes momentos por los monumentos vivos. En el *habitus* social es tan importante el mensaje de los vivos como el de los muertos; el de los edificios y los objetos en uso como el de aquellos en desuso. Dos momentos nos sirven de comparación: el Renacimiento y la época de la Desamortización. En ambos casos la ruina tiene un papel protagonista, más, incluso, que la construcción íntegra. Los momentos de cambio –sobre todo en la mentalidad–, como son el siglo XVI y el XIX resultan especialmente clarificadores del papel de la ruina.

En el primer caso el pasado remoto justifica el presente y descalifica el pasado más cercano: se crea un yo actual al que se puede respetar, siguiendo las palabras de Rorty (1991: 53). En el segundo momento, la ruina de los edificios eclesiásticos es la imagen más poderosa del nuevo régimen político y social. El pasado de los fueros y los privilegios es devorado por la hiedra y las zarzas ante la mirada impasible de los nuevos dueños, para los cuales la piedra labrada de los claustros no significa nada, frente a la maquinaria imparable del *progreso*. El mensaje simbólico, en este caso, se contrapone al del Renacimiento sólo en parte y es muy similar al del actual Capitalismo.

Empecemos por el concepto de Renacimiento. Debemos utilizarlo no como el período que cubre parte del siglo XV y XVI *grosso modo* y según las zonas y que tiene unas manifestaciones intelectuales y mentales

determinadas. No es el concepto de la Historia del Arte el que pretendemos utilizar aquí, sino el pergeñado, independientemente, por Kuhn (1959, 1962) y Deetz (1996). Renacimiento es la cosmología que se desarrolla a partir del siglo XV y, a través de una larga evolución que llega al XIX, impone unos valores de racionalidad, ciencia y progreso que son inconscientemente asimilados por la mayor parte de los miembros de las sociedades occidentales. Lo orgánico, lo irracional, lo religioso serían propios, en contraste, del pensamiento medieval. La fe en el ser humano y la capacidad de progresar de éste existe en el siglo XVI y en el XIX. En un primer momento lleva a la admiración de las ruinas de la Antigüedad clásica, como inspiración tanto como justificación, mientras que en el segundo el proceso de gestación de la modernidad culmina con la destrucción de las huellas del Medioevo y cuanto ello significa. El primer período construye a partir de las ruinas existentes una nueva realidad. El segundo período destruye una realidad existente y construye un mensaje de poder sobre las ruinas. Realmente la Desamortización es una idea que se gesta en el Siglo de las Luces –un paso definitivo en la consolidación del Renacimiento, de la modernidad, como lo ha sido en el siglo XVII la Revolución Científica. En Francia comienza a fines del siglo XVIII, a raíz de la Revolución Francesa (que acaba o intenta acabar con el Antiguo Régimen). En el resto de Europa y América se produce sobre todo en el siglo XIX. Dado que el Antiguo Régimen perdura hasta los años 60 del siglo XX, de muchas formas pero sobre todo en la mentalidad, en el campo gallego podemos considerar las nuevas ruinas un paso más en la consolidación de la modernidad.

El uso simbólico de la cultura material destruida es una característica de muchas culturas: la iconoclastia (o el uso de la iconoclastia de otros) ha adoptado diferentes rostros a lo largo de la historia. Es tan simbólico el uso de las ruinas en la actitud del burgués que deja caer un monasterio cisterciense, como la de los emperadores flavios que destruyen la *Domus Aurea* neroniana y construyen termas sobre sus ruinas, como la de los individuos que destruyen los túmulos hallstáticos en la transición a la Segunda Edad del Hierro o las ruinas de Belchite o de Oradour-sûr-Glane. En todos los casos –en el nuestro también– las actitudes iconoclastas generan poderosos mensajes históricos.

En las aldeas se produce, desde los años 70 al menos, un proceso dialéctico, en sentido literal: dos *lógoi*, dos paradigmas, se encuentran en confrontación. El hecho de que el paradigma capitalista esté triunfando no significa que el preindustrial haya desaparecido. Uno de los hallazgos teóricos post-procesuales fue la llamada de atención sobre la existencia de diversos grupos, diversas interpretaciones, distintas formas de comprender la misma cultura por parte de sus miembros. También en nuestro caso encontramos sectores sociales que comprenden la realidad de forma

diferente. Los defensores del viejo paradigma, como los viejos científicos de Planck, están perdiendo la batalla por razones biológicas. De todas formas, establecer grupos estancos, perfectamente diferenciados como las clases marxistas, autoconscientes y delimitadas, sería un error. Aunque la generación influye, como los factores económicos y sociales, ninguno de ellos es de por sí determinante. Así, en una aldea podemos encontrar a una anciana campesina defendiendo las viejas casas de piedra y la economía agropecuaria y en la aldea de enfrente, o en la misma aldea, otra puede dejarse llevar por la brillantez de los chalets indianos y la vida urbana. Tampoco la idea de grupos de interés de los neomarxistas encajaría aquí, ni la de grupos de comportamiento de Rapoport (1993). El optar por un paradigma u otro no depende de intereses ni se da un mismo comportamiento entre quienes comparten parcial o totalmente una cosmovisión concreta. El choque de culturas en la zona ha producido una negociación del significado tan profunda que es casi imposible encontrar posiciones puras. Cuando hablamos de dos paradigmas (Antiguo Régimen y Capitalismo) estamos simplificando mucho las cosas, pero es imprescindible para que podamos acercarnos a los significados. Lo que realmente existe son dos polos y un *continuum* en el que se enmarcan las distintas posturas.

Entramos así en el proceloso terreno de la agencia. Personalmente, nos parece imposible en la mayor parte de los casos decidir si existe agencia o no, si existe consciencia en la actitud y las acciones individuales. Nos parece tan imposible como afirmar que la sociedad es un mecanismo ciego que dicta su conducta a los individuos indefectiblemente. Ciertamente no creemos en la *superagencia* de las elites marxistas (la *fantasía de la confabulación* que dice Bourdieu), pero tampoco en la sociedad sistémica de individuos como engranajes inertes. Lo que sí nos resulta evidente en *nuestro* caso es que existen multitud de opciones, de *miradas*, decenas de metáforas originales e historias de vida particulares y únicas. También resulta claro que no existe una diversidad total y absoluta, un conjunto de respuestas totalmente impredecibles e incondicionadas socialmente. Como el debate entre subjetivismo y objetivismo, el establecido entre la agencia y la pasividad mecánica nos parece estéril, sobre todo cuando se práctica con ambiciones universalistas. No le falta razón a Marvin Harris cuando afirma que el no tomar posición es de cobardes, intelectualmente hablando, pero no tomar posición significa también no aceptar los términos de un debate vigente.

Existe un concepto, desarrollado por los lingüistas y filósofos, empezando por Gadamer (1977), que nos parece especialmente interesante como sustituto (o matización) de la agencia: la *autocomprensión* (Lakoff y Johnson 1995: 277-278). Así como en la agencia se encuentra el individuo y su capacidad de acción solos, en la autocomprensión se presupone la capacidad de comprensión mutua. En principio, uno tiende a entenderse a

uno mismo antes y mejor que a los demás, pues posee libre acceso a los sentimientos e ideas íntimas (algo equiparable a la "intuición del sujeto por sí mismo" de Edmond Husserl). Pero cualquier comprensión realmente profunda de la razón por la que hacemos lo que hacemos y sentimos lo que sentimos, etc. nos lleva fuera de nosotros mismos. La autocomprensión no es distinta de otras formas de comprensión, también aquí influye el ambiente físico, cultural e interpersonal. Las habilidades necesarias para la comprensión mutua son necesarias para la autocomprensión. Para la autocomprensión de los demás no es necesario ponerse en el lugar del otro y reproducir sus vivencias, como dice Gadamer (1977: 461), sino ponerse de acuerdo en la cosa. Donde hay acuerdo no se traduce, se habla. El hablar, frente al traducir, es una característica de la autocomprensión del otro. Con este concepto, pues, podemos unir lo individual, el yo agente, y lo social. La descripción de la Historia a través de la cultura material es tanto una opción íntima y negociada al nivel de la autocomprensión, como una opción socialmente compartida y aceptada, aunque no impuesta, ni siquiera inconscientemente. Comprender, decía Gadamer, es estar de acuerdo.

De esta forma, uno casi siempre se comprende a sí mismo y puede comprender, además, a un buen número de personas, con las que no será necesario el concurso de la traducción. Más que grupos de interés o clases sociales lo que existen con plena autoconsciencia son los *grupos autocomprendidos*. Como en la tipología analítica de Clarke, el bagaje teórico de los individuos –una serie de puntos: las ideas– forma constelaciones que nos permiten agrupar los grupos autocomprendidos en sistemas, pero, dado que comparten elementos con otros grupos autocomprendidos (no son compartimentos estancos), todas las galaxias se encuentran interconectadas, formando un todo heterógeno y a la vez concreto, definible: la sociedad. La metáfora –sobre todo la material–, por lo que tiene de abstracta, es la mejor forma de relacionar los distintos grupos autocomprendidos de forma que puedan llegar a comprenderse o, al menos, a no sentirse totalmente ajenos (la universalidad de la especificidad de Veyne, Benveniste y Bourdieu).

La agencia se produce así a distintos niveles, no es algo absoluto: existe la agencia en el nivel del individuo dentro del grupo autocomprendido, existe la agencia del grupo autocomprendido dentro de la constelación y la agencia de la constelación dentro del universo cultural. Un problema de los post-procesuales es que tienden a concebir grupos que interpretan la realidad –toda la realidad– de forma diferente a otros, con lo cual acaban cayendo en el error que atribuyen a los marxistas. Según la teoría de grupos autocomprendidos, una misma persona puede compartir ideas del Antiguo Régimen en relación con la vivienda e ideas capitalistas para la economía o viceversa. Así pues, un solo individuo puede pertenecer a multitud de grupos. Sus afinidades harán que lo podamos encajar mejor en el primer paradigma o en el segundo y es sobre todo a este nivel alto donde se produce

la dialéctica. Los grupos autocomprendidos son también tramas en el sentido de Veyne: el individuo es una encrucijada de series de *items*, con tal que un conjunto de *items* sea también una trama. Como tal encrucijada compartirá ciertos *items* con otros individuos con los cuales formará un grupo autocomprendido. La idea de autocomprensión puede encajar bien igualmente en la idea de *habitus* y de campo social. Dice Pierre Bourdieu que "precisamente porque cada agente tiene los medios para actuar como *juez de los demás y de sí mismo*, la costumbre arraiga en él" (la cursiva es nuestra). El *habitus*, es aprehensible gracias a la autocomprensión. Según Bourdieu (1997: 39-40), los agentes sociales "no son partículas sometidas a fuerzas mecánicas y que actúan bajo la imposición de *causas*; como tampoco son sujetos conscientes y avezados que obedecen a *razones* y que actúan con pleno *conocimiento de causa*" (cursiva del original). Los sujetos, continúa, "son en realidad agentes actuantes y conscientes dotados de un sentido práctico [...], de estructuras cognitivas duraderas [...] y de esquemas de acción que orientan la percepción de la situación y la respuesta adaptada. El *habitus* es esa especie de sentido práctico de lo que hay que hacer en una situación determinada". El *habitus*, por tanto, implica autocomprensión.

II) Conclusiones

- 1) La arqueología, la etnoarqueología y los estudios de cultura material comparten métodos y objetivos: analizar la relación entre la cultura material y el comportamiento de los seres humanos. Aunque todo pueda ser considerado arqueología (contemporánea), consideramos que se puede utilizar el término de etnoarqueología para las sociedades actuales preindustriales y el de estudios de cultura material para las sociedades actuales industriales. Desde este punto de vista, este trabajo es tanto un estudio etnoarqueológico como de cultura material.
- 2) El estudio de la cultura material (la arqueología) es imprescindible en cualquier momento histórico. Descuidar los factores materiales da lugar a narraciones históricas sesgadas y, en el peor de los casos, contrarias a los *hechos reales*. Reducir los aspectos relacionados con la cultura material a mera anécdota y sobrevalorar los textos en el análisis de sociedades preindustriales (y las campesinas europeas lo son o han sido) es una actitud etnocéntrica y en última instancia despreciativa (racista) con la sociedad estudiada. Por esta razón propugnamos una *etnoarqueología de la emigración*, encargada de analizar el papel que tiene la cultura material en la transición del Antiguo al Nuevo Régimen, a través del puente mental que supone la diáspora. La *etnoarqueología de los abandonos* es una parte de dicha arqueología.

- 3) A través del análisis hermenéutico hemos pretendido deconstruir aspectos de la cultura material en uso o abandonada: los que superficialmente parecían diferencias en el plano estructural han resultado semejanzas y viceversa. De este modo afirma Lévi-Strauss (1995) "que comprender consiste en reducir un tipo de realidad a otra; que la realidad verdadera nunca es la más manifiesta; y que la naturaleza de lo verdadero resplandece ya en el cuidado que pone en ocultarse". Así, hemos querido demostrar el fuerte vínculo que une a las primeras casas indianas con la arquitectura tradicional, vínculo que acaba por desaparecer en las de la tercera generación de regresados (años 70-90). De la misma manera no nos parece demasiado aventurado señalar una mayor semejanza estructural entre las iglesias y *pazos* rurales del Antiguo Régimen y las viviendas de las clases no privilegiadas que la que aparentemente se da. Por el contrario, los edificios escolares, que en principio deberían diferenciarse menos de la arquitectura residencial, manifiestan una clara ruptura con el medio en que se insertan. A través del análisis hermenéutico intentamos desvelar los mensajes ideológicos que subyacen en la cultura material.
- 4) La cultura material ha sido abordada no tanto como una gramática, en el sentido estructuralista del término, como a modo de texto literario, de narración. Desentrañar el significado de las figuras y los tropos equivale a descubrir las leyes de la gramática para los estructuralistas. El origen del análisis hermenéutico de la cultura material, no obstante, nace del estructuralismo –con Henry Glassie, Needham y otros cuya influencia en estos estudios ha sido capital. La concepción narrativista depurada de la Historia, tal como la exponen Paul Veyne, Hayden White y Paul Ricoeur, entre otros, puede aplicarse también a la cultura material (pues es igualmente histórica y se utiliza para expresar afirmaciones históricas).
- 5) Los abandonos son un fenómeno considerablemente más complejo de lo que hasta ahora se ha pensado. En su intento por descubrir marcos referenciales útiles, los autores han simplificado en exceso la variabilidad real. Esto es así tanto por la aplicación de teorías normativistas y funcionalistas como por la selección de ejemplos culturales poco dinámicos. En las sociedades en proceso de cambio resultará necesario diseñar modelos más complejos que los expuestos en la mayor parte de la literatura etnoarqueológica y, sobre todo, más contextuales.
- 6) El desecho es un fenómeno (etno)arqueológico igualmente complicado. Aunque las propuestas universales no carecen de valor (nosotros mismos nos hemos servido de ellas), se nos hace imprescindible un análisis más específico, centrado en la cultura que se analiza. Los objetos abandonados pueden ser concebidos de muy distintas maneras, especialmente en las sociedades en estado de cambio: lo que en principio pudo ser actividad conservativa o conservadora, puede ser comprendido

por otro sector de la población como desecho secundario (y así pasa a formar parte del registro arqueológico). La aplicación de la lógica occidental capitalista puede llevarnos a malinterpretar el desecho y las actitudes conservativas en otras sociedades. Como toda la cultura material, también la basura y el desecho están conformados de forma significativa.

- 7) La cultura material juega un papel de primer orden en la articulación del mundo simbólico; interactúa en la configuración de una cosmovisión concreta y no es mero reflejo pasivo, posee un papel activo en la enculturación y en la educación social del individuo. La cultura material debe ser contemplada en sus diferentes fases de vida, todas ellas importantes: el momento de creación, el de uso y el de abandono. El poder simbólico de lo abandonado es especialmente potente porque concentra en lo semiótico lo que pierde en lo funcional (entendiendo funcional como Binford define el concepto de *tecnómico*): un arado medio podrido delante de una casa en ruinas expone de forma más dramática y expresiva el concepto de historia y de identidad de una sociedad que el mismo arado y la casa en funcionamiento. Esto no significa que *todos* los objetos en desuso tengan valor simbólico, ni que el valor simbólico de los artefactos fuera de uso sea *siempre* necesariamente mayor que el de los utilizados.
- 8) A través de los objetos, muebles e inmuebles, podemos percibir cambios cognitivos. El paso de la cosmovisión preindustrial a la capitalista se plasma en los planos de las viviendas, en la distribución de los artefactos y en las actividades representadas. Ideas como las de suciedad, desorden, organicismo, asimetría formal, colectividad que caracterizan al viejo orden resultan perceptibles en el registro material abandonado del Antiguo Régimen, de la misma forma las ideas de limpieza, orden, artificialidad, simetría formal, individualismo se perciben en el registro material capitalista en uso. Algunas viviendas nacidas en el mundo preindustrial (A Graña-Eiravella, Limeres, Xisto) han sufrido reajustes capitalistas sobre su vieja estructura, acordes con la transformación de la mentalidad. También el cambio en el estatus de la mujer se manifiesta en lo material: en el acceso vedado a la tecnología y el cambio de los planos de las viviendas, entre otras cosas.
- 9) La cultura material permite escribir no verbalmente un relato histórico e identitario, tanto cuando está en uso como cuando no lo está. Los conceptos pueden expresarse a través de los objetos muebles como de los inmuebles. Tradicionalmente la idea de monumento y monumento vivo han desplazado a los elementos más cotidianos de la cultura, como las viviendas normales y en mayor medida los artefactos muebles. Cualquier elemento puede ser el soporte de marcadores mnemónicos, no importa su tamaño, valor o estado (uso o desuso).

- 10) El relato histórico e identitario se construye con la cultura material de forma metafórica. Cualquier aspecto de la realidad es válido para generar metáforas, las cuales se enmarcan en un contexto histórico y cultural propio. El cambio socio-cultural conlleva un cambio de metáforas equivalente, a través de las cuales se percibe la totalidad de lo real. Como los revolucionarios del siglo XVIII, también los antiguos campesinos han descubierto "la posibilidad de hacer que cualquier cosa pareciera buena o mala, importante o insignificante, útil o inútil, redescribiéndola" (Rorty 1991: 27). Al no disponer de las armas de los filósofos y los poetas, la gente ha continuado usando el vehículo de expresión de siempre: la cultura material.
- 11) La metonimia es el tipo concreto de metáfora a la que se recurre en el relato histórico, tanto de tipo historiográfico como autobiográfico. Existe una relación metonímica o sinecdótica entre el contenido de la casa y la casa y entre la casa y el individuo. La metonimia es histórica, se transforma y transmite diversos mensajes a través de los mismos vehículos materiales.
- 12) El fenómeno de las ruinas de las aldeas a fines del siglo XX debe enmarcarse en un ámbito espacial y temporal más amplio que es el del concepto de Modernidad en la civilización europea al menos desde el siglo XV. La Modernidad o el Renacimiento, según el término que se desee utilizar, se ha jalonado de distintos hitos en lo político, lo social, lo estético, lo científico, etc. De la misma manera, a cada fase de afianzamiento de lo Moderno –del Capitalismo– le corresponde un concepto de ruina –que es una parte básica del conjunto de la cultura material. La primera fase (siglo XV-XVI) se inaugura con la valoración de las ruinas pasadas –las del mundo grecorromano; la segunda fase –segunda mitad del siglo XVIII a fines del siglo XIX– significa la creación de ruinas: las del poder señorial que caracterizó el Antiguo Régimen; la tercera fase es la ruina de los últimos bastiones del Mundo Precapitalista: las sociedades campesinas tradicionales (fines del siglo XIX a fines del siglo XX). Las ruinas –la cultura material abandonada, realmente– son una parte de la multiplicidad de metáforas que se generan a lo largo de la Modernidad. Los distintos jalones de la revolución copernicana planteada por Kuhn (las teorías de Copérnico, Galileo, Newton y Einstein), las distintas fases de la evolución estética moderna (del organicismo a la simetría y el orden), el cambio en el concepto de desecho (según expone Deetz), los cambios en la sociedad de lo colectivo a lo individual (como describe Thompson) y la transformación de la economía hacia los usos capitalistas son otras metáforas (científicas, estéticas, económicas, sociales, materiales) que han conformado (redescrito) la mentalidad moderna –en el sentido filosófico del término.

- 13) La actitud de los antiguos miembros de la sociedad preindustrial hacia su pasado puede calificarse como *memoricida* y respecto a su cultura como *etnocida*. En esta actitud, que explica la forma en que se han producido los abandonos de artefactos, casas y aldeas, intervienen diversos factores, entre los que podemos destacar dos: por un lado, se ha dado una educación castellanocéntrica y urbana que ha despreciado lo gallego y lo rural (sinónimos, al menos, desde el siglo XVI) y que incrementó su agresividad contra la cultura local a partir de principios del siglo XX, fenómeno que se percibe en la proliferación de escuelas y en la propia estructura arquitectónica de éstas. Por otro lado, el contacto con el mundo capitalista ha sido en forma de trauma: el auténtico contacto con el capitalismo pleno se ha tenido a través de la emigración, proceso en sí dramático. El éxodo generó una imagen idealizada de América (y en general de los países receptores de emigrantes) que se contrastaba con el mundo campesino gallego. Los aspectos materiales del capitalismo se tomaron metonímicamente por toda la cultura, de forma que el desprecio al Antiguo Régimen se ha cebado tanto en las casas o los yugos como en la lengua y las fotografías de los antepasados.
- 14) Cuando proponemos modelos o teorías generales debemos de ser conscientes de la parcialidad de dicho modelo y el ocultamiento de la diversidad que supone. La nominación y la clasificación, dice Pierre Bourdieu, "introducen divisiones tajantes, absolutas, indiferentes a las particularidades circunstanciales y a los accidentes individuales, en la fluctuación y el flujo de las realidades biológicas y sociales": en nuestro caso, la diferenciación de dos modelos básicos de abandono, uno ligado directamente a la emigración y al Antiguo Régimen y otro al regreso de los emigrados y al Capitalismo, resulta, por fuerza, reduccionista pero aceptamos el reduccionismo a cambio de ganar poder heurístico en la interpretación. También nos ha parecido claro, a lo largo de nuestras entrevistas, que la individualidad no significa que no existan ideas colectivas. Lo individual matiza lo colectivo, no lo anula, creando, sin embargo, una riqueza de concepciones que difícilmente podrá ser percibida en el registro material.

PARTE IV

I) GLOSARIO

Nota: en los inventarios hemos decidido simplificar al máximo los términos para evitar confusión: así, hablamos únicamente de cinceles, y no de *ciceis*, *limas*, *punteiros*, etc. El término "mazo de cantero" aparece igualmente usado de forma genérica. Otro tanto sucede con "cepillo de carpintero" y "hoz", donde no distinguimos entre *cepillo*, *galropa*, *galropín*, etc. ni hoz de monte, de cereal, etc. (gall. *fouce*, *fouciño*, etc.). Entiéndase así para el resto de los objetos. FG es sigla para X. L. Franco Grande (1981). ES es sigla para Alonso Estravís (1995).

Adibal: cast. sogá (FG). Cuerda gruesa para el carro.

Angazo: cast. rastrillo. Aunque en gallego puede referirse tanto al metálico como al de madera, aquí lo utilizamos siempre referido al de madera. Éste se realizaba en el ámbito doméstico y lo forman un mango, que es una vara de madera larga (una rama recta), y un largo travesaño triangular, de al menos la mitad de largo del mango, donde se insertan los dientes, de sección circular y también de madera. Se utiliza para recoger la paja.

Adral (pl. *Adrais*): placa(s) lateral(es) del carro, sujeta da(s) con *fungueiros**, compuesta(s) generalmente por tres tablas, unidas con dos travesaños transversales cerca de los extremos.

Aixó: cast. azuela. Se trata de un instrumento utilizado tanto por los carpinteros *profesionales* como por los campesinos para *apeirar* (fabricar o reparar herramientas). También *anxó*, *anxoliña*, etc.

Arado de pao: arado de madera; en la zona encontramos tres variantes fundamentales. La más corriente es el llamado arado romano cuadrangular, de origen germánico, con reja (*rellá*) plana, a veces provisto de *seita**. El arado radial, con reja cónica, más ligero, es extraño en la zona, aunque hemos localizado un ejemplar en Alvite. El tercer tipo es el arado pesado o *besadoiro**.

Besadoiro: arado pesado con tres *rabelas* (mangos) o bien una *rabela* y dos *abeacas* (las orejeras que voltean la tierra) muy desarrolladas. De la *esteve* al rostro suele medir entre 1,80 y 2,3 metros y la reja, plana, puede pesar dos kilos o más. De origen altomedieval, desapareció de Europa en el siglo XVII, con la generalización de los arados de vertedera. En Galicia continuó en uso al menos hasta la Guerra Civil. Sólo se conocen dos *besadoiros*, reconstruidos en el Museo Liste, aparte del identificado por nosotros.

Betillo: bozal de cuero, caucho, fibras vegetales o metal (el más común en la zona) para evitar que las vacas se paren a pastar mientras están trabajando, o bien que los terneros mamen. FG: *vitillo*.

Bocoi: barril grande.

Brigueiro: vástago curvado de mimbre o de otra madera flexible que permite sujetar el cuello de la res al *xugo de brigueiros**.

Burro: soporte para cortar madera formado por un tronco alargado sobre cuatro patas (de ahí su nombre). Es utilizado por *serradores*, *zoqueiros* y en otros oficios.

Buxardo: mazo prismático dotado de una o dos superficies en relieve (pequeñas pirámides), usado por los canteros para igualar la superficie de un bloque de piedra.

Canga: cinta de cuero trenzada que sujeta los *chancís* (sg. *chancil**).

Carapucho: capa de paja trenzada que cubre de la cabeza a las rodillas o a la cintura. Es muy semejante a la que llevaba el hombre neolítico de los Alpes, *Ötzi*. En la zona ourensana de la Terra de Montes y sus alrededores aún se fabrican (o se fabricaban hasta hace poco) y se siguen utilizando: así en Doade, Lebozán, Candosa, Fenteira, etc. Más compleja es la *coroza*, que tiene mangas. Ambas se pueden completar con polainas, también de paja. Por la rapidez con que se deshacen, es muy difícil distinguirlas de los restos vegetales o de otras fábricas en las casas abandonadas.

Chancil: Placa alargada y estrecha de madera con dos, tres o más dientes (en forma de arpón) la cual, al ser atada a otra igual mediante una *canga** que se engancha a los dientes, permite sujetar la cabeza de una res al *xugo de chancís**.

Chavella: clavija, pasador (FG) del arado, el carro o el *solíño**.

Chideiro: armazón del carro sin el eje, los *fungueiros** y los *adrais**.

Corno da pedra: cuerno de vaca donde se guarda la piedra de afilar la guadaña. Se colgaba con una cuerda o alambre del pantalón.

Cortizo: colmena de corcho o corteza.

Cunca: taza (utilizamos el término gallego cuando se trata de recipientes de cerámica tradicionales).

Escampeladeira: apero de labranza provisto de cinco pequeñas rejas para remover superficialmente la tierra y escardar la hierba (ES).

Escoda: pico de cantero.

Espadela: cast. espadilla. Instrumento plano de madera de forma rectangular, que puede recordar un cuchillo de carnicero, con el que se golpea la fibra del lino, tras ser mazada, contra el *espadeleiro**.

Espadeleiro: Instrumento compuesto por dos tablas rectangulares, colocada una perpendicular a la otra. La vertical tiene el borde superior afilado y se utiliza a modo de yunque, con la *espadela** como elemento activo, en la preparación de la fibra del lino.

Farrapeira: tejido basto de lino con distintos usos, realizado mediante el cosido de trozos de trapo (*farrapos*) en el telar manual. Por lo general tienen varios colores y diseños geométricos, aunque también las hay de color blanco, gris y crema.

Ferrado: medida de áridos, utilizada, entre otras cosas, para calibrar la capacidad productiva de una finca. Existe el ferrado, el medio ferrado y el cuarto de ferrado. Aunque su nombre obedece a que supuestamente lleva remaches de hierro, la mayor parte carece de ellos.

Forquita: instrumento de tres, cuatro o más dientes utilizado para cargar la paja en el *carro*, en el *pallar* o en el *palleiro*.

Fumeiro o fungueiro: cast. *estadojo*, *telero* (FG). Palo de madera apuntado de un metro de largo, más o menos, y sección circular que se inserta en hilera en los lados del carro para sujetar los *adrais**.

Funil: cast. embudo. Utilizamos el término gallego para referirnos a los realizados de forma artesanal. Los que aparecen en nuestro registro suelen ser los utilizados para rellenar los candiles y faroles.

Fuso: cast. huso.

Fuso da lá: huso de grandes dimensiones, compuesto por un vástago que se encaja en una fusayola circular plana, utilizado para torcer lana.

Gaiola: cast. jaula. Especie de jaula de madera donde se guarda a los niños más pequeños para evitar que se muevan.

Galla(s): cast. gajo, horcón (FG). 1. Horquilla de madera utilizada para sujetar el tojo mientras se corta con la hoz. 2. Tridente de hierro con mango de madera para recoger la paja.

Galleiro (o claveiro): palo con ganchos que se sujeta del techo de la cocina para colgar chorizos, morcillas, tocino, etc.

Galropa: cepillo de carpintero.

Grade: cast. grada. Apero con armazón de madera, de entre uno y dos metros cuadrados, provisto de cuatro hileras de dientes de madera o hierro, que sirve para deshacer los terrones tras el arado. En algunos casos el armazón también es de hierro (Doade, Garfián, Penalva, Vilariño, etc.).

Gramalleira: cast. calamillera (FG). Cadena de hierro que se sitúa junto a la *lareira** y permite colgar ollas sobre el fuego.

Lacena: huecos en el muro de un edificio utilizados para guardar cosas.

Lareira: lugar de la cocina en el que se enciende el fuego y se prepara la comida. Generalmente es una losa o varias de piedra que forman un cuadrado, pero puede no estar marcada más que por una mancha de ceniza. A su alrededor se disponen bancos donde los habitantes de la vivienda comen, charlan o realizan diversas labores. Es considerado por los antropólogos como el *sancta sanctorum* de la casa.

Malladeiro do millo: Cajón de madera sobre cuatro pies, cuyo fondo está formado por estrechas tablillas ligeramente separadas, a través de las cuales caen los granos de maíz de las mazorcas, una vez golpeadas con los mazos do millo.

Mallo: cast. mayal. Se utiliza sobre todo para *mallar o liño*. La *mall* de cereal (una actividad comunal como la del lino) se hacía ya en muchos lugares de la comarca, al menos desde los años 30, con máquina.

Mazo do liño: mazo de madera de una sola pieza de sección circular utilizado para golpear la planta del lino y obtener la fibra que será posteriormente hilada.

Mazo do millo: Mazo de madera alargado de una sola pieza con mango oblicuo, utilizado para desgranar las mazorcas de maíz, sobre el *malladeiro**.

Ollar: Dentro de la rueda maciza del carro, los espacios abiertos, de forma semicircular o circular y más o menos grandes según las zonas.

Paviola: andas de madera utilizadas para transportar estiércol y abonar el campo.

Pedra das filloas: placa de hierro, sujeta sobre tres pies, con dos o tres depresiones circulares sobre las que se cocinan las *filloas* (cast. hijuelas).

Peladeira: apero de labranza, especie de *grade** formado por rejas para remover la tierra y arrancar la hierba (ES).

Peneira: cast. cernidor, tamiz (FG). Cedazo de malla metálica utilizado para cribar la semilla del tamo.

Picaña: cast. alcotana (FG). Instrumento agrícola formado por dos dientes planos y afilados, dispuestos en forma de "U", que forman un ángulo de casi 90° con el mango.

Pipote: barril pequeño.

Pistolo: vara de hierro de medio metro de largo aproximadamente y punta biselada que usan los canteros para obtener bloques de piedra.

Pote de tres pés: olla de hierro sustentada, como su nombre indica, sobre tres apéndices igualmente metálicos. Se colocaba sobre la **lareira* directamente o sobre una *trébede**. Hay dos modelos básicos: uno de fondo subsemicircular y paredes rectas y otro de forma globular con carena y cuello recto. Su origen se encuentra en los Países Bajos y la Europa nórdica durante la Baja Edad Media.

Presebe: cast. pesebre.

Rabela: cast. esteva. Mango con el que se dirige el arado.

Raspadeira: cast. raspadera. Apero similar a una **grade*, de forma triangular, con dos mangos y varias filas de dientes de hierro oblongos.

Restrelo (o rastrelo): cast. rastrillo. Tabla con dientes de alambre sobre los que se pasa el lino para apartar la estopa y separar las fibras (FG).

Ripo: Peine de madera con que se quita la baga del lino verde (FG). También *ripanzo*. El peine va situado sobre un banco de madera, en el medio, y a cada extremo del banco se sitúa una persona.

Roca: cast. rueca.

Sacha: *sacho** grande.

Sachadeira: apero de labranza arrastrado por la yunta a manera de *grade** de hierro alargada y provista de cinco rejas estrechas para remover la tierra y al mismo tiempo arrancar la hierba (ES). Véase *escampeladeira*.

Sacho: azada de hoja rectangular y estrecha de pequeñas dimensiones utilizada en labores hortícolas. *Seita*: (también *sega*) cuchilla de hierro colocada en el timón del arado cuya función es cortar las hierbas cuando se abre el monte. Es típica del *besadoiro**.

Sella: recipiente formado por placas verticales de madera sujetas con dos o más arandelas metálicas anchas, utilizado para transportar el agua o la leche.

Sementadeira: instrumento de metal o madera compuesto por un armazón con tres ruedas (una delante y dos detrás) que sostiene una caja, que contiene la simiente.

Serra portuguesa: sierra larga y estrecha colocada en el centro de un bastidor rectangular de madera que se maneja entre dos personas. Sirve para hacer tablas a partir de un tronco.

Soliño: palo largo de madera, de unos dos metros, semejante al timón de un arado, rematado en una cadena de hierro, cuero o mimbre por un lado y con uno, dos o más orificios en el lado opuesto, que permite fijar, mediante una *chavella**, los distintos aperos agrícolas (*peladeira**, *sementadeira**, *grade**, etc.) al **xugo*.

Subela: especie de punzón utilizado por los zapateros para trabajar el cuero de los **zocos*.

Tixola: cast. sartén. Utilizamos el nombre gallego para referirnos a la artesana.

Tomoeiro (propiamente *timoeiro*): elemento de cuero, tela, caucho o madera flexible que permite sujetar el yugo al timón del carro (de ahí su nombre).

Trébede: cast. íd. Trípode sobre el que se colocan los potes al fuego.

Vexiga: cast. vejiga. Vejiga de cerdo que, una vez limpia y seca, se usa para guardar la manteca colgada del techo de la cocina.

Xugo de brigueiros: yugo que se sujeta al cuello del animal mediante una vara curvada de mimbre u otra madera flexible (*brigueiro**). Es típico de la zona ourensana.

Xugo de chancís: yugo que se sujeta al animal mediante dos piezas planas de madera y una cinta de cuero trenzada. Es típico de la zona pontevedresa.

Xugo de rendar: yugo largo, de **chancís* o **brigueiros*, que se utiliza con la *escampeladeira* y otros aperos de escardar.

Yugo: véase **xugo*.

Zoca: cast. zueco. Calzado realizado en un bloque de madera excavado, adecuado para terrenos embarrados.

Zoco: calzado de cuero con suela de madera claveteada.

II) BIBLIOGRAFÍA

- Agorsah, E. K. (1985): Archaeological implications of traditional house construction among the Nchumuru of Northern Ghana. *Current Anthropology*, 26: 193-215.
- Akin, A. (1996): Passionate possession: The formation of private collections. En Kingery (ed.): 102-128.
- Alonso Estravís, I. (1995): *Dicionário da Língua Galega*. Sotelo Blanco, Santiago de Compostela.
- Álvarez-Quintana, C. (1984): La casa indiana o el "aspecto visual de la Historia". *Indianos*. Cuadernos del Norte, Monografías, 2, Oviedo: 141-152.
- Appadurai, A. (1986): Introduction. Commodities and politics of value. *The Social Life of Things. Commodities in cultural perspective* (A. Appadurai, ed.). Cambridge University Press: 3-63.
- Ascher, R. (1968): Time's Arrow and the Archaeology of a contemporary community. *Settlement Archaeology* (K. C. Chang, ed.). National Press Books, Palo Alto: 43-52.
- Baer, R. D. (1991): "Cultural factors affecting household refuse". *The Ethnoarchaeology of refuse disposal* (E. Staski y L. D. Sutro, eds.). University of California Press, Berkeley: 5-12.
- Baker, C. M. (1975): Site abandonment and the archaeological record: An Empirical Case for Anticipated Return. *Arkansas Academy of Science Proceedings*, 29: 10-11.
- Barker, P. (1986): *Understanding archaeological excavation*. Batsford, Londres.
- Barreiro Fernández, X. L. (1980): Galicia en el siglo XX. *Galicia Eterna*, 2. Barcelona: 240-267.
- Barreiro Fernández, X. L. (1982-1984): *Historia Contemporánea de Galicia*, 4 vols. Gamma, A Coruña.
- Barthes, R. (1970): *Mythologies*. Ed. du Seuil, Paris.

- Beiras Torrado, X. M. (1967): *El problema del desarrollo en la Galicia Rural*. Galaxia, Vigo.
- Beiras Torrado, X. M. (1972): *O atraso económico de Galiza*. Galaxia, Vigo.
- Benet, Juan (1974): *Volverás a Región*. 2ª ed., Alianza, Madrid.
- Bérard, C. (1970): *L'Hérôon de la porte de l'ouest*. Eretria, 3. Berna.
- Binford, L. R. (1962): Archaeology as Anthropology. *American Antiquity*, 28: 217-225.
- Binford, L. R. (1968): Archaeological perspectives. S. R. Binford y L. R. Binford, eds.: *New Perspectives in Archaeology*, Chicago: 313-341.
- Binford, L. R. (1976): Forty-seven trips: A case study in the character of archaeological formation processes. Contributions to Anthropology: the interior peoples of Northern Alaska. Archaeological survey of Canada (E. S. Hall, ed.): Ottawa: 299-351.
- Binford, L. R. (1977): Forty-seven trips: A case study in the character of some formation processes of the archaeological record. *Stone Tools as cultural markers* (R. V. S. Wright, ed.). Australian Institute of Aborigin Studies, Canberra: 24-36.
- Binford, L. R. (1981): Behavioural archaeology and the 'Pompeii premise'. *Journal of Anthropological Research*, 37: 195-208.
- Binford, L. R. (1992): *En busca del pasado*. Crítica/Arqueología, Barcelona.
- Bouhier, A. (1979): *La Galice. Essai géographique d'analyse et d'interprétation d'un vieux complexe agricole*. Imp. Younais, La Roche-sur-Yon.
- Bourdieu, P. (1991): *La Distinción*. Taurus, Madrid.
- Bourdieu, P. (1997): *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Anagrama, Barcelona.
- Bradley, R. (1993): *Altering the Earth. The Origins of Monuments in Britain and Continental Europe*. Society of Antiquaries of Scotland, Edinburgo.
- Bradley, R. y Williams, H., eds. (1998): The Past in the Past: the reuse of ancient monuments. *World Archaeology*, 30(1).
- Braudel, F. (1974): *Civilización material y capitalismo*. Labor, Barcelona.
- Braunstein, Ph. (1991): "Aproximaciones a la intimidad, siglos XIV y XV". D. Barthélemy, Ph. Braunstein, Ph. Contamine y D. Régnier-Bohler: Historia de la vida privada. El individuo en la Europa Feudal, 4. Taurus, Madrid: 224-317.
- Bredwa-Mensah, Y. y Crossland, L. B. (1997): A Preliminary report on archaeological investigations at the Danish plantation settlements along the southeast Akuapem ridge, Ghana. *Papers from the Institute of Archaeology (London)*, 8: 59-72.
- Bretell, C. (1986): *Men who Migrate, Women who Wait: Population and History in a Portuguese Parish*. Princeton University Press.
- Britton, R. (1997): Stuck in the Past: A Historically Oriented Archaeology. *Archaeological Review from Cambridge. History and Archaeology*, 14(1): 17-27.

- Brogger, J. y Gilmore, D. D. (1997): The matrifocal family in Iberia: Spain and Portugal Compared. *Ethnology*, 26 (1): 13-30.
- Brooks, R. L. (1989): Planned versus unplanned abandonment of dwelling impact of the context of house floors. *54th Annual Meeting of the Society for American Archaeology*, Atlanta.
- Brooks, R. L. (1993): Household abandonment among sedentary Plain societies: behavioural sequence and consequences in the interpretation of the archaeological record. En Cameron y Tomka 1993: 178-190.
- Burguière, A. (1995): Le changement social: brève histoire d'un concept". En Lepetit: 253-272.
- Caamaño, X.L. (1999): *A casa popular*. Museo do Pobo Galego, Santiago de Compostela.
- Caamaño, X. L. (1999a): *As construcións adxectivas*. Museo do Pobo Galego, Santiago de Compostela.
- Cameron, C. M. (1991): Structure abandonment of villages. *Archaeological Method and Theory* (M. B. Schiffer, ed.), 3, University of Arizona Press, Tucson.
- Cameron, C. M. (1993): Abandonment and archaeological interpretation. En Cameron y Tomka 1993: 3-7.
- Cameron, C. M. y Tomka, S. A. (1993): *Abandonment of settlements and regions: archaeological and ethnoarchaeological approaches*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Campos Álvarez, J. R. (1995): Mentalidad de partida del emigrante gallego a Cuba (1880-1930). La idea de América. *Minus*, 4: 123-128.
- Cannon, A. (1983): The quantification of artifactual assemblages: some implications for behavioral inferences. *American Antiquity*, 48: 785-792.
- Cardín (1984): La urbanización invertida. *Indianos*. Cuadernos del Norte, Monografías, 2, Oviedo: 136-140.
- Caro Baroja, J. (1996): *Tecnología popular española*. Galaxia Gutenberg - Círculo de Lectores, Madrid.
- Castro, X. (1992): Influencias americanas en Galicia. V.V.A.A.: *Galicia-América. Cinco siglos de Historia*. Santiago de Compostela: 45-52.
- Cioran, E. M. (1998): *Breviario de los vencidos*. Tusquets, Barcelona.
- Cole, J. (1998): The work of memory in Madagascar. *American Ethnologist*, 25: 4: 610-633.
- Collingwood, R. G. (1946): *The Idea of History*. Oxford University Press.
- Conkey, M. W. y Spector, J. (1984): "Archaeology and the study of Gender". *Advances in Archaeological Method and Theory*, vol. 7 (M. Schiffer, ed.). Academic Press, Nueva York.
- Corn, J. J. (1995): Object Lessons/Object Myths? What Historians of Technology Learn from Things. En Kingery, W. D. ed.: 35-54.

- Costa Rico, A. (1984): La emigración gallega y su acción cultural-educativa en sus lugares de origen. *Indianos*. Cuadernos del Norte, Monografías, 2, Oviedo: 35-44.
- Creighton, O. H. y Seguí, J. R. (1998): The Ethnoarchaeology of Abandonment and Post-Abandonment Behavior in Pastoral Sites: Evidence from Famorca, Alacant Province, Spain. *Journal of Mediterranean Archaeology*, 11(1): 31-52.
- Cribb, R. (1983): On-site archaeology. *Archaeological Review from Cambridge*, 2 (2): 4-16.
- Cunningham, C. E. (1973): Order in the Atoni house. *Right and left: essays on dual symbolic classification* (R. Needham, ed.). University of Chicago Press, Chicago-Londres: 204-238
- David, N. (1971): The Fulani compound and the achaeologist. *World Archaeology*, 3: 111-131.
- Deal, M. (1985): Household pottery disposal in the Maya Highlands: an ethnoarchaeological interpretation. *Journal of Anthropological Archaeology*, 4: 243-291.
- Deetz, J. (1977): *In Small Things Forgotten. An Archaeology of Early American Life*. Anchor, Nueva York.
- Deetz, J. (1996): *In Small Things Forgotten*. Anchor, Nueva York.
- Dias, J. (1948): *Os arados portugueses e as suas prováveis origens*. Coimbra.
- Donley-Reid, L. W. (1982): Swahili space and symbolic markers. *Symbolic and Structural Archaeology* (I. Hodder, ed.). Cambridge University Press, Cambridge: 63-73.
- Donley-Reid, L. W. (1993): A structuring structure: the Swahili house. En Kent (ed.): 114-126.
- Fernández Cortizo, C. (1978): A una misma mesa y manteles. La familia en la Tierra de Montes a mediados del siglo XVIII. *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXXIII: 237-276.
- Fernández Martínez, V. M. (1994): Etnoarqueología: una guía de métodos y aplicaciones. *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 49: 137-139.
- Fernández Martínez, V. M. y G. Fernández López (1991): El sistema TUESTO: una propuesta de análisis de los fragmentos cerámicos en excavaciones arqueológicas. *Complutum*, 1: 231-241.
- Fernández de Rota y Monter, J. A. (1984): Jerarquía interdoméstica tradicional en el área de Monfero. En *I Coloquio de Antropoloxía de Galicia*, Museo do Pobo Galego (4-6 febreiro 1982), Cuadernos do Seminario de Sargadelos, A Coruña.
- Fernández de Rota y Monter, J. A. (1994): "Cosmología popular gallega". *Antropología* (Kottak, C. P.), MacGraw Hill, Madrid: 408-410.
- Flores, C. (1979): *La España Popular*. Aguilar, Madrid.

- Foucault, M. (1987): *Historia de la sexualidad*. Siglo XXI, Madrid.
- Foucault, M. (1998): *Vigilar y Castigar*. Siglo XXI, Madrid. (1ª ed. francesa 1975).
- Fraguas y Fraguas, A. (1996): *La Galicia insólita. Tradiciones gallegas*. Cadernos do Seminario de Sargadelos, 51, Edicións do Castro, A Coruña. Sexta edición (1ª edición: 1973).
- Franco Grande, X. L. (1981): *Diccionario galego-castelán e vocabulario castelán galego*. Galaxia, Vigo. 6ª ed.
- Franco Taboada, A. (1989): Urbanismo indiano en Galicia. *Revista da Comisión Galega do Quinto Centenario*, 1: 103-114.
- Gadamer, H. G. (1977): *Verdad y método. Las grandes líneas de una hermenéutica filosófica*. Sígueme, Salamanca.
- Gago, M. (1984): Factores psicopatológicos na millora. En *I Coloquio de Antropoloxía de Galicia*, Museo do Pobo Galego (4-6 febreiro 1982), Cuadernos do Seminario de Sargadelos, A Coruña.
- García León, M. A. (1996): El rurbanismo o las transformaciones del campo español. *Fundamentos de Antropología*, 4 y 5: 221-229.
- García Martín, P. (1989): *El mundo rural en la Europa moderna*. Biblioteca Historia 16, Madrid.
- Giddens, A. (1984): *The Constitution of Society*. Polity Press, Cambridge.
- Gil de Bernabé, X. M. (1992): *O Liño*. Ir Indo, Vigo.
- Glassie, H. (1975): *Folk Housing in Middle Virginia: A Structural Analysis of Historic Artifacts*. University of Tennessee Press, Knoxville.
- González Reboredo, X. M. (1979): El arado de madera en Galicia. *Gallaecia*, 3-4: 137-203.
- González Reboredo, X. M. (1984): "O estudo do instrumental agrícola paleotécnico de Galicia: Unha aproximación" en *I Coloquio de Antropoloxía de Galicia*, Museo do Pobo Galego (4-6 febreiro 1982), Cuadernos do Seminario de Sargadelos, 45, A Coruña. 207-218.
- González Reboredo, X. M. (1995): *Lendas Galegas de Tradición Oral*. Galaxia, Vigo.
- González Ruibal, A. (1998): Etnoarqueología de los abandonos en Galicia. El papel de la cultura material en una sociedad agraria en crisis. *Complutum*, 9: 167-192.
- Graham, M. (1993): Settlement organization and residential variability among the Rarámuri. En Cameron y Tomka 1993: 25-42.
- Grenier, J.-Y. (1995): Expliquer et comprendre. La construction du temps de l'histoire économique. En Lepetit: 227-252.
- Gurevich, A. (1997): The French historical revolution: The Annales School. *Interpreting Archaeology* (I. Hodder; M. Shanks, A. Alexandri, V. Buchli, J. Carman, J. Last, G. Lucas, eds.) Routledge, Londres-Nueva York: 164-168.

- Hammond, G. y Hammond, N.** (1981): Child's play: a distorting factor in archaeological distribution. *American Antiquity*, 46: 634-636.
- Hayden, B. y Cannon, A.** (1983): Where the garbage goes: refuse disposal in the Maya Highlands. *Journal of Anthropological Archaeology*, 2: 117-163.
- Haydn, C.** (1998): Monuments, hierarchy and obesity: perceptions of size in Temple Period Malta. *Archaeological Review from Cambridge. The Archaeology of Perception and the Senses*, 15(1): 49-65.
- Heinz, M.** (1997): How town plans reflect society. *Archaeological Review from Cambridge*, 14(2): 23-44.
- Hernando Gonzalo, A.** (1997): La identidad Q'eqchí. Percepción de la realidad y autoconciencia de un grupo de agricultores de roza de Guatemala. *Revista Española de Antropología Americana*, 27: 199-220.
- Hervés Sayer, H., Fernández González, A., Fernández Prieto, L., Artiaga Rego, A. y Balboa López, X. L.** (1997): Resistencia y organización. La conflictividad rural en Galicia desde la crisis del Antiguo Régimen al Franquismo. *Noticiario de Historia Agraria*, 13: 165-193.
- Hesse, M., ed.** (1980): *Revolutions and Reconstructions in the Philosophy of Science*. Indiana University Press, Bloomington.
- Hinsley, C. M.** (1993): In Search of the New World Classical. *Collecting the Precolumbian Past*. Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington.
- Hodder, I.** (1982a): *Symbols in action*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Hodder, I.** (1982b): *The Present Past*. Batsford, Londres.
- Hodder, I.** (1984): Burials, Houses, Women and Men in the European Neolithic. D. Miller y C. Tilley, eds.: *Ideology, Power and Prehistory*. Cambridge University Press.
- Hodder, I.** (1994): *Interpretación en Arqueología. Tendencias actuales*. Crítica, Barcelona. 2ªed.
- Hodder, I.** (1997): Material Culture in time. Interpreting Archaeology (I. Hodder; M. Shanks, A. Alexandri, V. Buchli, J. Carman, J. Last, G. Lucas, eds.) Routledge, Londres-Nueva York: 164-168.
- Holtorf, C.** (1997): Megaliths, monuments and memory. *Archaeological Review from Cambridge*, 14(2): 45-66.
- Horne, L.** (1993): Instability in arid land settlement. Abandonment of settlements and regions. En Cameron y Tomka 1993: 50-54.
- Horne, L.** (1994): *Village spaces. Settlement and society in Northeastern Iran*. Smithsonian Institution Press, Washington y Londres.
- Hughes, E.** (1989): *American Genesis*. Viking Penguin Press, Nueva York.
- Huntington, S. M.** (1997): *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós, Barcelona.

- Iturra, A.** (1989): *Antropología económica de Galicia*. Caixa de Galicia, A Coruña.
- Johnson, M.** (1989): Conceptions of Agency in Archaeological Interpretation. *Journal of Anthropological Archaeology*, 8: 189-211.
- Johnson, M.** (1996): The Englishman's home and its study. R. Samson (ed.): *The Social Archaeology of Houses*. Edinburgh University Press: 244-257.
- Johnson, M.** (1999): *Archaeological Theory. An Introduction*. Blackwell, Oxford.
- Johnston, R.** (1998): The paradox of landscape. *European Journal of Archaeology*, 1(3): 313-325.
- Joyce, A. A. y Johannessén, S.** (1993): Abandonment and the production of archaeological variability at domestic sites. En Cameron y Tomka: 138-164.
- Junquera Rubio, C.** (1993): *Veguellina de Órbigo. Antropología, Cultura e Historia de un Pueblo Leonés*. Santiago García, León.
- Kavafis, K.** (1979): *Poesías completas*. Trad. De J. M^a. Álvarez. Hiperión, Madrid.
- Kent, S.** (1984): *Analyzing activity areas: an ethnoarchaeological study of the use of the space*. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- Kent, S., ed.** (1993): *Domestic architecture and the use of space*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Kent, S.** (1993a): Models of abandonment and material frequencies. En Cameron y Tomka: 54-73.
- Kingery, W. D. ed.** (1995): *Learning from Things. Method and Theory of Material Culture Studies*. Smithsonian Institution, Washington y Londres.
- Kingery, W. D.** (1995): Introduction. *Learning from Things. Method and Theory of Material Culture Studies* (Kingery, W. D. ed.) Smithsonian Institution, Washington y Londres: 1-18.
- Klein, E., Hilgen, J. D., Arps, D. E. S., Calvo Pérez, B. y Huerva Rodríguez, A.** (1982): *Mapa Geológico de España. E. 1: 50.000. Cerdedo*. Instituto Geológico y Minero de España, Servicio de Publicaciones, Ministerio de Industria y Energía, Madrid.
- Kroll, E. M. y Price, T. D., eds.** (1991): *The interpretation of archaeological spatial patterning*. Plenum Press, Nueva York.
- Kuhn, T. S.** (1959): *The Copernican Revolution*. University of Chicago Press.
- Kuhn, T. S.** (1962): *The Structure of Scientific Revolutions*. University of Chicago Press.
- Kuhn, T. S.** (1997): *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- Kus, S.** (1997): Archaeologist as Anthropologist: much ado about something after all. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 4 (3/4): 199-213.

- Kus, S. y Raharijaona, V. (1990): Domestic space and the tenacity of tradition among some Betsileo of Madagascar. *Domestic architecture and the use of space* (S. Kent, ed.). Cambridge University Press, Cambridge: 21-33.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (1995): *Metáforas de la vida cotidiana*. Cátedra, Madrid.
- Lange, F. W. y Rydberg Ch. R. (1972): Abandonment and post-abandonment behavior at a rural central american house-site. *American Antiquity*, 37 (3): 419-432.
- Last, J. (1997): The nature of history. *Interpreting Archaeology* (I. Hodder; M. Shanks, A. Alexandri, V. Buchli, J. Carman, J. Last, G. Lucas, eds.) Routledge, Londres-Nueva York: 164-168.
- Lawrence, A. (1983): Interpretation in vernacular architecture. *Vernacular Architecture*, 14: 19-28.
- Lawrence, R. J. (1990): Public and private space: a study of urban housing in Switzerland. *Domestic architecture and the use of space*, (S. Kent, ed.). Cambridge University Press, Cambridge: 73-91.
- Leone, M. et al. (1997): Can an African-American historical archaeology be an alternative voice? *Interpreting Archaeology* (I. Hodder; M. Shanks, A. Alexandri, V. Buchli, J. Carman, J. Last, G. Lucas, eds.): 110-124. Routledge, Londres: 110-124.
- Lepetit, B. (1995): *Les formes de l'expérience*. Paris.
- Leroy Ladurie, E. (1962): *Montaillou, village occitane de 1294 à 1344*. Gallimard, Paris.
- Levi, J. (1998): The bow and the blanket: religion, identity and resistance in Rarámuri material culture. *Journal of Anthropological Research*, 54: 3: 299- 324.
- Lévi-Strauss, C. (1995): *Antropología estructural*. Paidós, Barcelona. 1ª ed. 1974.
- Lisón Tolosana, C. (1979): *Antropología Cultural de Galicia*. Akal, Madrid.
- Liste Fernández, A. (1988): *El besadoiro y su ergología*. Publicaciones de la Diputación de Pontevedra, Pontevedra.
- Liste Fernández, A. (1991): *Funcionalidad y estética en el Museo Etnográfico Liste*, Servicio de Publicaciones de la Diputación de Pontevedra, Pontevedra.
- Liz Vázquez, A. (1991): A emigración galega: unha aproximación desmitificadora. Artes Gráficas, M. V., Madrid.
- Llano Cabado, Pedro de (1980): *La arquitectura popular*. Galicia Eterna, 2. Ediciones Nauta, Barcelona: 405-456.
- Llano Cabado, Pedro de (1996): *Arquitectura Popular en Galicia. Razón e Construcción*. COAG, Santiago de Compostela.
- Longacre, W. A. y Ayres, J. A. (1968): Archaeological lessons from an Apache wickiup. New perspectives in archaeology (S. R. Binford y L. R. Binford, eds.), Aldine, Chicago: 151-159.
- Lorenzo Fernández, X. (1982a): *A Casa*. Galaxia, Vigo.
- Lorenzo Fernández, X. (1982b): *A Terra*. Galaxia, Vigo.
- Lorenzo Fernández, X. (1983): *Os Oficios*, Galaxia, Vigo.
- Lubar, S. (1995): Learning from Technological Things. En Kingery, W. D. ed.: 31-34.
- Lucas, G. (1997): Interpretation in contemporary archaeology: some philosophical issues. *Interpreting Archaeology* (I. Hodder; M. Shanks, A. Alexandri, V. Buchli, J. Carman, J. Last, G. Lucas, eds.) Routledge, Londres-Nueva York: 37-44.
- Maceiras, M. (1987): Presentación de la edición española. En P. Ricoeur: 11-33.
- Maloka, T. (1997): Khomo Lia Oela: Canteens, Brothels and Labour Migrancy in Colonial Lesotho, 1900-40. *Journal of African History*, 38 (1): 101-122.
- Mato, A. (1984): Gallegos en América, americanos en Galicia. *Indianos*. Cuadernos del Norte, Monografías, 2, Oviedo.
- Mauss, M. (1967): *Manuel d'Etnographie*. Payot, Paris.
- McIntosh, R. J. (1974): Archaeology and mud-wall decay in a West African village. *World Archaeology*, 6: 154-171.
- Meijide Pardo, A. (1960): La emigración gallega intrapeninsular en el siglo XVIII. *Estudios de Historia Social*, IV. CSIC, Madrid: 463-606.
- Méndez, L. (1988): *"Cousas de mulleres". Campesinas, poder y vida cotidiana (Lugo 1940-1980)*. Anthropos, Barcelona.
- Miguel, A. de (1984): La emigración española a América a finales del siglo XIX y principios del XX. *Indianos*. Cuadernos del Norte, Monografías, 2, Oviedo: 7-16.
- Míguez, A. (1967): *Galicia: éxodo y desarrollo*. Cuadernos para el Diálogo, Madrid.
- Miller, D. (1982): Structures and strategies: an aspect of the relationship between social hierarchy and cultural change. *Symbolic and Structural Archaeology* (I. Hodder, ed.). Cambridge University Press, Cambridge: 89-98.
- Miller, D. (1985): *Artefacts as categories*. Cambridge University Press.
- Mingote Calderón, J. (1989): Tecnología agrícola tradicional española: las gradas. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 44: 253-294.
- Mingote Calderón, J. (1990): *Catálogo de aperos agrícolas del Museo del Pueblo Español*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación; Ministerio de Cultura, Madrid.
- Mingote Calderón, J. (1996): *Tecnología medieval en España*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- Moore, H. (1982): The interpretation of Spatial Patterning in Settlement Residues. *Symbolic and Structural Archaeology* (I. Hodder, ed.). Cambridge University Press, Cambridge: 74-79.

- Moore, H. (1988): *Feminism and Anthropology*. Polity Press, Oxford.
- Morris, I. (1997): Archaeology as Cultural History. *Archaeological Review from Cambridge. History and Archaeology*, 14(1): 3-16.
- Morrison, H. (1952): *Early American Architecture*. Oxford University Press, Nueva York.
- Murray, P. (1980): Discard location: the ethnographic data. *American Antiquity*, 45 (3): 490-499.
- Nash, D. T. y Petraglia, M. D. eds. (1987): *Natural formation processes and the archaeological record*. BAR International Series 352, Oxford.
- Needham, R., ed. (1973): *Right and left: essays on dual symbolic classification*. University of Chicago Press, Chicago-Londres.
- Neustupny, E. (1982): Prehistoric migrations by infiltration. *Archeologické Rozhledy* 34: 278-293.
- Nora, P. (1984): *Les Lieux de Mémoire*. Gallimard, Paris.
- Núñez Seixas, X. M. (1998): *Emigrantes, caciques e indianos*. Edicións Xerais, Vigo.
- Oldenziel, R. (1995): Object/ions: Technology, Culture, Gender. En Kingery, W. D. ed.: 55-69.
- Parker Pearson, M. (1993): The Powerful Dead: Archaeological Relationships between the Living and the Dead. *Cambridge Archaeological Journal*, 3 (2): 203-229.
- Petit, V. (1997): Société d'origine et logiques migratoires. Les Dogon de Sangha. *Population*, 3: 515-543.
- Precedo Ledo, A. y Doval Adán, A. (1987): El retorno de los emigrantes. Las iniciativas locales y la innovación rural en Galicia. V.V.A.A.: *Jubilatio. Homenaje de la Facultad de Geografía e Historia a los profesores D. Manuel Lucas Álvarez y D. Ángel Rodríguez González*, vol. II. Santiago de Compostela: 535-543.
- Prown, J. D. (1995): Material/Culture: Can the Farmer and the Cowman Still Be Friends. En Kingery, W. D. ed: 19-27.
- Rapoport, A. (1969): *House form and culture*. Prentice Hall, Englewood Cliffs, New Jersey.
- Rapoport, A., ed. (1976): *Human aspects of urban form: towards a man-environment approach to urban form and design*. Pergamon, Oxford.
- Rapoport, A. (1982): *The meaning of the built environment: a nonverbal communication approach*. Sage Publications, Beverly Hills.
- Rapoport, A. (1988): Levels of meaning in the built environment. *Cross-cultural perspectives in nonverbal communication* (F. Poyatos, ed.). C. J. Hogrefe, Toronto: 317-336.
- Rapoport, A. (1993): Systems of activities and systems of settings. En S. Kent. (ed.): 9-20.

- Ricoeur, P. (1987): *Tiempo y narración. I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. Cristiandad, Madrid.
- Riggsby, A. M. (1998): 'Public' and 'private' in Roman culture: the case of the cubiculum. *Journal of Roman Archaeology*, 25: 36-56.
- Risco, V. (1993): Unha parroquia galega nos anos 1920-1925. Museo do Pobo Galego, Santiago de Compostela.
- Robbe-Grillet, A. (1984): *Le miroir qui revient*. Ed. du Minuit, Paris.
- Rodríguez Campos, X. (1984): Análise antropolóxica da emigración. En *I Coloquio de Antropoloxía de Galicia*. Museo do Pobo Galego (4-6 febreiro 1982), Cuadernos do Seminario de Sargadelos, A Coruña: 37-46.
- Rodríguez González, R. (1997): *La urbanización del espacio rural en Galicia*. Oikos-Tau, Barcelona.
- Roncière, Ch. de la (1991): La vida privada de los notables toscanos en el umbral del Renacimiento. *Poder privado y poder público en la Europa Feudal* (D. Barthélemy, G. Duby y Ch. de la Roncière): Taurus, Madrid: 163-312.
- Rorty, R. (1991): *Contingencia, ironía y solidaridad*, Paidós, Barcelona.
- Rosales, L. (1992): *La Carta Entera. Oigo el Silencio Universal del Miedo*. Visor, Madrid.
- Rothschild, N. A., Mills, B. J., Ferguson, T. J. y Dublin, S. (1993): Abandonment at Zuni farming villages. *Abandonment of settlements and regions: archaeological and ethnoarchaeological approaches*. (C. M. Cameron y S. A. Tomka, eds.). Cambridge University Press, Cambridge: 123-137.
- Rozados, F. (s/f): *Forcarei. No berce do Umia e do Lérez*. Concello de Forcarei.
- Saavedra, P. (1994): La vida cotidiana en la Galicia del Antiguo Régimen. Crítica, Barcelona.
- Sahlins, M. (1997): *Islas de Historia. La muerte del Capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*. Gedisa, Barcelona.
- Sánchez Alonso, B. (1995): *Las causas de la emigración española, 1880-1930*. Alianza, Madrid.
- Sánchez Jiménez, J. (1982): *Del campo a la ciudad (modos de vida rural y urbana)*. Salvat, Barcelona.
- Sánchez López, F. (1969): *Emigración española a Europa*. Confederación de Cajas de Ahorros, Madrid.
- Sanders, D. (1993): Behavioral conventions and archaeology: methods for the analysis of ancient architecture. *Domestic architecture and the use of space* (S. Kent, ed.). Cambridge University Press, Cambridge: 43-72.
- Schlereth, M., ed. (1985): *Material Culture. A research guide*. University of Kansas Press.
- Schiffer, M. (1972): Archaeological context and systemic context. *American Antiquity*, 37: 156-165.
- Schiffer, M. (1976): *Behavioral Archaeology*. Academic Press, Nueva York.

- Schiffer, M.** (1987): *Formation Processes of the Archaeological Record*. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- Scott, E.** (1996): Romano-british villas and the social construction of space. *The Social Archaeology of Houses* (R. Samson, ed.). Edinburgh University Press: 149-172.
- Seamon, D. y Mugerauer, R., eds.** (1985): *Dwelling, place and environment: towards a phenomenology of person and world*. Martinus, Nijhoff, Boston.
- Segalen, M.** (1980): *Mari et femme dans la société paysanne*. Flammarion, Paris.
- Segui, J.R.** (1995): *Ethnoarchaeology in the Gallinera Valley, Alacant, Spain, MA Thesis*. Universidad de Leicester.
- Sendón, M. y Suárez, X. L.** (1998): *Virxilio Viéitez. Álbum*. Centro de Estudios Fotográficos, Vigo
- Shanks, M.** (1997): Archaeology and the forms of history. *Interpreting Archaeology* (I. Hodder; M. Shanks, A. Alexandri, V. Buchli, J. Carman, J. Last, G. Lucas, eds.) Routledge, Londres-Nueva York: 169-174.
- Shanks, M. y Tilley, C.** (1982): Ideology, Symbolic Power and Ritual Communication: a Reinterpretation of Neolithic Mortuary Practices. *Symbolic and Structural Archaeology* (I. Hodder, ed.) Cambridge University Press, Cambridge: 129-154.
- Shanks, M. y Tilley, Ch.** (1987): *Re-constructing Archaeology*. Cambridge University Press.
- Stahl, A. y Stahl, P.** (1976): Peasant House Building and Its Relation to Church Building: The Rumanian Case. En A. Rapoport (1976): 243-254.
- Stegmüller, W.** (1979): *Teoría y experiencia*. Ariel, Barcelona.
- Stevanovic, E.** (1997): The Age of Clay: The Social Dynamics of House Destruction. *Journal of Anthropological Archaeology*, 16: 334-395.
- Stevenson, A.** (1982): Towards an Understanding of Site Abandonment Behavior: Evidence from Historic Mining Camps in Southwest Yukon. *Journal of Anthropological Archaeology*, 1: 237-265.
- Stevenson, A.** (1985): The formation of artifact assemblages at workshop/habitation sites: models from Peace Point in W. Alberta. *American Antiquity*, 50: 63-81.
- Stone, G. D.** (1993): Agricultural Abandonment: a comparative study in historical ecology. En Cameron y Tomka 1993: 74-81.
- Taboada Cid, M.** (1977): El arado radial en la provincia de Orense. *Boletín Auriense*, 6: 86-109.
- Thomson, D. F.** (1939): The seasonal factor in human culture. *Proceedings of the Prehistoric Society*, 36: 1-37.
- Thompson, E. P.** (1979): *Tradición, revuelta y consciencia de clase: estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Crítica, Barcelona.

- Tilley, Ch.** (1993): *A phenomenology of landscape*. Berg, Oxford, Providence.
- Tomka S. A.** (1989): The Ethnoarchaeology of Site Abandonment in an Agro-pastoral Context. *54th Annual Meeting of the Society for American Archaeology*, Atlanta.
- Tomka S. A.** (1993): Site abandonment behavior among transhumant pastoralists: the effects of delayed curation on assemblage composition. En Cameron y Tomka, eds.: 11-24.
- Tomka, S. A. y Stevenson, M. G.** (1993): Understanding abandonment processes: summary and remaining concerns. En Cameron y Tomka 1993: 191-195.
- Trigger, B.** (1992): *Historia del pensamiento arqueológico*. Crítica/Arqueología, Barcelona.
- V.V.A.A.** (1989): *Pueblos deshabitados de Asturias*. Principado de Asturias: Consejería de Ordenación del Territorio, Urbanismo y Vivienda, Oviedo.
- V.V.A.A.** (1998): *O Feito Diferencial Galego: Antropoloxía*. Museo do Pobo Galego, Santiago de Compostela.
- Veyne, P.** (1972): *Como se escribe la Historia. Ensayo de Epistemología*. Fragua, Madrid.
- Villares Paz, R.** (1984): El indiano gallego. *Indianos*. Cuadernos del Norte, Monografías, 2, Oviedo: 29-34.
- Watson, P. J.** (1979): *Archaeological ethnography in western Iran*. Viking Fund Publications in Anthropology, 57.
- Wilk, R. R.** (1983): Little house in the jungle: the causes of variation in housing site among modern kekchi maya. *Journal of Anthropological Archaeology*, 2(2): 99-116.
- Wilk, R. R.** (1993): The built environment and consumer decisions. *Domestic architecture and the use of space* (S. Kent, ed.). Cambridge University Press, Cambridge: 34-42.
- Wilk, R. y Schiffer, M. B.** (1979): The archaeology of vacant lots in Tucson, Arizona. *American Antiquity*, 44: 530-536.
- Williams, H.** (1998): Monuments and the past in early Anglo-saxon England. *The Past in the Past. World Archaeology*, 30(1): 90-108.
- Wilson, D. C.; Rathje, W. L.; Hughes, W.W.** (1991): Household discards and modern refuse: a principle of household resource use and waste. *The Ethno-archaeology of refuse disposal* (E. Staski y L. D. Sutro, eds.). University of California Press, Berkeley: 41-51.
- Winkler, E. M.** (1975): *Stone: properties, durability in man's environment*. Springer Verlag, Nueva York.
- Yellen, J. E.** (1977): *Archaeological approaches to the present: models for reconstructing the past*. Academic Press, Nueva York.

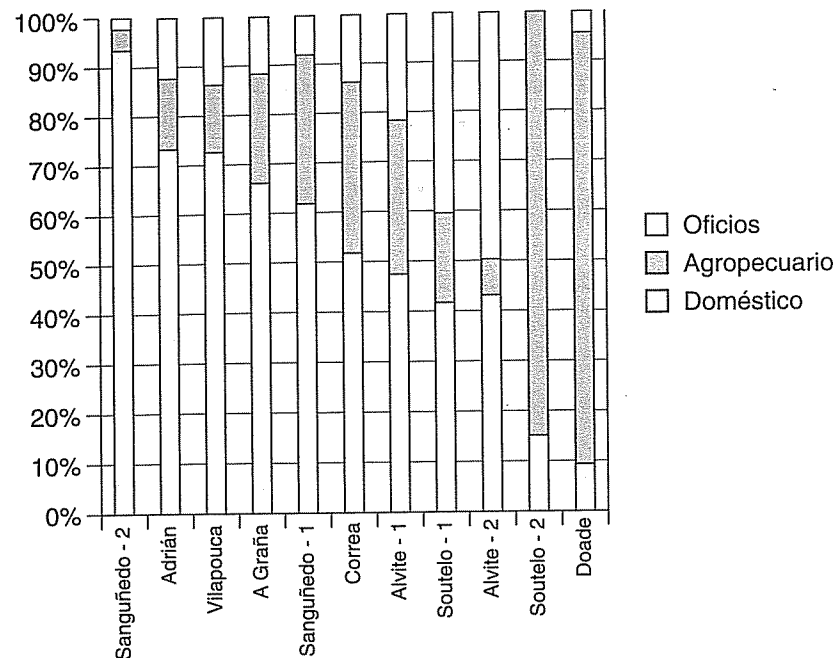


Fig. 89

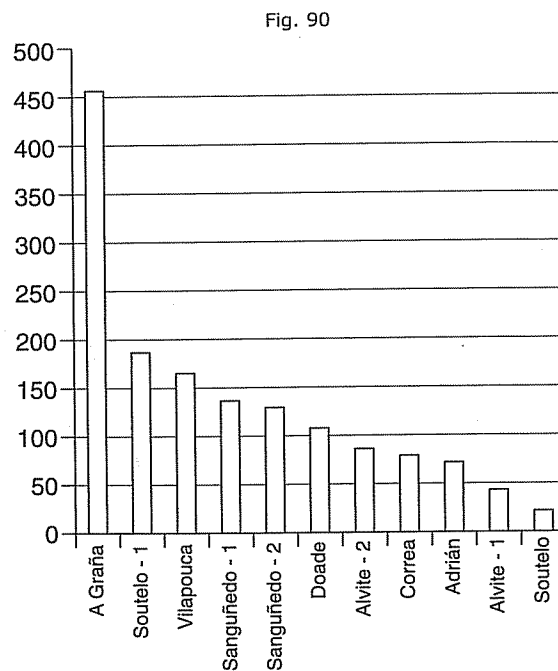


Fig. 90

III) APÉNDICES

Inventarios (fig. 89 y 90)

En cursiva figuran los objetos preindustriales.

Soutelo 1.

Localidad: Soutelo de Montes (Forcarei).

Tipo: casa de labranza de media montaña de dos plantas.

Habitación⁵: Establo; cocina. Sin plano, con inventario: pasillo del piso superior, *faiado*?

Inventario:

- 1) pala de hierro
- 2) *placa de hierro de la rueda del carro.*
- 3) lata.
- 4) somier.
- 5) lata
- 6) suela de zapato.
- 7) botella
- 8) botella
- 9) botella
- 10) ladrillo
- 11) masa de tejas y cal.
- 12) lata.
- 13) frag. cerámica (fondo).
- 14) ladrillo.
- 15) botella.
- 16) lata (cota 0)
- 17) *cuero del yugo.*
- 18) lata.
- 19) frag. hueso.
- 20) frag. cerámica (fondo).
- 21) – 34): botellas (7 de medicinas).
- 35) *tapa de horno con cruz grabada.*
- 36) – 41): *clavos (más de 10 cm).*
- 42) lata.
- 43) *piedra de afilar (cuarcita).*
- 44) *llave de hierro.*
- 45) pieza de percha.
- 46) *lima grande de hierro.*
- 47) cazo.

5) Las que figuran en los planos

- 48) botella.
- 49) asa metálica.
- 50) base de bronce de candelabro.
- 51) *cazo con mango de hierro (reparación)*.
- 52) canto rodado.
- 53) vástago de candelabro.
- 54) *asa de puerta de hierro*.
- 55) *argolla de hierro*.
- 56) *mango de hoz de madera*.
- 57) *clavo*.
- 58) *hierro de ventana*.
- 59) bloque de hormigón.
- 60 – 61): varas de madera.
- 62) *llave de hierro*.
- 63 – 65) botellas.
- 66) pala
- 67) frag. pala.
- 68) frag. suela.
- 69) bloque de hormigón.
- 70 – 74) *fungueiros*.
- 75 – 76) *adrais del carro*.
- 77 – 78) *chavellas del yugo*.
- 79) tapa de lata.
- 80) *peneira*.
- 81) indet. hierro.
- 82 – 83) frags. hueso.
- 84) *arado de hierro*.
- 85) *arado de hierro*.
- 86) *carro*.
- 87) *gramalleira*.
- 88) *funil*
- 89) *funil*.
- 90) *plato de madera*.
- 91) hueso.
- 92) lata.
- 93) lata.
- 94 – 97) botellas.
- 98) hueso: mandíbula de perro.
- 99) hueso.
- 100) hueso.
- 101) frag. calzado.
- 102 – 107) frags. hueso (2 mandíbulas de carnívoro).
- 108 – 110) indets. hierro.

- 111) *piedra de afilar (cuarcita)*.
- 112) indet. hierro.
- 113) *cincel*.
- 114) *frag. hierro rueda de carro*.
- 115) pieza semiesférica de hierro.
- 116) *yugo*.

2ª PLANTA (piezas 117 – 190: equipo de cantero, útiles de trabajo del lino, clavos, estribo, parte de albarda, camas, arcones).

- A: banco de piedra.
B: estanterías de madera (fabricación doméstica).
C: armario de madera (fabricación especializada).
D: banco de piedra.
E: horno (bóveda de piedra)
F: armario empotrado (fabricación doméstica)
H: repisa de piedra.
I: tabique de madera.
J: tabique de madera con base de piedra.
K: tabique de madera con base de piedra.

Soutelo 2.

Localidad: Soutelo de Montes (Forcarei).

Tipo: Casa de dos plantas, reutilizada como alpendre.

Habitaciones: Establo y cocina.

Inventario:

- 1) puerta
- 2) *carro*.
- 3) *escampeladeira*.
- 4) *yugo*
- 5) *yugo*.
- 6) *grade*.

Vilapouca locus 1.

Localidad: Vilapouca (Forcarei).

Tipo: casa de labranza de media montaña de dos plantas.

Habitaciones: Establo y cocina. Piso superior de funcionalidad indeterminada (artesanal/almacén), sin plano.

Inventario:

- 1) *sacha*.
- 2) *sacho grande*.
- 3) *azada* (aixada).
- 4) *legón*.
- 5) *mazo de madera*.
- 6) *bacín*.
- 7) *legón*.
- 8) *cerradura*.
- 9) *hoz*.
- 10) *frag. caja de madera*.
- 11) zapato.
- 12) cadena de hierro.
- 13) zapato.
- 14) zapato (bota de agua).
- 15) zapato (bota de agua).
- 16) indet. madera.
- 17) indet. madera.
- 18) aro metálico.
- 19) indet. madera.
- 20) hierro de somier.
- 21 – 25) *hierros de cama* (de forja).
- 26) clavo (-10 cm)
- 27) *taza (cunca)*.
- 28) taza estaño.
- 29) cazo estaño.
- 30) botella.
- 31) botella.
- 32) cucharón de hierro.
- 33) bandeja de hierro.
- 34) *sartén de hierro (tixola)*.
- 35) tapa de olla.
- 36) olla.
- 37) botella.
- 38) tenedor de estaño.
- 39) botella.
- 40) botella.

- 41) *frag. cestería*.
- 42) botella (cota 30).
- 43) olla.
- 44) olla.
- 45) olla.
- 46) tapa de olla.
- 47) tapa de olla.
- 48) *frag. cerámica* (fondo, pared y borde).
- 49) botella.
- 50) *cesta*.
- 51) cucharón de hierro.
- 52) *taza (cunca)*.
- 53) botella.
- 54) botella.
- 55) plato de hierro.
- 56) botella.
- 57) frasco.
- 58) plato de hierro.
- 59) cepillo.
- 60) mango de paraguas de hierro.
- 61) teja.
- 62) *frag. cestería*.
- 63) taza.
- 64) frag. taza.
- 65) frag. taza.
- 66) hoz.
- 67 – 70) frags. hueso.
- 71) frag. pala.
- 72) *bacín*.
- 73) *hierro de rueda de carro*.
- 74) lata.
- 75 – 81) frags. *artesa*.
- 82) *ventana de madera*.
- 83) *pote de tres pés* (roto).
- 84) zapato.
- 85) *zoco*.
- 86 – 87) zapatos de señora.
- 88) *frag. pote*.
- 89) *asa pote*.
- 90) *hierro de ventana*.
- 91) recipiente de hierro.
- 92) *tapa de hierro*.
- 93 – 94) *zocos*.

- 95 – 98) zapatos.
 99 – 100) zocos.
 101 – 102) zapatillas.
 103 – 104) zapatos de agua.
 105) zapato de mujer.
 106) frag. hueso.
 107) botella.
 108) frag. funil.
 109) indet. hierro.
 110) indet. hierro.
 111) indet. hierro.
 112) indet. cuero.
 113) vara.
 114) vara.
 115) indet. cuero.
 116) indet. cuero.
 117) indet. hierro.
 118) indet. hierro.
 119) trapo.
 120) frag. cestería.
 121) botella.
 122) trapo.
 123) trapo.
 124) trapo.
 125) botella.
 126) escobón.
 127) campanita.
 128) hierro de ventana.
 129) botella.
 130) botella de medicina.
 131 – 135) cepillos de carpintero.
 136) canto rodado lascado (hallazgo agosto-98 no figura en plano).

En la cocina, sin referencia exacta de su posición:

- 137 – 146) platos.
 147 – 148) felicitaciones navideñas (fechadas 1967).
 149) postal.
 150 – 151) medallas religiosas.
 152 – 154) palas para dar forma a los haces de centeno.
 155 – 156) martillos de afilar la guadaña.
 157) gramalleira.
 158) picaña.

- 159) lima.
 160) lima.
 161) hoz.
 162) maza del lino.
 163) rodo.

En los restos de la segunda planta (habitación multifuncional), sin referencia exacta de su posición:

- 164) rastrillo.
 165 – 166) mazos de cantero.
 167) pisón.
 168) maza del lino.
 169) cepillo de carpintero.
 170) cepillo de carpintero.
 171) azada.
 172) sacho.
 173) picaña.
 174) escoda.
 175) gubia.
 176) trencha.
 177 – 178) cinceles.
 179) alicates.
 180) mazo.
 181) horma de zapatero.

Sanguñedo 1a.

Localidad: Coto da Mosca (Sanguñedo, Forcarei).

Tipo: cobertizo (anexo a C-III-1).

Habitación: cobertizo.

Inventario:

- 1) arado de hierro.
 2) soliño.
 3) soliño.
 4) tronco.
 5) palangana de estaño.
 6) paviola.
 7) arado de hierro.
 8) soliño.
 9) bacín de hierro.
 10) escalera.
 11) teja.

Sanguñedo 1b entrada.

Localidad: ídem.

Tipo: porche anejo a la vivienda.

Habitación: porche anejo a la vivienda.

Inventario:

- 1) *reja arado de madera* (cota 130).
- 2) *reja arado de madera* (cota 150).

Cota 100.

- 3) *fuelle*.
- 4) *angazo*.
- 5) *poda*.
- 6) *paraguas*.
- 7) *caja*.
- 8) *caja de albañil*.
- 9) *cornio da pedra*.
- 10) *gallas*.
- 11) *cesta de patatas*.
- 12) *peneira* (falta malla).
- 13) *canga*.
- 14) *cunca*.
- 15) *tomoeiro de caucho*.
- 16) *cuero del yugo*.

Cota 0.

- 17) *hoz*.
- 18) *hoz*.
- 19) *horca*.
- 20) *lata*.
- 21) *botella*.
- 22) *hoz*.
- 23) *betillo*.
- 24 – 25) *botellas*.
- 26 – 27) *latas*.
- 28) *lata*.
- 29) *clavo* (10 cm).

Sanguñedo 1b interior.

Localidad: íd.

Tipo: casa de labranza de montaña de dos plantas.

Habitación: Cocina.

Inventario:

- 30) *pieza de bronce*.
- 31) *bombilla*.
- 32) *indet. madera*.
- 33) *interruptor de luz*.
- 34) *cunca*.
- 35) *bombilla*.
- 36) *herramienta realizada con un clavo y una mazorca*.
- 37 – 38) *llaves*.
- 39 – 41) *clavos* (-10 cm).
- 42) *asa bronce decorada*. (cajón de la mesa).
- 43) *vaso* (íd.).
- 44) *botella* (íd.).
- 45) *fuelle*.
- 46) *bota de agua*.
- 47) *trébede*.
- 48 – 50) *botellas*.
- 51) *tapa del horno*.
- 52) *vara*.
- 53) *botella*.
- 54) *lata*.
- 55) *candil*.
- 56) *indet. bronce* (cobre).
- 57 – 59) *bombillas*.
- 60) *taza*.
- 61) *cerradura*.
- 62) *pistolo*.
- 63 – 64) *indets. hierro*.
- 65) *hierro de ventana*.
- 66) *botella*.
- 67) *ladrillo*.
- 68) *bote*.
- 69) *cepillo*.
- 70) *serrucho*.
- 71) *pala del pan*.
- 72) *rodo*.
- 73) *tapón del pipote*.
- 74) *pedra de afilar la guadaña*.

- 75 – 76) latas.
- 77 – 80) libros.
- 81) *paleta de albañil*.
- 82) botella.
- 83) *cadena de hierro (de solño?)*.
- 84) lata.
- 85) lata.
- 86) *gorro de paja*.
- 87) pala.
- 88) *vara*.
- 89) indet. hierro.
- 90) fuente de hierro. (cota 1 60)
- 91) plato. (íd.).
- 92) frag. plato. (íd.).

Sanguñedo 1b interior II.

Localidad: íd.

Tipo: íd. entrada S.(lado).

Habitación: Habitación multifuncional.

Inventario:

- 1) *clavo hierro (10 cm)*.
- 2) *frag. ucha*.
- 3) *guadaña*.
- 4) *guadaña*.
- 5) *palo herramienta*.
- 6) rollo de alambre de espino.
- 7) *serrón*.
- 8 – 9) botellas. (cota 0).
- 10) *zoco*.
- 11) *guadaña*.
- 12 – 13) *zocas*.
- 14) *palo herramienta*.
- 15 – 19) *piezas de banco*.
- 20 – 22) botellas.(cota 0)
- 23 – 24) *frags. de jarra. (entera)*.
- 25) remache hierro (cota 0).
- 26) *mazo do liño*.
- 27) botella.
- 28) lata.
- 29) *reja de arado de madera*.
- 30) zapato.

- A: *artesa*.
- B: *malladeiro do millo*.
- C: *burro*.

Sanguñedo 1b interior III.

Localidad: íd.

Tipo: íd. cuarto anejo a supr. (lado _separado por un tabique de madera (d).

Habitación: *cortello*.

Inventario:

- 1 – 2) botas de agua.
- 3) *campanita de bronce (para las vacas)*.
- 4) *mueble del baño para la jofaina y el espejo*.
- 5) *bocoi*.
- 6) *mazo do liño*.
- 7) *arandel de pipote*.
- 8) tubería de cerámica.
- 9) cilindro de hierro.
- 10) tapa de metal decorada.
- 11) *frag. cestería*.

Sanguñedo-2

Localidad: O Outeiro (Sanguñedo, Forcarei).

Tipo: *Casa terrea*.

Habitación: Cocina, dormitorios, establo?. W: cocina; X: dormitorio; Y: pasillo; Z: dormitorio.

Inventario:

- 1) garrafa.
- 2 – 6) zapatillas.
- 7) indet. de hierro.
- 8 – 9) botellas.
- 10) lata.
- 11) recipiente de leche.
- 12) lata.
- 13) olla.
- 14) lata.
- 15) *mazo de madera*.
- 16) ladrillo.
- 17) fondo de botella.
- 18) tapón de plástico.

- 19) botella.
- 20) alambre de espino enrollado en un palo.
- 21 – 23) botellas.
- 24) botella.
- 25 – 27) ladrillos.
- 28) tapón de medicina.
- 29) ampolla de cristal.
- 30) lata.
- 31) latas.
- 33) *boina*.
- 34 – 35) botellas.
- 36) lata.
- 37) frasco de perfume.
- 38 – 43) *frags. de pichel*.
- 44) *fragmento de cama de hierro*.
- 45 – 46) botella.
- 47 – 48) *fragmentos de cama de hierro*.
- 49) banco metálico.
- 50) chaqueta.
- 51) camisa.
- 52 – 53) botellas de medicinas.
- 54) cazo de hierro.
- 55 – 80) clavos (-10 cm).
- 81) caja de medicinas.
- 82) caja de medicinas.
- 83 – 85) caja de medicinas.
- 86) cajón.
- 87 – 89) medicinas.
- 90) *bacín*.
- 91) tapa de caja de gasas.
- 92) lata.
- 93) vela.
- 94) caja.
- 95) interruptor de la luz.
- 96) *escoba de paja*.
- 97) lata de cerveza.
- 98) spray.
- 99) gorro de tela.
- 100) lata de pintura.
- 101) botella de medicina.
- 102 – 103) indets. tela.
- 104 – 105) ladrillos.
- 106) botellín.

- 107) tapón de bombona de butano.
- 108) cable de la luz.
- 109) *tixola*.
- 110) *peneira (malla)*.
- 111) plato.
- 112) tapa de metal.
- 113) bote de medicina.
- 114) bote de medicina.
- 115) *zoco*.
- 116) taza de hierro.
- 117) olla y tapa.
- 118) caja de medicinas.
- 119) bombilla.
- 120) *cincel*.
- 121) escurridera de platos.
- 122) bote de medicina.
- 123) cantimplora.
- 124) bote de cristal.
- 125) botella.
- 126) botella de vinagre.
- 127) botella.
- 128) botella de gaseosa.
- 129) bote de medicina.
- 130) recipiente de polvos de talco.
- 131 – 133) cajas de medicina.
- 134) esponja.
- 135 – 136) botes de medicina.
- 137) spray. Cota 175.
- 138) botella de gaseosa. Cota 95)
- 139) *tapa del horno*. Cota 12.
- 140) estantería de madera.
- 141) *remache de hierro del carro*.

A: *arca*.

B: armario (industrial).

C: *arcón*.

D: *mesa de madera*.

E: *mesa de madera*.

F: *mueble de baño (almofia)*.

G: *armario de madera*.

H: *horno*.

I: *salgadeira del cerdo*.

J: *escañil*.

Alvite 1.

Localidad: Alvite (Beariz, Ourense).

Tipo: Casa de labranza de media montaña de dos plantas.

Habitación: espacio para guardar el carro y almacenes.

Inventario:

- 1) *palo* (de solíño?)
- 2) lata.
- 3) *cesta*.
- 4) media.
- 5) pedal de bicicleta.
- 6) lata.
- 7) lata.
- 8) linterna.
- 9) lata.
- 10) olla.
- 11) *adrais* del carro.
- 12) botella.
- 13) *serrón*.
- 14) olla.
- 15) cazo.
- 16) plato.
- 17) pala.
- 18) chaqueta.
- 19) teja.
- 20) teja.
- 21) tinaja de zinc.
- 22) teja.
- 23) teja.
- 24) *cincel*.
- 25) cepillo.
- 26) *sacho*.
- 27) *azada*.
- 28) *sacho*.
- 29) *cesta de patatas*.
- 30) *aixó*.
- 31) berbiquí.
- 32) gato.
- 33) indet. hierro.
- 34) indet. hierro.
- 35) *hoz*.
- 36) caja metálica para botellas.
- 37) olla.

- 39) *mazo de cantero*.
- 40) *pistolo*.
- 41) *picaña*.
- 42) *picaña*.
- 43) *cincel plano*.
- 44 – 45) clavos (-10 cm).
- 46) lata.
- 47) *arado de hierro*.
- 48) *arado de madera*.
- 49) indet. hierro.
- 50) *sacha*.

Alvite 2.

Localidad: Alvite (Beariz, Ourense).

Tipo: Horno exento.

Habitación: Horno exento (habitación multifuncional).

Inventario:

- 1) caja de albañil.
- 2) lata.
- 3) ventosa.
- 4) *serra portuguesa*.
- 5) palo.
- 6) *cortizo*.
- 7) *bocoi*.
- 8) *cortizo*.
- 9) *tapón de pipote*.
- 10 – 15) latas de pintura.
- 16) *cortizo*.
- 17) cedazo de albañil.
- 18) *instr. madera*.
- 19) arandela de hierro.
- 20) *sacho*.
- 21) paleta de albañil.
- 22) *cortizo*.
- 23) caja de madera y zinc.
- 24) *tapa de horno*.
- 25) sierra de marquetería.
- 26) tinaja de zinc.
- 27) *tapa de cortizo*.
- 28 – 30) *hierro de ventana*.
- 31 – 32) *tapas de cortizo*.

- 33 – 34) *cortizos*.
- 35) *tapa de cortizo*.
- 36) *cepillo de carpintero*.
- 37) *cepillo de carpintero*.
- 38) *mango de hacha*.
- 39) *hierro de ventana*.
- 40) *reja de arado de madera*.
- 41) *cepillo de carpintero*.
- 42) *caja de madera*.
- 43 – 51) botellines de agua mineral.
- 52 – 57) *íd.*
- 58) *vara*.
- 59) ladrillo.
- 60) indet. hierro.
- 61 – 62) latas de aceite de coche.
- 63) *yugo falso*.
- 64) *cerradura*.
- 65) rueda de caucho.
- 66) lata.
- 67) grifo.
- 68) *tixola*.
- 69) *funil*.
- 70) *canga*.
- 71 – 72) *frags. cerámica*.
- 73) cadena.
- 74) *diente de grade*.
- 75 – 76) *sierras*.
- 77) botella.
- 78) *hoz*.
- 79) *instr. madera*.
- 80) boya del water.
- 81) indet. hierro.
- 82) tuerca.
- 83) lata de pintura.
- 84) cartucho de escopeta.
- 85) *mango de madera*.
- 86) vara de hierro.
- 87) bota de agua.
- 88) *instr. madera y clavos*.
- 89) *instr. hierro (carpintero?)*.
- 90) *escalera*.
- 91) *grade (en el faiado)*.
- 92) *solioño (en el faiado)*.

A Graña-Eiravella.

(Por razones de espacio no figuran los números de inventario ni las claves de material en el plano presentado, aunque durante la realización del trabajo dispusimos de un plano en que sí figuraban).

Localidad: A Graña (Trasdomonte, Forcarei).

Tipo: casa de labranza doble de media montaña de dos plantas.

Habitación: Alacena, cocina, entrada, dormitorios, salón, habitación multifuncionales, establos, cuadras, *cortellos*, *pallar* (el plano de las cuadras y los *cortellos* fue levantado pero no se adjunta).

Inventario:

- 1 – 3) malla metálica.
- 4) *arca*.
- 5) plástico.
- 6) *caxato*.
- 7 – 8) botellas.
- 9) *mazo*.
- 10) *traba de cuerda*.
- 11 – 12) *zocos*.
- 13) plato metálico.
- 14) taza.
- 15 – 17) *puertas de madera*.
- 18) *viga*.
- 19) *tabla*.
- 20 – 23) *ventanas*.
- 24 – 25) *contraventanas de madera*.
- 26) caja de fruta.
- 27) *caja con malla*.
- 28 – 29) *ventana*.
- 30 – 32) *vigas*.
- 33 – 34) *tapones de pipote*.
- 35) *sierra*.
- 36) cama.
- 37) somier.
- 38) gomaespuma.
- 39 – 40) *estampas de la Virgen de San Xusto y del Niño Jesús*.
- 41 – 43) tablas.
- 44) cables.
- 45) hierros.
- 46) botella de cerveza.
- 47) tetera.

- 48) medicina.
- 49) cinturón.
- 50 – 54) platos de postre.
- 55 – 63) platos hondos.
- 64) tacita de café.
- 65) *cunca*.
- 66) vaso de cristal.
- 67) taza grande.
- 68) tenedor.
- 69) cuchara.
- 70) cuchara de postre.
- 71) plástico.
- 72) tapa de metal.
- 73 – 74) tazas.
- 75) tenedor.
- 76 – 79) cucharas.
- 80) botella de medicina.
- 81) ladrillo.
- 82 – 85) tacita de café.
- 86) taza metálica.
- 87) aparato médico.
- 88) vaso cristal.
- 89) placa metálica.
- 90) gomaespuma.
- 91) *cuero*.
- 92) *palo de roca*.
- 93) *orinal de metal*.
- 94) orinal de plástico.
- 95) frag. de mármol.
- 96) plástico.
- 97) bolsa de fertilizante.
- 98) bote de Cola-Cao.
- 99) caja de detergente.
- 100) bote de Cola-Cao.
- 101) caja de cartón.
- 102) toalla.
- 103) medicina.
- 104) plástico.
- 105) tubo de metal.
- 106) *ventana de madera*.
- 107) paraguas.
- 108) placa de mármol.
- 109) lata.

- 110) lata.
- 111 – 114) botella.
- 115) lata.
- 116) botella.
- 117) *taco de madera*.
- 118) botella de cerveza.
- 119) lata de pintura.
- 120) caja de medicina.
- 121) *traba de cuero*.
- 122) *pichel*.
- 123) recipiente de hierro.
- 124) *caja*.
- 125) indet. hierro.
- 126) interruptor de la luz.
- 127) indet. hierro.
- 128 – 129) interruptores de la luz.
- 130) lata.
- 131) peine.
- 132) *cuero*.
- 133) botón.
- 134) botella.
- 135) –136) medicina.
- 137) pila.
- 138) indet. plástico.
- 139) percha.
- 140 – 143) medicinas.
- 144) lata.
- 145) botella de cerveza.
- 146) bote de miel.
- 147 – 148) lata.
- 149) paraguas.
- 150) tabla.
- 151) bombilla.
- 152) lata.
- 153) zapato de esparto.
- 154) marmita de cantimplora.
- 155) olla.
- 156) pincel (en la olla).
- 157 – 158) cucharas.
- 159) vaso de cristal.
- 160) orinal.
- 161) cola.
- 162) bote de especias.

- 163) medicina.
- 164) medicina.
- 165) *arcón*.
- 166) paraguas.
- 167) *bacín* (con nº indet. medicinas).
- 168) botella de agua mineral.
- 169) *espuela*.
- 170 – 171) placas de mármol.
- 172) bote de alcohol.
- 173) *bacín*.
- 174) lata.
- 175 – 176) medicinas.
- 177) caja con nº indet. de medicinas.
- 178) *tapa de cofre*.
- 179) botella de agua.
- 180 – 185) medicinas.
- 186) pila.
- 187) *cuero del mallo*.
- 188) lata con hierros.
- 189 – 193) medicinas (dentro de la lata).
- 194) barra de hierro.
- 195) caja de cartón.
- 196) *cuero de los zuecos*.
- 197 – 198) latas.
- 199 – 201) pilas.
- 202) trapo.
- 203) *ladrillo del horno*.
- 204 – 205) *estampas*.
- 206) botella.
- 207) tapa metálica.
- 208) placa metálica (con fecha: 1960).
- 209) sobre con sellos de Franco (años 60).
- 210) *fuso*.
- 211) *roca*.
- 212 – 213) *gallas de madera*.
- 214) *mango de instrumento*.
- 215) *palo tallado*.
- 216) *cíncel*.
- 217) *hoz*.
- 218) *campanita de bronce*.
- 219 – 221) *varas de madera*.
- 222) cuadro de bicicleta.
- 223) alambre de espino.

- 224) *caja* con nº indet. hierros y plásticos.
- 225) *clavo de rueda de carro*.
- 226) somier.
- 227) *artesa*.
- 228) *pala del pan*.
- 229 – 233) *palos de finca*.
- 234) *banco*.
- 235) lata.
- 236) silla.
- 237) *pote de tres pés*.
- 238) bloque de hormigón.
- 239) *tapa de pote*.
- 240) *tapa de pote* (cota 0).
- 241 – 244) *funís de candil*.
- 245) *tocón*.
- 246) *grade*.
- 247) botella.
- 248) *cunca*.
- 249 – 250) vasos de cristal.
- 251) cuchara.
- 252) *cunca*.
- 253 – 254) *clavos* (+ 10 cm).
- 255) *trozo de cajón de armario*.
- 256 – 268) *hoces*.
- 269) *hierro de la rueda del carro*.
- 270) *puerta*.
- 271) *escampeladeira*.
- 272) *cesta* con nº indet. hierros.
- 273) caja de fruta.
- 274 – 276) *llaves*.
- 277) *gallas*.
- 278) *xugo de chancís*.
- 279) plato metálico.
- 280) *hierro de la rueda del carro*.
- 281) *hierro de balaustrada*.
- 282) *sacho*.
- 283 – 284) *guadaña*.
- 285) *polaina de paja*.
- Cota 120.
- 286) *sacho*.
- 287) *hoz*.
- 288) *hierro del carro*.

- 289) *hierro del arado.*
- 290) *picaña.*
- 291) *lata.*
- 292) *fondo de cunca.*
- 293) *alambre de espino.*
- 294) *indet. hierro.*
- 295 – 296) *azadas.*
- 297 – 298) *remaches de ventana.*
- 299) *betillo.*
- 300) *ventana.*
- 301) *bastón de hierro.*
- 302) *rueda (de carretilla?).*
- 303) *caja de madera (de herramientas).*
- 304) *varilla de hierro*
- 305) *varilla de hierro*
- 306) *herradura.*
- 307) *herradura.*
- 308) *escano.*
- 309) *arcón.*
- 310) *cama.*
- 311) *alambre de espino.*
- 312) *olla.*
- 313) *cazo.*
- 314 – 315) *asientos de coche.*
- 316 – 317) *indets. hierro.*
- 318) *instrumento de hierro.*
- 319) *bote de pintura.*
- 320 – 321) *espadelas.*
- 322) *maza del lino.*
- 323) *arcón.*
- 324) *bicicleta.*
- 325) *plástico.*
- 326) *fragmento bicicleta.*
- 327) *placa de aluminio.*
- 328 – 334) *indets. industriales aluminio.*
- 335) *bote de plástico.*
- 336 – 337) *indets. industriales.*
- 338) *trozo de puerta.*
- 339 – 340) *armazón metálico.*
- 341 – 342) *bandas de metal.*
- 343) *plástico.*
- 344) *polaina de paja.*
- 345) *cribo.*

- 346) *manta.*
- 347) *hierro.*
- 348 – 349) *escalera.*
- 350 – 351) *hierros de las ruedas del carro.*
- 352) *legón.*
- 353) *tomoeiro de cuero.*
- 354) *sacho.*
- 355 – 356) *betillos.*
- 357) *hierro (colgando de la puerta).*
- 358 – 360) *indets. de metal.*
- 361) *fragmento de hierro de la rueda del carro.*
- 362) *puerta de malla (gallinero, conejera).*
- 363 – 364) *hierros de la rueda del carro.*
- 365) *ucha.*
- 366) *barra de hierro.*
- 367) *pía para las gallinas.*
- 368) *somier.*
- 369) *escalera.*
- 370 – 371) *legones (cota 200 cm).*
- 372 – 374) *picos.*
- 375) *hacha.*
- 376) *lata de aceite.*
- 377) *palangana de plástico.*
- 378) *olla de hierro.*
- 379) *lata de aceite.*
- 380) *plato de hierro.*
- 381) *traba de cuero.*
- 382 – 383) *jarras de cerámica (para agua).*
- 384) *cunca.*
- 385) *botella.*
- 386) *tapa de cortizo.*
- 387) *legón.*
- 388) *malla metálica de finca.*
- 389) *hierro largo.*
- 390) *chancil.*
- 391) *pistolo.*
- 392) *chancil.*
- 393) *pico.*
- 394) *ferrado.*
- 395 – 396) *legones.*
- 397) *hierro.*
- 398 – 399) *contraventanas.*
- 400) *trozo de cestería.*

- 401) *remache de ventana.*
- 402) plástico.
- 403) reja de hierro.
- 404) indet. de hierro.
- 405) lata de conservas.
- 406) neumático.
- 407) *hierro de rueda de carro.*
- 408) *fondo de cerámica.*
- Estanterías del armario de la alacena.
- 409 – 417) *remaches de ventana* e indets.
- 418 – 423) *dientes de escampeladeira.*
- 424) *herradura.*
- 425) *corno da pedra.*
- 426) *aro de hierro.*
- 427) *quentador* (recipiente de cerámica).
- 428) tubo de latón.
- 429 – 431) *trabas de cuero.*
- 432) *tixola.*
- 433) alambre.
- 434) *arandela de pote.*
- 435) *seita.*
- 436) *tapas de pote u olla.*
- 437) *cincel grande.*
- 438) *zoco.*
- 439) *seita.*
- 440 – 441) *hierros de escampeladeira.*
- 442 – 444) frags. de vidrio.
- 445) *pico.*
- 446 – 447) *hierros de las ventanas.*
- 448 – 449) *indets. de hierro.*
- 450) *hoz.*
- 451) *ratonera.*
- 452 – 453) *vexigas.*

En la habitación 1 (H-1, mitad norte) hay un número indeterminado de documentos y papeles diversos (facturas, cartas, diarios, tarjetas, devocionarios, etc). Dada la dificultad que ofrece su cuantificación exacta, a la hora de analizar los gráficos le hemos dado el número aproximado de 20. En el inventario tampoco aparece recogido el sobre con 10 fotografías (que sí figura en los gráficos, con un número por fotografía).

A Graña locus 1 (este edificio no figura en los gráficos porque no se encuentra en estado de abandono permanente).

Localidad: A Graña (Trasdomonte, Forcarei).

Tipo: alpendre anejo a casa de labranza de media montaña de dos plantas.

Habitación: habitación para el carro y pajar (segunda planta representada en el plano, bajo el pallar establo/*cortello* no representado).

Inventario:

- 1) botella.
- 2) *betillo metálico.*
- 3) *cierre de madera.*
- 4) *indeterminado de hierro.*
- 5) *hierro de la rueda del carro.*
- 6) tenedor de peltre.
- 7) tenedor de peltre.
- 8) *yugo de chanciles.*
- 9) *cortizo (con tapa de esquisto).*
- 10) *hacha.*
- 11) *picaña.*
- 12) indeterminado de hierro.
- 13) *rueda de carro en proceso de elaboración.*
- 14) *piedra de cierre de una finca.*
- 15) *forca.*
- 16) *forquita.*
- 17) *cesta.*
- 18) *tomoeiro de cuero.*
- 19) *tomoeiro de tela.*
- 20) *canga de cuero.*
- 21) *escoba.*
- 22) *tomoeiro vegetal.*
- 23) *picaña.*
- 24) *arandela de olla.*
- 25) *hoz.*
- 26) *hierro del carro.*
- 27) Indeterminado de metal.
- 28) *indeterminado de hierro.*
- 29) *hoz.*
- 30) *tapa de olla.*
- 31) *cable.*
- 32) *bisagra metálica.*
- 33) *botella.*
- 34) *botella de cerveza.*
- 35) *bote de mermelada.*
- 36) *hierro para sujetar un canalón.*
- 37) *asa de plomo.*
- 38) *alambre.*
- 39) *plástico.*

Correa locus 1.

Localidad: Correa (Beariz).

Tipo: casa de labranza de media montaña de dos plantas.

Habitación: Cocina/*faiado*.

Inventario:

- 1) Indeterminado de hierro.
- 2) *asa de pote*.
- 3) *asa de pote*.
- 4) *azada*.
- 5) arandela metálica.
- 6) *forca*.
- 7) *pala del pan*.
- 8) *ucha*.
- 9) *pedra das filloas*.
- 10) *candil*.
- 11) indet. metálico.
- 12) *nivel de carpintero*.
- 13) *candil esférico*.
- 14) *hoz*.
- 15) *hoz*.
- 16) alambre.
- 17) *pote de tres pés*.
- 18) *tapa de pote de tres pés*.
- 19) *campanilla*.
- 20) cucharón.
- 21) *hoz*.
- 22) *gramalleira?*
- 23) indet. metálico.
- 24) *hierro de carro*.
- 25) *legón*.
- 26) indet. hierro.
- 27) tapacubos.
- 28) *legón*.
- 29) *trébede*.
- 30) *hoz*.
- 31) *mazo de cantero*.
- 32) *picaña*.
- 33) indeterminado de hierro.
- 34) indeterminado de madera.
- 35) *campanilla*.
- 36) indeterminado de plástico.
- 37) *llave*.

- 38) *llave*.
- 39) indeterminado de hierro.
- 40) *ratonera*.
- 41) *gramalleira*.
- 42) alambre de espinos.
- 43 – 50) indets. metálicos.
- 51) paletín.
- 52) *cerradura*.
- 53) pala.
- 54) *pedra de afilar*.
- 55) *mazo de cantero*.
- 56) *adibal*.
- 57) indet. hierro.
- 58) indet. hierro.
- 59) *reja*.
- 60) *cuero de bota*.
- 61) *paleta de las filloas*.
- 62) *azada*.
- 63) indeterminado de hierro.
- 64) indeterminado de hierro.
- 65) *reja*.
- 66) *remache de ventana*.
- 67) indeterminado de hierro.
- 68) indeterminado de hierro.
- 69) *clavo* (de carro?).
- 70) *cuchillo*.
- 71) indeterminado.
- 72) *bocado de caballo*.
- 73) *cuña de hierro*.
- 74) *cincel*.
- 75) *Trado*.
- 76) *cerámica*.
- 77) *remache de puerta*.
- 78) indet. de hierro.
- 79) botella (garrafa de vino).
- 80 – 83) botellas (vino).
- 84) botella (garrafa de vino).
- 85) *saco*.

- A) *cajones para almacenar patatas*.
B) *horno de pan*.
C) *fregadero monolítico*.

Adrián locus 1.

Localidad: Adrián (Beariz).

Tipo: Casa de labranza de media montaña de dos plantas.

Habitación: Cocina y establo.

Inventario:

- 1) botella.
- 2) *gavilla*.
- 3) olla.
- 4) hornillo.
- 5) saco de cemento.
- 6) *brigueiro*.
- 7) bote de medicina.
- 8) bote de medicina.
- 9) bote de perfume.
- 10) cazo.
- 11) tapadera metálica.
- 12) *mazo de cantero*.
- 13) *remache de ventana*.
- 14) *clavo*.
- 15) *remache de ventana*.
- 16 – 25) indet. De hierro.
- 26) botella.
- 27) bote de pintura.
- 28) indet.
- 29) *indet. de madera*.
- 30) *banco*.
- 31) *caja de madera*.
- 32) *tapadera de pote*.
- 33) olla.
- 34) *tapa de pote*.
- 35) maleta.
- 36) olla.
- 37) *zoco*.
- 38) *cortizo*.
- 39) *cortizo*.
- 40) lata de aceite.
- 41) *tapa de pote*.
- 42) *tapa de olla*.
- 43) *tixola*.
- 44) *escoba de caña*.
- 45) bota de goma.
- 46) *solíño*.

- 47) *grade*.
- 48) *cuerda*.
- 49) *saco*.
- 50) saco de plástico.
- 51) tubería de plomo.
- 52) *llamador de puerta*.
- 53) *ojo de cerradura*.
- 54) *hacha*.
- 55) *farrapeira*.
- En la maleta (35):
- 56) *fotografía de hombre joven*.
- 57) *fotografía de bebé*.
- 58) *carpetilla de fotografías (octubre de 1927)*.
- 59) *fotografía de matrimonio con bebé*.
- 60) *fotografía de hombre joven*.
- 61) *carpetilla de fotografías (octubre de 1927)*.
- 62) *tarjeta de visita*.
- 63) *folleto de la organización orensana de inválidos civiles*.
- 64) sobre de cartas.
- 65) *foto de niña pequeña (dos años)*.
- 66 – 67) véase 60.
- 68) *carpetilla de fotografías*.
- 69) *fotografía de hombre joven vestido de familiar*.
- 70) *papel con dedicatoria*.
- 71) *cupones de racionamiento (2) de 1948*.
- 72) *legón* (colgando de una viga, no figura en el plano).
- 73) *legón* (vid. 72).
- 74) *legón* (vid. 73).

- A) *artesa*.
- B) *ucha*.
- C) *pesebre*.
- D) *pila*.
- E) *horno (tapiado)*.

Doade locus 2.

Localidad: Doade (Beariz).

Tipo: Casa grande de labranza.

Habitación: Establo e indeterminada.

Inventario:

PLANTA 1: Establo.

- 1) *escampeladeira*.
 - 2) *sementadeira*.
 - 3) *chideiro*.
 - 4) *eje de carro*.
 - 5) *arado de hierro*.
 - 6) *arado de hierro*.
 - 7) *solíño*.
 - 8) *rueda de carro*.
 - 9) *grade*.
 - 10) *grade*.
 - 11) *raspadeira*.
 - 12) *rueda de carro*.
 - 13) *rueda de carro*.
 - 14) *grade*.
 - 15) *alambre de espino*.
 - 16) *rueda de carro*.
 - 17) *chideiro*.
 - 18) *adral*.
 - 19) *rueda de carro*.
 - 20 – 69) *fungueiros*.
- Indeterminada.

PLANTA 2.

- 70) *forca*.
- 71) *alambre de espino*.
- 72) *forquita*.
- 73 – 76) *gallas*.
- 77) *rastrillo*.
- 78) *guadaña*.
- 79) *tela*.
- 80) *paraguas*.
- 81) *pico* (debajo de la mesa).
- 82) *paraguas*.
- 83) *angazo*.
- 84 – 85) *botas de goma*.
- 86) *bote de pintura*.

87) *cajón*.

88) *xugo de brigueiros*.

89 – 92) *picañas*.

93) *rastrillo* (colgando de la pared).

94) *azada* (colgando de la pared).

95) *botella*.

96) *xugo de chancís* (colgando de la pared).

97) *brigueiro* (colgando de la pared).

98) *carapucho*.

99) *mazo de cantero*.

100) *sacho*.

101) *pieza del yugo de uno* (colgando de una viga).

102) *yugo de uno*.

103) *brigueiro*.

104) *alambre de espino*.

105 – 109) *indet. hierro*.

110) *betillo*.

111) *betillo*.

112) *mesa*.

113) *forquita*.

Limeres.

(No aparece en los gráficos porque no contamos con una muestra significativa de objetos).

Localidad: O Lagarto (Limeres, Cerdedo).

Tipo: Casa rural de media montaña de dos plantas y *faiado*.

Habitación: *Faiado*.

Inventario:

- 1) *mueble indeterminado*.
- 2) *sementadeira*.
- 3) *arcón*.
- 4) *ripo*.
- 5) *caja*.
- 6) *cama de hierro*.
- 7 – 8) *zocos*.
- 9) *arca*.
- 10) *estufa*.
- 11) *cocina de hierro*.
- 12) *ucha*.
- 13) *caja*.
- 14) *indet. hierro*.

- 15) indet. plástico.
- 16) *zoco*.
- 17) *silla*.
- 18) *zoco*.
- 19 – 20) sacos de plástico.
- 21) lata de aceite.
- 22) *banco*.
- 23) lata de aceite.
- 24) olla.
- 25) *maleta de madera*.
- 26) *silla*.
- 27) *rueda de madera*.
- 28) *artesa*.
- 29) bota de goma.
- 30) indet. hierro.
- 31) bota de goma.
- 32) *hoja de guadaña*.
- 33) bota de agua.
- 34) *hoja de guadaña*.
- 35) lata de aceite.
- 36) *caja de lavandera*.
- 37) *instrumento de madera*.
- 38) *apero agrícola (escampeladeira?)*.

A) *lareira*.

B) *litera artesana*.

Xisto.

Localidad: Xisto (Forcarei).

Tipo: Casa rural de media montaña de dos plantas más establo y *pallar* anejos.

Habitación: Entrada, cocinas, leñera, almacén.

Inventario:

No hay.

